

JOSÉ RAMÓN PÉREZ

# AIKA



*«La mejor novela del año»*  
Europa Literaria

---

**Premio Phaulos de Comedia**  
**Best Writer's Block Award 2005**



---

[www.EditorialAlerce.com](http://www.EditorialAlerce.com)

**AKA**

**JOSÉ RAMÓN PÉREZ**



[www.EditorialAlaxe.com](http://www.EditorialAlaxe.com)

© José Ramón Pérez Pérez, 2005

Diseño de la cubierta: José Ramón Pérez Pérez

Ilustración de la portada: autor desconocido

<http://www.EditorialAlaxe.com>

Primera edición, Junio 2005

ISBN: 84-609-5523-0

Depósito Legal: B-25151-2005

Impresión: Romanyà-Valls S.A.

Sant Joan Baptista, 35

08789 La Torre de Claramunt, Barcelona

# CAPÍTULO 1

Antes de que me sucediera todo lo que me dispongo a relatar, yo pensaba que los peores momentos de mi vida se habían terminado dos años antes, cuando por fin el juez Pera me había mandado a casita libre de cargos. Aunque, la verdad, la absolución no había servido de mucho, porque para entonces Javichu Depy y los demás astros de las ondas llevaban ya varios meses arrastrando mi hasta la fecha impoluta nombradía por las roderas legamosas de la difamación. Y el caso es que su señoría no sólo había reconocido que las acusaciones eran falsas, sino que en verdad se mostró muy generoso conmigo, tanto con el texto admonitorio de la sentencia como con la indemnización que fijó y que, como siempre sucede en estos casos, la poderosa N'Joy Corporation compensó con el pago de una terapia de recuperación en Calumniados Anónimos. Y digo yo: ¿qué tiene que ver esto con la truculenta historia que me propongo narrar y que, por lo demás, poca o ninguna relación guarda con los vericuetos judiciales? Este es el tipo de cosas que mi agente siempre me reprochaba con meloso paternalismo. Él fue también, dicho sea de paso, uno de los que me dieron de lado en cuanto mi nombre se convirtió en combustible mediático. Los detalles, solía decirme en los tiempos gloriosos mientras se sonaba los mocos con los folios de mi último manuscrito: acabarán perdiéndote los detalles. Muchas veces lo llamé después de la demanda por plagio para solicitar, si no su aval, sí al menos su consejo, una palabra amiga que me sirviera de faro en medio de la galerna, pero su secretaria siempre me evitaba con excusas que ni siquiera alcanzaban el rango de mentiras piadosas.

Pues, digo, habían pasado casi dos años desde aquel asunto del plagio, y yo me encontraba ya completamente rehabilitado, o tal vez escarmentado, que viene a ser lo mismo, y trabajaba desde hacía unos meses como verificador

mnemónico, la misma profesión que ejercía antes de convertirme en afamado escritor y por supuesto antes también del escándalo, y que nunca debí haber abandonado por las tentaciones de la fama y la riqueza. Merced a mi buena disposición rayana en el servilismo no me había sido difícil encontrar un empleo, tanto más cuanto los meses que había pasado en Calumniados Anónimos habían servido también para que la ciudadanía se olvidara de mi nombre y concentrara su atención en los nuevos y horribles escándalos que los telediarios seguían destapando. Don Agamenón Rodríguez-Liandres, a la sazón presidente de Plásticos y Pleitos S.A., marca registrada de N'Joy Corporation, me había contratado en calidad de trabajador ajeno por cuenta propia, relación laboral esta que consiste, como sabrán todos aquellos que gocen de idéntica condición, en que el trabajador corre con todos los gastos de su actividad mientras entrega los ingresos obtenidos a su Líder de Colectivos Profesionales o LCP, antes llamado empresario, jefe, patrón de yate, o también tirano. A fin de mes, y en justa compensación por sus esfuerzos, el empleado recibe un salario digno o, en ocasiones, indigno si la salud de la empresa no permite dispendios. Precisamente aquella mañana nuestro LCP, don Agamenón, había procedido con la firmeza de pulso que le caracterizaba a recortarnos el sueldo un 18% alegando razones que sólo una sólida formación hípica como la suya permitía descifrar. Tras mostrarnos una serie de gráficos en los que las líneas descendían como arrastradas por una gravedad sobrenatural y originada, al parecer, por nuestra incompetencia, don Agamenón nos invitó a aceptar lo que él llamó una simbólica rebaja en nuestros salarios. Pidió voluntarios y allí estaba yo. Di un paso al frente sin pensarlo. De hecho, di dos pasos al frente, por si alguien más se animaba y se planteaba competencia en el voluntariado. Después, y dirigiéndose en especial a aquellos que habían optado por permanecer quietos, don Agamenón prorrumpió en alabanzas sobre la libertad, los progresos sindicales, y la modernidad que el advenimiento del siglo XXII nos había traído y que, según dijo, permitía la coexistencia pacífica de prohombres como él con patanes como nosotros. Y dicho eso, corrigió con un rotulador las líneas que antes nos había mostrado, aumentó si cabe su pendiente, y con gesto compungido anunció que la situación de la empresa obligaba a un recorte de personal. Por suerte para mí, y sin duda como recompensa hacia la disciplina y responsabilidad que siempre guían mis actos, don Agamenón hizo unas cuentas rápidas con los dedos y nos informó de que el obligado recorte coincidía en

número y composición con la fila de empleados que permanecían un paso por detrás. Todavía emocionado, se fundió en un abrazo con el delegado del gobierno y con nuestro representante sindical, y desaparecieron los tres de la sala deslizándose entre sollozos algunas frases en las que se lanzaban desafíos para un próximo partido de golf.

Un rato después, don Agamenón me hizo llamar a su despacho. Cuando abrí la puerta, vi que el delegado del gobierno, que no era otro que el subsecretario del Ministerio de Diversidad y Minorías, todavía seguía allí dentro, pero nuestro LCP me indicó con un ademán que pasara.

—Me preocupa que no tengas ninguna empleada rubia y de ojos verdes —le decía el subsecretario a don Agamenón, palmoteándole la espalda mientras ambos se dirigían ya hacia la puerta—. El 14,7% de las mujeres lo son, y por lo tanto, siguiendo esa proporción, deberías tener 1,27 mujeres rubias y de ojos verdes en esta magnífica empresa. Por ser tú, olvídate de los decimales: te lo dejo en una.

—Créeme —le respondía don Agamenón con gesto de pesar—, estaría encantado de tener una empleada rubia y de ojos verdes.

—Entiendo perfectamente tu situación, amigo mío. Yo también tuve un negocio hace años, y me consta lo caro que resulta mantener zánganos. Pero ahí está el Acta Global de Igualdad, que para algo se aprobaría, digo yo. Te daré un consejo de amigo: despídate a aquel tipo del bigote que estaba en la última fila.

—Pero... —intentó objetar don Agamenón.

—La discriminación pilosa no está nada perseguida —prosiguió sin detenerse el delegado del gobierno—. Te lo digo yo, que sé de esto. ¿No te has dado cuenta, por ejemplo, de que los toreros no tienen bigote? ¿Y has escuchado alguna protesta al respecto? A eso me refiero. Sin embargo las rubias... ¡Y no digamos las de ojos verdes! Están muy organizadas.

—Visto así...

—Las personas con bigote siempre se han visto obligadas a vivir al margen de la sociedad, créeme. Ahí tenemos a Hitler, por ejemplo, o a Trotsky. O a Frida Kalo. —Suspiró, y en un aparte añadió—: Hazme caso. Olvídate de los tipos con bigote y hazte con una rubia de ojos verdes.

Y mientras el subsecretario del Ministerio de Diversidad y Minorías se despedía de don Agamenón y salía de su despacho tras propinarle otro abrazo,

yo no tuve más remedio que admitir que, tomado al pie de la letra, aquel era el mejor consejo que había escuchado en mi vida. Por algo aquel hombre era subsecretario.

Cuando por fin nos quedamos a solas, don Agamenón regresó a su mesa y cortó con un gesto firme mi intención de tomar asiento.

—Hay quien no tiene excusa para explotar a sus semejantes —comenzó a decirme—, pero yo tengo una: mis hijos. Cuando alguien me critica por despedir a media plantilla, yo siempre digo: lo hago por mis hijos. Cierto que no han hecho nada para merecerlo, pero tampoco yo lo hice y mi padre me regaló la empresa cuando se murió, y lo mismo hizo su padre con él, y así sucesivamente. De hecho, no recuerdo ningún antepasado mío que llegara a dar un palo al agua para ganarse la vida, y sin embargo todos hemos vivido como marqueses. Curiosa paradoja, ahora que lo pienso. En fin, supongo que soy un *self-madelman*, como dicen los americanos. Pero a lo que íbamos: ¿ve todo esto que se extiende ante nuestros ojos, hasta más allá del horizonte? —y, acompañando sus palabras, trazó un amplio arco con el brazo extendido—. Pues algún día será suyo.

—¿Mío? —pregunté, no menos emocionado que sorprendido.

—No, hombre, no suyo de usted. Suyo de mis hijos. ¿Por qué iba a darle yo a usted nada? Aunque en su favor debo decir que, al menos, nunca ha mordido la mano que le da de comer, cosa que no puede decirse de algunas ratas que tiene como compañeros. Además, es usted servil, piensa poco, y está bien domesticado en la creencia de que sus superiores, por el hecho de serlo, deben poseer más talento e inteligencia que usted. Ah, si yo le contara... Pero no le contaré, claro. En fin, todas estas virtudes no han pasado desapercibidas a mi experto ojo y, precisamente por ellas, estoy considerando ascenderle a *Group Strategic Section Head Supervisor*. No es que vaya a hacerlo, pero lo tengo en mente. ¿Qué le parece? Ande, firme este papelajo mientras hablamos.

Recibí con satisfacción y reverencias este inesperado anuncio, aunque no quise hacerme demasiadas ilusiones puesto que no era la primera vez que don Agamenón me hacía partícipe, coincidiendo siempre con rebajas de salario o aumento de horas extras, de tan halagüeñas perspectivas sin que finalmente llegaran a concretarse. Por otra parte, yo no podría haber afrontado una decisión tan importante sin haberlo consultado previamente con mi Asesor de Carrera Profesional o ACP, con mi Consultor para Negociaciones y Acuerdos

o CNA y, por supuesto, con mi Terapeuta de Realización y Desarrollo Personal o TRDP. A la vista de lo cual, me limité a interesarme con cautela acerca de las características de mi potencial nuevo puesto, así como por las mejoras retributivas que, suponía yo, me ayudarían a pagar más rápidamente mi nuevo chalé.

—¿Y puedo saber —me atreví a preguntar después de firmar el documento de aceptación voluntaria del nuevo recorte salarial— cuáles serían las contraprestaciones del nuevo puesto?

—Las mismas de las que ya goza, maldito comunista —me contestó don Agamenón, que se levantó como un resorte para llevarme del brazo hasta la puerta de su despacho—. ¿Cree que se merece más? El ascenso le permitiría trabajar más horas, explotar a los que ahora son sus compañeros, y reportarme mayores beneficios a mí. ¿No son estos acicates suficientes? Piénselo y dígame algo. O mejor: no me diga nada.

Y sin ni siquiera darme cuenta, me encontré al otro lado de una puerta cerrada y bajo la atenta y acusadora mirada de mis compañeros. Ellos no entendían la deuda de gratitud que yo mantenía con don Agamenón desde que él me hubiera ofrecido una oportunidad en el momento en que mi vida ya comenzaba a precipitarse por los abismos del desempleo y la insolvencia. Porque después del juicio había sucedido lo que siempre sucede: un par de rectificaciones en horario intempestivo, una terapia pagada en Calumniados Anónimos, y si te he visto no me acuerdo. Digo esto como una frase hecha, claro está, porque el problema era justamente el contrario: durante varios meses todo el mundo me había visto tanto en la tele que seguía acordándose de mí, o, mejor dicho, de aquel primer plano mío con cara de babeante esquizofrénico que La Verdad TV había sacado de la obra de fin de curso en la que yo había participado casi treinta años antes, interpretando magistralmente a Cuasimodo, y que se hinchó a poner a todas horas sin aclarar su procedencia. Durante el juicio se descubrió que el vídeo lo había proporcionado un antiguo compañero de colegio, al que no veía desde el día de la obra, a cambio de mil dólares y una entrada para la final de la Copa. Pero eso ya poco importaba. No me refiero a la final de la Copa, que también, sino a todo lo que se descubrió durante el juicio. Todo daba igual porque Javichu Depy, cual moderno alquimista, ya había conseguido transformar cada uno de mis deméritos personales, y aun alguno de mis méritos, en un punto

adicional de audiencia para sus programas.

Pero ahora todo aquello pertenecía a mi pasado más remoto puesto que, gracias a la generosidad de don Agamenón al ofrecerme un empleo, había conseguido recuperar los dos atributos básicos que caracterizan a todo ciudadano honrado, a saber, una nómina mensual que me ofrecía cierta libertad, y una hipoteca a tipo variable que evitaba que pudiera hacer un uso excesivo de aquélla. De esta manera gozaba yo de la mejor protección a la que un individuo puede aspirar. En perfecta comunión, mi empresa y el banco velaban para que mi vida fuera una balsa de aceite, y si alguna inesperada circunstancia amenazaba con aumentar mi grado de independencia, y por lo tanto de incertidumbre, enseguida la una me reducía el sueldo o el otro se ofrecía para aumentar mi endeudamiento. Como resultado de esto último, y aunque vivía aún en el piso de alquiler del *Common Interest Development* intermedio, también llamado CID intermedio, al que tuve que mudarme después del escándalo, había podido comprarme unos meses antes un recoleto chalé en construcción en un CID residencial. En un principio se había construido para ciudadanos pertenecientes al colectivo de madres homosexuales pero, tras quebrar la constructora y disminuir la calidad de los materiales, la urbanización se destinó a profesores de instituto y, por fin, después de varias suspensiones de pagos de la empresa inmobiliaria, se le puso una techumbre de paja y terminó por ser inscrito como un CID para trabajadores ajenos por cuenta propia con un nivel mínimo de ingresos que yo, todo sea dicho, superaba por los pelos.

Sea como fuere, y a base de trabajo y paciencia, el caso era que me estaba reintegrando por fin a la escalera social, si bien en aquellos momentos me encontraba subido a uno de sus peldaños más bajos. No diré que esto me enorgullecía, pero debo confesar que tampoco me sentía humillado: en cierto modo, aceptaba todo aquello como un razonable castigo a mi injustificada ambición, y me veía a mí mismo como un caso ejemplarizante para nuestra alocada juventud. En ocasiones fantaseaba con esa idea, y me imaginaba asomado a la ventana de mi despacho contemplando a los muchachos y muchachas que caminaban por la Gran Vía mientras, en un susurro sólo perceptible por ellos, yo les aconsejaba: no confundáis la libertad con el libertinaje. Y ellos me miraban a través del cristal y asentían agradecidos. Esta fantasía era, por supuesto, imposible de materializar por el doble motivo

de que mi lugar de trabajo carecía por completo de ventanas, ventanillas o ventanucos, y porque cualquier joven que, a pesar de ello, hubiera podido escuchar mi consejo habría respondido probablemente con algún gesto obsceno, si no con una agresión verbal.

Pero toda esta idílica situación que acabo de describir y que tanto tiempo, esfuerzo y risas falsas había invertido en alcanzar estaba, sin que yo pudiera ni saberlo ni preverlo ni siquiera imaginarlo, a punto de desmoronarse. Y si algo puedo decir en mi descargo es que, en esta ocasión, yo hice todo lo posible por evitarlo. De hecho, el único acto que realicé de forma voluntaria, y que en cierto modo desencadenó el pandemónium posterior, fue aceptar aquella misteriosa misiva que la portera me entregó al llegar a casa y que, ponderando todo lo sucedido después, afirmo ahora que habría sido mejor empleada como envoltorio de mi bocadillo de Nocilla, marca registrada de Eternal Life Inc.

## CAPÍTULO 10

Después de la charla con don Agamenón, la mañana había transcurrido con una tranquilidad que habría empalagado a un dominico, y sólo los dos clientes con cita programada habían quebrado aquella monotonía. Fueron, sin embargo, dos casos rápidos. Apenas empleé media hora en transcribir para su escamada esposa los recuerdos de un marido sospechoso de adulterio, con resultados satisfactorios, es decir, el marido había resultado ser inocente, y no hube de dedicar más de otros veinte minutos a rescatar los recuerdos infantiles de un individuo cuya homosexualidad estaba siendo cuestionada en su CID gay y que, para disipar cualquier duda ante su consejo vecinal, pretendía demostrar que ya en el colegio acariciaba pensamientos lascivos cada vez que afilaba un lápiz. El resto del tiempo lo empleé, como de costumbre, en redactar informes sobre mi rendimiento y en leer con devoción los memoranda que don Agamenón nos enviaba, y en los que incluía agudas reflexiones extraídas de la colección «*Zen and the art of slavery*», cuyos volúmenes coleccionaba. También aproveché para emitir mi voto en la consulta diaria del Plan de Participación Ciudadana en la Democracia, o PPCD, que en aquella ocasión preguntaba a los administrados adónde debería destinarse una partida de cincuenta millones de dólares del Ministerio de Cine y Otras Artes, para la que se proponían tres alternativas: coproducir la nueva película de Tullius Grim, tapar las goteras del Museo del Prado, o financiar una investigación sobre la obra de Heráclito, cosa que me llamó la atención puesto que no sabía yo que la fabricación de barajas se incluyera entre las responsabilidades del ministerio.

A ratos, el irreverente Foom se asomaba a la puerta de mi cochiguera y me contaba sus planes para el fin de semana. Esto podría haber sido interpretado como un entrañable gesto de camaradería por quien desconociera que, un par

de años antes y tan pronto como supo que yo me había divorciado, y dedujo por tanto que mi ex mujer estaría cobrando una suculenta pensión, Foom se había apresurado a sonsacarme información con objeto de conocer los locales que frecuentaba mi ex cónyuge, sus gustos y manías, sus deseos y aspiraciones, su actor favorito, su presentador predilecto, y, en fin, todo lo necesario para que al cabo de pocos meses mi ex costilla terminara cayendo rendida en sus brazos. Ahora, Foom vivía en la que había sido mi casa de Soto de Trepas, se acostaba con la que había sido mi mujer, compraba cuadros con el dinero de la pensión que yo pagaba, y para colmo lo habían ascendido tres meses antes y era, por lo tanto, mi jefe directo.

En esto estábamos, con Foom describiéndome en detalle las características técnicas de la nueva cama de matrimonio que planeaban comprar el sábado próximo, cuando un rostro desconocido se asomó por encima de uno de los biombos de mi *workspace*.

Diría que era una faz siniestra, si no fuera porque sería del todo inexacto calificar como siniestra aquella cara mofletuda y rechoncha, de la que pendía una lengua barba blanca de textura algodonosa, a juego con la cabellera que a duras penas ocultaba el cráneo. Foom interrumpió su perorata y se estiró los puños de la camisa.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Desearía realizar una verificación de memoria —dijo el anciano visitante—. Aquí mi hijo ha sufrido un golpe en la cabeza y ahora no nos reconoce ni a mí ni a su difunta madre.

—Quizás sea un efecto pasajero —aventuré—. ¿Por qué no espera unos días?

—A mi edad —suspiró el vejete—, no se pueden malgastar los días en esperas. Y comprenderán ustedes que, caso de que en su memoria no quede rastro alguno de mi persona, me vería en la obligación de desheredarlo y entregarle toda mi fortuna, pongo por caso, a alguna piadosa meretriz que se aviniera a cumplir mis más depravadas fantasías sexuales durante el poco tiempo que, me temo, permaneceré en este valle de lágrimas.

—Se me ha hecho tarde —se excusó Foom, viendo que aquel iba a ser un caso sencillo, rápido y, por lo tanto, barato—. Mi colaborador, a quien llamo así cuando en realidad es mi subordinado, le atenderá con mucho gusto. Así que le dejo en sus manos y, por favor, no coman dentro de las instalaciones.

Hice como pude un hueco en mi cubículo e improvisé dos asientos para los visitantes que, en efecto, resultaron ser dos, puesto que tras el venerable anciano no tardó en aparecer un sujeto algo más bajo, mucho más joven, y de idéntico arquetipo capilar, es decir, larga cabellera y poblada barba, quien se quedó contemplando mi receptáculo como si aquella fuera la primera vez que salía de casa. Ciertamente que los artefactos de los que me sirvo para realizar mis transcripciones no son muy comunes y siempre despiertan cierta curiosidad entre los clientes novatos, pero es que aquel individuo miraba con idéntica estupefacción el lector de sosuros corticales y el vulgar flexo lantánico que iluminaba mi mesa de trabajo.

—Me solidarizo con su desgracia, o con usted, no estoy seguro del uso correcto —dije, componiendo un gesto de pésame, y acompañé mis palabras de un sonoro golpe en el pecho que me hizo toser—. Dicho esto, le informo de que la verificación de un recuerdo concreto tiene un precio de 1000 dólares, mientras que si desea una verificación de una sucesión de recuerdos la tarifa asciende a 5000 dólares por cada mes de vida que quiera recuperar.

—No creo que el niño recuerde tanto —se emocionó el anciano—. Lo único que hemos conseguido averiguar hasta ahora es que, al parecer, fue víctima de un laúd.

—Qué crueldad. ¿Han detenido al músico?

—No he dicho laúd, sino alud —me corrigió, y yo no discutí porque el cliente siempre tiene la razón, si paga por ella—. Un alud de nieve. En Sierra Nevada. O eso dice él. Pero lo que yo quiero saber es si recuerda algo de su vida anterior al desdichado suceso, aunque los médicos ya me han advertido de que sufre una amnesia nihilántica pseudovácuica, que vaya usted a saber lo que es, y que la recuperación es imposible de no mediar un milagro, en cuya existencia ellos no creen por cuestiones religiosas. En fin, los médicos lo dicen y yo me lo creo. Si todos procediéramos así, nos ahorraríamos muchos disgustos y otros tantos juicios por negligencia. Pero no divaguemos más: voy con prisa —y al decir esto miró en derredor suyo como si la prisa fuera un ser material y lo estuviera persiguiendo—. Lea usted algunos recuerdos al azar, digamos diez. Si yo no aparezco en ninguno de ellos, esta misma noche me agencio una mulata.

Me froté las manos por debajo de la mesa y rogué para que don Agamenón no se hubiera marchado todavía a casa, y pudiera así contemplarme trabajando

fuera de horas y recaudando diez mil dólares, a los que él podría dar el destino que su buen juicio le dictara. Quizás se decidiera a ponerle respaldo a mi silla, quién sabe.

Di por concluida la cháchara y senté al joven en el taburete de trabajo mientras él proseguía contemplando en actitud extática el comunicador personal de mi oreja, o el anillo proyector, o incluso mis austeros zapatos de rutherfordio. La lectura mnemónica resultó, como había pronosticado el beatífico longevo, un caos. Verifiqué el accidente con la avalancha de nieve, que aparentemente había sepultado al paciente hasta que perdió el conocimiento, y rescaté acto seguido los diez primeros recuerdos que encontré anteriores a ese instante. En general eran situaciones estrambóticas que vinieron a confirmar la anarquía sindicalista que gobernaba su mente, y en la que sus neuronas se conectaban dentro de una orgía de sinapsis y mielina adulterada. A pesar del galimatías, existía un cierto hilo conductor que enhebraba todas las escenas: sus recuerdos incluían siempre la visión más o menos nítida de diversas partes de la anatomía femenina. El sujeto pellizcando una nalga, el sujeto columbrando la puntilla de un sujetador, el sujeto evaluando la firmeza de un muslo, el sujeto hipnotizado por el bamboleante ir y venir de unos pechos... Y todo ello mezclado con elementos oníricos o extraídos de películas antiguas, como televisores de plasma, automóviles de gasolina e incluso un perro suelto. Eso por no hablar de algunas actividades que entrarían de lleno en el terreno de lo delictivo: el sujeto con una botella de vino, el sujeto fumándose una tagarnina, el sujeto comiendo chorizo, el sujeto friendo un huevo.

—Lamento comunicarle que su hijo no recuerda nada coherente —concluí, una vez terminado el examen—. Y es una pena porque, a juzgar por los retazos de memoria que he transcrito, se ve que la criatura era una joya.

—¿No aparece nada medianamente reconocible? —insistió el anciano con más nervios que pena—. Ya no digo yo, que a fin de cuentas sólo soy su padre, pero ¿no ha podido usted vislumbrar algún actor famoso, quizás un cantante popular, qué menos que cualquiera de nuestros incorruptibles periodistas?

—Lo siento.

—¿Un futbolista?

—Nada.

El vejete se tomó una breve pausa para lanzar un suspiro.

—Qué le vamos a hacer —se lamentó sin mucha convicción—. Contra mi voluntad, me entregaré a partir de hoy al vicio y la depravación hasta donde me lo permita mi desahogada cuenta corriente. Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo. No le entretengo más.

Y casi arrancando al jovenzuelo de las sondas y conexiones que todavía recubrían su cabeza, dejó unos billetes sobre la mesa y salió apresuradamente de mi *productivity box*. Antes de que lo hiciera, y todavía obnubilado por la contemplación del dinero, conseguí deslizar en los bolsillos de los dos visitantes sendas tarjetas de visita de cartulina, lo que esperé que interpretaran como un signo de elegancia y de gusto por lo tradicional.

—Siempre a su servicio, día y noche. Si lo desea —pude añadir, casi gritando, antes de que la pareja desapareciera por la puerta del edificio—, puede pasar a recoger la traducción a partir de mañana. ¿Formato binario o cuántico?

Pero lo único que recibí como respuesta a mi amable interés fue el silencio más absoluto, si descontamos el bufido de las tomas de aire, el ronroneo de los bancos de datos, la chicharra de las sondas antiácidos, el traqueteo de los ascensores, y el trasiego de cubos y fregonas que las señoras de la limpieza habían desplegado por los pasillos, puesto que ya se había cumplido nuestra hora de salida, la cual, por providencia de don Agamenón, coincidía con la de entrada de aquéllas. Regresé, pues, a mi cajuela y me dispuse a dejar que transcurrieran algunos minutos más para demostrar mi compromiso con la empresa. Era éste una suerte de pacto tácito que observábamos con rigor todos los empleados, algunos de nuestros jefes, y ninguno de los directivos, y que nos obligaba a salir del edificio siguiendo una complicada secuencia de pasos adelante, detenciones, y carreras, que todos debíamos memorizar desde el primer día con el fin de evitar que las torres de protección ciudadana detectaran nuestra presencia y registraran nuestra hora real de salida, lo que situaría a don Agamenón en un intolerable compromiso ante las autoridades laborales que podrían deducir que nuestro líder nos obligaba a hacer horas extras no remuneradas cuando, en realidad, nuestra prolongada permanencia en la empresa era voluntaria, y sólo se veía incentivada, si así puede llamarse a este simbólico gesto, por la promesa de don Agamenón de no despedir al día siguiente a todo aquel que hubiera trabajado al menos dos horas gratis.

Cumplido el trámite, y tras abandonar el edificio junto a mis compañeros mediante el complejo ritual ya mencionado, me comuniqué como todos los días con mi Diseñador de Estados Físicos Óptimos o DEFP para que me indicara cómo debía regresar a casa. Dado que el día anterior me había permitido utilizar el autobús, en esta ocasión me recordó una vez más los resultados de una reciente investigación que demostraba los prodigiosos efectos sobre el páncreas provocados por la práctica de la carrera a la pata coja, siempre que fuera sobre la pierna izquierda, ya que de hacerlo sobre la pierna derecha se aumentaba el riesgo de padecer piedras en el riñón. Así que me recogí la corbata, fruncí el vuelo del pantalón, y me dispuse a mejorar mi salud empleando el carril patacoja que el ayuntamiento, siempre pendiente del bienestar de los ciudadanos, ya había dispuesto desde hacía unos meses en las principales calles de la ciudad. Mientras me desplazaba sobre él, prácticamente solo, reflexioné sobre el paralelismo que existe entre la libertad sin precedentes que nos ofrece nuestra sociedad postneosupraliberal y las vías públicas, en las que la calzada se encuentra dividida en múltiples carriles que permiten a los ciudadanos elegir aquel que mejor se adapte a sus deseos. Así, tenemos carril bici, carril bus, carril patinete, carril reptante, carril salto de la rana, carril trote, y, ahora también, carril patacoja. Todos ellos, además, disponen de mucho más espacio del que demandamos los, por otra parte, escasos ciudadanos que creemos firmemente en las ventajas de dichos medios de transporte. Porque, para desesperación de nuestros regidores y sorpresa de los psicólogos, y a pesar de las variadas opciones que el gobierno pone a nuestra disposición para facilitar nuestros desplazamientos y mejorar nuestra salud, siempre es el carril coche el que se encuentra abarrotado, y eso que con el tiempo su anchura se ha ido recortando hasta obligar a los fabricantes a diseñar automóviles en forma de macarrón.

Sea como fuere, y vigorizado por el ejercicio, aunque también empapado en sudor y polen puesto que el verano arreciaba, llegué saltando primero a mi CID, después a mi calle, y finalmente a mi portal. Y fue en ese preciso instante, pienso ahora en retrospectiva, cuando todo empezó.

## CAPÍTULO 11

Apenas había atravesado el zaguán cuando escuché un alarido cuya procedencia no pude identificar de inmediato, puesto que el contraste entre la luz de la calle y la penumbra del interior me había dejado momentáneamente cegado.

—¿Quién anda ahí? —grité aturdido—. ¡No me hagan daño! ¡Yo también creo que el reparto de la riqueza es completamente injusto!

—Acaban de traer esta carta para usted, señorito.

Quien hablaba con tan peculiar retintín era, por supuesto, la portera, que tras haberme lanzado primero un grito había salido después de su garita para obstaculizarme el paso hacia el ascensor. A medida que mis ojos se acostumbraban a la semioscuridad, pude distinguir mejor a la señora Domitila, y observé que llevaba en la mano un misterioso papel al que se aferraba como si hubiera sido víctima de una descarga eléctrica.

—Gracias, señora Domitila —contesté—. ¿Acaso está estropeado el buzón?

—No ha llegado por los conductos ordinarios, si se me permite la expresión. Me la ha entregado un tipo que, por cierto, y salvadas las distancias, se daba un aire al último ganador de «Un hígado para el mejor» a quien, según dicen algunos rumores de los que se han hecho eco en el telediario de hoy, se le relaciona con la famosa actriz y no menos contrastada pelandusca Natalia Nodd, la cual, por si usted no lo sabe, está de visita en nuestro país y ha exigido que le sea servida fruta fresca diez veces al día.

—Fascinante. ¿Me permite? —pregunté, dando por terminada la conversación e intentando abrirme paso hacia el ascensor.

—¿No le parece sospechoso? —me interpeló la portera, desplazándose al

mismo tiempo hacia la pared e interrumpiendo con su chinela de conejo mi ágil movimiento anterior.

—¿Qué debe parecerme sospechoso?

—Que alguien quiera escribirle a usted, y que además prescinda del eficaz servicio público de correos, si se me permite la expresión.

—Si no recibo correspondencia habitualmente —me apresuré a responder, y de inmediato me sentí como un imbécil por tratar de justificarme con una subalterna— es porque todos mis conocidos se comunican conmigo a través del comunicador personal.

—¿Y si le dijera que la llegada de la carta coincidió con una misteriosa avería en la torre de protección ciudadana, vulgo piruleta, de la calle?

—¿Y usted cómo sabe que la torre se averió?

—Porque, cumpliendo con mi deber de portera, he llamado a la policía en cuanto ese individuo se marchó, por si nuestras fuerzas de seguridad pudieran considerar oportuno hacerle un seguimiento e inclusive detenerlo. Pero al intentar identificar su adeene, el agente que me atendía se encontró con que la torre no respondía a sus órdenes, y eso que, según pude averiguar durante nuestra conversación, no era un agente pelado, si se me permite la expresión, sino que llevaba cinco años de cabo y se había presentado ya dos veces al examen de teniente, no habiendo podido aprobarlo debido a problemas familiares que distrajeron su atención durante las semanas previas a la prueba, y que al parecer estaban relacionados con un cuñado melenuado que se empeña en haraganear y que mantiene a su mujer en un sinvivir. A los pocos minutos ya funcionaba.

—¿El cuñado melenuado?

—No, la torre de identificación. Pero yo ya había perdido de vista al tipo que trajo la carta, y no pude darle ninguna referencia al agente cabo para que lo localizara.

La llegada del ascensor fue mi salvación. El ruido distrajo a la portera, que se giró presta de modo que, al hacerlo, descuidó su flanco derecho. Salió de la cabina el vecino del tercero izquierda, y dado que éste se había mudado recientemente y era un tipo algo siniestro que rara vez salía o entraba, y que ambos hechos impedían a la portera cumplir con los deberes que juró al abrazar su profesión, a saber, criticar a los vecinos y cotillear como un loro, la señora Domitila tuvo un momento de duda que yo me apresuré a aprovechar

antes de que reaccionara. En un movimiento que integró el todo con las partes, me escurrí por el hueco, le arrebaté la carta que todavía protegía con su espalda, saludé al vecino del tercero izquierda, y me deslicé en el interior del ascensor antes de que la puerta se volviera a cerrar. Pulsé el botón apresuradamente para no dar tiempo a un posible contragolpe de la portera y, sintiéndome a salvo cuando la cabina comenzó a elevarse, examiné el sobre blanco y bastante arrugado en el que, por lo demás, no había ninguna otra seña que mi propio nombre y dirección.

Quizás imbuido del misterio que la señora Domitila había querido ver en todo aquel asunto, tuve que admitir que en verdad resultaba sospechoso el hecho de que aquellos datos estuvieran escritos a mano, como todavía era costumbre en otros siglos, y también en el nuestro entre aquellos proscritos que no desean ser reconocidos por el código personal que las impresoras micro-graban en cada letra. Cuanto más lo pensaba, más me convencía de que la operación, en general, resultaba de lo más irregular: un sobre escrito a mano, sin señas del remitente y entregado por un individuo que no se identifica y que tampoco deja dirección alguna a la que dirigirse si, como bien pudiera haber ocurrido, el destinatario, o sea yo mismo, hubiera rechazado el envío. Y, por si todo eso fuera poco, la torre de protección ciudadana, conocida como piruleta por su increíble parecido con dicha golosina, había dejado de funcionar en los momentos inmediatamente anteriores y posteriores al incidente, de modo que el sujeto no había podido quedar registrado en ninguna de las lecturas de adeenes. Mientras reflexionaba sobre todos estos hechos se me ocurrió que quizás, y debido al asaeteo al que me había sometido la portera, me había concentrado demasiado en arrebatarse la carta sin considerar siquiera si me convenía hacerlo. ¿Y si fuera algo ilegal?

Aunque, por otra parte, ¿qué podría haber en un pequeño sobre que resultara en sí mismo ilegal? ¡Drogas, imbécil! ¿Drogas? ¡Sí, drogas! ¡Marihuana, cocaína, unas hebras de Fortuna, una *mouillette* impregnada de Ron Pujol! ¿Y quién querría obsequiarme con drogas a mí, si mi único y mínimo vicio consistía en permitirme de vez en cuando una Cokepepsi, marca registrada de Eternal Life Inc.? ¡Pues alguien que quisiera tenderte una trampa, papanatas! Muy bien, pero ¿quién? Ya habían pasado los tiempos en los que yo era un triunfador y concitaba las envidias de todos los desarrapados del planeta. Si alguien hubiera querido acabar con mi reputación no habría

necesitado montar todo ese numerito porque, como ya queda explicado, mi camino de regreso a la sociedad sólo acababa de comenzar, y en aquellos momentos era difícil hundirme mucho más de lo que ya estaba.

Al sudor acumulado por los miles de saltos que había tenido que dar durante mi regreso a casa, se unían ahora los efluvios provocados por la tensión y el pánico. Mi aroma corporal empezaba a resultar desagradable incluso para mí mismo, que era su propietario. Dispuesto a cortar el flujo de líquidos orgánicos, aunque todavía atezado por los nervios, iba ya a rasgar el continente de tan extraño mensaje para proceder a leer su contenido y salir de dudas, cuando el ascensor se detuvo en mi rellano. Abrí la puerta y, como sospechaba, me encontré de nuevo a la portera, que no sólo había subido los cuatro pisos con una velocidad impropia de su edad, sino que lo había hecho cargada con un cubo y el mocho que ahora fingía utilizar para fregar las baldosas que me separaban de la puerta de mi casa, y que no habían visto el agua durante los últimos cinco años.

—Así que —me dijo sin levantar la vista del terrazo—, ¿era algo importante?

—No lo sé —contesté pisando sin miramientos el tramo fregado y, más que húmedo, pringoso por la mezcla del líquido con la costra que comenzaba a disolverse en él—. Todavía no la he abierto.

—¿No esperaba ninguna carta, entonces?

—No, no esperaba ninguna carta. Pero eso no quiere decir que haya de ser por fuerza algo turbio o irregular. Mucha gente utiliza cartas de papel, y todavía hay quien escribe a mano. Existen personas a las que les gusta mantener tradiciones de otros tiempos.

—Sí, se les llama delincuentes.

—No, señora Domitila, se les llama nostálgicos o también horteras. Y ahora, si me permite, me gustaría entrar en mi casa.

La portera se llevó el dorso de la mano a la frente en actitud extática.

—Si es que no la dejan trabajar a una. Pues sepa usted que...

—¡Por favor! —atajé por fin con energía, pues aprendí por parte de madre que al servicio hay que tratarlo con firmeza—. He tenido un día muy fatigoso. Continuaremos esta interesante charla en otra ocasión, si no le importa.

Y dicho esto, abrí la puerta de mi casa y me metí en ella sin ni siquiera darme la vuelta.

Lo que me encontré en el interior de mi morada, y que no fue otra cosa que los muebles y enseres que me encuentro todos los días cuando abro la puerta, apenas merece reseña alguna. Vivo, como ya habrá quedado claro por la falta de respeto con la que se comporta el personal de intendencia, en uno de los llamados CID intermedios. Es cierto que gracias al fallo absolutorio del juez Pera habría podido, teóricamente hablando, claro está, regresar a mi casa en el CID del Barrio de Salamanca, junto a las familias que en su día me sonreían cuando coincidíamos en la panadería, y bajo la protección de los onerosos policías privados que me saludaban apoyando los dedos sobre las viseras de sus incólumes gorras negras. Pero, ¿qué autoridad puede tener el fallo de un juez frente a catorce tertulianos capitaneados por Javichu Depy? La realidad es que uno no puede vivir en un barrio que está por encima de su Registro de Adeene Personal, o RAP. Yo quise intentarlo, y, dado que tras el divorcio mi mujer se había quedado con el chalé del CID de Soto de Trepas, cuando el juicio concluyó regresé a la casa que poseíamos en Lagasca. Pero desde que me instalé en ella no faltó un día en el que alguno de aquellos inoxidables policías me detuviera por la calle para pedirme mi identificación mientras me apuntaba con su lector de RAP portátil. ¿RAP, por favor?, me decían mirándome a los ojos sin pestañear, como si nunca antes nos hubiéramos visto. Y yo recitaba la letanía, consciente de que no era aquello lo que en realidad buscaban.

—04-D65-726-361, *also known as...*

Y el policía me lanzaba una mirada de desprecio y me decía: ahórrese el AKA, que tengo otras cosas que hacer, o qué se cree, venga, puede usted continuar, vamos, circule, no me hagan grupos, aquí no hay nada que ver, vamos, que le meto un paquete que no veas, etcétera, etcétera.

Para quien no haya pasado por este desagradable trance quizás resulte difícil de entender, pero cuando uno viene de estar, por así decirlo, en el Everest de la sociedad, cuesta mucho soportar el trato despectivo de los vecinos, el acoso permanente de las fuerzas del orden y, por qué no decirlo, las patadas en las espinillas de los niños. Por eso me apresuré a vender, o a malvender, mejor dicho, mi lujoso dúplex y me mudé a un CID intermedio, donde nadie pregunta a nadie, salvo las portereras, claro está, que para eso son portereras, y donde nadie te propina patadas en las espinillas porque, por supuesto, las familias con niños no viven en los CID intermedios.

Sea como fuere, el caso es que me encontraba por fin dentro de mi casa, dispuesto a abrir de una vez por todas el maldito sobre para rascar así la curiosidad que la portera había espolvoreado sobre mi psique y que no me dejaba ya pensar en otra cosa.

También, todo sea dicho, quería dejar de sudar. Así que me encaminaba ya hacia el salón mientras metía el dedo por uno de los dobleces, cuando el videoguol se encendió y la femenina voz del contestador me saludó a través del sistema dodecafónico Sanders, marca registrada de N'Joy Corporation, que en su día me había regalado el Director Adjunto de Artes Menores como muestra de su agradecimiento por mi contribución a la Literatura, y también como prueba de su capacidad de soborno, pues no mucho tiempo después de ofrecerme aquel agasajo me vi obligado a escribir un soneto para la boda de su sobrino.

—¡N'Joy! —dijo, como siempre, el aparato al encenderse. Y después añadió—: ¡Regocíjese, no más!

—¿Por qué me hablas en mexicano? —le pregunté, intrigado por aquel nuevo acento.

—No lo sé, cuate. ¿Reconduzco a otro ajuste?

—Español.

—¿Burgalés?

—Últimamente te desajustas mucho, tú.

—Avisaría al servicio técnico, pero este mes tu peculio no permite alegrías —me recordó el aparato.

—La casa nueva: he tenido que pagar por adelantado al lampista y al carpintero. Ya te arreglarás el mes que viene. ¿Algún mensaje?

La sensual dicción del contestador tosió para aclararse la voz y después me informó de que tenía un requerimiento urgente de comunicación firmado por mi ex amada ex mujer. El requerimiento estaba acompañado de un brevísimo texto que decía: vas a acabar con mi salud.

Dejé, pues, la carta para mejor ocasión, puesto que por muy fiera que pudiera ser la amenaza oculta en el interior de aquel misterioso sobre, nunca podría ser más temible que una nueva demanda por parte de mi ex adorado ex cónyuge. Llamé. Mi ex media naranja apareció en la pantalla a la orilla de la piscina de nuestra ex casa, o ex nuestra casa, mejor dicho, de Soto de Trepas.

No se veía a Foom por allí. Ponderé la posibilidad de que hubiera elegido

a posta esa ubicación para poner de manifiesto, por contraste, mi descenso social, y situarme así desde el comienzo de nuestra conversación en una posición de desventaja psicológica.

Me puse a la defensiva, pero sin demostrarlo, como siempre me aconsejaba mi Experto de Apoyo en Conflictos o EAC, pues ello habría implicado aceptar mi supuesta inferioridad ante ella, lo que me habría sumido en una nueva y doble inferioridad. Me ubiqué, pues, junto al mueble-bar, calculando que en ese encuadre ella recibiría la mejor imagen posible de mi modesta residencia, y fingí estar la mar de bien sirviéndome un zumo de champiñones.

—¿Querías hablar conmigo, querida? —dije, empleando el mismo tono que Tullius Grim utiliza cuando interpreta papeles de fiscal de distrito y pretende dar confianza al acusado.

Observé entonces en la imagen que la barbilla de mi ex alma gemela comenzaba a temblar frenéticamente, cosa que atribuí primero a algún efecto secundario de su última y todavía reciente operación de cirugía estética, y después a su verdadera causa: un compungido estado de ánimo. En efecto, apenas abrió la boca para intentar hablar, dos lagrimones se deslizaron sobre su recién estrenado cutis de polietilhidroxicarbonato y, tras surcarlo de norte a sur, se precipitaron sobre el suelo de mármol que nos había instalado su cuñado por el doble del precio que habría cobrado un albañil neutral.

—¡Oh, Dios mío! —dijo por fin, echándose a llorar—. ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

—¿Ocurre algo, *darling*? —pregunté para contemporizar, pues su reacción me había dejado fuera de juego.

—¡La niña! ¡Es la niña!

—¿Qué le pasa a la niña?

—¡La niña se ha fugado!

—¿Otra vez? ¿Se ha fugado de casa?

—¡Pues claro, imbécil! ¡De casa! ¡De esta casa! —Y añadió, con soterrada saña—: ¡De mi casa!

Mi ex desposada me informó entonces de que, al regresar aquella tarde a su hogar, antes nuestro hogar, se había encontrado con una extraña quietud que la había puesto en alerta. En pleno verano como estábamos, era frecuente que la niña invitara por las tardes a algunas de sus amistades, por lo demás tan

ociosas como ella misma, a compartir las instalaciones recreativas del jardín cuya construcción había financiado yo en su día. Su madre, mi ex mujer, quiso pensar en un primer momento que quizás la niña había decidido dedicar aquella tarde al estudio y la meditación, e incluso se aventuró a imaginarla vestida con el bonito uniforme de graduación, y quiso creer que pronto el título universitario estaría colgado por fin en el saloncito de verano, para envidia cochina de todas las vecinas cuyos hijos todavía andaban por sexto o séptimo de carrera, lo que quería decir que tendrían que esperar corroídas por la pelusa al menos cinco o seis largos años para poder decorar sus saloncitos con idéntico papelajo.

—Cariño —me atreví a decirle llegados a este punto—, estás divagando.

—Mira quién habla. Pero vamos a lo que vamos.

El caso es que tan halagüeños pensamientos la tuvieron entretenida durante bastantes minutos, los que de hecho empleó en recorrer la casa y comprobar tras la inspección de todas las habitaciones que la niña no estaba tampoco en el interior del chalé.

Algo alarmada ya, pensó en llamar a algunos de los padres de sus amiguitos, por si se le había olvidado que aquella tarde se celebraba algún cumpleaños, comunión o bautizo. Y fue entonces, al acercarse al videoguol, cuando éste detectó su presencia y le hizo saber que tenía un mensaje personal y privado, si es que existe alguna diferencia entre ambos términos. Estupefacta, escuchó la voz de nuestra hija comunicándole que abandonaba el hogar materno. La razón, aunque indeterminada, parecía estar relacionada esta vez con un individuo que respondía al nombre de Johnny y que, a decir de la niña, tocaba unas baladas a la guitarra que, textualmente, hacían que se te cayeran las bragas al suelo. Terminaba el mensaje con un suspiro y una llamada al amor universal, a la paz, y a una reducción de los tipos de interés interbancarios que permitiera a los jóvenes acceder a una vivienda donde consumir su amor sin necesidad de protagonizar ridículas fugas.

—¿Qué vamos a hacer? —concluyó, por fin, mi ex costilla echándose de nuevo a llorar, y enjugándose las lágrimas con un carísimo pañuelo de Franco Tancretti, marca registrada de N'Joy Corporation.

Pasé por alto el arrebató de mi ex pareja y esperé a que cesaran sus sollozos antes de hablar. Cierto era que, al parecer, en esta ocasión la fuga estaba durando más tiempo del habitual. En el pasado, muchas veces la niña

había regresado a casa antes incluso de que su madre, o yo mismo en su día, hubiéramos podido ver el mensaje de despedida en el videoguol. Pero, con todo y eso, la situación no semejaba tal que mi astucia y templanza no pudieran afrontarla con muchas posibilidades de éxito.

—Creo que en este caso podemos dejar las reflexiones a un lado y pasar directamente a la acción —aseveré, todavía de pie junto al mueble-bar aunque de buena gana me habría sentado en el sofá hacía rato si no fuera porque todavía no había limpiado la mancha del yogur que se me había caído dos días antes, y no deseaba yo que tan ignominiosa cochambre se proyectara en el videoguol de mi ex cuchicuchi para regocijo suyo—. Las torres de protección ciudadana registrarán su adeene y, por lo tanto, su posición. ¿Has llamado a la policía para que procedan a ejecutar dicho plan?

—¡Claro que he llamado! —me espetó mi ex cosita, mutando su aspecto afligido en otro más, cómo decirlo, apocalíptico—. Se han limitado a tomar nota de su adeene y a añadirlo a la lista de personas desaparecidas y vehículos robados. Técnicamente ya es mayor de edad, aunque sólo haga unos meses que cumplió los treinta y cinco. Estoy segura de que si se tratara de alguien importante —añadió, subrayando esta última palabra y pulverizando con la saliva de la «p» el resto de las sílabas— removerían Roma con La Coruña. La niña ya estaría en casa si fuera la hija de un prócer, un periodista o un cantante melódico o un concursante de televisión, pongo por caso, pero siendo como es la hija de un prófugo, ahora su adeene comparte espacio foliar con la matrícula de un Volkswagen Escarabajo —y volvió a entregarse al llanto.

—Yocasta —la apelé—, no soy un prófugo, y estoy harto de que me trates como a un delincuente. El juez Pera...

—¡El juez Pera es un mindundi, como todos los jueces! Más te valdría haberte tomado unas Cokepepsis con Javichu Depy, haberle peloteado un poco como hace todo el mundo, y pelillos a la mar. No nos veríamos ahora en estos barro, que provienen de aquellos fangos. ¿O era de aquellos lodos? De una cochinada, en cualquier caso.

Me apoyé en la barra del mueble-bar para evitar que se me durmiera la pierna izquierda, y reconduje la conversación.

—¿Has hablado con alguno de los amigos de la niña? ¿Alguien sabe quién es el tal Johnny y adónde pueden haber ido?

—Será uno de esos adolescentes melancólicos que recitan a poetas

antiguos, como... como... —y encogiéndose de hombros prosiguió—: Bueno, poetas de esos que dicen «cuando me vaya de viaje, tú serás todo mi equipaje». Y toca la guitarra.

—*Sweetheart*, me temo que estamos ante un simple caso de estupidez juvenil, valga la redundancia. A fin de cuentas, tú lo has dicho, la niña sólo tiene treinta y cinco años. ¡Pero si sólo está en cuarto de postgrado! Todavía le falta el *master*, el *executive internship*, y el *professional qualification program*. Criaturita... Volverá en cuanto pase una noche sin su patito de goma.

—¿De verdad piensas eso? —me preguntó mi ex *partenaire*, con la irresistible ingenuidad que transmite cuando habla hipando, y mientras retorció nerviosamente unas petunias que había arrancado del arriate que con tanto cariño había construido yo durante los fines de semana.

—Claro, churri *darling*. Y si no vuelve por el pato de goma, volverá cuando compruebe que no dispone de fondos, puesto que voy a proceder a cancelar su línea de crédito *ipso facto*. Lo de *ipso facto* es un decir, claro está, puesto que los bancos sólo abren de diez a once y por lo tanto tendré que esperar a mañana para dar las oportunas instrucciones. Es más, daré orden también para que me informen de cualquier intento de utilización de su cuenta personal. —Y para terminar de reconfortar a mi ex terrón de azúcar, añadí—: A ver si el guitarrista poeta puede mantenerla más de veinticuatro horas. No te preocupes. Yo me encargo.

Continué intentando tranquilizarla durante unos minutos más y, tras recomendarle que se tomara algunas cajas de Stress-less, marca registrada de Eternal Life Inc., me despedí de ella con un sonoro ósculo. A fuer de ser sincero, he de reconocer que ni yo mismo me creía todo lo que le había dicho. La lógica era la que articulaba mis palabras, pero en mi interior no podía evitar aventurar las más negras perspectivas. Todos los días leemos en los periódicos noticias sobre perversos que abusan de jovencitas desvalidas, sin importarles que éstas, como era el caso de mi hija, ni siquiera frisen la cuarentena. Esos desalmados seducen a las niñas sin parar mientes en el irreparable daño que causan en el frágil espíritu de una persona todavía en construcción. Sí, he de reconocer que consideré esa posibilidad, pero me tranquilizó el hecho de que mi ex panal de miel hubiera mencionado que el tal Johnny era también un adolescente. No era probable, pues, que su mente estuviera ya contaminada por las perversiones lúbricas que azotan a la

segunda e incluso a la tercera edad, por no hablar de los viejos verdes. Dos treintañeros enamorados; dos adolescentes con sus corazones palpitando; dos chiquillos obnubilados por el sedoso velo del amor. ¿Puede existir algo más bello, excepción hecha de las roqueñas nalgas de Natalia Nodd, si así nos ponemos?

—Por cierto —apuntó mi ex amorcito cuando yo ya estaba a punto de colgar—, ¿qué narices es ese papel que llevas en la mano todo el rato? ¿Es un pañuelo? ¿Estás resfriado? Lo estás poniendo perdido de zumo de champiñones.

—No es nada, *my love*. Hala, descansa y déjalo todo en mis manos. Te llamaré en cuanto sepa algo, que confío será pronto.

La carta estaba ciertamente pringada del espeso líquido. Procuré secarla un poco mientras reflexionaba sobre la sensatez de mi propio plan y me sentaba, por fin, en el sofá. Desde luego, si la policía no estaba dispuesta a esforzarse un poco más, la única alternativa era el banco. Bien es cierto que mi cuenta corriente había conocido épocas más gloriosas, especialmente antes del divorcio, pero todavía estaba lo bastante lustrosa como para que pusieran a un becario a trabajar gratis para mí durante unas horas. A fin de cuentas, para eso están los becarios. En cuanto la niña se viera en auténtica necesidad y quisiera comprar, pongo por caso, el último disco de Los Latinos Divinos, marca registrada de N'Joy Corporation, yo conseguiría saber su localización en menos de un minuto. No era el mejor plan, pero era el único que podía permitirme. Aunque me doliera reconocerlo, tenía que admitir que mi ex consorte llevaba toda la razón: con mis influencias de unos años antes, habría tenido formadas y cuadradas a diez patrullas policiales sin tener que mover más que un par de hilos. Pero, como queda dicho, yo ya me estaba acostumbrando a mi nueva vida gris, aburrida y, por qué no decirlo, un poco cutre.

O eso me creía yo. Porque, seamos sinceros: ¿hay alguien capaz de acostumbrarse a eso?

En mi caso, me bastó con leer, ya era hora, la famosa carta para darme cuenta de que, en realidad, el deseo de recuperar mi vida anterior no había desaparecido, ni mucho menos, sino que había subsistido larvado en algún rincón de mis meninges, como el bicho de la clásica Alien El Octavo Pasajero, marca registrada de N'Joy Corporation, de modo que, tras la lectura

de la mencionada epístola, salió asimismo disparado al igual que el también mencionado alienígena, pero sin dejarlo todo perdido de bilis corrosiva. El mensaje decía lo siguiente.

*Por motivos equis que no vienen al caso, puedo conseguir que se rehabilite usted no sólo como persona sino también como ser humano, el cual he cargado en su RAP una invitación para el acto, con perdón, que se celebrará esta noche en el hotel Palace, por la visita a nuestro país de la gran actriz Natalia Nodd.*

*Cosa que además está buenísima.*

*Si le interesa, personifíquese allí a las ocho de la tarde de incógnito y en el más estricto anonimato. Y en habiéndole dicho todo lo quetenía que decirle, me despido de usted esperando que se encuentre bien, nosotros bien adiós, gracias.*

*Suyo afectísimo,*

*Capricornio*

*PD: Canapés gratis para los cien primeros.*

Al concluir la lectura de la carta tuve la estremecedora sensación de que una mano helada me recorría la espalda. Y no era el sudor ya casi reseco que me acartonaba la ropa el que provocaba que me sobrevinieran aquellos repentinos escalofríos: lo que en realidad me dejó petrificado fue la visión que de inmediato se dibujó ante mis ojos tras la lectura de aquella atroz composición lingüística. Se me ofreció sólo un instante, sí, pero después ya no pude quitarme de la cabeza la ilusión de reconquistar mi antigua jerarquía. Durante un segundo me vi de nuevo en mi casa del CID del Barrio de Salamanca, frecuentando las tertulias literarias en Port Aventura, marca registrada de N'Joy Corporation, recibiendo peticiones de los grupos minoritarios más influyentes, e incluso, ¡ay quimera!, aceptando la invitación para convertirme otra vez en persona de raza negra, también llamado afro europeo o euroafricano. Desfilaban ante mis ojos los muslos pétreos de aquellas rubias despampanantes que, intentado ganarse mi recomendación ante los directivos de la todopoderosa N'Joy Corporation, acudían a mi encuentro al terminar mis conferencias en la Universidad Internacional Pato Lucas.

Sí, es cierto: fui un inconsciente, o peor, fui un miserable vanidoso ávido

de rendibúes. Pero he de decir en mi descargo, y no pretendo que ello me excuse puesto que nada debe prevalecer sobre nuestra honestidad como ciudadanos, salvo la honestidad de otros ciudadanos, y lo mismo se aplicaría a éstos para con nosotros, lo que nos conduce a un círculo vicioso, expongo pues en mi descargo que con la fatídica misiva todavía en la mano me dirigí hacia la nevera con la intención de prepararme un pisco-labis que me ayudara a meditar sobre todo lo acontecido en el día y que, habiendo abierto la puerta del frigorífico y golpeado el lateral con energía para que se encendiera la bombilla, ésta lanzó sus débiles y macilentos rayos hacia una loncha de mortadela en la que las dos aceitunas engarzadas en ella habían menguado por efecto del tiempo y la temperatura, y que, como consecuencia del golpe, aquéllas, las aceitunas, se precipitaron a través de la rejilla hasta ir a parar a un plato sobre el que descansaba un espárrago ajado por las mismas circunstancias cronotérmicas junto a un plátano dispuesto perpendicularmente a él, a modo de paréntesis horizontal, de manera que al reunirse aceitunas, espárrago y plátano reconocí ante mí, como si se tratara de una pintura rupestre compuesta por una imperita civilización vegetariana, la mueca de una cara sonriente que parecía decirme: acude a la cita, vuelve a tu vida anterior, imbécil, acuérdate de los esféricos pechos de las rubias, rememora las cimbreadas caderas de aquellas mulatas, también llamadas afroeuroamericanas o afroamericoeuropeas o euroamericoafricanas, deja esta porquería de vida que llevas, hombre, que das pena, qué digo pena, das asco, que eres patético, qué digo patético, eres un gusano, un deshecho, so idiota, papanatas, que se avergüenza uno de ser plátano en tu nevera, o aceituna, o espárrago, qué dirían mis amigos de Tudela si me vieran contigo, pusilánime...

Y muchas cosas más me habrían dicho mentalmente aquellos vegetales si no fuera porque uno también tiene un límite y, al sobrepasarlo, me abandoné a una magra venganza tirando las aceitunas y el espárrago a la basura, y comiéndome el plátano pues todavía no estaba muy pasado. Pero no pude evitar interpretar todo aquello como una oportunidad para restaurar mi desastrada existencia y recuperar por fin el máximo nivel de confort del sistema, al que, en aquel momento lo supe sin asomo de duda, yo pertenecía por naturaleza.

# CAPÍTULO 100

Previendo que la noche pudiera alargarse, puesto que de todos es sabido que en esos cócteles se practica todo tipo de depravaciones y guarrerías a las que yo ya no estaba acostumbrado, consideré oportuno descabezar un sueñecito antes de dirigirme a la misteriosa cita. Porque, en efecto, ya había decidido acudir a ella.

A pesar de la lógica prevención que siempre me despiertan las situaciones inesperadas, no pude encontrar ninguna excusa racional que me inclinara a rechazar tan halagadora invitación. Nada había en la convocatoria que pudiera despertar recelos: un lugar público, un evento notable, y con un individuo que, a pesar de sus carencias gramaticales, demostraba saber escribir a mano, lo que lo situaba en un selecto 4,3% de la población según las últimas estadísticas.

Así que abrí la cama y me metí en ella tras decirle al videoguol que me despertara a las siete. Como era de esperar tardé un buen rato en conciliar el sueño, y de hecho terminé durmiéndome en el sofá, puesto que la excitación de todos los acontecimientos ya descritos, así como la canícula propia de la estación, apenas mitigada por estos nuevos sistemas de aire acondicionado basados en el reciclaje de restos orgánicos equinos, me crisparon hasta el punto de que decidí poner la televisión para intentar distraerme.

La voz del videoguol me recibió con la misma ilusión que muestra siempre que me acerco, y me preguntó qué quería ver. Solicité algún programa ligero, movido, y protagonizado por una tía buena. La voz del videoguol, que cuenta entre sus múltiples virtudes con la de no ser celosa en absoluto, me ofreció un elenco de actrices y presentadoras cuyos promontorios anteriores rivalizaban en volumen mientras que los posteriores lo hacían en compacidad. Inducido de seguro por la reciente lectura de la carta, seleccioné a la ninfal, y al decir de

algunos como la señora Domitila también ninfómana, Natalia Nodd, y un nuevo menú me ofreció elegir entre un concurso sobre su pasado turbio, un programa de investigación que prometía ofrecer nuevos y rastros datos sobre su adicción frutícola, un debate que reunía a todos los podólogos que la habían tratado, y por último una lista con todas sus películas, de las que sólo la primera no se ofrecía en la modalidad de pago por visión, también llamado tocomocho.

—Ha seleccionado usted una *free movie* muy rechula de la chamaca Natalia Nodd —me informó el videoguol ajustándose de nuevo, motu proprio, al modo mexicano.

Elegí, en efecto, el film gratuito de la escultural actriz y, a los pocos minutos, regulado por el metrónomo de sus nalgas bamboleantes, me dormí soñando con que la estrella del celuloide y yo compartíamos habitación, cama, y oxígeno, en una estancia refrigerada por uno de aquellos aparatos que, a decir de mis abuelos, existían en tiempos remotos y que, también según ellos, se cargaban un poco el ozono pero enfriaban la mar de bien.

Dormí con sobresaltos, puesto que las visiones postreras de la anatomía de Natalia Nodd no contribuyeron a proporcionarme un descanso reparador, sino que me transportaron a un estado priápico del que desperté tan baldado como si me hubiera pasado la siesta intentando reducir a un canguro cocainómano. Cuando abrí los ojos eran casi las siete de la tarde y el sol todavía brillaba con fuerza en el cielo. Tenía la lengua pastosa, los ojos hinchados, y el aliento tan cargado que habría podido reconstruir el plátano si hubiera dispuesto de un molde. En resumen, mi estado físico era deplorable. Sólo la perspectiva de la prometedora cita que me aguardaba consiguió estimularme lo suficiente como para hacer que me pusiera en pie y comenzara a planear mis próximos pasos.

No era, por supuesto, que el asunto de mi hija hubiera dejado de preocuparme, aunque no era menos cierto que con su misma edad yo ya había terminado mis estudios, estaba casado con mi actual ex mujer, y tenía una hija que años después se dedicaría a fugarse de casa para terminar sentada a la sombra de un pino escuchando melancólicas baladas compuestas por un cantautor harapiento. Hoy día la juventud está un poco consentida, pero qué le vamos a hacer. En mi época las cosas eran distintas, y mis padres me contaban que en la suya la formación del individuo se limitaba a carrera, postgrado, máster, y postmáster, por no hablar de los tiempos de mis abuelos en los que a

los treinta años ya te ponían a trabajar sin tener en cuenta la explotación infantil ni los derechos humanos.

Sea como fuere, lo cierto era que nada podía hacer hasta que el banco abriera al día siguiente, así que para tranquilizar mi conciencia paterna quise convencerme de que si conseguía devolver mi reputación al lugar en el que había estado, lo de la niña se resolvería en un decir Jesucristo, marca registrada de N'Joy Corporation. En cierto modo, me justifiqué, mi asistencia a la recepción del Palace podía ser un primer paso hacia mi reconquista social y, con ella, hacia la recuperación inmediata de mi hija. El solo pensamiento de esa posibilidad hizo que mi vida pasada desfilara ante mí como en fractales renderizadas: mi antiguo despacho de maderas nobles, mis intervenciones en los más peliagudos asuntos de Estado, mi popularidad, mi éxito literario, mis revolcones con lectoras de todas las edades y colores, mi encumbramiento como punto cardinal de la intelectualidad del momento, como adalid de nuestros valores democráticos, como epítome de la civilización occidental. También vi en ese nostálgico desfile, por supuesto, a Javichu Depy, al juez Pera, al tipo que me compró el dúplex por la mitad de su valor y cuya cara de regocijo no olvidaré jamás, a la señora Domitila, y a la imagen de un agujero negro que interpreté como una metáfora de mi interminable caída por los acantilados de la vergüenza.

Como consecuencia de este repaso sinóptico de mi existencia, me quedé sumido en un extraño estado de ánimo, en el que convivían tan ricamente la más profunda melancolía con el más sanguinario rencor, siendo el casero de tan singular pareja un incontenible afán de venganza. Y en tan abstrusa situación habría permanecido de no haber sido por el videoguol, que, al no haber sido desactivado, se empeñaba en emitir recordatorios de mi cita cada cinco minutos. Así que después de todas esas cavilaciones que cualquier psicoanalista, incluso europeo, habría interpretado como una simple maniobra de autojustificación, me dispuse a elegir vestuario para mi inminente cita. Tanto tiempo fuera del circuito de vividores y profesionales del alterne me hizo dudar sobre la indumentaria más adecuada, así que opté por consultar a un Consejero de Proyección Exterior del Yo, o CPEY. Mis finanzas, como bien me había advertido antes el videoguol, no estaban boyantes, pero la ocasión merecía un esfuerzo.

—Quiero dar la campanada —le dije a la pantalla del salón—: búscame

un CPEY.

—¿Perdón?

—Cada vez estás peor. Digo que necesito un consejero de...

—¿No será muy caro?

—¡Basta! ¡Ya decidiré yo lo que es caro o no! He dicho que quiero un consejero, y tendré un consejero. Con un par.

—¿Moderno? —intentó precisar la aterciopelada voz.

—No, no, es una fiesta seria. Búscame uno como los de antes, decentes.

De repente, un tipo malencarado y con aspecto portuario ocupó la pantalla y me miró con odio. Sobre la espesa pelambreira que dejaba al descubierto su camisa desabrochada, levitaba, más que se apoyaba, un crucifijo dorado. Quizás, pensé, debería considerar la compra de un videoguol nuevo: para mi desgracia, la máquina había malinterpretado mis instrucciones, y ahora se ofrecía ante mí, según rezaba el RAP sobreimpreso, un hostelero, con un bar, y con antecedentes. Huelga decir que antes de que pudiera abrir la boca, el sospechoso individuo ya había leído a su vez mi RAP y procedido a cargar en mi cuenta el coste de varias cajas de Cokepepsis, marca registrada de N'Joy Corporation. Una vez consumada la transacción, soltó una risa sardónica y desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido.

La provocativa voz del videoguol se extrañó ante la brevedad de la llamada y se ofreció a reestablecer la comunicación. Se lo prohibí taxativamente y, después de amonestarlo otra vez por sus deficiencias técnicas, me fui a mi habitación dispuesto a elegir yo mismo la ropa mientras asumía la pérdida de los quinientos dólares. Supuse que, dado el motivo de la recepción, los invitados acudirían con sus mejores galas. Delante de mi modesto pero estiloso guardarropa, consideré con cierta tristeza que de ser yo una mujer habría podido optar por una chilaba lisa, o un pantalón de lamé, o una chaqueta a rayas, o unas bermudas brillantes, o una camiseta de malla, o unas sandalias anfibias, pero que siendo como era yo un varón ese tipo de veleidades no me estaban permitidas, y mi capacidad de elección en estas ocasiones se reducía a decidir sobre los gemelos que acompañarían al traje, la corbata y los zapatos negros.

Soporté con indiferencia el escarnio que me infligió la señora Domitila, la cual se despachó a gusto con ingeniosas comparaciones sobre mi aspecto, y alcancé la calle cuando el sol todavía asomaba por encima de las azoteas.

Aunque la distancia hasta el Palace no era tal que yo no pudiera cubrirla caminando, el bochorno reinante desaconsejaba esa elección, por lo que me desplacé siguiendo la perfecta perpendicularidad de las calles hasta llegar a la Avenida del Periodista López, en la que no me fue difícil encontrar un taxi. Espoleado por la promesa de una succulenta propina, el conductor desobedeció *stops*, fracturó líneas continuas, trepó por aceras y medianas, ignoró semáforos en rojo y, en definitiva, hizo valer las prerrogativas de su gremio. Con las mismas, me endosó un discurso sobre la necesidad de electrificar el carril taxi para evitar que otros vehículos pudieran invadirlo, y tuvo loas para la pena de muerte en casos justificados como el que acababa de exponer. El coche se detenía frente a la puerta del Palace justo cuando el taxista remataba la charla.

—Mucho vago es lo que hay.

—Más de los que usted supone —corroboré, no porque yo tenga problemas para contradecir a alguien, sino porque la prisa no me permitía ponerme a discutir sobre ese tema ni sobre ningún otro.

La entrada del Palace estaba de lo más concurrida, y justo cuando me disponía a cruzar el arco luminoso que habían dispuesto para dar vistosidad al sarao, un policía privado me cogió por la corbata y me llevó, enganchado como estaba yo a ésta, hacia una puerta situada en el lateral del edificio por la que salía en esos instantes un individuo con varias bolsas de basura.

—Usted por aquí —me espetó el agente.

—Señor mío, sepa usted que dispongo de invitación y que esto es un atropello. Lea mi RAP si no me cree.

—Ya lo he leído mediante este artefacto que llevo en la mano y que no es precisamente un consolador, aunque, ahora que lo digo, en qué estaría pensando el guarro que diseñó los lectores de RAP portátiles...

—¿Entonces?

—Yo sólo cumplo con mi deber, que es obedecer. Y hoy me han ordenado dos cosas: que usted entre por aquí, y que trate con chulería a todo el mundo. No me lo tenga en cuenta: sólo hago mi trabajo.

Nada tuve que replicar, claro, ante tal respuesta. A fin de cuentas el trabajo nos libera, nos purifica y nos recompensa tanto moral como económicamente. Es más: nuestra sociedad se sustenta sobre el trabajo y la verdad. Bueno, y tal vez también sobre la televisión. Y quizás sobre el tráfico de drogas. Y puede que sobre los bancos. Y a lo mejor...

—Voy a cerrar la puerta. ¿Entra?

Entré, por supuesto, aceptando la invitación del empleado que había salido con las bolsas de basura, y siguiéndolo llegué hasta una sala donde varios individuos vestidos de blanco y negro se afanaban rellenando bandejas con viandas. Uno de ellos intentó que me uniera al grupo, pero decliné el ofrecimiento alegando que podría mancharme el traje. Aproveché, eso sí, para echarme algo al estómago y aplacar así los ecos del plátano que, por otra parte, y debido a la inesperada visita matutina del anciano y su hijo amnésico que habían alterado mi horario de comidas, era el único alimento que había tomado desde el desayuno. Elegí algunos canapés bajos en triglicéridos, un par de ellos altos en fitosalininas para compensar el ácido fólico, otro rico en oligocírculos sin soja, y los complementé con un refresco de potasio hidrogenado.

Se me podrá acusar de esnob, pero no de irresponsable. Con ambas condiciones, y flanqueado por dos camareros que portaban sendas bandejas con frutas tropicales importadas clandestinamente, crucé las puertas batientes que nos separaban del salón principal en lo que supuso mi regreso a la sociedad propiamente dicha, si bien yo siempre había soñado que mi retorno sería un poco más elegante.

En cuanto cruzamos el umbral de la puerta y escuché el característico «¡N'Joy!» que acompaña siempre los actos patrocinados por esa empresa, que son todos salvo los que patrocina Eternal Life Inc., pude comprobar que en efecto había sido convocado a una reunión de máximo relumbré. Por un momento me sentí transportado en el tiempo, me sentí más joven y casi llegué a pensar que los últimos años no habían existido más que en un mal sueño. Cerré los ojos y aspiré con nostalgia el aire cargado de perfumes prohibitivos y de oxígeno en su justa proporción. Cuando volví a contemplar la sala, pude distinguir sin esfuerzo a las más ilustres personalidades del mundo cultural, representado en todas las disciplinas por sus mejores exponentes: directores, actores, actrices, productores, realizadores, e incluso un guionista que roía un hueso. Pero no sólo inventarié lo más granado de la panoplia cinematográfica, aunque sea ésta la más importante de las actividades artísticas: también divisé diseñadores de ropa, diseñadores de zapatos, diseñadores de lencería, modelos, redactores de moda, fotógrafos, y otro guionista chupeteando una pata de cangrejo. En resumen, allí estaban todos los que salían por la

televisión.

Acicateado por la perspectiva de mezclarme con semejante elenco de personajes, y también ansioso por deshacerme de la casual compañía de los camareros que tanto dañaba mi imagen, me detuve en el primer grupo que encontré. Fingí interesarme por la perorata que les estaba endosando a los demás un individuo de pelo engominado y labios gruesos. Mientras él hablaba sobre no sé qué subvención que un tal Gua, a quien tildó de soplapollas, le había denegado, yo aproveché para hacer un reconocimiento visual más detallado del teatro de operaciones, por así llamarlo. La sala era enorme, desde luego mucho más grande que toda mi casa, y mucho mayor también que los recuerdos que yo conservaba de la época en la que frecuentaba lugares semejantes. Las arañas colgaban del techo con cadenas de varios metros que, sin embargo, las mantenían muy por encima de nuestras cabezas. Cuadros, jarrones, y ceniceros de época menudeaban por aquí y por allá, engalanando paredes, mesas, y bolsillos de cleptómanos. Se escuchaban con elegante moderación las conversaciones ligeras, mezcladas con risas, tintineos de copas, y, al fondo, la música que ya interpretaba un cuarteto de cuerda.

Mi escrutinio se vio interrumpido cuando mi mirada se cruzó con la de un individuo que me contemplaba desde el otro extremo del salón. No sé por qué, pero yo había supuesto que el misterioso remitente de la carta no sería un vejete, y me lo había imaginado más bien en una digna madurez, rondando los setenta años. Máximo ochenta. Sin embargo, el tipo que me escudriñaba parecía superar ampliamente la centena, aunque estas cosas siempre son difíciles de decir a esa distancia. Su piel, por supuesto, estaba incólume, al igual que su cabello y la dentadura que me mostraba en una amplia sonrisa. Pero se apreciaba una ligera curvatura en su osamenta, y sus ojos desprendían ese brillo característico provocado por el velo acuoso que la edad teje sobre las pupilas, y para el que Eternal Life Inc. sigue buscando remedio. Sea como fuere, y mientras procedía yo a considerar estos y otros hechos, el anciano comenzó a desplegar una serie de mohines, como arquear las cejas o asomar la punta de la lengua entre los dientes, que interpreté primero como una especie de contraseña y después como lo que realmente eran: una colección de gestos obscenos con los que pretendía satisfacer a posteriori sus más depravados instintos. Aparté la vista apresuradamente cuando el abuelo ya cerraba los ojos y se frotaba con disimulo diversas partes de su anatomía, al parecer no

tan castigadas como su esqueleto. Para reafirmar mi desinterés por él, en el caso de que volviera a abrir los ojos para mirarme, procedí a intervenir en la conversación que se desarrollaba en mi grupo.

—... aunque no tanto como Alexander Liar —acerté a escuchar justo en el momento en el que me reintegraba al corrillo.

—Gran individuo, y mejor persona —dije, como apuesta segura, puesto que nadie se atrevería a discrepar de semejante juicio sobre el CEO y principal accionista de N'Joy Corporation.

—Una afirmación inteligente —me contestó un individuo vestido de rojo y con un bonete sobre la cabeza—. ¿Nos conocemos? Mi RAP es 04-2DC-6C6-56E, AKA Monseñor Leño, director de *marketing* de la Iglesia Católica. ¿Y usted? No me suena su cara, y eso que yo no me pierdo ni uno de estos cotarros. Somos siempre los mismos.

—He estado fuera —improvisé.

—Entiendo. ¿Es usted creyente? No, no me conteste. La Iglesia no se mete en la vida privada de sus fieles, y además ahora todos somos no-practicantes, menos el Papa, según dicen, así que aunque no sea usted practicante, o incluso aunque no sea creyente, si es usted católico puede ofrecer un donativo que recogeremos con la avidez que siempre nos ha caracterizado. Dépositelo en la hucha de cualquiera de las monjitas apostadas junto a las bandejas de langostinos. Y si no es usted católico, le invito asimismo a que se una a nosotros, y a que lo haga rápido puesto que este mes voy mal de altas. ¡Menudo objetivo me ha puesto el cardenal! —exclamó, dirigiéndose otra vez a todo el grupo y proporcionándome así un gran alivio—. Pero nos estamos desviando del tema. Como os decía, a mi modo de ver Alexander Liar es como Dios pero con un mejor envejecer. A los hechos me remito: si tomamos al señor Liar, con su bronceado, su sonrisa impecable, sus ojos azul cielo, sus manos de pianista, su porte distinguido envuelto siempre en trajes Filipini, marca registrada de N'Joy Corporation, y lo comparamos con ese señor barbudo, canoso, de alto colesterol y carnes flácidas que nos mira desde la cúpula de la Capilla Sistina, pues no hay color. Yo lo digo muchas veces: Buonarrotti no le hizo ningún bien a la Iglesia Católica con esa visión michelínica del Señor. Me refiero a Miguel Ángel Buonarrotti el pintor, claro está, no a Buona Roti, el cancerbero de la Juventus que tan excelente rendimiento está ofreciéndonos esta temporada. ¿Vieron el gol que salvó bajo

palos contra el Peruggia? Portentoso. ¡Qué carácter! Ese es el tipo de jugadores que necesitamos en la *vecchia signora*, y no al picha fría de Casotta, pongo por ejemplo, que no corre ni para escapar de un incendio. Pero nos estamos alejando del tema otra vez. ¿Por dónde iba?

—Dios y Alexander Liar —apuntó uno de los contertulios—, y sus semejanzas.

—Ah, sí. Eso. Me reafirmo en lo dicho: Alexander Liar es como Dios. Y, de nuevo, a los hechos me remito. Nos dice la doctrina que Dios se define por tres atributos, a saber: primero, Dios es omnipotente. El señor Liar, huelga decirlo, lo es. Segundo: Dios es omnipresente. Bueno, sobre esto pocas dudas cabe albergar gracias a la televisión. Tercero: Dios es... Vaya, ¿cuál era el tercero? Tendré que retomar la lectura del misal. ¿Omnívoro? No me suena. Bueno, lo que sea. Tanto da, porque el señor Liar cumplirá cualquier requisito que le pongamos. De hecho, a veces pienso que es extraño que sigamos teniendo fieles que crean en un ser superior de otra dimensión teniendo en esta al señor Liar. El único pero que podría ponérsele es que, a diferencia de Dios, el señor Liar no es único. Me refiero a que Arístides Pupa, su equivalente en Eternal Life Inc., acumula poderes similares a los suyos. Aunque —ponderó— también el Señor tenía enfrente al Maligno... Y me refiero al Diablo, claro está, y no a Gianfranco Maligno, el media punta de la Juve.

Viendo que todo aquello no me llevaba a ningún sitio, y algo nervioso ya al contemplar cómo transcurrían los minutos sin que mi misterioso anfitrión diera señales de vida, me aparté con disimulo del grupo. Con objeto de mostrarme a la mayor cantidad de invitados posible, me dirigí hacia las mesas sobre las que se ofrecía una completa exposición de moluscos, y junto a las que se reunía una buena parte de los asistentes con los codos disimuladamente desplegados para proteger su espacio. Me acerqué primero a un corrillo donde, a juzgar por todos los indicios, como los objetivos que colgaban de sus cuellos o los megáfonos con los que se dirigían a los camareros, se reunía un grupo de directores.

Alcancé a escuchar algunas frases sueltas, de relevancia escasa o nula.

—...Kandinsky es fantástico... Polansky es un monstruo... Billy Wilder es un *champion*... Eisenstein es un crack... el ministro es un cabrón... Gua es un imbécil... subvención... ayuda... donativo...

En el círculo vecino, unas actrices sostenían una conversación más

afectada, y pude cazar al vuelo fragmentos de charla como los que siguen.

—...Stanislavsky... superbién... supermal... supertotal... Buda... o sea... ella es más gorda... ella es más fea... ella es más baja... enseñar las tetas... cobrar más... ¿Dónde se ha metido Stanislavsky?

Estaba ya a punto de meter baza para mencionar que, bajo mi punto de vista, los percebes estaban superbuenos, cuando sentí una leve presión en el hombro que sólo podía estar provocada por una mano humana, o por un brazo articulado robótico de tercera generación recubierto de látex de máxima calidad. Resultó ser lo primero, y cuando me giré para examinar al propietario o propietaria de tan dulce extremidad me encontré con una pregunta envuelta en una pícarona sonrisa.

—¿Me concede este baile?

Debo confesar que, cuando soy yo quien toma la iniciativa en cuestiones danzarinas, suelo inclinarme por parejas menos fornidas, más jóvenes y, a poder ser, sin bigote. En este caso, sin embargo, opté por aceptar la invitación del maduro caballero considerando que quizás fuera éste homosexual, y que una negativa por mi parte podría haber sido considerada como un acto de discriminación contrario a la legislación vigente. Por otra parte, no parecía en esta ocasión que estuviera siendo víctima de un depravado, como en el caso del vejestorio anterior, sino que el caballero de cuyo brazo ya atravesaba yo el salón se movía con el inconfundible halo de quien no necesita esforzarse para obtener dinero y, por lo tanto, compañía. Así pues, no expresé ningún reparo, y juntos nos deslizamos hasta el centro de la pista esquivando a las otras parejas que ya se movían al ritmo de la música.

—¿Qué prefiere, llevar o que le lleven?

El cuarteto de cuerda atacaba una pieza de Las Raperas Rastreras, marca registrada de N'Joy Corporation, y no habían transcurrido más de dos estribillos cuando el agraciado galán acercó su boca a mi oreja con algún misterioso propósito, que rogaba yo por que no fuera el de propinarme mordisquitos.

—Si me lo permite, y por razones de confidencialidad, prefiero no dar mi nombre —me susurró, alejando mis sospechas sobre inminentes arrumacos—, así que le daré mi apellido: me llamo Chum. Y mi RAP es el 04-A6F-726-765. Esto, sin embargo, de nada le servirá a usted puesto que yo soy un simple hombre de paja, una marioneta, un fantoche, un títere, un pelele... No, no se

preocupe, no me afecta. Si viera el sueldo que tengo a final de mes le aseguro que usted mismo me animaría a proseguir con la retahíla de epítetos. Quizás incluso aportara alguno. Pero no he venido aquí para hablar sobre mi despreciable, si bien que inmensamente rica, persona. Al contrario: este asunto nada tiene que ver conmigo, y sí mucho con usted.

—¿Debo entender entonces, señor Chum...? —pregunté, comenzando a atar cabos y a relajar músculos.

—Llámeme mejor Chumillas —contestó, separando su cara de la mía y hablándome ya en tono normal—. Todo el mundo me llama así. Era el nombre de mi padre antes del Acta de los Cuatro Bytes, que lo obligó a utilizar el apócope. Sin embargo, desde mi más tierna infancia mis compañeros del Colegio Escandinavo no dejaron de recordarme mi apellido completo, aunque no para redactar mi pedigrí precisamente. Al pobre Poyatos, en cambio, nunca le apeaban la versión corta. Ya se sabe cómo son los niños: unos cabrones. No sólo se mofaban de mi apellido, sino que también hacían escarnio de este leve defecto de pronunciación que tengo en las eses, debido a un brote de asma. Pero cuando la vida nos deparó diferentes destinos, y yo me convertí en el sátrapa que hoy usted contempla, olvidé pero no perdoné, o al revés, no me acuerdo, y decidí vengarme sanguinariamente de mis ex compañeros. Ahora los tengo a todos trabajando en la Renfe. Como toque de gracia, y para darles una lección, me di el gusto de pagar el millón de dólares que fija el Acta de los Cuatro Bytes como tarifa para aquellos que deseen ser una excepción y disfrutar de un apellido más largo. Así que recuperé mi nombre completo.

—¿Cuesta un millón de dólares?

—Un millón de dólares de los de entonces. Ahora, debido a la inflación o al IPC o al euríbor, o a una siniestra combinación de todos ellos, no lo sé, seguro que costará más, aunque como cada dólar se habrá devaluado, entonces quizás cueste menos. No me haga mucho caso: nunca he conseguido entender estos galimatías financieros a pesar de que ostento el cargo de consejero en más de veinte empresas, en las que me pagan una fortuna para que tome decisiones y en las que se me supone al tanto de los entresijos contables. Da igual. Si algo sale mal, reducimos plantilla y a otra cosa. No me culpe: yo sólo hago mi trabajo. ¿Por dónde íbamos?

—Iba a preguntarle yo, señor Chumillas, si es usted el misterioso remitente de una igualmente misteriosa carta que he recibido hoy en mi domicilio.

—¿Carta? ¿Domicilio? ¿Chumillas? No sé de qué me habla, señor mío. He visto muchas películas de espías y sé lo que tengo que hacer. Lo negaré todo. Mentiré si es preciso. Estoy acostumbrado a hacerlo con excelentes resultados en Bolsa.

—Entiendo. Pero puede usted confiar en mí: en otro tiempo fui garante de secretos del máximo nivel.

—Eso a mí me la sopla —replicó mi *partenaire*—. Vayamos al grano: ya hemos pasado doce veces por el estribillo, así que debemos de estar a mitad de canción. Y no querría que nuestra conversación se prolongara durante otro baile más porque empezaría las habladurías. El asunto es el siguiente: esta mañana, un depravado delincuente ha secuestrado a una niña en un orfanato y, como suele suceder en estos casos, se ha dado después a la fuga. Alguien que está por encima de mí, lo que quiere decir que está muy alto, tiene un interés especial en localizar al repulsivo criminal antes de que suceda lo peor, y para ello necesita que usted le proporcione cierta información.

—¿Yo? —me extrañé—. No me entienda mal: nada me alegraría más que poder colaborar en la resolución de tan mezquino crimen, pero no veo cómo podría servirles yo de ayuda a usted y a su superior.

—¿Conoce a este individuo?

Se apartó unos centímetros de mí y la luz de su colgante-proyector dibujó un rostro en el aire que ahora nos separaba. Era la imagen de un tipo todavía joven, no más de cincuenta años.

—No —dije, puesto que en efecto no conocía al sujeto.

—¿Y ahora? —insistió Chumillas, y sobre la imagen se superpusieron una melena y una luenga barba blanca, así como unos apéndices de látex en los pómulos

—¡Sí! —dije, puesto que ahora sí lo reconocía—. ¡Es el cliente de esta mañana! El padre del cliente, para ser exactos. Conque era un disfraz...

—Amigo mío, no hará usted carrera como detective. Pero vamos a lo que vamos. Este individuo es el peligroso delincuente que ha secuestrado a la niña. No se sorprenda: este sujeto ya tenía un historial como delincuente, aunque la justicia nunca lo hubiera condenado como tal. Ya se sabe cómo son los jueces: unos pelanas. Hace unos años quedó demostrado en televisión que este hombre, médico por más señas, se extralimitó en las funciones propias de su profesión y abusó sexualmente de otra niña de cuarenta años que acudió a

su consulta. Decenas de testigos, anónimos todos, declararon en varios programas de telerrealidad y aportaron todo tipo de rumores falsos sobre las lujuriosas conductas del acusado. Sin embargo, el juez se escudó en el hecho de que ninguno de esos testigos acudió finalmente a declarar en el juicio, ya que eran anónimos, y al contar sólo con el testimonio de la víctima se limitó a condenar al acusado a cincuenta años de inhabilitación, en lugar de aceptar la petición del fiscal que reclamaba prisión incondicional. Hubo quien dijo que todo era un montaje y que la víctima actuaba por cuenta de intereses espurios, pero nuestros muchachos, quiero decir, los periodistas, impidieron que estos libelos llegaran a la opinión pública y los sustituyeron por los nuestros. En fin, no me extenderé sobre los detalles jurídico-mediáticos porque creo que usted conoce bien el percal. —Bajé la vista al escuchar esta acusación soterrada—. Sí, querido amigo, todos tenemos un pasado, aunque algunos podamos ocultarlo a base de billetera. Pero me dirá usted, con mucha razón, que todo esto se la sopla. No se lo reprocho. Es más: le confesaré que a mí tampoco me despierta ningún interés. Yo, como creo que la he dicho, soy un pelanas. Pero no así mis superiores o capos.

—Quiero aclarar —lo interrumpí, haciéndome el digno— que yo nunca fui condenado, y que el juez obligó a una rectificación pública.

—Sí, ya he visto su RAP. También he visto la rectificación pública que el juez obligó a emitir y que, por cierto, se pasó en un descanso de la teletienda. Pero olvidémonos de ese desagradable asunto. Y no lo digo metafóricamente, amigo mío. Le ofrezco la posibilidad de regresar a la sociedad y de hacerlo por la puerta principal. Qué digo por la puerta grande: por la Puerta de Alcalá, mírala, mírala. ¿Están tocando eso? No me lo puedo creer. La habrá pedido el ministro, que es un amante de la música clásica.

—Yo también he visto muchas películas, señor Chumillas —repliqué desafiante—, y sé bien que detrás de una oferta tan tentadora siempre hay una mujer cañón pero malvada, o un acto ilícito que lo lleva a uno a Alcatraz a recoger el jabón en las duchas. Lo primero me gustaría más que lo segundo, no voy a engañarle.

—Eso era en las películas antiguas. Ahora el protagonista ya puede enriquecerse sin tener que ir a la cárcel. Es lo que demandan los espectadores, que cada vez tienen menos escrúpulos, los muy perros.

—Lo que no entiendo —se me ocurrió de pronto, mientras ejecutaba una

flexión lateral con desenvoltura— es por qué no encarga la localización y detención de ese sujeto a quien corresponde, esto es, a nuestras fuerzas de seguridad.

—Bastante trabajo tiene ya la policía multando coches mal aparcados como para que vayamos nosotros a molestarlos con un secuestrador. No, señor mío: hay que tener conciencia social. La policía a multar, y los ciudadanos a resolver nuestros problemas. No pervirtamos el orden establecido, ¿no le parece?

—En cualquier caso —me resistí, pues no veía el asunto nada claro—, debo advertirle que bajo ningún concepto puedo traicionar mi juramento de secreto profesional. No me culpe: yo sólo hago mi trabajo. Así que si la información que necesita procede de alguna de mis lecturas mnemónicas...

—Nada de eso. Seamos sinceros, como ordena el Protocolo de Sinceridad: últimamente sus clientes son tan vulgares que no creo que sus recuerdos les interesen ni a ellos mismos. Mucho menos a mí, que soy una persona compleja y con múltiples dobleces. La información que le pido hace referencia al sujeto cuyo rostro le he mostrado antes. Hace algunos años, tras aquel asunto del abuso que acabo de relatarle, el sujeto desapareció del mapa, obligado probablemente a ocultarse en alguna cueva para salvarse del linchamiento popular que tan bien habíamos organizado nosotros. Y hete aquí que ahora, después de tanto tiempo y de repente, regresa de su exilio y se presenta en su oficina. Esto lo sabemos puesto que así lo indican las lecturas de las torres de protección ciudadana. ¿Sabe que la plebe las llama piruletas? ¡Cómo son! Nuestros muchachos, no los periodistas sino otros muchachos, le perdieron la pista a partir de ese instante, pero resulta que a las pocas horas se produjo el secuestro de la pobre niña. Y no lo digo como metáfora: la niña es pobre y, para aumentar la carga melodramática, huérfana. Tenemos motivos para pensar que el sujeto de las falsas melenas y barbas está relacionado con este delito, uno más en su carrera criminal, por lo que nos urge localizarlo. Lo más probable es que ya haya salido de la ciudad, o que se haya refugiado en algún CID suburbano sin piruletas. En este último caso, no obstante, a estas horas ya estará flotando en el puerto, o en un estanque, puesto que como todos sabemos esto es Madrid y aquí no hay playa, vaya, vaya. ¡No doy crédito! ¿Están tocando eso? Este Gua es incorregible.

—Todo esto que me cuenta es muy interesante —admití, sorprendido

también por las elecciones del cuarteto musical—. Pero si ya conocen todos los detalles, no entiendo qué más pueden querer de mí.

—Olvidé mencionarle otro dato que también nos tiene preocupados. Por nosotros, no por usted, ¿eh? Usted nos la pela, como creo que ya le he dicho antes, y si no se lo digo ahora. Amigo mío, en los últimos días hemos detectado una serie de transmisiones comprometedoras desde su videoguol. Comprometedoras para nosotros, no para usted. Ya le he dicho lo que pensamos de usted.

Y nos consta que varias empresas han sido atacadas informáticamente desde su casa.

—¿Espían ustedes mis comunicaciones?

—Las suyas no: las de todo el mundo. Pero no es a mí a quien se está interrogando. He visto muchas películas de juicios y tribunales. Conteste a mi pregunta.

—No sé a qué se refiere... Jamás he utilizado mi videoguol con otro fin que no fuera el de comunicarme con mis familiares, escasos, o amigos, más escasos aún. También veo la tele, claro, pero por lo demás...

—Tal vez diga usted la verdad, pero póngase en nuestro lugar. Ya le gustaría, ¿eh? Lo que nosotros vemos es esto: un individuo de pasado turbio, usted, comienza a realizar transmisiones de dudosa legalidad desde su domicilio, y a los pocos días recibe la visita en su oficina de otro sujeto de pasado aún más turbio que pocas horas después se ve envuelto en el secuestro de una niña huérfana. No me negará que, aparte de un guión excelente para un *thriller* psicológico, los hechos resultan de lo más sospechoso. No, no me interrumpa. Sé por experiencia que a veces uno se deja llevar, y lo que comienza siendo una pequeña travesura de juventud termina convirtiéndose en un atraco a diez casinos de Las Vegas. Ah, qué tiempos aquellos... No negaré que algunos de mis colegas, más proclives a la violencia, sugirieron que fuera usted sometido a las más crueles torturas con objeto de sonsacarle la información que buscamos, a saber, dónde podemos encontrar al albino felón. Yo prefiero darle una oportunidad, digamos, pacífica. He asistido a unos cursos sobre «*Zen and the art of extortion*», impartidos por un americano que recogía basuras hasta que un día se fue al Tíbet. Desde entonces recorre el mundo transmitiendo sus enseñanzas. Yo ahora estoy practicándolas. Como por ejemplo esta: la liebre corre, pero la culebra se arrastra. ¿Qué quiere decir?

No lo sé. Pero me relaja y me hace sentirme en paz con mi yo interior. Y desde esa paz le digo que piense lo que más le conviene. Estoy seguro de que, si se lo propone, podrá recordar algún indicio, algún desliz verbal, algún detalle que el artero galeno pudo haber mencionado, tal como la calle, número y piso en donde pensaba alojarse tras cometer su delito. ¿Me he expresado con claridad? Sería la primera vez.

—Más o menos —reconocí—, pero el problema estriba en que yo no conozco a ese individuo, más allá del breve encuentro que hemos tenido esta mañana y...

—¡*Stop!* Como le he dicho, no pretendo que confiese usted a la primera. He visto muchas películas sobre campos de concentración. Los chivatos también tienen su conciencia; minúscula, pero la tienen. Por eso le doy veinticuatro horas para que se lo piense y le planteo la milenaria dicotomía del palo y la zanahoria, que tan buenos resultados nos ha dado a los capitalistas sin escrúpulos, valga la redundancia. Si nos ayuda, este volverá a ser su hábitat natural —dijo, desplegando el brazo y abarcando con un movimiento circular todo el salón, invitados y *catering* incluidos—; le daremos un puestazo en el núcleo de N'Joy Corporation, con un sueldo de infarto y una secretaria de idéntico calificativo. Ahora bien, si se aferra a un estúpido sentido de la idiotez y decide no cooperar... —Dejó la frase en el aire, pero al ver que transcurrían algunos segundos y yo no tomaba el turno, porque sinceramente no sabía qué decir, añadió—: Yo ya he terminado. He dejado la frase colgada para darle un toque de suspense. He visto muchas películas de detectives. Pero ya que usted no habla, aprovecho para recordarle que no debe intentar llegar hasta a mí. Lo más seguro es que no lo consiguiera, pero aunque lo hiciera yo desaparecería en cuanto oliera su presencia. ¿Sabe jugar al ajedrez? ¿No? Bueno, eso deslucirá mi metáfora, pero da igual porque me gusta mucho soltarla; también me la enseñó el americano del curso: para el peón, o sea, usted, el rey, o sea, yo, se enroca detrás de poderosas torres.

—Pero le repito que yo no sé nada sobre ese individuo —insistí, a pesar del escepticismo con el que eran recibidas mis palabras—. Esta mañana ha sido la primera vez que lo he visto. Y no vino para que tradujera sus recuerdos, sino los de otro sujeto que lo acompañaba y que al parecer era su hijo. Un tipo extraño, eso es cierto. Nada sé de lo que hayan podido hacer después. Pagaron y se marcharon. No acostumbro a mantener correspondencia

con mis clientes, así que ellos tampoco suelen dejar sus señas.

—Siento decirlo, pero no me creo que, después de tanto tiempo en el anonimato, ese depravado le eligiera precisamente a usted cuando decidió salir de su agujero y que lo hiciera por pura casualidad.

—Pues así ha sido. Ni siquiera he podido concertar una nueva cita con él para que recoja el informe de mi traducción.

—¿Y qué pasa con las transmisiones subversivas desde su videoguol?

—Estoy seguro de que será un error. Quizás las haya efectuado mi nuevo vecino, el del tercero izquierda. La portera cree que es un *hacker*.

—¿Mate?

—No, un *hacker* informático.

—Ah, qué desilusión. Pensaba que me seguía usted en mis símiles ajedrecísticos. Tanto da. En cuanto a las suposiciones de su portera, de quien, por cierto, me dijo el mensajero que le llevó la carta que defiende su portal con una entrega que dejaría en evidencia al propio Buona Roti, pues digo que a esas conjeturas de su portera les doy yo el crédito que merecen, es decir, mucho, puesto que las porteras están para propagar rumores y son unas profesionales en tal cometido. Pero yo soy un mandado. Y me han mandado que consiga la información a la que he hecho referencia ya en tantas ocasiones que nos hemos bailado tres canciones, lo que está provocando el consiguiente cuchicheo que un oído entrenado como el mío no ha pasado por alto. Así que es el momento de que nos separemos. Tiene usted veinticuatro horas. He visto muchas películas de secuestros. Volveré a ponerme en contacto con usted mañana para que me diga lo que quiero escuchar, y no me refiero a proposiciones sexuales. Pero ¡silencio! Veo que el ministro ha subido al estrado y nos va a endosar un discurso. No pinta mucho, pero es ministro, y a los ciudadanos les gusta tener ministros a los que culpar y de los que burlarse según las circunstancias, así que escuchemos lo que nos dice para poder obrar después en consecuencia.

En efecto, y a pesar del desconcierto que me dominaba, pude ver cómo todos los invitados cesaban sus actividades de baile o cata y dirigían sus miradas hacia la tarima que presidía la estancia, decorada con grandes láminas infográficas de Natalia Nodd. El ministro carraspeó un par de veces, tomó un último calamar a la romana y lo bajó con un trago de agua. Después, calló el cuarteto de cuerda y se hizo el silencio.

—Queridos y queridas amigos y amigas —comenzó a decir, leyendo en el *teleprompter*—, hoy estamos todas y todos reunidas y reunidos en este salón o sala... Dios mío, esto va a ser interminable. Bueno, lo que quiero decir es que aquí estamos otra vez los mismos de siempre. Hace unos días coincidíamos en el Ritz para la presentación de una película que nos parecía la bomba, y hoy ya nadie se acuerda de ella, afortunadamente. Así que ahora nos volvemos a reunir para presentar otra nueva, y dentro de una semana nos habremos olvidado. Pero así es el mundo que nos toca vivir, ¿eh? *Homo hormonis lucus*, como dijo aquel. Hago, por cierto, un llamamiento sobre la necesidad de ser buenos y para que haya paz en el mundo. El caso es que mientras haya ciudadanos dispuestos a pagar impuestos para las subvenciones, seguirá habiendo gente como yo dispuesta a gastárselas. Pero no lancemos las campanas al vuelo ni pongamos puertas al monte de orégano, porque hay mucho dinero, es cierto, pero también es cierto que hay mucho vividor y muchas áreas dentro del Ministerio para gastarlo: largometrajes, cortometrajes, telefilmes, culebrones, concursos, programas de variedades... y eso por no hablar de la música ligera y el diseño de moda, que es agotador. Sí, amigos, la Cultura es un terreno vasto en el que toda inversión es poca. Y menos mal que me cargué hace unos años las secciones de Bellas Artes, lo cual, dicho sea de paso, me valió las críticas de muchas personas, algunas de las cuales se encuentran hoy aquí como si tal cosa, incluso con un centollo en la mano, ¿eh, Chumillas? Bah, no importa. Pelillos calamar. Ayer éramos enemigos feroces y hoy nos intercambiamos las mujeres como dos tíos modernos. ¿Vamos a dejar que se interpongan en nuestra amistad unos cuantos pintores malolientes, y una colla de escultores, poetas y tenores de pacotilla? Hay que terminar con el agravio histórico: la pintura, por ejemplo, lleva milenios ejerciéndose, mientras que la cinematografía apenas cuenta con unos siglos. Los trogloditas ya hacían *graffitis* en sus casas, seguramente porque eran unos guarros, o porque estarían drogados, yo qué sé, la droga es muy mala, sobre todo últimamente. Hago un llamamiento sobre esto para que la gente no se drogue y para que haya paz en el mundo. El caso es que tenemos pinturas para parar un tren, y además ahora ha vuelto la moda de empapelar las paredes. Así que, ¿quién necesita más pintores? Y en cuanto a los libros, ya tenemos a los diez de turno que salen por la tele y publican lo que se les pasa por el coxis. Más autores sólo servirían para sembrar el caos entre el público, que ahora sabe perfectamente lo que tiene que comprar y así puede

dedicar más tiempo a ver películas. Y por contra, gracias a todos estos recortes, hemos podido gastarnos el dinero en obras culturales más relevantes, como por ejemplo la que hoy nos reúne aquí rodeados de marisco y refrescos. Que no falte de nada. Es el lema del Ministerio, y en estos últimos años me he entregado a la causa. Guadalmimbreras, me dijeron en su día los asesores de imagen, con ese apellido no llegarás a ningún cargo público; los ciudadanos quieren gente vulgar y chusca, como ellos mismos, con apellidos de cuatro letras. Eso me dijeron los jodíos de los asesores, que son una panda de niñatos pero que la verdad es que son capaces de hacer ministro a un babuino, como quedó demostrado con el gobierno anterior. ¿Y qué hice yo? Pues me dejé el apellido no con cuatro sino con tres letras. Para chulo, yo. Pero al final todos esos esfuerzos han tenido muchas y agradables recompensas, como la de hoy, sin ir más lejos. Aquí tenemos a la escultural Natalia Nodd, otrora una muchacha desarrapada abandonada en un cotolengo, y hoy estrella del celuloide, y todo ello sin que haya mediado esfuerzo, preparación o talento innato entre una cosa y la otra. Al hilo de esto hago un llamamiento sobre la importancia de ayudar a las huerfanitas y para que haya paz en el mundo. Así que en esta fecha tan señalada... ah, no, esto es del discurso de Navidad. En fin, ya que lo he dicho continuaré: en esta fecha tan señalada no quiero referirme sólo a mis múltiples éxitos profesionales y a mi contribución al desarrollo cultural de nuestro país: para mí lo más importante es que, gracias a mi cargo, también he podido por fin conocer la amistad verdadera, la que no conoce límites, y que no es otra que la que se consigue cuando uno manda y tiene pasta. Hoy, por fin, puedo decir que tengo amigos de los buenos, y tengo la certeza de que siempre estarán a mi lado pase lo que pase, mientras lo que pase no sea que pierda yo el cargo de ministro. Y hablando de amigos, veo una cara nueva entre los asistentes, lo cual me extraña porque siempre somos los mismos los que movemos el cotarro. Bien, esperemos que sea alguien con posibles y que no suponga uno más a repartir. Y dicho esto, ¡a bailar! Que le den cuerda al cuarteto. Es un chiste. Y que pongan «Los pajaritos».

Chumillas recuperó el gesto distendido y yo recuperé la inquietud que se había apoderado de mí durante nuestra anterior conversación, inquietud que al paso de los minutos se había ido convirtiendo en angustia, pues no encontraba yo manera alguna de salir de aquel apuro ni de, como habría sido mi deseo, desaparecer de la escena y recuperar mi apacible vida anterior como si nada

hubiera pasado. Tenía que dejarle claro a Chumillas que todo aquel asunto era un auténtico despropósito, y que me estaba pidiendo un imposible, y que, por qué no decirlo, el pánico estaba empezando a adueñarse de mi persona.

—¡Lo que me pide es una auténtica...! —protesté, alzando la voz, y al hacerlo algunas de las personas que nos rodeaban se volvieron hacia mí justo cuando yo iba a terminar la frase diciendo «judiada», aunque reulé a tiempo de no caer en un racismo injustificado; posteriormente mis cortezas cerebrales, quizás desbocadas por la indignación o quién sabe por qué, eligieron el término «putada», pero igualmente frené en el último instante y evité ser tachado de machista; el silencio se prolongaba y, quizás fruto del nerviosismo que ello siempre provoca entre desconocidos, mi encéfalo se apresuró a buscar rutas alternativas, sin mucho tino, y a punto estuve de soltar un «me ha puesto las cosas muy negras», cuyo tinte racista me habría hecho acreedor de una pañolada; por idénticas razones rechacé otras frases que incluían expresiones como «es una barbaridad», «me está engañando como a un chino», «detrás de las flechas siempre vienen los indios», o «venganza siciliana». Y como quiera que mi indecisión concitaba ya las miradas impacientes de cada vez más asistentes, salí del paso como pude—: Lo que me pide es una auténtica... cosa... mala.

Viendo que finalmente mis palabras no tenían nada de incorrecto, a pesar del tono amenazador con el que había comenzado mi discurso, los curiosos volvieron a sus ocupaciones. Por su parte, Chumillas miraba para otro sitio y le hacía una seña a alguien que al pronto yo no pude ver.

—Hemos llamado la atención —me dijo—. Deje de protestar y váyase. Mañana me pondré en contacto con usted. Y recuerde: o me dice dónde localizar a ese sujeto, o tendré que rendirme a las presiones de nuestros sectores más ultras. De hecho, esos mismos sectores han insistido en que tenga usted hoy mismo un adelanto de lo que podría sucederle caso de no cooperar con nuestros nobles propósitos. Por lo que ahora uno de nuestros muchachos, no un periodista ni uno de los que vigilaban al taimado doctor, sino otro de nuestros muchachos, le acompañará a la puerta de servicio y le hará una demostración. No se resista: es cinturón granate.

Y así sucedió, pues antes de que yo pudiera esgrimir el más mínimo argumento, Chumillas ya se abrazaba a un hombre que se había acercado a saludarlo, mientras a mí me sujetaba el brazo con disimulo y firmeza un tipo

con aspecto de autobús. Llevaba los brazos al aire, quizás por no haber podido encontrar camisas ni chaquetas con el perímetro de manga necesario para cubrirlos, y en uno de ellos se podía leer una serie de topónimos dispuestos en forma de columna: Alcalá-Meco, El Puerto I, Ocaña, La Modelo, El Puerto II, Nanclares de la Oca. Cierto era que el fornido esbirro no tenía aspecto de inspector de instituciones penitenciarias, ni de alcaide en excedencia, pero no me gusta pensar mal de mi prójimo. Dicho esto, tampoco soy idiota, al menos no tanto, y no me costó ni medio minuto colegir que nada bueno podría sucederme en compañía de semejante tipo en cuanto saliéramos del concurrido salón.

## CAPÍTULO 101

El sicario seguía aferrado a mi antebrazo, y me conducía con decisión hacia la salida del salón sin relajar ni uno solo de sus músculos, numerosos como pocas veces había visto yo antes. Viendo que nadie parecía percatarse de mi delicada situación, y como quiera que el matón y yo estábamos ya a punto de alcanzar nuestro destino, se me ocurrió escorarme levemente hacia la izquierda sin dejar de caminar, para provocar así un leve choque contra un bulto rojo que resultó ser el individuo que antes se había presentado como Monseñor Leño. Sorprendido por el impacto, interrumpió su arenga, y tanto él como el grupo que lo rodeaba fueron a fijarse en mí, el propio Monseñor con gesto contrariado y los demás con cara de alivio.

—Ah, Monseñor —dije, fingiendo estar también desconcertado—. Discúlpeme. No le había visto. Pero ya que estoy aquí, y dado que todavía no he depositado ningún donativo en las huchas de las monjitas, quizás podría usted acompañarme a cumplir con mi deber moral. Así, su labor apostólica se verá justamente resaltada.

El religioso escarlata tornó primero su gesto al reconocerme, se le encendió después al escuchar mis palabras, y lo mudó de nuevo, o más bien se le demudó, al contemplar por fin a mi acompañante.

—Ah, veo que nos deja usted —se limitó a contestarme tras comprobar que no estaba solo—. No se preocupe por el donativo: ahora mismo leo su RAP y procedo a cargarlo en su cuenta. A ver cómo funciona el cacharro este... Ajá. Ya lo tengo. Muy agradecido. Tome. Le regalo unas gafas de sol de pinza. Lo antiguo vuelve. Lo llamamos «modelo Damasco». Mire el eslogan de la caja: «Para que la Luz no te pille desprevenido, como a San Pablo». Ingenioso, ¿eh? Es mío. Bueno, ha sido un placer. No le invito a que venga a visitarme en otra ocasión porque yo no soy digno de que entre usted en mi

casa, así que mejor quédese en la suya. Podéis ir en paz.

Y dicho esto, hizo unos aspavientos inextricables con la mano, me dio la espalda, y retomó su discurso mientras el resto del grupo ponía los ojos en blanco y resoplaba.

—A ver si tienes más cuidado al andar —me susurró el sicario, atenazándome ahora el brazo hasta llevarlo al borde de la gangrena—. No quiero más tropiezos.

Y ya iba yo a jurar por todos mis antepasados que no volvería a trastabillarme en lo que me quedara de vida, que con aquella presión en mi brazo no sería mucho, cuando nuestra marcha se vio de nuevo interrumpida sin que en este caso mediara intención por mi parte. En efecto, un caballero de impecable presencia y elegantes modales se interpuso en nuestro camino para dirigirse a mi persona con las siguientes palabras.

—¿Qué tanta prisa tiene?

El matasiete se detuvo y me puso en la disyuntiva de hacer lo mismo o perder una extremidad. Como creo haber dicho ya, no soy idiota.

—Pues sí —le respondí al desconocido, procurando que la tensión de mis mandíbulas no se interpretara como un gesto descortés—. El tiempo vuela.

—No todos los días localiza uno personajes tan principales en estas pachangas. Si no le causa disturbios, me gustaría tomar una copa y platicar con usted. No más le robaré unos minutos.

Miré al matón y éste miró al extraño, que a su vez me miraba a mí. Como quiera que la vista carece de propiedad transitiva, aquel cruce de miradas no nos llevaba a ningún sitio, y yo empezaba a notar un simpático pero preocupante cosquilleo en todo mi antebrazo. Decidí desbloquear la situación, y aproveché la presencia del inesperado testigo para liberar mi maltrecho bíceps sin que el esbirro pudiera tomar represalias.

—Bueno —dije—, mi Terapeuta de Bienestar o TB estaba tomándome la tensión, pero supongo que podremos proseguir en otro momento. ¿Eh, doctor... Zhivago?

El matón concentró sus esfuerzos en analizar el imprevisto, y como su cerebro no pudo atender a tantas tareas al mismo tiempo, el resultado fue que mi brazo derecho recuperó por fin su libertad, si bien que completamente insensibilizado.

—Requetechulo. Permítanme que me introduzca: mi RAP es 05-465-727-

265, AKA Miclantecuhli Naco —dijo el hombre de garbosa apostura mientras estrechaba mi mano, que seguía profundamente dormida—. Tomemos, entonces. ¿El doctor Zhivago nos acompaña? ¿Podría, si no es abusar, chequear mis amígdalas entre buche y buche?

Mientras hacía estas preguntas, el caballero dio por terminado el apretón de manos y, al quedar libre, mi brazo derecho comenzó a balancearse sin control, así que tuve que cogerlo con el izquierdo para meter la mano en el bolsillo y terminar con aquel embarazoso movimiento.

—No lo sé. Tengo que preguntarlo —respondió el matón, y después, mirándome a mí, añadió—: Espéreme aquí. Y tenga cuidado con la tensión: si sube demasiado, puede acabar con usted.

Y tras decir eso, se perdió entre la multitud armada de crustáceos y moluscos. Tan pronto como nos quedamos solos, el desconocido me hizo una intrigante seña invitándome a acompañarlo.

Encantado por la perspectiva de alejarme todavía más de mi guardián, crucé detrás de él la puerta que nos separaba de la antesala donde los camareros continuaban untando tostadas con paté de jilguero, y continué siguiendo sus pasos hasta que los detuvo en un rincón cercano a otra puerta que, si mal no recordaba yo de mi fugaz paso anterior, comunicaba con las cocinas.

—Veo que no me reconoce —me dijo entonces mi acompañante, mirando a un lado y a otro para asegurarse de que nadie nos escuchaba—. Soy su nuevo vecino: el del tercero izquierda. Nos hemos cruzado hoy mismo en el ascensor.

—¿El *hacker*?

—No le digo ni que sí ni que no, de momento.

—Vaya, tanto gusto —respondí, todavía algo desorientado por la inesperada casualidad—. Confieso que no le había reconocido con este elegante atuendo, lo cual espero que no interprete usted como un síntoma de menosprecio por mi parte. Su acento también me ha despistado. Y por otra parte, lo cierto es que tampoco nos hemos visto mucho.

—En cuanto al acento, he sido admitido recientemente como miembro de la minoría latinoamericana y estoy practicando. Y con respecto a nuestros escasos encuentros anteriores, supongo que el motivo es que no suelo emplear la puerta para entrar en casa. No, no me mire así, no estoy trastornado, aunque mucha gente diría lo contrario —intentó justificarse, pero su expresión

paranoica no ayudaba a dotar de credibilidad a su discurso—. Dispongo de una escalera extensible que despliego desde el balcón para no tener que pasar por el portal. La fámula es implacable.

—No lo sabe usted bien —admití.

—Sí, sí lo sé. Y también sé de sus cuitas, y me temo que yo puedo ser la causa de una parte de ellas. ¿Ve este minúsculo punto negro sobre mi oreja? No es un piojo asceta, sino un potente micrófono unidireccional que me ha permitido acceder a la conversación que ha mantenido usted con Caifás Chumillas, quien, por cierto, ha debido de padecer una leve asma que se hace perceptible cuando pronuncia las eses.

—Ni se lo mencione, salvo que quiera usted terminar como maquinista de tren. ¿Conoce usted a Chumillas?

—No, pero he leído su RAP con este otro diminuto adminículo que ve usted sobre mi ceja, o que quizás no ve porque no es otra cosa que un nanolector de adeene. Estoy a la última.

Sentí la necesidad de hacer una breve pausa para intentar ordenar el torrente de estímulos que había recibido en los últimos minutos, y más especialmente en los últimos treinta segundos. De hecho, todavía no había asimilado en toda su dimensión las injustificadas amenazas de Chumillas, ni había recuperado por completo la sensibilidad en el brazo, y ya me encontraba frente a otro extraño personaje que me contaba historias igualmente insólitas.

Además, y desde que habíamos abandonado el salón principal, su comportamiento también había cambiado, y su anterior desenvoltura había devenido en una actitud siniestra, desconfiada, que le hacía mover los ojos continuamente a un lado y a otro en busca de quién sabe qué invisibles amenazas. A riesgo de pecar de descortés, consideré que aquel tipo ya me había proporcionado todo el beneficio que yo podría obtener de él, a saber, librarme del forzado, y juzgué llegado el momento de prescindir de su compañía para irme por fin a mi casa.

—Pues si conoce mis problemas —dije—, sabrá también que no tengo tiempo que perder. Le absuelvo de la culpa que pudiera tener, y me despido de usted hasta la próxima reunión de la comunidad de vecinos en la que, por cierto, toca renovarle el contrato a la portera. Dios nos asista.

—¡Espere! —insistió él, enigmático—. Sé lo que está pensando. No, no tengo ningún otro dispositivo que me permita conocer sus pensamientos,

aunque he comprado uno por catálogo, pero éstos son obvios. Se pregunta usted cómo alguien que reconoce entrar a su casa trepando hasta el balcón puede ser admitido en este tipo de eventos, y teme estar hablando en realidad con un salteador de sistemas informáticos. —Asentí, pensando que sería lo más rápido—. Pues no tema: he venido a la fiesta como un invitado más. Mi tatarabuelo se hizo rico, ya nadie recuerda cómo. Desde entonces, ninguno de sus descendientes ha tenido ocupación conocida, y la fortuna de mi familia es cada vez mayor. No sé cómo pararlo, aunque tampoco lo he intentado, para serle sincero. En cualquier caso, mi posición económica hace que me incluyan en las listas de invitados a todas las juergas y, como beneficio añadido para los organizadores, mi presencia en estos actos incrementa el porcentaje de negros, latinoamericanos, hijos únicos, y tísicos, todo al mismo tiempo puesto que gozo de las cuatro condiciones. Bueno, la de latinoamericano, como ya habrá podido comprobar, recién la estoy perfeccionando, no más.

Iba yo a felicitarle por sus progresos y a dar por terminado todo aquel desvarío, cuando vi de pronto cómo se asomaba a la puerta el matachín, acompañado ahora por otros dos individuos de similar perfil y segmento socioeconómico. Los tres hombres no tardaron en localizarme pero, viendo que todavía seguía acompañado del desconocido para ellos y conocido ya para mí, optaron por apostarse junto a la puerta y esperar acontecimientos. Consciente de que mis posibilidades de salir indemne eran directamente proporcionales al número de personas que se encontraran en la misma habitación que yo, y no considerando a los camareros como personas a estos efectos, aunque sí a otros, puesto que la hostelería es una noble profesión, como cualquier profesión por el hecho de serla y de ennoblecer a los seres humanos que la practican, consciente pues de ello, digo, cambié de planes e intenté alargar la conversación con mi recién descubierto vecino mientras le sugería al mismo tiempo que regresáramos al salón de actos, donde el rango de la concurrencia hacía que yo me sintiera más seguro.

—No era esa precisamente la pregunta que me estaba haciendo —comencé a decir—, pero todo esto que me cuenta me resulta hartamente interesante. ¿Le importa si continuamos nuestra charla en el salón? Hoy sólo he comido un plátano, aunque le aseguro que no es lo habitual.

—Sí, ya he visto a esos tres —me respondió él con un guiño—. Pero en el salón podríamos ser espiados por las cámaras de seguridad.

—Hablaremos bajito —repliqué, y lo llevé hacia la puerta intentando calmar su paranoia con palmaditas en la espalda.

Los esbirros no tuvieron otra alternativa que dejarnos pasar, si bien el presunto ex recluso aprovechó la ocasión para lanzarme una sonrisa que pretendía ser intimidatoria, y que logró plenamente su objetivo. Una vez que nos encontramos todos al otro lado de la puerta, los maromos no nos perdieron paso y se mantuvieron siempre a una prudente distancia. Nosotros, por nuestra parte, procedimos a instalarnos junto a una de las mesas que ya había sido saqueada por los invitados y que, por lo tanto, gozaba de un cierto grado de intimidad. Necesitaba discurrir algún plan para salir de aquel atolladero, así que compré unos minutos de meditación con una nueva pregunta.

—Y siendo usted un rico heredero, ¿cómo es que vive en un CID intermedio, como si de un perito agrícola se tratase?

—Es una larga historia.

—Cuéntemela sin escatimar detalles —lo animé.

—Pues verá, mi familia me educó en el culto al becerro de oro, pero a mí nunca me interesó la ganadería y pronto se despertó en mí el deseo de ser inmensamente rico. Para conseguirlo me apresuré a introducirme en los entresijos del poder fáctico y, aunque me llevó un tiempo localizarlo, quedé aterrado con mis descubrimientos. No, no hablo de sobornos, traiciones, chantajes, tráfico de droga, prostitución, torturas o asesinatos, que también, sino de una trama de ámbito mundial que tiene sometido al planeta. Incluso podría haber extraterrestres metidos en el ajo.

—Extraterrestres, ¿eh? —asentí, saliendo un instante de mis cavilaciones para anotar mentalmente que al día siguiente, sin falta, pondría aquellos hechos en conocimiento de la señora Domitila para que consiguiera que desalojaran a semejante maníaco de nuestro bloque; a fin de cuentas, el nuestro era un CID intermedio, no un frenopático en jornada de puertas abiertas.

—Por su propia seguridad no puedo revelarles muchos de los descubrimientos que hice —prosiguió el orate, hablando cada vez más bajo pero también con mayor vehemencia—, pero le diré, por ejemplo, que N'Joy Corporation y Eternal Life Inc. no son dos compañías sino una sola. En efecto, su feroz competencia es pura fachada. El mundo pertenece a Alexander Liar y Aristides Pupa, que están conchabados, y a sus secuaces. Pero, por supuesto, la realidad que nos muestran es bien diferente. En las películas, por ejemplo,

si a uno le venden una lavadora estropeada se la cambian sin problemas. Y cosas así. Huelga decir que mi ambición inicial se vio destruida de inmediato por estas revelaciones, y también por las amenazas de muerte que recibí por meter las narices donde no me importaba. Así que me retiré del mundanal ruido y me compré varias mansiones a lo largo y ancho del planeta. También he ido alquilando pisuchos en algunos CID intermedios porque allí los controles de las autoridades son menos rígidos, y eso me ha permitido continuar con mis investigaciones encaminadas a desmantelar la trama mediático-política. Cuando el cerco se estrecha, por así decirlo, dejo un piso y me voy a otro. El que tengo ahora es de los peores, lamento decirlo. Pero eso es lo de menos: tengo una misión. En el curso de mis actividades ilícitas incluso he leído libros no recomendados por Javichu Depy. No le digo más.

—Pues la portera cree que es usted un *hacker* —añadí yo proporcionándole pábulo a mi interlocutor, ya que aún no había concebido ningún plan para deshacerme de las fuerzas hostiles.

—Sí, bueno, el sabotaje informático es imprescindible para el revolucionario moderno. ¿Adónde quiero ir a parar con esta espiral de anarquía y terror? No lo sé, pero el esfuerzo siempre encuentra recompensa, o eso dicen las películas. Vaya, pues no era tan larga la historia. Si lo hubiera sabido antes, la habría contado más a menudo.

—¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo? —volví a apuntar mientras me estrujaba las neuronas—. Usted dijo antes que se sentía responsable de mis problemas.

—No de todos. Una infancia infeliz también puede provocar desequilibrios a largo plazo. No me considero culpable, por ejemplo, de su divorcio.

Mis reflexiones se detuvieron en seco.

—¿Cómo sabe usted que estoy divorciado? ¿También usted me espía? ¿Qué he hecho yo para que todo el mundo me espíe?

—No me malinterprete: yo no quería, ni quiero, saber nada de usted. Simplemente he trucado su videoguol ocasionalmente para consumir mis perversos fines.

—¡El acento mexicano! —exclamé, atando cabos—. Mi videoguol habla así últimamente.

—Opero desde mi hogar, entre otras cosas porque mi videoguol es mucho

mejor que el suyo, pero me conecto a través de su equipo y a todos los efectos mis transmisiones aparecen como si las hubiera hecho usted. Quizás, como consecuencia de ello, su videoguol esté un poco desajustado. Pero no pretendía que esto le provocara problemas: normalmente la policía termina por descubrir el origen real de las comunicaciones, y al intermediario, si me permite llamarle así, no le dan muchos porrazos. Entre una cosa y otra a mí me da tiempo a desaparecer. Pero ahora alguien con menos pericia que nuestras fuerzas del orden, si es que ello es posible, ha sacado conclusiones precipitadas y cree que es usted un elemento peligroso.

Asistí boquiabierto a aquella confesión surrealista, mientras a nuestro alrededor las parejas danzaban, los camareros se quejaban del sueldo, los directores encuadraban con los dedos, las actrices se recolocaban los pechos, y los sicarios que nos vigilaban seguían el ritmo tamborileando con los pies. El vejete que se me había insinuado al comienzo del baile volvía a mirarme ahora con un destello de esperanza en los ojos y un billete de mil dólares en la mano. En el fondo del barullo, seguía escuchándose la música del cuarteto de cuerda. Por lo que a mí respectaba, ya había oído todo lo que tenía que oír. De hecho, había oído mucho más de lo que habría deseado. Así que recorrí el salón con la mirada por última vez y, viendo que Chumillas ya no se encontraba en él para poder confesarle mis últimos descubrimientos, me dispuse a abandonar la fiesta antes de que algún otro lunático deseara hacerme partícipe de sus más inconfesables secretos.

—Señor Naco... —comencé a decir.

—Considéreme su amigo: llámeme Miclantecuhli.

—Ya me gustaría. Como le decía, señor Naco...

—¿Mic?

—Está bien. Le llamaré como quiera, pero déjeme terminar. No sé si todo lo que me ha contado es producto de alguna sustancia alucinógena, como la cocaína o el supergén, o si sus neuronas no necesitan de estímulos químicos para entregarse a bacanales paranoicas. En cualquiera de los dos casos, poco puedo hacer yo. Todavía no sé cómo me he metido en este aprieto, pero tenga usted por seguro que voy a salir de él. Y si para hacerlo tengo que denunciar sus desvaríos, no dude de que lo haré, pero no para fastidiarle, sino porque creo que mi deber como ciudadano es proteger a mis congéneres de sujetos como usted. Dicho esto, le ruego que me disculpe. Aquí se acerca un caballero

al que le he dirigido una caída de ojos, que él, con acierto, ha interpretado como una invitación a bailar. Adiós, señor Naco. Mic. Lo que sea.

Y así fue como conseguí abandonar la sala sin que los muchachos de Chumillas, no los periodistas ni los que vigilan a tipos disfrazados, sino otros muchachos, consiguieran ponerme la mano encima. El tipo del peluquín resultó ser consejero delegado de no sé cuántas empresas, que me fue enumerando mientras yo dirigía nuestros pasos sandungueros hacia la puerta principal, ante la que se reunían todas las fanes de Natalia Nodd y del resto de personajes televisivos que en el interior buscaban nuevas maneras de gastarse el dinero que aquéllas les proporcionaban. Alcanzado mi objetivo, besé la mano de mi acompañante, me despedí de los muchachos de Chumillas con una mirada respetuosa pero algo chula, y me esfumé sin dar tiempo a que ninguno de ellos, ni los muchachos ni el viejo bailongo, pudieran reaccionar.

Salí por fin del Palace, y mis pasos sobre la ya astrosa alfombra roja me sumergieron en un ambiguo estado de ánimo. Por una parte me asaltaban todavía un sinfín de dudas, y tenía que poner en orden los sorprendentes sucesos que habían acontecido durante la velada. Pero, por otro lado, no pude por menos de hacer un primer balance global positivo: por grandes que fueran los riesgos a afrontar, se me ofrecía por fin la oportunidad de re-ingresar en la sociedad, pero no en las capas más miserables que sólo interesan a los programas-concurso y a las tertulias de sobremesa, sino en la más selecta cúspide del orden establecido. Sí, vale, todos somos iguales, y todo el mundo es muy respetable, pero precisamente porque todos somos iguales, ¿qué hay de malo en preferir estar con los más ricos y desahogados? Por otra parte, mi regreso a los eventos mediáticos me había proporcionado la doble satisfacción de haber comprobado que la alta sociedad no había cambiado mucho en mi ausencia, y que yo todavía resultaba interesante para muchos individuos de tan selecta clase. Daba fe de ambos hechos la última frase que un invitado me dirigió cuando yo doblaba ya la esquina del Palace para salir pitando hacia mi casa.

—Con unas mechas rubias estarías arrebatador, Tarzán.

# CAPÍTULO 110

Mi intención era narrar esta historia sin desvelar mi identidad, porque nunca se sabe qué consecuencias puede eso acarrear a un individuo de sexo masculino, blanco, y heterosexual, pero veo que va a ser imposible, así que me presentaré. Mi RAP es 04-D65-726-361, AKA Immanuel Kant. Un nombre curioso, es cierto, pero que sólo muy de tanto en tanto provoca alguna broma. Porque gracias al sistema educativo universal, también llamado SEU o UES, y según las últimas encuestas, más del 97% de la población ya declara no saber con exactitud qué es la Filosofía. Y lo declaran con orgullo. Esto último no lo dice el estudio, lo digo yo.

Mi padre, si estuviera vivo, pertenecería al simbólico 3% de ciudadanos que declara saber qué es la filosofía. Yo, sin embargo, no he heredado esa afición por tan aburrida e inútil materia. Lo que sí he heredado de mi padre es una barbilla resultona, un gusto desmedido por la anatomía femenina, y algún tipo de trauma con el humor. Porque mi padre, que se creía muy gracioso, dedicó toda su vida a intentar escribir comedias musicales. Con muy poco éxito, como se deduce del hecho de que no haya incluido en la lista de bienes heredados ninguno de naturaleza pecuniaria. Fue ese funesto sentido del humor el que sin duda lo empujó a hacer una broma tan ridícula con el nombre de su propio hijo. La primera parte de la broma, todo sea dicho, se la pusieron en bandeja cuando, antes de que yo naciera, se implantó el Acta de los Cuatro Bytes y mi padre tuvo que recortar su apellido, dejando así de llamarse Cantalapedra para pasar a denominarse Cant, que al punto convirtió en el Kant que ahora llevo yo pegado en mi AKA.

En cuanto supo que tendría descendencia, no debió de costarle ni dos minutos decidir mi nombre. Fue la única vez, al menos que yo sepa, que mi madre no pudo decir nada, porque mi padre se había tomado el chiste como

algo personal. Tal vez fue esa prolongada convivencia con un cómico fracasado lo que me llevó a alejarme de todo lo relacionado con el mundo del humor, y así, al terminar mis estudios, me propuse iniciar una vida respetable preparándome para unas oposiciones a verificador mnemónico. Las aprobé a la primera, con sólo treinta y tres años, y no sólo las aprobé, si se me permite el comentario: saqué una nota destacada, y ello me facilitó el acceso a las plazas más selectas, a saber, las de notario de memoria para programas de televisión, trabajando para N'Joy Corporation.

Y supongo que fue también el recuerdo de la infantil frustración que provocaba en mí el perpetuo fracaso de mi padre lo que me arrastró a la espiral de ambición que terminaría por destruirme, en un alocado intento de ocupar un lugar que la sociedad no había reservado para mí. Porque tras aprobar la mencionada oposición y tomar posesión de mi plaza, N'Joy Corporation tuvo a bien enviarme a Kenia. Lo que más recuerdo de Kenia es que el agua corriente escaseaba más que los billetes de mil dólares, y yo no vi ninguno en los meses que pasé allí. Pero este no es el tema.

Porque yo no me marché a Kenia con la ambición de hacerme fontanero, sino con el objetivo de empezar una brillante carrera como notario mnemónico e iniciarme así en el mundo de los medios de comunicación, para aprovechar después esta experiencia cuando regresara al mundo civilizado. Porque yo estaba seguro de que iba a volver. Especialmente después de las tres primeras semanas que pasé sin ducharme.

Bien, así que me instalé en Nairobi y me presenté a mis superiores. Allí, como en el resto del mundo, el logotipo de N'Joy Corporation presidía todas las estancias, desde los platós de rodaje hasta el lavabo de caballeros, sin agua corriente, por si no lo he dicho ya. Mi evidente educación occidental, complementada por selectivos y generosos sobornos, me llevaron pronto a la sección de *reality-shows* de ProudNiggersTV, marca registrada de N'Joy Corporation. Mi labor no pasó desapercibida, especialmente porque yo era una de las tres personas alfabetizadas del departamento, y las otras dos eran la directora y su secretario, ambos americanos, y ambos relacionados sentimentalmente el uno con el otro.

No me costó convertirme en el hombre de confianza de la directora, que dejaba a mi cargo el departamento cada vez que salía junto con su secretario al vecino y lujoso hotel en el que mantenía una habitación permanente, y con

agua corriente. En alguna ocasión, como muestra de su aprecio, me dejó ir a ducharme allí. Llevado por la impaciencia propia de mi juventud en aquella época, no tardé en cometer el error de querer despuntar. Decidí dar un paso más y proponerle a la directora que me dejara conducir mi propio programa de entrevistas. Ella, al principio, se negó, así que tuve que ofrecerle pruebas fehacientes de que yo conocía la dirección de su marido en Estados Unidos, y que durante mis visitas a la habitación del hotel para ducharme había aprovechado para instalar cámaras de vídeo en todas las tomas de ventilación. Y en Nairobi siempre se ponen muchas, porque el calor es insoportable. Me refiero a las tomas de ventilación y no a las cámaras, que también, porque el país es un paraíso para los chantajistas. En fin, como prueba final le mostré unas grabaciones en las que podía apreciarse su anatomía al completo, aunque en ocasiones confundida con los fornidos volúmenes de su secretario, y desde múltiples puntos de vista. Una semana después, se estrenaba «Dolores del alma», un programa diario en el típico formato de confesiones en directo que tan buenos resultados ha dado durante los últimos cien años. Se me podrá tachar de conservador, pero no de imbécil.

Los resultados fueron confusos. Las audiencias se situaron quince puntos por debajo de lo esperado, pero la directora estaba encantada con el programa y me animaba a no desfallecer en el intento. Bajo mi punto de vista, el problema era infraestructural, por así decirlo. Porque, a fuer de ser sincero, la población tercer-mundista no es la mejor materia prima para un programa de tele-rrrealidad. Cada día reuníamos a siete individuos en el plató a los que yo, tras someter a una revisión de recuerdos mediante radiografías mnemónicas, intentaba sonsacar ante el público sus más secretos deseos y miserias. ¿Y qué conseguía? Siempre la misma cantinela: tengo hambre, tengo sed, tengo frío. Yo me esforzaba por sacar temas de mayor interés humano: ¿cómo son sus relaciones sexuales?, ¿sufre el choque generacional con sus hijos?, ¿son los hombres infieles por naturaleza?, etcétera, etcétera. Nada. Tengo hambre, tengo frío, tengo sed. Las audiencias se hundían. Cómo llegué a odiar a esos pequeños cretinos de color.

Pero la satisfacción de la directora parecía aumentar en la misma medida en la que decrecían los índices de audiencia. Supe después que N'Joy Corporation había sido recientemente acusada de retirar los programas que no alcanzaban altas cotas de audiencias, lo que algunos grupos ecologistas, o

feministas, o lampistas, no lo recuerdo bien, interpretaron como un acto de discriminación contra los presentadores que los dirigían y contra los incompetentes en general. Para refutar dichas acusaciones, N'Joy Corporation dio instrucciones de mantener a toda costa aquellas producciones que tuvieran índices de audiencia ridículos, especialmente si se emitían en países africanos, puesto que para las estadísticas cuenta igual que los países importantes. Nos visitaron algunos miembros de «*Freedom for incompetents*» y la directora y yo mismo salimos en la portada de varias revistas abrazados a un melena con gafas redondas y traje italiano. Poco después, la demanda contra la empresa por discriminar a los incompetentes se retiraba, mi directora era ascendida, mi programa se caía de la parrilla, ProudNiggersTV se cerraba, y sus instalaciones eran tomadas al asalto por un grupo de incontrolados que no tardó en hacerse con el gobierno del país. Debido a esto, Cokepepsi, marca registrada de N'Joy Corporation, patrocinó una misión humanitaria en la zona. Llegaron los marines con camisetas del *sponsor* y cambiaron al recién instaurado gobierno por otro que prohibió la emisión de programas de televisión que no estuvieran producidos en Minnesota.

De esta manera terminó mi aventura africana, y con ella mis carencias higiénicas. Pero a esas alturas la cancelación de mi programa de televisión importaba poco, porque mi cara ya se había hecho suficientemente conocida durante la campaña de «*Freedom for incompetents*». Mi popularidad crecía sin que yo hiciera nada por abonarla. Las televisiones y demás medios de N'Joy Corporation me convirtieron en el abanderado de los desarrapados, en el portavoz de los negros o afroeuropeos, en el detergente para la conciencia de los blancos o europeos a secas. Recibía ofertas para impartir conferencias, para inaugurar carriles bici, para participar en tertulias televisivas, para cortejar a jovencitas escotadas, para presentarme a alcalde. Acepté todas menos esta última. Escribí un libro, y publiqué otro. Nunca supe qué fue del mío. Mi agente me dijo que era muy bueno, demasiado bueno, y que nadie lo entendería, así que por el bien de la ciudadanía me pidió que aceptara firmar otro manuscrito que me presentó y que, según me dijo, encajaba mejor con las expectativas de los lectores y con los deseos de los directivos de N'Joy Corporation. Fue un éxito rotundo: alcancé cotas de celebridad que jamás había imaginado. Me convertí en un ídolo que reunía las tres virtudes más apreciadas por el pueblo en un intelectual: un espíritu filantrópico insinuado

por mi pasado africano, un vocabulario abigarrado con algunos toques suburbanos, y un perfil resultón.

Y así iban las cosas hasta que, como ya he dicho, cometí el error de creer que aquel era mi verdadero lugar en la sociedad, y que habían sido mi talento e inteligencia los que me habían llevado hasta él. Me crecí. Le propuse a mi agente un nuevo libro, y exigí que esta vez estuviera escrito por mí. También esboqué un programa de televisión que me iría como anillo al dedo, y lo discutí con varios directivos de N'Joy Corporation de los que sólo obtuve vaguedades y aplazamientos. Y mientras iba expresando mis ambiciones en distintos círculos, comencé a notar cómo poco a poco iban dejando de invitarme a cócteles y cenáculos, y cómo las jovencitas escotadas comenzaban a huir despavoridas ante mi presencia. Advertí ataques selectivos de amnesia en muchos de los que durante mi éxito habían sido mis mejores amigos, y aprecié otros detalles diminutos pero muy numerosos que me llevaron a pensar que algo raro estaba pasando. Definitivamente mi fama iba disolviéndose, y nuevos arribistas comenzaban a ocupar el hueco que yo dejaba en la farándula mediática.

Y así hasta que un día me desperté y volví a ver mi cara en la tele, y a escuchar mi nombre en la radio, y a leer mi RAP en los periódicos. Javichu Depy me había acusado de plagio en mi primera y única novela, había localizado y reunido con prodigiosa rapidez a todos mis enemigos y a muchos de mis amigos reconvertidos en alimañas, e hizo que unos y otros contaran sin descanso todas las vilezas que conocían sobre mí, así como muchas otras que se inventaron sobre la marcha pero que, justo es reconocerlo, narraron con tal maestría que hasta yo mismo dudé de su veracidad. Por suerte para mí el plagio nunca pudo llegar a demostrarse puesto que, según me había confesado mi agente en una noche de juerga, mi novela no había sido escrita por una persona sino por el prestigioso programa Microsoft Bestseller, marca registrada de N'Joy Corporation, que tantos éxitos ha obtenido en premios y maratones literarias. Pero la falsedad de la acusación era, por supuesto, lo de menos: en un par de semanas me había convertido primero en un hazmerreír y después en un ser repulsivo que nadie quería como vecino, como novio, y ni siquiera como conciudadano. El resto es la misma historia que todos hemos visto cientos de veces: un juicio que se resuelve demasiado tarde, y un fallo absolutorio que nadie llega a conocer porque ya hay otros desgraciados que

atraen la atención de las audiencias. Y aun en aquellos allegados que consiguen enterarse de la decisión judicial, uno ve la sombra de la duda tiñéndolo todo de un negro tan sombrío como el futuro que contempla ante sí. La única salida que vi cuando el juicio finalizó, al menos hasta que el asunto se olvidara un poco, fue desaparecer durante una temporada. En cuanto terminé la terapia de Calumniados Anónimos vendí la casa del CID del Barrio de Salamanca y, ya puestos, volví a Kenia unas semanas para dejar que las aguas se calmasen.

Allí, desde luego, estaban calmadísimas, porque seguía sin haber agua corriente. A mi regreso alquilé el piso que todavía habito en un CID intermedio, me duché hasta quedar arrugado, y respondí a un anuncio del periódico en el que una empresa de servicios indeterminados solicitaba un verificador mnemónico para comprobar el pasado de sus clientes. Se requería mucha experiencia, poca iniciativa, y ninguna ambición salarial. Don Agamenón me entrevistó y aquel mismo día me ordenó que me incorporara al trabajo, aunque como ya habíamos dedicado diez minutos a la entrevista y eran, por lo tanto, las nueve y diez, me advirtió de que no podría pagarme el día completo y que, para evitar fracciones y redondeos siempre incómodos, mejor no me pagaba nada y ya empezaría a cobrar a partir del día siguiente. Me dio un abrazo para demostrarme que en su empresa él era sólo uno más, salvo a la hora de repartir dividendos, y le dijo a Foom que me enseñara cómo fichar mientras él se desinfectaba el traje. Yo, por mi parte, y produciendo una metáfora de la que me sentí especialmente orgulloso, contemplaba mi metro cuadrado de espacio como si se tratase de una placenta socio-profesional en la que ya comenzaba a engendrarse mi nueva vida, mi nuevo futuro, y mi actual escoliosis producto de tantas horas sentado en el taburete, puesto que don Agamenón, con tanto partido de golf y tantas reuniones en Marbella, nunca ha encontrado el momento de comprarme un respaldo.

Precisamente aquella mañana me dirigía yo a mi trabajo mientras realizaba un repaso sinóptico de mi vida muy similar al que acabo de hacer ahora, y cuando lo concluí no pude evitar sentir un cierto vértigo al advertir lo rápido que pasa el tiempo, y cómo sin darnos cuenta los días se hacen meses, los meses años, y los años siglos. Y fue entonces cuando reparé de pronto en que esa era la letra de una canción de «Los Tamara» que había escuchado el día anterior durante aquella sesión de música clásica a la que nos había sometido

el ministro Gua. El recuerdo de la velada me retrotrajo a los acontecimientos que habían acaecido a lo largo de la misma, aunque sobre todos ellos ya había meditado yo largo y tendido, y digo esto en sentido literal puesto que lo había hecho en la cama, durante el duermevela que me había dominado toda la noche. Cansado y todavía algo nervioso, tardé un buen rato en asimilar lo sucedido, tanto las veladas amenazas del tal Chumillas si yo no colaboraba en un asunto que, por otra parte, tampoco comprendía, como la sorprendente y delictiva confesión de mi vecino que, lejos de tranquilizarme, me sumió en una desagradable sensación de estar siendo permanentemente espiado.

Pero cuando conseguí que por fin los hechos se ordenaran en mi cabeza, en la que todavía retumbaban estrofas como «la barbacoa, la barbacue» o «hey, meu amigo Charlie», la solución al galimatías se me apareció sencilla e indolora. O debería decir mejor que la imposibilidad de encontrar una solución complicada me transportó, en un paradójico modo que sólo un oriental podría interpretar, a otra solución más simple. Repasé los hechos una y otra vez, a través de un prisma y a través de otro, desde aquí y desde allí, desde allá y desde acullá, desde oriente y desde occidente, desde arriba y desde abajo, etcétera, etcétera. Creo que la idea queda clara: le di muchas vueltas. Y al final de cada una de ellas alcanzaba la misma conclusión: no había nada que yo pudiera hacer. No sólo no podía entregarle a Chumillas el hombre que buscaba, sino que ni siquiera podía darle ningún dato que él todavía desconociera. Durante nuestra breve charla de la noche anterior había demostrado tener mucha más información de la que yo, ignorante en su momento de la trascendencia de la situación, había obtenido de los dos falsos clientes. De hecho, yo no sabía nada de ellos: ni sus RAP, ni sus domicilios, ni siquiera sus AKA.

Así pues, no tenía ninguna posibilidad de cumplir el encargo que me habían encomendado, y eso me dejaba una única alternativa: esperar a que Chumillas me llamara, y confesarle la verdad cruel y pelada. Porque la verdad, como creo que dice el eslogan de una marca de patatas fritas, siempre es más verdad si está pelada.

# CAPÍTULO 111

El único dato que quizás Chumillas desconocía y que yo podría proporcionarle para demostrarle al menos mi buena intención, así como mi desvinculación con el sospechoso, era el adeene del tipo que acompañaba al médico disfrazado, y que me fue presentado como hijo de éste. A partir de su adeene, un hombre de recursos como Chumillas no tardaría en acceder a su RAP, y con él a la dirección, profesión, enfermedades infantiles, ficha dental, matrícula de coche, recibos impagados, cantantes favoritos, y, en fin, a toda la vida y obras del individuo. Sí, es ilegal leer el adeene de la gente con lectores particulares, pero todo el mundo los tiene alegando que en realidad no los usa, y esa misma estratagema utiliza don Agamenón y cualquier empresario que se precie de su condición.

Partiendo de esa idea, un plan comenzó a esbozarse en mi cabeza: yo podría acceder a los registros de acceso del día anterior cuando redactara mi informe final, puesto que éste tendría que incluir la factura y don Agamenón tiene conectado el sistema de facturación a todos los demás sistemas, por si a última hora se nos ocurre algo más que cobrarles a los clientes. Así, yo podría acceder desde el sistema de facturación al sistema de seguridad, donde quedaban grabados los adeenes de todas las personas que visitaban la empresa. El adeene del falso vejete no tendría interés para Chumillas, puesto que al parecer ya lo conocía bien, pero cuando viera que yo no sólo no protegía al doctor facineroso sino que incluso me prestaba a identificar a su cómplice, arriesgando con ello mi valioso puesto de trabajo, se convencería de que estaba presionando al hombre equivocado. Y, por qué no, quizás considerara oportuno mantener su oferta inicial y compensarme por mis servicios con alguna dirección general, o con una silla en algún consejo de administración facilito, como el de un banco: si me lo propongo, sé explotar a

los pobres como el que más.

Pero, a pesar de las consecuencias que podría acarrearle, no era este delicado asunto de imposturas y desapariciones el único que me inquietaba aquella mañana mientras llegaba a mi cochiguera, colgaba mi chaqueta en la esquina de un biombo, y encendía mi terminal de facturación. Por muy acostumbrado que estuviera a los arrebatos sentimentales de mi hija, no podía evitar preocuparme también por la fuga que había protagonizado con el tal Johnny. Tenía que cancelar sus líneas de crédito y dar órdenes estrictas para que me avisaran de cualquier tentativa de uso o disfrute. Mi agenda del día, pues, era breve: hablaría con don Agamenón para pedirle que me dispensara unos minutos y poder así acercarme al banco, redactaría a mi vuelta el informe de la maldita verificación del día anterior, accedería al sistema de seguridad de la empresa, leería el adeudo del pollo que acompañaba al criminal galeno, y esperaría a que Chumillas se pusiera en contacto conmigo para hacerle partícipe de todos los razonamientos que acabo de exponer, tras lo cual confiaba yo en que podría recuperar las riendas de mi vida.

Aunque don Agamenón nos había explicado miles de veces las ventajas personales y profesionales que nos reportarían las cochigueras abiertas en las que había convertido nuestros anteriores despachos tras asistir al seminario «*Zen and the art of over-crowding*», el propio don Agamenón ejercía su liderazgo desde una oficina cerrada si bien que con amplias vistas a la Gran Vía. Fue precisamente ese despacho el que yo visité a las diez menos cuarto de aquella mañana para solicitar de nuestro guía media hora libre, que emplearía en hacer una visita al banco. Don Agamenón prorrumpió en llanto al escuchar mis palabras, a pesar de que yo ya le había adelantado que, por supuesto, renunciaría al salario correspondiente al tiempo que estuviera fuera de la empresa, y que recuperaría, completamente gratis, la media hora perdida con tiempo añadido al final de la jornada. Don Agamenón no sólo pasó por alto mi oferta, sino que su llanto arreció al escucharla y, mientras se enjugaba las lágrimas con las últimas quejas recibidas de los clientes, me dijo que no era el dinero lo que provocaba su desesperación, sino la falta de compromiso o *commitment* que demostraba yo abandonando mi puesto y dejando la compañía expuesta al caos y la quiebra, y que yo le estaba decepcionando, y que traicionaba la confianza que él había depositado en mí después de tantos años de demostrarme su generosidad con un sueldo a final de mes, y que él no

se merecía esos disgustos, y muchas cosas más que no acerté a entender pues la voz se le entrecortaba con los sollozos, y el ruido que hacía al sonarse retumbaba como un trueno y retornaba en forma de eco amenazador tras rebotar en las lejanas paredes que delimitaban la estancia. Por fin, cuando recobró un poco de serenidad, y tras empapar las reclamaciones de los clientes de lágrimas y otras secreciones menos poéticas, don Agamenón concluyó diciendo que éramos todos una panda de desagradecidos, y que ya le había advertido el americano que le dio el seminario «*Zen and the art of lying*» de que los empleados no sabríamos apreciar sus modernas técnicas de gestión, y que confundiríamos la libertad con el libertinaje, y que así es la vida, y que con gran dolor de su corazón, porque aunque a nosotros nos pareciera lo contrario su propósito no era forrarse sino desarrollarnos como personas, se veía obligado a descontarme no sólo la media hora que yo estuviera ausente sino un poco más en concepto de daño moral, y que dicho descuento lo cuantificaba él, para evitar fracciones y redondeos siempre molestos, en el salario del día completo. Dicho esto último, rompió de nuevo a llorar, y yo no me atreví a decirle nada más puesto que ya me sentía bastante culpable.

Con este cargo de conciencia me dirigí raudo hacia la oficina más próxima del Happiness Bank, marca registrada de N'Joy Corporation, antes llamado BSBCVHA, y tras soportar estoicamente una fila que parecía no avanzar nunca, pude al fin dirigirme a uno de los empleados que dejó de tachar números en el boleto de la primitiva para saludarme.

—Buenos días, señor o señora —me dijo—. Soy su Asesor Bancario y de Consumo, o ABC, para hoy. Mi RAP es 0A-16E-676-56C, AKA Publio Trajano Puig. En virtud de lo dispuesto por el Protocolo de Sinceridad estoy obligado a informarle de que, aunque por mi comportamiento pudiera usted deducir que estoy aquí para ayudarle o que incluso soy su amigo, en realidad yo trabajo para el banco y estoy aquí para que éste obtenga los mayores beneficios posibles. Dicho lo cual, se ve que su porte es distinguido, y estoy seguro de que triunfa usted en todos los ámbitos de su vida personal y profesional. Y ahora le pregunto: ¿no cree que se merece una vida mejor? —Y añadió sin darme tiempo a decir nada—: ¿Una casa más amplia? ¿Un coche más confortable? ¿Un vestuario, si me permite la observación, más acorde con su gallardía?

—Gracias por su interés, pero hoy tengo un poco de prisa. Mi RAP lo estará viendo usted en su pantalla, y en él podrá comprobar que soy un cliente veterano y, puestos a ser sinceros, rentable. Necesito pedirles un favor, don Publio Trajano.

—Llámeme Publio.

—Se trata de un favor personal.

—¿Tiene saldo? —me preguntó el tal Publio enarcando una ceja.

—Compruébelo si no se fía de mí —le respondí, y vi con cierto vejamen cómo, en efecto, no se fiaba de mí y se apresuraba a consultar la pantalla de información confidencial.

—Veo que es usted un hombre de bien y con nómina, si es que existe alguna diferencia entre esos dos conceptos.

—Pues verás, Publio...

—Visto su saldo llámeme mejor señor Puig.

Corté el palique arguyendo que el asunto que me había llevado allí era de máxima urgencia y le expuse el caso. No le hizo mucha gracia eso de cancelar una línea de crédito, pero entonces me interesé por saber si el número de empleados zurdos y daltónicos que tenían en su oficina se correspondía con el 0,64% de ciudadanos que, según las estadísticas, ostentan ambas condiciones. Esta insinuación sobre una posible discriminación latero-cromática puso en guardia al tal Puig, y la mención de un par de viejos contactos que todavía recordaba en el Ministerio de Diversidad y Minorías hizo el resto.

—De acuerdo —terminó por consentir a regañadientes—. Cancelaremos la línea de crédito y le avisaremos si alguien intenta utilizarla, pero sólo durante cuarenta y ocho horas. No podemos detener el flujo de capitales o colapsaríamos los cimientos liberales de nuestra economía, lo que provocaría una ralentización del proceso de enriquecimiento rapaz del que somos al tiempo garantes y partícipes. Y ahora, dígame: ¿para qué quiere el préstamo?

—Yo no quiero ningún préstamo.

—¿Ha venido al banco y no va a incurrir en ningún gasto? Me veo obligado, entonces, a cobrarle una comisión.

—Caballero —dije, intentando aunar la conversación a una dignidad mínima—, quizás contenga usted su ansia comercial cuando le diga que mi hijita desapareció ayer de casa acompañada por un adolescente, quizás melenudo, que responde al nombre de Johnny, y que mi propósito con esta

visita es detectar sus movimientos para rescatarla de las garras de ese gañán. Y le diré más: estos minutos que usted me está haciendo perder son doblemente vitales, puesto que para conseguirlos he tenido que pedirle permiso a mi jefe provocándole un serio disgusto.

—En ese caso —respondió el tal Puig, dejando de bostezar y retomando su tarea de marcar cruces en el boleto de la primitiva—, coincido con usted: no perdamos más tiempo. Una hija secuestrada no le impedirá pagar su hipoteca, pero necesitamos que conserve su empleo para que pueda afrontar las mensualidades. No podemos aumentar el índice de morosidad, o los analistas nos penalizarán con vertiginosos descensos en Bolsa. Claro, a usted esto le da igual porque es un egoísta y sólo piensa en usted mismo. Menos mal que estamos nosotros para pensar en todos.

—Espero sus noticias —concluí, dando por terminada la conversación y haciendo ya ademán de marcharme.

—¿Seguro que no quiere otra hipoteca? ¿Un videoguol nuevo?

—Ya le he dicho que tengo mucha prisa.

—Los trámites no nos llevarán más de unos minutos. Mire, ya tengo el contrato redactado. Veinte años al 12%. Lo sé, estamos locos: es lo que siempre le digo a nuestro consejero delegado. Le digo: ¡estamos locos! Firme aquí.

—No necesito un videoguol. Ya tengo uno que funciona perfectamente, gracias —mentí.

—Un hombre de posibles, ¿eh? Lo he adivinado en cuanto le he visto entrar. ¿Conoce usted Puerto Huevoón? Un sueño. Un lujo a su alcance. Vea este folleto y dígame, si se atreve, que usted no se merece esto. Seductor, ¿eh? Sé lo que está pensando: esto debe de costar un potosí. No lo niego: no es algo que pueda permitirse cualquiera, pero ¿acaso es usted un cualquiera? No conteste. No piense. Actúe. La vida pasa mientras nosotros hablamos de trivialidades. ¿El dinero? De eso nos ocupamos nosotros. Nos duele ver cómo usted y su nómina se marchitan día a día en este valle de lágrimas. Las injusticias nos enervan, a mí y a toda la plantilla del Happiness Bank, marca registrada de N'Joy Corporation, empezando por nuestro ilustre consejero delegado que creó este negocio haciendo oídos sordos a ganancias y réditos, y guiado únicamente por el afán de construir un mundo mejor para todos los seres humanos y sus animales de compañía. He ahí su foto —prosiguió,

señalando con la cabeza a un póster—. Mire, ya tengo el contrato redactado. Firme aquí. Nuestro consejero delegado sufre al saber que personas como usted no disfrutan de la vida que merecen sólo porque no quieren endeudarse como perros. Por cierto, ¿le gustaría vivir en un CID para familias con perro? ¿Tiene usted perro? ¿Conoce nuestro crediperro? Incluye una clonación gratuita del bicho si se le muere antes del primer año. ¡No me lo diga! Lo sé: estamos locos. Perdemos dinero, pero así somos nosotros. Somos felices si usted es feliz. Es nuestro lema. ¿Lo ha visto en la puerta?

—No necesito nada, gracias —repetí, levantándome ya de la silla.

—¿Un paquete de pañuelos de papel?

—No insista.

—¿Quiere echar una bono-loto?

—Pierde usted el tiempo.

—¿Una Cheeseburger, marca registrada de N'Joy Corporation, propietaria asimismo de esta reputada institución bancaria?

—No.

—La oferta del día incluye patatas gratis. Vamos, ánimo. Yo sólo busco su felicidad y mi ascenso a *section coach* para poder vengarme de unos cuantos de mis ahora compañeros, en especial de aquel de allí.

Total, que salí con una hamburguesa. No es que yo no sepa decir que no, sino que la conciencia no me habría dejado dormir porque en el fondo sabía que Puig tenía razón: no podemos eludir nuestra responsabilidad como consumidores. Las economías se colapsan porque los ciudadanos, inconscientes, optamos por el cobarde ahorro en lugar de invertir como machotes. El gobierno crea un entorno propicio, los empresarios sacrifican sus vidas privadas para ofrecernos tentadores productos, y ¿cómo respondemos nosotros? Retrayendo el consumo. Guardando el dinero en un calcetín. Digo esto último, claro está, como una metáfora, porque todos sabemos que el dinero en efectivo ya no es legal, salvo los bonos numerados para dar limosnas, y no querría yo que alguien pensara que soy uno de esos piratas financieros que disponen de él y continúan utilizándolo para las más perversas y anónimas operaciones.

Estas y otras muchas agudas reflexiones sobre la circulación de capitales habría desgranado yo en mi regreso a la oficina de no haber sido porque, primero, un policía me hizo tirar la hamburguesa y las patatas a una papelera,

y leyó mi RAP para cobrarse una multa de acuerdo con lo dispuesto en la Ordenanza de Actos Estéticamente Punibles, y porque, después, escuché por varias veces un insistente chisteo, cuyo origen no pude colegir hasta que ya media Gran Vía, en especial el sector masculino, se había girado dándose por aludida. El sector femenino se limitaba a estirar el cuello y sacar barbilla.

—¡Eh, oiga! ¡Usted! ¡El de la nariz... este...! ¡El de la chaqueta... hum...! ¡El del pelo...! —clamaba la voz—. ¡Eh, usted! ¡El vulgar!

No me giré, por supuesto, pensando que yo pudiera encajar en esa definición, ni tampoco por estar convencido de lo contrario. En realidad, no tuve tiempo para pensar nada porque sentí un fuerte golpe en el hueso occipital, acompañado del inconfundible sonido que se produce cuando algo choca contra un objeto hueco. Fue por eso por lo que me di la vuelta para divisar, por fin, al emisor de tan desagradables sonidos y de tan certeros lanzamientos.

Lejos de hacerse el longuis, o al menos disculparse, el individuo en cuestión hacía todo tipo de aspavientos y me invitaba a acercarme. Su rostro me resultó familiar, pero, al hallarse él en el espacio de la acera reservado a pordioseros y mendigos, supuse que sería simplemente uno de los que yo veía en aquel mismo lugar cada día al entrar y salir de trabajar. Mientras el menesteroso seguía gesticulando, yo ponderaba la posibilidad de que quisiera aprovecharse de mí, por difícil que esto pueda resultar, y pensaba que quizás debería seguir mi camino y evitar imprevistos que retrasaran más mi regreso.

Una nueva pedrada aceleró todo el proceso decisorio.

—¡Deje de lanzarme objetos! ¡Usted no sabe con quién se la está jugando!

—Sí, sí lo sé —dijo el indigente—. Y usted también sabe quién soy yo.

—¿Ah, sí?

Sacó una barba y una peluca castaña del bolsillo y se las sobrepuso. Mi sagacidad no pasó por alto la coincidencia entre el rostro que ahora veía y el que había visto el día anterior acompañando al médico proscrito.

—¡Usted! —exclamé, acercándome a él a paso ligero—. ¿Y quién narices es usted? ¡Espere! No me lo diga. No quiero saberlo. Usted y su padre, o su compinche, el albino, me han metido en un jaleo de no te menees.

—No era albino. Pretendía aparentar ancianidad. En cuanto a mí, me llamo... Bueno, usted llámeme Paco.

—¿Paco? ¿No podemos usar otro apodo menos ridículo?

Mientras entablaba tan estúpida conversación, mi cerebro intentaba procesar a toda velocidad los nuevos hechos que se estaban produciendo y las nuevas posibilidades que éstos me abrían. Mi interlocutor había recuperado el turno de palabra, y me contaba en voz baja cosas que quizás fueran interesantes, pero que yo no podía escuchar porque estaba ocupado en contemplar todas las imágenes que mi imaginación producía en serie y en paralelo: yo reduciendo al mendigo y atándolo, yo entregando el mendigo a Chumillas, yo abrazado por Chumillas, yo soltándome de Chumillas que abusaba de la ocasión, yo compartiendo una caja de aguacates con don Agamenón, yo en un despacho como *Western Europe Chief Executive Officer* de alguna importante productora cinematográfica, yo recogiendo un Óscar, yo bailando, yo pronunciando discursos, yo en la tele, yo en la portada de la revista «Patans of the World», yo bailando más, yo firmando autógrafos, yo paseando con una rubia frente a la casa de mi ex mujer, mi ex mujer poniéndose celosa, mi ex mujer volviendo conmigo, yo abrazando otra vez a Chumillas, ¿otra vez?, me pregunté, no me lo explico, tengo que pararle los pies a ese Chumillas... Y habría seguido yo haciendo mis mementos, de no ser porque reparé de pronto en que el cómplice del doctor había dejado de poner el paño al púlpito.

—Entonces, ¿qué me dice? —me preguntó, al ver que yo tampoco decía nada.

—¿Sobre qué?

Dejé que Paco, o don Paco, o el señor Paco, que no querría yo que la familiaridad pudiera interpretarse como menosprecio por mi parte hacia las clases subterráneas, me colocara otra perorata mientras yo alejaba aquellas prometedoras visiones de mi cabeza y me concentraba en encontrar la manera de consumir el primer paso hacia ellas: necesitaba retener a aquel sujeto hasta que Chumillas se pusiera en contacto conmigo. Obviamente no podía explicarle esto a él, puesto que quizás se negara a cooperar en la entrega de su propia persona, así que tendría que, o bien contarle alguna trola, o bien secuestrarlo violentamente. Y ya se sabe que nada hay peor que una mentira, como nos repite cada día La Verdad TV.

—Se lo ruego —proseguía mi interlocutor—. Es usted mi única esperanza. Mi vida corre peligro, y no sería descabellado pensar que la suya también.

—No le conviene amenazarme, caballere. Tengo amigos poderosos, y yo

mismo trabajo en una empresa reputadísima en la que ocupó un puestazo, como prueba el hecho de que a estas horas pueda permitirme estar en la calle charlando con un representante de las capas más aceitosas de nuestra sociedad.

—No soy yo quien amenaza su integridad física —me aclaró—, sino los mismos sujetos que amenazan la mía. ¿No se ha dado cuenta de que le está siguiendo un tipo con aspecto sospechoso? Mire con disimulo hacia aquel escaparate. No, al de lencería no. Al otro. ¿Lo ve?

—Es cierto —respondí, aunque la verdad es que no veía a nadie, o, mejor dicho, veía a muchas personas pero ninguna de ellas me parecía sospechosa de nada. Si dije «es cierto» no es porque yo no sepa imponerme y decir que no, sino por otras razones más profundas que no puedo exponer ahora porque el señor Paco ya volvía a hablarme.

—Estamos en peligro —dijo, y después, abusando de la confianza como suelen hacer los paupérrimos, que según dice don Agamenón cuando uno les da la mano quieren el brazo, y cuando uno les da un sindicato implantan el comunismo, el supuesto mendigo me agarró por la manga de la chaqueta, y redujo la distancia entre su boca y mi oreja para proseguir con su cháchara en un tono de voz aún más bajo—. Por favor, ayúdeme. Temo por mi vida, y no conozco a nadie más en la ciudad.

La ocasión, como suele decirse, la pintaban calva, probablemente porque cuando la pintaban no existía Baldless, marca registrada de Eternal Life Inc., o porque quien la pintó no podía pagar los tres mil dólares que cuesta cada pastilla. A punto estuve de lanzarme a ofrecerle al indigente mi hospitalidad, falsa, claro está, cuando reparé en que era muy posible que el individuo que tenía ante mí contara con antecedentes penales, y que si lo llevaba a mi casa la señora Domitila no tardaría ni cinco minutos en avisar a la policía para que comprobaran las lecturas de las piruletas y, hecho esto, procedieran a detenerlo por crear alarma social. Cierto que quizás la policía tardara un rato en acudir, porque cada vez hay más coches mal aparcados y no pueden atender a todo, pero no parecía probable que Chumillas tuviera tiempo de llegar a mi casa antes de que se lo llevaran. Y mi agudo sentido de la observación me había hecho notar, la noche anterior, que Chumillas tenía cierto interés en que las autoridades no se vieran involucradas en el asunto.

Por otra parte, y antes de decidirme a incurrir en esos o en otros y peores

riesgos, tenía que asegurarme de que aquel pelagatos, que ahora me miraba con una expresión que no conseguía definirse entre la angustia y el paroxismo, mantenía todavía contacto con el principal elemento, o sea, con el repugnante galeno.

—¿Cómo que no conoce a nadie? —pregunté, retomando su última afirmación y aparentando desinterés—. ¿Y su amigo o padre, el doctor?

Mi interlocutor intentó aproximar más su boca a mi oreja pero, fingiendo yo ejecutar unos ejercicios para estirar las cervicales, conseguí mantener nuestras cabezas a una prudente distancia.

—El doctor —susurró— ha... desaparecido.

Dijo esta última palabra entornando los ojos, arrugando la nariz, y alzando medio labio superior, en un gesto que, tomado en su conjunto, podía tanto transmitir cierta tenebrosidad como mostrar los efectos de una difícil digestión. Supuse que el ruido del autobús que circulaba junto a nosotros, o el de la excavadora que desterraba un solar vecino, o el de las sirenas de cuatro ambulancias que pasaban zumbando por la calle, o el del silbato de un guardia que multaba a un conductor por toser con la ventanilla abierta, o el de las motos que escoltaban una limusina a toda pastilla, o el del videoguol público de Callao, o el de las flautas andinas de uno de esos grupos pro mestizaje que el Ministerio de Diversidad y Minorías esparce por el metro, o el de los gritos de tres niños desollándose por ser los primeros en comprar un videojuego, o, en fin, cualquier otro murmullo de los muchos que animaban la Gran Vía, supuse, pues, que alguno de esos sonidos o el conjunto de todos ellos había deformado el susurro del pedigüeño haciendo que llegara a mis oídos la palabra equivocada.

—¿Ha dicho usted que ha desaparecido? —quise verificar, puesto que aquella era una revelación crucial para mis intereses.

En lugar de su respuesta, lo que escuché fue una nueva voz proveniente de algún lugar que yo no podía ver y que, por lo tanto, debía hallarse detrás de mí.

—No te entretengas con este —dijo la voz recién llegada—. Pasa por aquí todos los días y nunca me ha dado ni un centavo.

Asumí, como no podía ser de otra manera, que estas palabras no iban dirigidas a mí, pero no por ello dejé de girarme y contemplar a nuestro nuevo contertulio. No diría yo que era una persona elegante y refinada, puesto que lo

apropiado sería decir que era un guarro y un piojoso. Pero tampoco diría yo esto, y mucho menos se lo diría a la cara al sujeto en cuestión puesto que la expresión de su rostro no invitaba a sinceridades. Ante este dilema, opté por no decir nada y aguardar a que la canalla resolviera sus contenciosos.

—Aquí tienes la recaudación —le dijo el primer marginal, el mío, por así decirlo, al segundo.

—¿Sólo esto? —replicó el otro, y acto seguido intercambiaron posiciones y éste procedió a ejecutar un espagar con el torso flexionado, para después aguardar a que la compasión de sus semejantes se tradujera en moneda de curso legal—. Está el mercado muy difícil —prosiguió, sin dirigirse a nadie en particular, mientras desplegaba un cartón en el que se leía: «Veba Cokepepsi»—. Hay que encontrar algún *competitive breakthrough*, un *quantum leap* como lo llama el profesor Smit. Pero el consumidor está presionado por el entorno inflacionario y los tipos alcistas limitan su capacidad de inversión, y uno tiene que buscarse fuentes de ingresos atípicos, como el patrocinio que he conseguido para el cartón. No podré reflejarlo en el balance como beneficios ordinarios, pero si consigo colarlo como bienes amortizables, pues eso que nos llevamos por delante.

Yo contemplaba la escena sin ninguna intención de emitir un juicio o valoración, pero me pareció conveniente hacer algún comentario que me granjeara la simpatía del nuevo mendigo, de quien no descartaba obtener algún tipo de servicio beneficioso para mí, como encargarle que retuviera a su compañero por la fuerza el tiempo que fuera necesario hasta que Chumillas se pusiera en contacto conmigo.

—Muy buena idea lo de incorporar faltas de ortografía para llamar a la piedad —lo halagué.

—¿Qué faltas de ortografía? —preguntó él muy ofendido—.

Sepa usted que estudié hasta segundo de magisterio, y que tuve que dejarlo por problemas familiares: mi padre, que era el decano de la facultad, falleció en un accidente mientras impartía las prácticas de marquetaría. Después de eso consagré mi vida al *marketing*. Y aquí me tiene. Me saqué la oposición municipal a mendigo hace dos años.

—Fascinante —concedí, y de inmediato me propuse reconducir la conversación hacia senderos más productivos para mis intereses— Lástima que ahora no tengamos tiempo para debatir sobre cuestiones tan principales.

Porque supongo que ya sabe que su amigo...

—Este no es amigo mío —me interrumpió el mendigo ilustrado—. Es más, yo creía que era amigo suyo, porque me pidió prestado el puesto alegando que tenía que encontrarse con un amigo. No me habrás mentido, ¿eh? —añadió, dirigiéndose ahora al señor Paco—. No hay nada peor que la mentira.

—Tanto da —dije yo en tono meloso—. El caso es que aquí, este que no es ni amigo mío ni amigo suyo, necesita ayuda. Sé que lo habitual en estos casos es dirigir al ciudadano a la comisaría más cercana para que las autoridades registren su solicitud de ayuda, convoquen plazas de ayudantes, adjudiquen la plaza, firmen el convenio, constituyan el sindicato, compongan el comité de empresa, fijen los precios, y, por fin, ayuden al individuo. Pero siendo yo como soy un importante ejecutivo de una gran empresa, y dado que este mes todavía no he donado nada de mi desorbitado salario a la beneficencia, me siento en el deber moral de prestar auxilio a este sujeto. Lamentablemente, la empresa zozobra en cuanto me ausento más de unos minutos, así que me veo obligado a regresar con urgencia para impartir consignas a la soldadesca. Por otra parte, en casa acabamos de acuchillar el parquet, y quizás esté todavía resentido, sobre todo con las visitas. Así que me preguntaba —propuse por fin, sin dejar de mirar de reojo la reacción del menesteroso—, si podría usted acoger a este desamparado en su hogar hasta que yo pueda pasar a recogerlo. Sólo serán unas horas, hasta que termine mi jornada laboral. Los gastos, huelga decirlo, correrían de mi cuenta siempre que nos mantengamos dentro de unos límites razonables, entre los que le adelanto que habría hueco también para un chusco de pan como recompensa para usted.

—Ni lo sueñes.

Y dicho esto, el mendigo consultó su reloj de pie, puesto que el de pulsera quedaba lejos de su campo visual debido a la acrobática postura, se levantó, recogió el anuncio de cartón, se sacudió la ropa, y, sin ni siquiera dirigirnos unas palabras de despedida, se incorporó al caudal de empleados que había tomado la Gran Vía camino de los bares para el bocadillo de las once.

El señor Paco y yo nos quedamos pasmados, él más que yo, todo hay que decirlo, y así nos habríamos quedado un buen rato de no haber sido porque mi comunicador personal, también llamado CP, me dio una pequeña descarga eléctrica para avisarme de que tenía un requerimiento de comunicación. Apunté el foco de mi anillo-proyector hacia un lugar discreto, y contemplé la

cara de un tipo que parecía haber competido por batir el récord de tiempo sin acercarse a una pastilla de jabón, con buena marca. Me costó reconocer en él a Gaio Claudio Seta, el lampista que, cuando tenía a bien, obraba en mi nuevo chalé.

—Señor Emmanuel —comenzó a decir, y no se detuvo a pesar de que yo intenté hacerle saber que no podía atenderle en aquel momento—, tenemos un problema. Hay que tirar todo el tabique, u pasar otra conducción al través, pero eso es más difícil que enhebrar una aguja en un pajar. Lo que pasa es que los materiales están muy viciosos, y si regateo con la radial nos comemos el falso techo y podemos tocar los contrafuertes, o inclusive el gas. Contri más lo rasquemos, peor. Yo, lo que usted me diga, pero si me dice que regatee no puedo traer la radial hasta el mes que viene, Dios mangante.

—Me pone usted entre la espalda y la pared, Gaio Claudio —le respondí, intentando hablarle en su propio idioma para que me entendiera—. Haga usted lo que su buen juicio le dicte, o sea, lo que se le pase por la punta de la pipa. Y ahora tengo que dejarle. Tengo aquí un asunto complicado y que no admite demora, o sea, como lo del regateo con la radial.

Me despedí sin dar tiempo a protestas, y apenas había apagado el CP cuando mis neuronas, con la diligencia que siempre las ha caracterizado, empezaron a atar cabos y llegaron de una cosa a la otra y de la otra a la de más allá. Total: que la luz se hizo. La solución a mis problemas me había llegado, por increíble que me resultara, y me lo resultaba mucho, de la mano de un lampista. Del lampista al chalé, del chalé a la urbanización, de la urbanización a las piruletas, y de las piruletas al señor Paco: como el CID de mi nueva vivienda estaba todavía en construcción, no se habían instalado aún las torres de protección ciudadana, puesto que no había vecinos a quienes proteger, y por lo tanto podría esconder al señor Paco en mi futura casa sin que nadie pudiera detectar su presencia allí, aparte del lampista o el fontanero que, llegado el caso, todo lo que harían con él sería ponerlo a trabajar por horas y pagarle en negro.

Sin duda, era la solución perfecta. Dicho y hecho, le anuncié al señor Paco mi decisión y le apunté la dirección en un papel. Le di instrucciones para que no saliera del chalé hasta que yo me reuniera con él, y le pedí que empleara ese tiempo en hacer memoria para intentar recordar algún detalle que nos permitiera localizar al desaparecido galeno. El señor Paco aceptó mis órdenes

sin rechistar, e incluso se mostró agradecido por mi ayuda, que él suponía desinteresada. No obstante, y para evitar que pudiera cambiar de opinión por el camino, yo mismo detuve un taxi que, casualmente, resultó ser el mismo que la noche anterior me había llevado a la fiesta del Palace. El conductor me reconoció y se le iluminaron los ojos al recordar la generosa propina que había recibido, así que le di las instrucciones a seguir y, tras dejarle leer mi RAP, le prometí otra jugosa recompensa si cumplía el encargo y regresaba a darme cuenta de ello y, de paso, a repetir el trayecto conmigo cuando hubiera cumplido mi horario laboral. Tuve que emplear unos minutos más en contrastar con el taxista nuestros conceptos de «jugosa», pero finalmente llegamos a un acuerdo, abusivo para mis intereses, claro está. Teniendo en cuenta lo que estaba en juego, di el dispendio por bien empleado y empaqueté al señor Paco con la promesa de reunirme con él en unas horas.

Después me encaminé de regreso primero a mi edificio y después a mi cubículo, intentando encontrar una manera indolora de contarle a don Agamenón que aquel día, y debido a unas muy especiales circunstancias que sin embargo no podía contarle, tendría que abandonar mi puesto de trabajo a la hora de salida oficial, sin realizar ninguna hora extra gratis.

Visité de nuevo, por tanto, el despacho de don Agamenón, e intenté anunciarle la noticia de la manera más disimulada posible, pero tan pronto como escuchó mis palabras se arrojó al suelo y comenzó a rasgarse la elegante chaqueta de percal que hasta entonces había lucido con salero, y con voz desgarradora clamó que si queríamos matarlo a disgustos, y que él era como un padre para nosotros pero que nosotros éramos unos caimanes, o unos caínes, no lo sabía bien, y que cualquier día su corazón diría «basta», pero no en el sentido de morirse, dijo, sino en el sentido de mandarnos a todos a la puta calle y contratar a otros que hicieran nuestro trabajo con menos sueldo y más agradecimiento, que para eso estaban los africanos, y que él lo sabía bien porque se había comprado un atlas y África era un sitio enorme, y que ya veríamos lo que era bueno cuando la oficina estuviera ocupada por tipos cuyos nombres tenían un montón de consonantes porque eran tan pobres que ni vocales podían tener, pero que a pesar de su miseria no se quejaban y bailaban medio desnudos alrededor de un palo mientras otros incendiaban su aldea para hacer carreteras, y que no se dedicaban a morder la mano que les daba de comer, entre otras cosas porque no comían, lo que los hacía más baratos

incluso, y que no me quedara allí pasmado y que le ayudara a levantarse del suelo porque había reptado ya hasta la ventana y no podía seguir revolcándose por más tiempo.

—¿Puedo contar, entonces, con su permiso? —me atreví a preguntar mientras le sacudía la americana y le arreglaba las solapas.

No tacharé a don Agamenón de injusto por la decisión que tomó, puesto que como él mismo me recordó había sido yo quien había iniciado aquel eslabon de deslealtades y falta de compromiso, pero sí diré que no había previsto tal desenlace. Mientras abandonaba el edificio con una caja de cartón que contenía mis escasas pertenencias, no pude evitar reflexionar sobre el hecho, por lo demás ya irreversible, de que ahora sí había puesto todo mi futuro en las manos de Chumillas. Y, para ser sincero, no fue éste un pensamiento que me reconfortara.

## CAPÍTULO 1000

Cabizbajo y meditabundo alcancé la Gran Vía, con la triste caja de cartón entre mis brazos y un no menos triste estado de ánimo entre dondequiera que se sostengan los estados de ánimo. Mientras caminaba sin rumbo y rumiaba los últimos acontecimientos, no tuve más remedio que concluir que era yo mismo quien me había puesto en tan delicada situación. No había sabido atajar a tiempo los delirios del tal Chumillas, aunque tampoco se me ocurría muy bien cómo podría haberlo hecho, y desde luego no podía culpar en absoluto a Don Agamenón, que simplemente se había comportado de acuerdo a las más elementales normas empresariales, resumidas en el lema que presidía el Círculo del Libre Comercio, enfrente de cuyo edificio me había situado en ese instante el azar sin duda para que pudiera leerlo, pues se encontraba grabado en el frontispicio: «Maricón el último». A pesar de haber sido redactado hace mucho tiempo, como demuestra el vejatorio término que incluye y cuya utilización está ahora permitida exclusivamente a los taxistas, su vigencia sigue siendo incuestionable, y no me habría encontrado yo en la tesitura en la que me encontraba en ese instante si lo hubiera recordado antes.

¡Taxistas!, me dije al escuchar a mis pensamientos pronunciar ese término. Recordé entonces mi cita con el chófer que había contratado para que depositara al señor Paco en mi nueva casa, y comprobé aliviado que todavía faltaban unos minutos para nuestro encuentro. Le había pedido que volviera a buscarme a la hora de salida de la oficina, pero por las razones ya profusamente explicadas me encontraba yo en la calle antes de lo esperado. Desanduve mis pasos para regresar a la puerta del edificio donde mis ex compañeros continuaban con su noble tarea, miré con envidia malsana el ventanuco del cubículo de Foom, le di en un arrebató la caja con mis pertenencias a un pobre, puesto que éstas eran en realidad un clip y una foto de

don Agamenón, y me dispuse a esperar la llegada del taxista. Como quiera que no podía quedarme parado en medio la calle, puesto que no tardaría en ser detenido por causar alarma social por inactividad, me metí en un bar y, tras escuchar el inevitable «¡N'Joy!» a la entrada, me aposté en un taburete con visión a la calle. Podría aprovechar para comer algo.

—Ahí no se puede sentar, caballero —me dijo quien aparentaba ser el responsable del local—. Está reservado.

Me levanté y fui a sentarme en una de las mesas que se apiñaban en el diminuto salón.

—No, ahí tampoco —volvió a decirme el hostelero—. En las mesas sólo servimos comidas.

Probé a situarme entonces en un extremo de la barra, junto a la puerta de entrada.

—Pero hombre, ¿no ve que está usted en medio de la zona de camareros?

—¿Y por qué no me dice usted dónde me pongo, y terminamos antes?

—Pues mire, colóquese allí, junto a la puerta de los lavabos. Si no le parece mal.

—Me parece bien —y habrá quien diga que a mí prácticamente todo me parece bien, aunque esto sea falso como ya he explicado varias veces.

—¿Qué le pongo? —me preguntó por fin el camarero mientras doblaba la bayeta en dos.

—Un instante —respondí—. Tengo que consultar con mi Asesor Endocrino, o AE.

En una fugaz comunicación, puesto que mi asesor estaba consultando a su Entrenador de Personalidad o EP, aquél leyó rápidamente mi nivel de aminoácidos y otras sustancias críticas y me indicó que no comiera patatas, y que si pedía una berenjena, muy buena para el riñón pero lesiva para el oído, la acompañara de unos brotes de coliflor, que a su vez tendría que rebajar con una naranja para neutralizar el posible aumento de tensión a largo plazo.

—¿Y de beber? —le pregunté.

—Puedes pedir un vasito de ajeno, sin cafeína, sin gas, sin azúcar, sin fosfatos, sin grasas, sin minerales y sin colorantes, o sea, que puedes pedir un vaso de agua. Y ahora tengo que dejarte: mi EP tiene prisa porque tiene que acudir a un seminario de auto-control. Es un monstruo. Ya nos veremos.

—¡Un número tres! —gritó el barman, que había presenciado toda la conversación, y acto seguido desapareció tras una cortina y volvió a gritar desde aquella nueva posición—: ¡Oído cocina!

Entretuve la espera mirando el videoguol, desde donde el timbre puntiagudo de una presentadora salía para expandirse por todo el local como la voz de una conciencia común y un poco gangosa.

—Despedimos a nuestro invitado de hoy —decía—, que se queda con su cirrosis, y nosotros seguimos con el programa. Pobre Tautátamo, ¿verdad? Pero no nos pongamos tristes, porque todavía tenemos que sortear... ¡el apartamento en Puerto Huevón! Sí, amigos, la vida sigue, sobre todo para los que no tenemos cirrosis como Tautátamo, ja, ja, cómo son estos guionistas. Y es que hay que tomarse la vida con buen humor, y también las desgracias, sobre todo si son ajenas.

La tostada apareció con rapidez sospechosa y ya me disponía yo a dar buena cuenta de ella, cuando un tipo se asomó a la puerta y me chistó, interrumpiendo la buena disposición con la que yo iba a recibir aquellas viandas. Obvié el hecho de que era la segunda vez en el mismo día que alguien intentaba llamar mi atención como si nos encontráramos a diferentes lados de la reja de un zoológico, y me concentré en la tostada.

—¡Oiga, pollo! Aligere. Vaya, no conocía yo este garito. Jefe, aquí lo que hace falta es poner una máquina de helados. Y el videoguol estaría mejor allí en el fondo, para que no reflejara por las tardes con el fútbol. Tampoco le iría mal un espejo ahí encima, uno de esos buenos, para que haga más grande el local. Y, ya puestos, unas chavalitas para servir las mesas, ¿eh? Y usted dese prisa, que tengo el coche en doble fila.

En efecto, a su espalda, y junto a la acera, pude ver un automóvil parado. Me costó reconocer en aquel sujeto al taxista que unas horas antes se había llevado al señor Paco siguiendo mis instrucciones, no porque él hubiera cambiado mucho físicamente, cuestión difícil, sobre todo si se buscaba un cambio a peor, sino precisamente porque el coche que conducía ahora no era un taxi.

Las pruebas, no obstante, concurrían: las ventanillas del vehículo estaban bajadas a pesar de los treinta grados que marcaba el termómetro, el individuo llevaba la camisa desabrochada y vestía bermudas con calcetines, apenas le quedaba espacio en el cuadro de mandos con tantos adminículos colgados o

adheridos, y, por último, había vertido varias opiniones sin que nadie se las hubiera pedido.

Acerté a darle un mordisco a la tostada antes de que el camarero leyera mi RAP para cobrarme y retirara el resto del melindre.

—¿Ha ido todo bien? —quise saber mientras el taxista y yo salíamos del bar y nos metíamos en el coche.

—Fatal. Hemos perdido 6-0 contra los del metro. Nos metieron el primero en fuera de juego posicional, y a partir de ahí nos descentramos.

—Me refiero al encargo que le hice esta mañana.

—Ah, eso. Sí, ha ido todo perfectamente. Pero tendré que cobrarle un plus porque su amigo me llevó a recoger a otra pasajera y usted no me había dicho nada de eso. No es que me importe, ¿eh? —prosiguió, guiñándome un ojo—. Picarón. Menuda periquita. Qué, se la beneficia usted en aquel chalé en ruinas, ¿no? Pero digo yo: ¿qué pinta el otro tipo, que por cierto está más chupado que el pitorro de un porrón para guiris? No me diga que practican ustedes guarrerías de esas que ponen en el canal porno... según cuentan. No es que me parezca mal. La verdad es que me parece bien. Oiga, si alguna vez le falla el esmirriado...

—Caballero —atajé—, sé que el «Protocolo del Tasis» les exime a usted y a sus colegas del cumplimiento de múltiples normas cívicas, permitiéndoles por ejemplo utilizar lenguaje obsceno, no poner nunca el aire acondicionado en el coche, hacer sonidos guturales al paso de las féminas, y otras fruslerías por el estilo, pero de ahí a auditar mi vida privada media una sima abisal. Dicho esto: ¿qué es eso de que recogieron a una señorita? ¿Dónde? ¿Cómo era? ¿Quién le proporcionó la dirección?

—Pare el carro, que servilleta no es un chivato. Y aunque lo fuera, tampoco podría decirle mucho. El tipo escurrido me dijo que teníamos que pasar a recoger a una amiga, y eso hice. No sé más.

—¿Y dónde la recogieron?

—Pues allí abajo, al final de la Avenida del Comunicador Mora, donde cruzan Pacifista Gómez con el Pasaje de los Reyes Magos. ¿No sabe? Sí, hombre, después de pasar el puente donde se encadenan los de las manifestaciones.

Renuncié a obtener una descripción más precisa y pensé que, llegado el caso, el señor Paco podría proporcionarme todos los detalles sobre su recién

adquirida amiga, y sobre su posible implicación en aquel cada vez más enrevesado asunto.

El tráfico en el carril taxi era fluido, aunque menos que en el carril trote o en el carril bici, pero sin duda mucho más que en el carril para automóviles, donde la fila de vehículos llegaba hasta donde alcanzaba la vista. Le hice notar al conductor que el coche que pilotaba no era un taxi, y que por lo tanto no debía circular por el carril reservado para ellos, pero él no parecía preocupado por este hecho a juzgar por el silencio con el que recibió mis palabras, sólo roto por el escupitajo que lanzó tras recrearse en la expectoración. Uno nunca sabe a qué atenerse con los taxistas.

—Por si no se ha dado cuenta —mencionó, cambiando de tema—, hay un coche que se ha pegado a nosotros en cuanto hemos salido. Mire para atrás. ¿Lo ve?

Giré el cuello y escruté la calle, pero no acerté a ver ningún coche, o, mejor dicho, veía miles de ellos pero ninguno que pareciera estar siguiéndonos

—Sí, en efecto —dije, no porque no me atreviera a decir que no, sino por otras razones, y por si acaso el taxista estaba en lo cierto añadí—: Dele esquinazo y tendrá usted otra generosa propina.

Nos enzarzamos otra vez en la traducción del concepto «generosa» a su equivalente material, lo que nos entretuvo durante varios minutos, hasta que tuve que ceder apresuradamente a sus pretensiones porque mi CP me anunciaba una llamada de mi ex mujer. Conecté el aparato y dirigí el proyector hacia el respaldo del asiento.

—¿Y bien? —me preguntó mi ex pareja.

—Ya he dado orden al banco para que cancelen la línea de crédito de la niña, y para que nos avisen si alguien intenta utilizarla. He tenido que ponerme serio, pero ya me conoces: no permito que nadie se me suba a las barbas, si las tuviere.

—Estoy preocupada —me confesó mi ex corazoncito, con un gesto compungido que la hacía realmente adorable—. Hoy no ha llamado, y ya sabes que siempre que se fuga nos llama cada día para contarnos las experiencias que ha vivido.

—Estará afónica de tanto cantar —improvisé para intentar tranquilizarla—. No te martirices. El banco no tardará en llamarnos, sobre todo porque

están ansiosos por reactivar la línea de crédito y volver a cobrar su comisión.

—¿Tú crees? —me preguntó, y por su tono de voz pude comprobar que estaba realmente afectada—. En fin, supongo que tienes razón. Nosotros no éramos así, ¿verdad? Hacíamos cosas más normales, como jugar con la consola, agujerearnos la lengua, y quemar algún contenedor que otro. ¿Por qué nuestra hija no puede contentarse con eso? Y ahora le ha dado por ponerse zapatos de tacón, como nuestras abuelas... Me pregunto qué hemos hecho mal, en qué nos hemos equivocado.

—Es la juventud —musité, un poco triste por los recuerdos que me despertaban las palabras de mi ex pareja—. No debes culparte por ello. La niña, por otra parte, es inteligente, audaz, y solidaria, como prueban los muchos italianos que ha acogido nuestra casa. Bueno —añadí, cada vez más triste—, nuestra ex casa, quiero decir.

Yocasta percibió la pena que envolvía mis palabras y quizás se sintió obligada a decirme algo agradable.

—Quiero que sepas que, aunque a veces parezca lo contrario, te agradezco que siempre estés ahí cuando te necesito —me dijo con una dulzura que yo no había visto en su sonrisa desde hacía tanto tiempo—. Eres tan...

Y dejó sus últimas palabras en suspenso. A mí, por mi parte, aquel arrebató de ternura me estaba trastornando un poco, y tampoco supe qué decir. Por supuesto, no quería ni mencionarle la delicada situación en las que me estaba viendo envuelto, por no acrecentar todavía más su preocupación, así que para romper el embarazoso silencio nos dimos ánimos otra vez con algunas frases hechas y nos despedimos con cierta prisa.

Mi melancolía no desapareció, sin embargo, cuando apagué el CP e intenté concentrarme de nuevo en la tarea que tenía entre manos. Y es que el chófer, que había bajado toda la Gran Vía y Alcalá con el brazo asomado por la ventanilla, comenzó de pronto a tararear una canción que trataba sobre los efectos perniciosos que sobre una relación sentimental provoca lo que el profesor Hips llama asimetría emocional, y que el taxista llamó «los mardito selos». La canción narraba esa angustia en palabras de la protagonista, la cual, mientras dejábamos Atocha atrás, clamaba, y cito literalmente, «por mi mare yo te imploro que no pienses más en mí» y «no sirvo pa viví en esa cársel de oro». La protagonista reconocía estar tratando injustamente a su cónyuge, o compañero, o *significant other*, o pichurri, puesto que éste la había recogido

cuando su situación económica se hallaba muy deteriorada.

Sin embargo, tarareaba el conductor tomando el papel de la protagonista, ésta no pudo soportar el agobio que le producía saberse tan querida, y terminó por abandonar el hogar con sus esperanzas, con sus sueños, y, cito de nuevo al pie de la letra, «con mis ansias de viví». El taxi enfilaba ya la carretera de Toledo mientras la protagonista, libre y ansiosa de probar nuevas sensaciones, se enfrentaba también al lado amargo de la vida.

Dado que el taxista se perdía con la letra, y repetía a veces fragmentos que ya había cantado, la historia no avanzó mucho hasta que el automóvil pasó junto al cartel de «*Welcome to the People's Republic of Northern Toledo*», donde yo me comía ya las uñas por saber el desenlace de tan tormentosa relación. Aproveché el receso para mirar hacia atrás un par de veces en busca del automóvil que presuntamente nos había seguido al salir de la Gran Vía. No vi ningún vehículo sospechoso, pero esto, como creo que ya he dicho antes, no probaba nada, así que supuse que el taxista se había deshecho del perseguidor, si es que alguna vez había existido alguno, y devolví mi atención a la canción que aquél seguía entonando. A punto estaba de pedirle que no se entretuviera tanto en repetir los estribillos y saltara al final, cuando el taxista atacó una nueva estrofa en la que la protagonista, desencantada por su experiencia en libertad, pedía clemencia a su ex pareja rogándole que la dejara regresar, y suplicándole, con un desgarró que el taxista transmitía fielmente, que, de nuevo me remito al original, «en la cársel de tus brazos tú me vuelvas a enserrá». ¿Por qué? No se sabe. En cualquier caso, no pude evitar que mi melancólico estado de ánimo quisiera ver en la apasionada copla que acababa de escuchar un mensaje premonitorio de mi futuro sentimental con mi ex costilla.

Pero apenas tuve tiempo para reflexionar sobre el provechoso mensaje que aquella canción me había transmitido, puesto que el vehículo cruzaba ya las calles perpendiculares y todavía sin allanar de la futura urbanización. Cierto que la zona estaba un poco retirada de la ciudad, e incluso de sus alrededores, pero el Consultor Comercial de Transacciones Operativas que me la enseñó, también llamado CCTO, o vendedor de pisos, me aseguró que dentro de cincuenta años todo aquel descampado se convertiría en el centro de Madrid. Intenté que esta perspectiva me levantara un poco el ánimo mientras el taxi atravesaba matorrales y acequias, pero, sumido como estaba en cierto estado

abúlico, el recuerdo de la premonición del vendedor sólo consiguió hacerme considerar que, quizás, quien no estuviera en el centro de Madrid dentro de cincuenta años fuera yo mismo.

—Conozco a un tipo que tiene una pala excavadora —me informó el taxista al llegar frente a mi coqueta vivienda—. Si quiere, le digo que venga y le tira esto en dos patadas.

—No estoy derruyendo el edificio —repliqué con educación—. Está en fase de construcción.

—Vaya. Pues entonces debería usted meter monduline en el tejado, que lo que tiene ahora rebaba, y levantar un poco más el murete de entrada, porque así como está parece la tapia de un panteón. Mi cuñado le revocaría la fachada y le abriría dos o tres ventanas más por el mismo precio, porque ahora esta casa tiene que ser más oscura que la conciencia de un ministro. ¿Y a quién se le ha ocurrido poner las juntas de poliuretano, con lo que ceden en invierno?

Me apunté yo mismo con el lector de RAP y le dije que se cobrara de una vez y que dejara de ponerle peros a todo, que ya estaba bien, y que yo no tenía por qué aguantar los juicios de valor de nadie sobre mis gustos arquitectónicos. Y, como soy un ciudadano honesto, debo reconocer que de esta última frase prácticamente todo, salvo lo del RAP, es mentira. El caso es que, si no con palabras, el taxista sí notó mi desprecio en el gesto y la mirada.

Esto, sin embargo, no pareció afectar mucho a su estado de ánimo, puesto que tan pronto como se hubo cobrado sus servicios ya estaba otra vez canturreando «ojos verdes, verdes como la albahaca».

Pero pronto tuve que olvidarme de las impertinencias del chófer porque, tal y como él mismo me había adelantado, en el interior de mi casa me aguardaba una sorpresa.

# CAPÍTULO 1001

Constaba la sorpresa de dos piernas firmes y de aspecto sedoso, caderas bien definidas aunque no rotundas, cintura minimalista, dos brazos delicados y algo huesudos en codos y hombros, y un torso trémulo que sostenía con decisión un buen par de tetas, talla ciento cinco si mi experimentado ojo no me engañaba. Al lado de la sorpresa, que en cuanto se percató de mi presencia cambió su sonrisa blanca por un mohín de desconcierto que realzaba aún más el perfecto arco de sus cejas, sus pómulos ovalados y unos ojazos que, por cierto, eran verdes, verdes como la albahaca, pues digo que a su lado se encontraba el rijoso señor Paco con un cucurucho de periódico delante de la boca a modo de megáfono antiguo.

—¿Y bien? —le espeté, aguardando una explicación razonable a aquel numerito de vodevil.

—Esto... Berenice, te presento al señor... al señor... al señor Spielberg. Es el productor del que te hablé. Spielberg, aquí la señorita Berenice Nedó.

—RAP número 04-265-727-461, AKA Berenice Nedó —aclaró la interfecta en un susurro.

—¿Soy un productor? —pregunté yo asombrado, sin dejar de dirigirme al señor Paco.

—¿Es un productor? —preguntó la señorita Berenice, mirándome como si yo fuera no sólo el hombre más atractivo del planeta, sino también el más interesante, el más fornido, y el más poderoso.

La chica permaneció extasiada contemplándome, mientras el señor Paco, a quien a partir de ese momento me sentí autorizado a retirar el tratamiento, se deshacía en guiños, muecas, y algún que otro gesto que me pareció un poco obsceno, dirigiendo los primeros a mí y estos últimos a Berenice.

—Berenice, quédate aquí ensayando —le dijo a la muchacha—, mientras Spielberg y yo discutimos unos asuntos personales.

—Pero, ¿a qué viene esto? —exclamé furioso, dejando salir en una sola frase toda la irritación que había ido acumulando primero con el oficinista del banco, más tarde con el propio Paco, después con el taxista, y ahora con la surrealista situación que se me ofrecía.

Mi reacción desorientó a Berenice, que ante mi cólera retrocedió un paso, qué digo un paso, un pasito, un delicioso pasito con sus pies de bailarina y sus piernas de alhelí, y se llevó las manos a la boca para ocultar el susto que se había llevado, qué digo un susto, un sustito, un encantador sustito que agrandó si cabe sus infinitos ojos, ojos verdes, verdes como la albahaca, verdes como el trigo verde, y el verde, verde limón.

—Señor Paco —dijo con una voz angelical y temblorosa—, ¿qué está pasando aquí?

Y ante el irresistible espectáculo de su cuerpo liviano y su mirada indefensa, pero con un poso todavía de la ilusión que unos segundos antes había invadido sus ojos y su sonrisa y sus manos entrelazadas, me apresuré a hablar dirigiéndome al propio Paco para impedir que él pudiera decir algo inconveniente.

—¿Pero por qué no me habías avisado de que hoy empezábamos el *casting*? ¡Campeón! ¡Monstruo, que eres un monstruo! —Y dirigiéndome a la chica—: Somos uña y carne. Permítame que me presente: RAP número 04-D65-726-361, AKA Spielberg Kant, para servirla.

Y dicho esto me abracé primero a Paco, con brevedad, flojera y desidia, y acto seguido a Berenice con atributos bien diferentes a éstos, si no opuestos, y algún otro adicional, producto del largo tiempo que hacía que no palpaba yo unas costillas como aquellas en vivo, y no en los sucedáneos de realidad virtual, sistema Real-Bunny, marca registrada de N'Joy Corporation, que alguna vez me había visto obligado a consumir en las largas y solitarias noches de invierno. Pero no frías, puesto que yo soy uno de esos exigentes ciudadanos que disponen del conjunto térmico Shiverless, marca registrada de Eternal Life Inc.

Pasado un tiempo que a mí me pareció ridículo pero que a Paco debió de parecerle prudencial o incluso excesivo, se acercó a nosotros y nos separó, le recordó a Berenice que debía repetir el ensayo completo en nuestra ausencia,

y con gran dolor de mi corazón me llevó con él a través de la casa, hasta que llegamos al extremo opuesto a aquel en el que acababa yo de agarrarme como un poseso a las carnes macizas de la dulce muchacha. No me costó reconocer los síntomas: me había enamorado de ella en cuanto la había visto. Claro, que eso no era gran cosa, porque lo mismo podría decirse cada día de las cincuenta o sesenta chicas de las que me enamoraba a primera vista. O incluso de cien o doscientas, si era un día de fiesta o pasaba mucho tiempo en la calle.

—¿Y bien? —le dije a Paco, repitiendo mi pregunta inicial, una vez que recuperé la compostura—. ¿Qué es todo esto? ¿Dónde está su compinche, el doctor malvado? ¿Quién es esa chica, de tan buen ver, a la que acaba de presentarme como un productor de cine? ¿Cómo ha llegado ella aquí? ¿Tiene novio?

—No saque conclusiones precipitadas —trató de calmarme Paco—. ¿Puedo confiar en usted?

—Esa es una pregunta estúpida. Si no sabes si puedes confiar en mí, ¿cómo sabrás que mi respuesta es sincera? Di lo que tengas que decir y déjate de frases peliculeras.

—¿Quién va a hablar! Se pasa usted todo el día repitiendo eso de «marca registrada de no sé quién».

—Mencionar una marca sin citar a su propietario constituye delito contra la propiedad intelectual. ¿En qué mundo vives? Da igual, no me lées. Cuéntame ahora mismo qué es todo esto. Y, sobre todo, dime dónde está tu cómplice.

—No sé por dónde empezar. Las cosas se han ido complicando, y ahora estoy metido en un lío de no te menees.

La frase, tomada al pie de la letra, no parecía muy acertada, puesto que de hecho Paco no paraba de menear la cabeza mientras hablaba, y de menear el cuerpo en general paseando arriba y abajo por toda la habitación, por lo demás tan vacía, desnuda, y provisional como el resto de la casa. Mientras Paco se debatía en lo que, a juzgar por su expresión, debían de ser unas terribles dudas o un no menos atroz dolor de muelas, yo aproveché para calmar definitivamente mis desordenados instintos y hacer balance de la situación. Más allá del desasosiego que me estaba provocando todo aquel asunto en general, y el individuo llamado Paco en particular, reconocí que mi posición continuaba siendo altamente ventajosa. No debía de faltar más de un par de horas para que Chumillas se pusiera en contacto conmigo, y muy mal

tenían que darse las cosas para que yo no pudiera retener a aquel psicópata durante ese lapso de tiempo. Además, mientras Paco estaba allí contándome su periplo no estaba en otra parte, fuera de mi alcance. Con un poco de suerte, me dije, quizás incluso consiguiera localizar al indecente médico para completar el lote. Y por último, mis perspectivas de futuro se habían enriquecido con la presencia de Berenice, de quien procedería a encargarme en cuanto me hubiera deshecho de Paco.

—Te diré lo que haremos —propuse, taimado—: cuéntame cómo te has metido en este jaleo sin escatimar detalles ni prodigar bolas, y te prometo que, si me demuestras que todo esto responde a un noble propósito, o a uno innoble pero lucrativo, te ayudaré hasta donde pueda, siempre que ello no me suponga un compromiso ni una merma patrimonial. Y procura que en algún momento de tu relato se mencione el paradero de tu amigo, el rastrero facultativo.

Me miró de hito en hito, si es que posible era que en aquella destartada estancia pudieran existir dos hitos, o ni siquiera uno.

—No me creerá —dijo finalmente—. Pensará que estoy loco.

—Si eso te tranquiliza —repliqué—, te confesaré que eso ya lo pienso ahora. Así que por ese lado no tienes nada que perder.

—Es una larga historia, amén de increíble.

—Tú sólo cuéntame la verdad. En este mundo, nada hay peor que ser un mentiroso. Y no tengas prisa —añadí, mirando de reojillo mi reloj—: tengo tiempo de sobra.

Con ese gesto que tantas veces hemos visto utilizar a los actores con propósitos tan diversos como aceptar una misión suicida, o confesar una infidelidad, o embarcar rumbo a Vietnam, o despedirse de un amigo moribundo, o comprender una gran verdad sobre la vida, o soltar un rollo antes de apretar el gatillo, pues, digo, fue con ese gesto en la cara con el que Paco comenzó su, lo advierto ya, inverosímil y psicótico relato.

—Allá vamos —dijo—. Todo empezó hará un mes. Un mes para mí, claro. Para usted ha pasado muchísimo tiempo. Sí, supongo que ahí fue donde empezó todo: con aquel mensaje en el teléfono móvil.

—¿Qué es un teléfono móvil?

—Un aparato. Un aparato que existía entonces. Digamos que es como su comunicador personal, pero más grande, más ruidoso, y a pilas, o baterías. Y a veces no tenía cobertura. Y llamar costaba una fortuna, a pesar de lo cual todo

el mundo lo usaba así tuvieran que dejar de comer los niños.

—Salvo esto último, que me parece normal, el resto me está sonando a chino, también llamado asioeuropeo. ¿Qué es una batería, aparte del instrumento que toca el líder de Los Cuates de Guate, marca registrada de N'Joy Corporation?

—No importa. A lo que vamos: recibí aquel mensaje en el móvil. «Lláname cuando puedas. Es urgente». En fin, ella no solía mandarme mensajes, y yo tenía apagado el móvil porque estaba en una reunión del colectivo antiglobalización. Me había metido en el colectivo por ella, porque ella era una progre auténtica, con todas las connotaciones de liberación sexual que esto conlleva y que yo valoré en su justa medida. Con esto no quiero decir que yo no lo sea, progre quiero decir, que lo soy, creo, aunque sólo sea por la cantidad de libros que me hicieron leer, pero al principio mis motivaciones no eran tan ideológicas y altruistas como los camaradas suponían. —Pensé que quizás había dicho demasiado alegremente aquello de «no tengas prisa», y viendo lo que se me venía encima opté por sentarme en el suelo, acción que Paco imitó de inmediato como esos chimpancés que salen en los documentales —. En fin, me afilié y allí me tiene usted dale que te pego: Chomsky, Klein, Negri, Stiglitz, incluso Bakunin y Marx, no, hombre, el de los hermanos no, el otro... Así que me tiré un montón de tiempo esperando a que ella me hiciera alguna señal, a que me indicara subrepticamente que tenía alguna posibilidad de convertirme en alguien especial para ella, y en concreto de llevármela a la piltra. Pues ya ve: justo el día que apago el móvil, ella intenta llamarme. Total, que quería invitarme a un fin de semana de esquí. Yo no esquiba, ni entonces ni ahora. Y ella tampoco quería que yo esquicara, pero uno de sus amigos había cogido la gripe y necesitaban a alguien que ocupara su puesto y, sobre todo, que pagara su parte de los gastos porque ya no se podían cancelar. Ella sabía, ya lo creo que lo sabía, que yo aceptaría sin pensármelo siquiera, pero por si pudiera albergar alguna duda me contó todo esto con una voz susurrante, un poco ronca, como la de Emmanuel Negra.

—Afroeuropa —corregí.

—Después resultó que no lo había hecho para resultar provocativa, sino porque tenía laringitis. En fin, llegamos a Sierra Nevada y, como yo no sabía esquiar y llega un momento en el que incluso beber cerveza puede llegar a resultar aburrido, salí a dar una vuelta acompañado por un lugareño que

conocía los caminos del contorno, lo que, por otra parte, es habitual que suceda entre los lugareños. Sin embargo, en el argot turístico, esto se llamaba hacer senderismo con guía y se cobraba a sesenta euros la hora.

—¿Qué es un euro?

—Si sigue interrumpiéndome no terminaremos nunca.

—Vaya, ahora la culpa del retraso es mía.

—Yo iba, por si no lo ha deducido usted de mi sibilina referencia anterior a la cerveza, más cocido que un huevo duro, con perdón, que ya sé que son ustedes muy susceptibles al lenguaje burdo. El guía tampoco estaba mal colocado en el *ranking*, porque se había pasado un par de horas conmigo en el bar intentando convencerme, así que supongo que en algún momento nos perdimos en la montaña y no nos dimos cuenta, porque toda nuestra concentración estaba puesta en contener las lágrimas mientras coordinábamos nuestra interpretación de «algo se muere en el alma cuando un amigo se va». Caminábamos abrazados por los hombros sin miedo ni vergüenza, y nos detuvimos un instante para marcarnos un baile durante la parte instrumental de la canción. Y en esto que noto un gran estruendo, como un trueno pero a lo bestia, y después de eso reparo en que yo sigo bailando pero ya no tengo acompañamiento de palmas. Miro a mi alrededor y veo que en el lugar donde unos segundos antes mi improvisado compañero se deshacía en requiebros, se apilaba ahora un enorme montón de nieve, y cuando digo enorme debería decir mejor bestial, que al parecer se había desprendido de una cornisa de la que yo me había separado unos metros para disponer de más espacio para taconear. Aunque, por si alguna vez lo intenta, le advierto que la nieve desluce mucho el taconeo. Como bien podrá entenderse, la impresión del atronador sonido, la súbita ausencia de mi acompañante, y la premonitoria letra de la canción que todavía resonaba en mi mente, provocaron en mi el mismo efecto que me habrían producido veinticinco tortazos seguidos, es decir, me despejaron bastante pero me dejaron completamente exánime. Para estos casos lo mejor es un café con sal, por si no lo sabe. Y menos doloroso que los tortazos. En fin, sigo. Bruscamente despabilado, calibré el volumen de nieve que podía estar cubriendo al guía y lo cifré en miles de kilos, quizás millones, o incluso más. La única solución era desandar el camino, buscar ayuda en la estación de esquí, y regresar a aquel mismo lugar provisto de una brigada de excavadoras industriales. Sin pensarlo más, comencé a andar en la dirección que me

pareció más lógica, es decir, cuesta abajo. Pero la montaña es traicionera, amigo conductor, como dice la canción. No la que cantábamos, sino otra. La cuesta abajo no tardó en hacerse cuesta arriba, y ésta se tornó llano, que pronto transmutó en risco, que a su vez se convirtió en talud devenido más tarde en escarpe. Total: una paliza. El tiempo empeoraba y la magnitud de mi desánimo sólo era comparable a la de mi resaca. Agotado, me dejé caer sobre la nieve y maldije mi suerte, o mi falta de ella, y maldije también a la mala mujer que había provocado todo aquello con una inoportuna laringitis, y por eso maldije también al cuerpo médico de la Seguridad Social, y a los estreptococos en todas sus variedades. Y, de haber sido por mí, allí habría seguido maldiciendo a todos los organismos vertebrados e invertebrados de no ser porque, de repente, escuché un ruido similar al que antes había precedido a la desaparición de mi compañero, sólo que esta vez parecía sonar más lejos, aunque pensándolo mejor no, no se oía tan lejos, de hecho parecía que estaba más cerca, cada vez más cerca, mucho más cerca, cerquísima...

Paco dejó las últimas palabras en el aire, puesto que no había otro lugar donde dejarlas en la desierta habitación. Yo que, lo reconozco, había bostezado varias veces y ya me estaba acurrucando contra la pared cuando llegó esta inopinada pausa, me limité a pastelear pronunciando unas palabras que Paco pudiera utilizar como punto de apoyo para hacer palanca y elaborar otro ladrillo discursivo que nos acercara al encuentro con Chumillas, a quien, me dije, debía avisar de que acudiera a la cita acompañado de algún psiquiatra o, en su defecto, de un anestesista.

—¿Otro alud? —dije.

—La verdad es que no noté nada especial. Fue como cuando apagaban las luces en el reformat... en el internado, quiero decir, sólo que en este caso no vino el padre Juancho a darnos las buenas noches tocando la guitarra. Por lo demás, podría decir que eso es todo lo que noté: la luz se apagó y yo me quedé dormido.

Soñé muchas cosas, claro, pero de sus ronquidos deduzco que esta parte no le interesa mucho, así que aligeraré. Supongo que todavía estaba soñando cuando de repente me vi en una oscura autopista desértica, con la brisa fresca en el pelo y un suave perfume de colitas flotando en el aire. Qué poético, ¿eh? No tanto, porque entonces divisé a lo lejos una luz vacilante, y la cabeza se me volvió pesada, la vista se me nublaba... Como en los sueños uno piensa cosas

muy raras, me dio por pensar que tenía que pasar la noche en algún sitio, y entonces la vi a ella, a la chati que le mencioné anteriormente y que en última instancia es la causa de todas mis peripecias. Estaba allí, en la puerta de entrada, y entonces escuché como la campanilla de una misión, y pensé que aquello podía ser el cielo, o el infierno. Ella encendió una vela y me guió; se oían voces en el pasillo, y las escuché decir... Vale, vale, ya acelero. Resumiendo: pensé que estaba a punto de pasar al otro barrio, la verdad, cuando de pronto abro los ojos y veo un techo con grietas. Y pienso: hombre, en el más allá no tendrán problemas de construcción, porque ya sería el colmo. Noto que no puedo levantarme porque me siento fatal, y me digo a mí mismo que la resaca está siendo de órdago. De nuevo querría entrar en una descripción más pormenorizada de las sensaciones que atravesé en ese instante, pero acabo de darme cuenta de que los golpes que he estado escuchando durante mi relato no provienen de la obra vecina, sino que son producto de sus cabeceos contra la pared. Así pues, sintetizaré: al poco rato entró en la habitación un hombre que se presentó como el prestigioso doctor Jiménez-Pata, a pesar de no llevar bata blanca ni fonendoscopio al cuello, y me informó de que me había encontrado por casualidad y congelado como una merluza. Me había llevado a su casa y, ayudándose de sus profundos conocimientos anatómico-forenses, me había devuelto a mi estado normal, supongo que metiéndome en el microondas en posición 1 con la bandeja giratoria, o con algún otro sofisticado mecanismo de esos que suelen utilizar los médicos, como el palo de un polo para mirar las amígdalas. Pasaron varios días hasta que pude comenzar a moverme. Conseguí levantarme primero, caminar después, y por fin pude hablar. Y así hasta que, en el descanso de un partido de fútbol que estábamos viendo en casa del doctor, empecé a darme cuenta de que algo no encajaba: la pantalla donde veíamos el partido era enorme, y las imágenes se proyectaban en cualquier lugar de la casa, incluso en el vacío, o en el baño; el doctor me alimentaba con productos muy extraños, entre los que no se encontraban los huevos, el vino, la chistorra, ni cualquier otro de los pilares de la dieta mediterránea; no se me permitía salir a la calle, y el doctor justificaba esta reclusión argumentando que a mi ADN le pasaba algo que yo no conseguía entender; y, por último, el partido de fútbol que estábamos viendo era la final de la Copa de las Repúblicas, lo que ya me pareció raro, y la disputaban los Móstoles Rangers contra el Atlético de Madrid, lo que se me antojó insólito, y además el Atleti terminó ganando el

encuentro, lo que acabó de convencerme de que aquello no podía ser el mundo real tal y como yo lo había conocido hasta entonces.

—Estremecedor —dije, y en verdad un escalofrío me estaba recorriendo el espinazo ya que me había quedado frío entre cabezada y cabezada.

De todo el desvarío que estaba escuchando, el único detalle que había llamado mi atención fue el nombre del médico que, según apuntaban todos los indicios, al final del relato terminaría por ser el mismo galeno traidor al que Chumillas pretendía neutralizar. Me pregunté cómo habría sido posible que un doctor en medicina, un prohombre de la sociedad que además dispone de tanto dinero como para poder permitirse un apellido de más de cuatro letras, hubiera llegado a caer en el pozo de la delincuencia y la marginalidad. Este hecho, por otra parte, venía a confirmar que era aquel un asunto de altos vuelos, en el que incluso los malvados tenían el riñón bien cubierto.

—Estos y otros detalles —proseguía mientras tanto Paco, incombustible— me llevaron a la conclusión de que mi congelación había durado más de lo que habría sido recomendable, puesto que ni siquiera un filete debe permanecer en ese estado más de seis meses. El doctor, no obstante, me informó de que la ciencia médica había avanzado hasta límites insospechados, y que uniendo aquella a su singular pericia, el milagro había resultado posible. De hecho, me informó de que ahora un filete podría permanecer congelado varios siglos y recuperar después su frescura original, si no fuera porque, según me dijo, ya no se consumen filetes.

—Según los expertos —dije, conectando mi CP para actualizar los datos—, comer filetes aumenta un 31% el riesgo de desdoblamiento de colon, que a su vez provoca en el 18% de los casos un incremento de la globulina beta, que se relaciona en un 52% de las ocasiones con un envejecimiento prematuro de los cartílagos nasales, lo que, a la larga, podría desembocar en otitis canina. A la vista de lo cual, el gobierno decidió suspender hace unos años el comercio de carne fileteada. Puede consumirse en hamburguesa, no obstante.

—En fin, podrá imaginarse mi angustia al descubrir que, de un día para otro, me veía transportado en el tiempo a una época muy posterior a la mía. Cierto es que yo no tenía familia, ni novia, ni casi amigos, salvo los del colectivo antiglobalización, que tampoco eran los mejores amigos que uno puede tener porque hay muchas intrigas, pero a pesar de mi relativa soledad, que a mí me gustaba llamar independencia, coincidirá conmigo en que el

impacto de tal descubrimiento tiene por fuerza que ser mayúsculo. El doctor, por su parte, no las tenía todas consigo, y pensaba que quizás se trataba de un simple desarreglo mental provocado por la congelación, y que quizás sufría sencillamente algún tipo de amnesia que despendolaba mis recuerdos y, por ende, mi identidad. Pero como quiera que mi estado no mejoraba con el paso de los días, sus esperanzas fueron desvaneciéndose, y con ellas las mías. A todo esto hay que añadirle la inquietud que me producía no poder salir a la calle y tener que alimentarme de compuestos nutricionales, lechugas proteínicas, leche de soja deshidrogenada, y otras zarandajas por el estilo. Créame: habría matado por un muslo de pollo.

—¿Y cómo pasó de ese estado de ánimo lúgubre a otro, supongo que más festivo, que le animó a asociarse con el astuto doctor para colaborar con él en sus perversos fines?

—Pues un día el doctor Jiménez-Pata regresó a casa de muy buen humor. De excelente humor. Borracho, diría yo, si no fuera porque ya sé que el alcohol también está prohibido. No, no me cuente los porcentajes y los riesgos derivados. El caso es que el doctor me dijo que tenía la solución a mi problema, y que podía conseguir que yo regresara al tiempo que me corresponde, donde el Atleti no va ni a la UEFA y mi Madrid eclipsa al resto de conjuntos del planeta con su señorío y buen hacer futbolístico. Porque yo soy antiglobalizador, pero del Madrid, ¿eh?

—Todo el mundo lo es. Por lo menos todo el mundo de Madrid, que es lo que cuenta.

—El doctor me dijo que se trataba de un experimento que un celeberrimo científico, colega suyo y pareja de tenis, estaba llevando a cabo, y que gracias a él podría retornar a mi tiempo. Dicho colega estaba dispuesto a utilizarme como cobaya, sin más riesgo para mi persona si las cosas no salían bien que unos pequeños dolores de cabeza, o, como mucho, una parada cardíaca o, todo lo más, la muerte clínica. Lo normal, según me dijo. No negaré que al principio me asustaron los posibles efectos secundarios, pero tuve que reconocer que era la única alternativa. Mi situación era insostenible, y el doctor Jiménez-Pata insistía en que con mi ADN no podía vivir en este mundo, o algo así.

—Lo que el delincuente médico quería decirle —aclaré, para intentar cerrar ese capítulo y pasar al siguiente— es que si su adeene no está

registrado en la Unidad Central de Ciudadanos, con su RAP correspondiente, no duraría usted ni cinco minutos en la calle antes de que la policía lo detuviera, lo acusara de inmigración ilegal, y lo pusiera en una canoa rumbo a África con una cantimplora y una naranja. Pero puede estar usted tranquilo: mi lector de RAP reconoce el suyo con el número 04-261-726-561, lo que quiere decir que su adeene es legal. Y, por cierto, y según esta lectura, usted sí es productor de cine.

—Eso me lo hicieron después. Cuando acepté la propuesta del doctor, éste me dijo que antes de devolverme a mi tiempo necesitaba que le hiciera un favor. Al parecer, en su alocada juventud universitaria, y dado que su dedicación al estudio le obligaba a abandonar la biblioteca a altas horas de la madrugada, terminó por intimar con la jefa de seguridad del recinto, con quien vivió un apasionado pero breve romance que dio como fruto una niña preciosa y risueña, o quizás fea y malencarada, el doctor no podía precisarlo, puesto que la madre desapareció y nunca más volvió a saber de ella. Ahora, por una casualidad del destino, había podido averiguar que aquella hija olvidada se encontraba interna en el Cotelengo de los Padres Radiadores, donde su madre la había depositado al considerar que no estaba preparada ni para ser madre ni para renunciar al descapotable que todavía estaba pagando a plazos. Los religiosos habían cuidado de ella durante los últimos veinte años con absoluta entrega, pero el doctor Jiménez-Pata deseaba tener a su hija consigo, y recuperar el tiempo perdido comprándole videojuegos, permitiéndole que fuera grosera con los extraños, y premiándola con billetes de mil dólares cada vez que sacara un notable, dos mil por un sobresaliente.

—Todo eso —dije con cierta sorna—, suena a trola de gran calibre. Porque, vamos a ver: ¿para qué necesitaba el retorcido doctor que usted le ayudara a recuperar a su hija? Podría haberse presentado en el orfanato él mismo y haberle contado toda esa patraña al padre prior radiador, por mor del rigor.

—Según me dijo, el doctor es un miembro destacado de la noble profesión médica. Eso lo dijo él, que conste. Su reputación se vería en entredicho si, de repente, aparecía en su vida una hija perdida. Todo tipo de rumores se levantarían, y muchos pensarían que toda la historia anterior era mentira y que, en realidad, había sido él quien había abandonado a la madre a su suerte. Por eso necesitaba que fuera yo, un don nadie según su opinión, aunque no según la

mía, quien realizara la operación. Y dado que yo no era el auténtico padre de la criatura y, por lo tanto, no podría demostrar mi relación con ella ante los padres radiadores, el doctor sugirió que me presentara como un importante productor cinematográfico en busca de jóvenes promesas. Se mostró convencido de que cualquier interna o muchacha en general hipotecaría la casa de sus padres, o incluso a éstos mismos, si los tuvieran de no ser expósit, por llegar a ser actriz, y, con respecto a los padres radiadores, la mejor publicidad que podrían soñar para el cotolengo era que una de sus educandos se convirtiera en estrella del celuloide.

—¿Qué es un celuloide?

—Sinceramente, no vi nada oscuro en la propuesta del doctor, y me pareció lo mínimo que podía hacer por él a cambio de que me devolviera a mi tiempo. Así que acepté el trato y planificamos toda la operación para ejecutarla en el día de ayer. Por la mañana el doctor me llevó a su oficina de usted para, según me dijo, hacerme un último reconocimiento antes de mi inminente regreso al pasado, y acto seguido me condujo al orfanato donde representé la farsa. Tras presenciar a un montón de tías buenas casi en cueros cantando y bailando, seleccioné como candidata a la muchacha cuyo nombre me había indicado el doctor, y que yo suponía su hija. Después, y siguiendo también sus instrucciones, me dirigí con la muchacha a una dirección que me había apuntado en un papel, el cual, por cierto, he perdido con todo este trajín, y me dispuse a esperar allí hasta que él, el doctor, regresara. Pero tras esperarlo toda la tarde y toda la noche, e incluso durante algunas horas de esta mañana, sospeché que algo andaba mal y me decidí a actuar. Dejé a Berenice ensayando y me dirigí a su oficina, puesto que, como ya le dije cuando nos encontramos, es usted la única persona que conozco, aparte del padre prior radiador, ante quien no puedo presentarme después de haberle engañado como a un chino, sí, vale, como a un asioeuropeo, y del propio doctor cuyo paradero desconozco. Finalmente, y antes de venir a alojarme aquí siguiendo sus instrucciones, las de usted, pasé a recoger a la chica puesto que no estaba seguro de que se encontrara a salvo en aquel piso.

Atando cabos, aunque la verdad es que después del soporífero relato que me había endosado Paco los cabos ya estaban bastante anudados, no me costó inferir una serie de conclusiones que modificaban o refutaban las suposiciones que yo había estado haciendo desde el día anterior. Así, deduje que Paco y el

abhorrecible doctor no eran familia a pesar de que se hubieran presentado ante mí como hijo y padre. También vislumbré con claridad que Berenice era la niña secuestrada a la que había hecho referencia Chumillas el día anterior, lo que por un lado me alegraba, puesto que también podría entregársela a éste junto con el tal Paco, pero por otra parte me preocupaba, puesto que hasta que eso sucediera yo estaba alojando en mi futuro hogar a un secuestrador y a su víctima. No obstante, y a juzgar por la historia que acababa de escuchar, así como por la situación que había presenciado al llegar a mi chalé, no me parecía que aquellos sucesos pudieran calificarse de secuestro. La muchacha había dejado el orfanato por deseo propio, había seguido a Paco con idéntica voluntariedad, y además no aparentaba tener menos de veinticinco años, lo que si bien la situaba por debajo de los treinta y cinco requeridos para alcanzar la mayoría de edad social, y por lo tanto no podía trabajar ni asumir ninguna responsabilidad, la colocaba ampliamente por encima de los dieciséis años requeridos para obtener la mayoría de edad personal que da derecho a recibir un sueldo del Estado y faculta para votar, cantar, ser actriz o futbolista, y entrar y salir cuando uno quiera de la casa de sus padres, o del orfanato en este caso, y también la elevaba muy por encima de los diez años en los que está fijada la mayoría de edad penal, aunque sólo para los delincuentes, claro.

En conclusión, empezaba a darme cuenta de que todo el mundo estaba engañándome. El doctor Jiménez-Pata me había engañado al presentarse como padre de Paco y contarme aquella milonga sobre la herencia, cuando lo único que pretendía era saber si podía fiarse de Paco para sus malvados propósitos; Paco, por su parte, estaba por fuerza engañándome al contarme la inverosímil historia sobre su descongelación con la que, de seguro, intentaba ocultar otros hechos y fines más perversos; y, por último, Chumillas también me había engañado al magnificar los acontecimientos y hacerme creer que yo podía estar involucrado en un secuestro. Aceptado esto, por otra parte, las razones por las que todos ellos me habían contado mentiras no me importaban lo más mínimo. Sé por experiencia que los hombres poderosos actúan de maneras que a las personas normales pueden resultarles extrañas, incluso enfermizas, casi depravadas, pero también sé por experiencia que es mejor no intentar entender sus motivos y limitarse a cumplir sus órdenes o, todavía mejor, apartarse de su camino.

No negaré que la actitud de todos aquellos individuos me estaba

resultando harto extraña, pero desde luego no iba a ser yo quien tomara ninguna medida al respecto. Si había una lección que ya había aprendido para toda la vida, era la de que cada uno tiene un sitio que ocupar y que no debe intentar ocupar otro. Ya lo dice nuestra Constitución: un sitio para cada persona, y cada persona en su sitio. Mi único objetivo era que de una vez por todas, y después del conflicto con Javichu Depy, mi vida comenzara por fin a reconstruirse. También, es cierto, albergaba la esperanza de encontrar en algún momento a una muchacha con la que rehacer mi vida sentimental, una muchacha, por qué no, como la que ahora ensayaba «Arma Letal XXIV» en la habitación opuesta de la casa, una chica tímida, dulce, buenorra, que encontrara en mi serena madurez el complemento ideal a su fogosa juventud, y que gustara de los pequeños placeres que nos ofrece la vida, como participar en los concursos desde casa, ver películas, informarse con los telediarios, conocer el mundo a través de documentales, aprender nuevas recetas en el canal de cocina y, en definitiva, ver la tele. ¿No era esto, acaso, una expectativa legítima en un hombre trabajador, honrado, que entraba en su madurez y que, lo más importante, ya había aprendido las reglas del juego?

Así pues, y mientras Paco me miraba esperando un veredicto sobre su saga, yo ya había tomado una decisión. Intentaría sonsacarle a Paco la dirección de aquel piso en el que el villano doctor lo había citado, por si volvía a aparecer, y después me reuniría con Chumillas para entregarle esa información junto con los dos elementos que ahora se alojaban en mi chalé. Después de eso, cada uno en su casa y N'Joy Corporation en la de todos. Si acaso, conservaría el RAP de Berenice para poder llamarla cuando las cosas se hubieran calmado.

—Mira —le dije a Paco—, cuando ibas a empezar a largarme este rollo te di dos consejos de los que ahora ya me arrepiento: uno fue que no tuvieras prisa, lo que obviamente has interpretado de manera muy generosa, y el otro fue que me dijeras la verdad. A este último no sé si has hecho caso, pero si ha sido así te recomiendo ahora que no vuelvas a contarle esta historia a nadie. Salvo a personal facultativo. Por otra parte, y salvo en raras ocasiones como esta, contar la verdad es siempre la mejor opción y por ello yo voy a ser sincero contigo: tengo un amigo que, de ser cierto todo este desvarío que me has contado, sabrá cómo ayudarte. Y si no es cierto, también. Es un tipo muy influyente —añadí, refiriéndome por supuesto a Chumillas—, a quien además

te aconsejo que entregues a tu cómplice el doctor colmillo y, ya puestos, también a Berenice, porque todo este sainete del productor cinematográfico tiene que terminar cuanto antes. La chica se está haciendo ilusiones, que al menos yo considero infundadas a juzgar por los fragmentos de su interpretación que nos llegan atravesando las paredes. Que, por cierto, debería decirle al albañil que refuerce puesto que se oye todo. Cuán grita esa maldita.

—Pero el doctor también tenía un amigo que iba a hacer un experimento...

—Créeme: el doctor no tenía ese amigo. De hecho, la única relación que tu doctor podría tener con un experimento espacio-temporal es que él mismo puede terminar protagonizando una reclusión espacial durante un lapso temporal no inferior a veinte años y un día.

—¿Usted cree?

—Te diré algo: tu supuesto benefactor es en realidad un delincuente, aunque esto nunca pudo demostrarse. Pero lo dijo la tele, amigo mío. Así que hazme caso: deja a la chica en paz, entrega al avieso galeno, y tú ponte en manos de mi amigo. Él sabrá qué hacer con tan florido lote.

Paco resopló, suspiró, se mordió las uñas, las escupió, se hurgó la nariz hasta profundidades que supuse vírgenes, puso los ojos en blanco, se rascó las orejas por dentro y por fuera, y, en definitiva, desplegó un catálogo de mímica que, de haber ejecutado en la Gran Vía, le habría reportado una nada desdeñable cantidad de bonos-limosna. Distraído como estaba en la contemplación de tal espectáculo, tardé en darme cuenta de que el ruido de golpes que nos llegaba desde el otro extremo de la casa no era producido por Berenice, quizás entregada a un éxtasis interpretativo, sino por el aporreo violento y sistemático de la puerta de entrada, lo que me demostró que el lampista también me había mentado cuando me dijo que había instalado el timbre.

## CAPÍTULO 1010

—¡Llaman a la puerta! —dije, sobresaltado de repente, y de inmediato Paco se contagió de mi excitación.

—¿Quién será? —me preguntó, ejecutando todos sus tics simultáneamente.

—Quizás sea el lampista. O el albañil. O también podrían ser los de New Telefónica, marca registrada de N'Joy Corporation, que tienen que venir a instalarme el sistema de emisión satelital, aunque me extrañaría mucho que fueran ellos porque sólo hace dos años que los avisé.

Los golpes arreciaban y, quizás asustada por ellos, Berenice hizo acto de presencia, de grata presencia, en la habitación. También ella se unió al estado colectivo de nervios que ya nos poseía a Paco y a mí, pero en su caso lo exteriorizó dando unos pequeños saltitos que, a causa de la fuerza de la gravedad y de otros misteriosos vectores que también actuaban en la habitación a pesar de no tener ésta muebles, hacían que sus pechos se agitaran con un frenesí que no tardó en hacer mella en Paco y en un servidor, aumentando si cabe nuestro desasosiego. Berenice nos miraba ora a mí, ora a Paco, mientras nosotros seguíamos la sugerente vibración mirando ora-arriba-ora-abajo-ora-arriba-ora-abajo-ora-arriba-ora-abajo.

—¡Alguien tendrá que ir a abrir, o van a tirar la puerta! —dijo la propietaria de los pechos oscilantes.

—Vaya usted —se apresuró a sugerir Paco—. Yo no conozco a nadie, así que no puede ser para mí.

—Pues yo tampoco conozco a nadie que pueda venir a esta casa —me resistí—. Siempre está vacía.

Nos enzarzamos en un pequeño toma y daca, pero no tuve más remedio que terminar por claudicar, no porque tenga yo problemas para negarme a algo,

sino porque mi candidatura era la más lógica. Conminé a Berenice para que detuviera su movimiento, y después les ordené a los dos que se estuvieran quietos y callados mientras yo me deshacía del aporreador de puertas. Los pechos de Berenice quedaron en reposo, Paco me lanzó una mirada rencorosa por ello, y yo salí de la habitación y me encaminé hacia la entrada de la casa. Los golpes todavía se oían, aunque más espaciados. Abrí la puerta y me encontré ante un tipo perfectamente peinado y vestido de naranja que portaba una especie de bombona en una mano y un báculo en la otra.

—No, gracias —dije, pues al pronto no lo reconocí—. No uso butano.

—¡Caramba! —dijo el visitante—. ¡Qué casualidad! ¿No me recuerda? Soy Monseñor Leño. Nos conocimos ayer en el Palace, en la fiesta que dieron para... bueno, no recuerdo para qué era, pero yo no me pierdo ni una.

—Disculpe, Monseñor —me excusé—. Así, a contraluz, y vestido de butanero, no le había reconocido.

—¿Lo dice por la bombona? Es un kit bautismal de viaje. Por si convierto a alguien. Y el traje no es de butanero: es el nuevo modelo de uniforme episcopal para esta temporada. Los diseñadores han pensado que el rojo tradicional nos alejaba mucho del pueblo, puesto que es un color que tradicionalmente sólo se relaciona con demonios y comunistas, si es que existe alguna diferencia entre ambos. Mire: detrás llevamos un número y nuestro nombre, a ver si así vendemos más merchandising. Yo me he cogido el diez, como Pajarinho, el sin par delantero de la Juve.

—Muy bonito —atajé—. En fin, lamento no poder quedarme a charlar con usted, pero es que tengo unas cosillas urgentes que hacer.

—Estoy evangelizando —contraatacó Monseñor, poniendo una mano en la puerta—. Yo no soy de esos que cuando ascienden y agarran un puesto de mando se olvidan de sus orígenes y reniegan de las tareas más bajas. Bueno, sí soy de esos, pero precisamente para disimularlo tengo que salir de vez en cuando a ejercer el apostolado un rato. ¿Es usted católico? ¡No me conteste todavía! Espere a escuchar la promoción de suscripción que tenemos, pero le advierto que sólo es válida hasta fin de mes.

—Le agradezco su interés, Monseñor, pero ya le digo que en estos momentos no puedo atenderle. Y, si me admite un consejo, yo de usted no me esforzaría mucho en esta urbanización: todavía está vacía.

—¡Mejor me lo pone! Hay que ser rápido. Si uno se despista, se adelantan

los protestantes y cuando las familias se instalan ya son todas herejes. O peor: los budistas. Claro, como esos no obligan a rezar... Nosotros tampoco, ¿eh?, no se asuste. Es opcional. Lo único que tiene que hacer es ir a misa. Bueno, esto también es opcional. Con que se case y tenga hijos es suficiente. No, espere: esto también lo hicimos opcional en el último concilio. Con tanto cambio me hago un lío. En fin, basta con que crea usted en Dios. Aunque esto también estamos pensando en hacerlo opcional, porque ganaríamos muchos fieles. Cada vez tenemos más presiones por parte de la prensa, que nos tilda de dogmáticos y anticuados por seguir manteniendo estas creencias. No negaré que a veces —añadió, haciendo un aparte aunque no había nadie en todo el espacio que abarcaba la vista—, cuando veo que no voy a conseguir el objetivo anual de nuevos feligreses, estoy tentado de proponerlo en Roma, pero Su Santidad es muy intransigente con ese tema. Y eso que yo le digo: *sua santità*, pero si ya hemos cambiado prácticamente todo. Entre las presiones de los judíos, las feministas, los ecologistas, los musulmanes, los padres solteros, los astrologistas, los criadores de palomas, los meteorólogos... Pues de perdidos, al río. Fíjese usted en la eucaristía: primero nos obligaron a quitar el pan, porque ya se sabe que provoca un aumento del ácido glicólico de nocivas consecuencias. Después tuvimos que prescindir del vino, puesto que su uso por los sacerdotes podía ser interpretado como una incitación a la dipsomanía para la población civil. Así que ahora celebramos la eucaristía con una zanahoria y un vaso de Cokepepsi, aunque por supuesto no mencionamos la marca. Su Santidad se negó en rotundo. Y eso que los de N'Joy Corporation nos ofrecían pingües ingresos por hacerlo, pero él prefirió renunciar a parte del beneficio a cambio de mantener una cierta independencia espiritual. Así que ahora, durante la celebración, el cura relata que, en su última cena, Jesucristo tomó la zanahoria y la pasó a sus discípulos para después proceder de idéntica manera con «una conocida marca de refrescos de cola». En fin, como le dije al *Regional Vice President* de N'Joy Corporation, a buen entendedor...

—Bien, pues que tenga usted mucha suerte con sus afiliaciones —volví a intentar concluir.

—Entre usted y yo, Dios no sabía mucho de *marketing* —prosiguió el cargante obispo sin darse por aludido—. No digo que no tuviera buena intención, no es eso. Pero en aquella época no se habían inventado las

encuestas ni las urnas y le salió una religión muy poco popular. Y eso que, por ejemplo, no prohibió beber alcohol. Mira, ahí fue un visionario. Claro, que por algo era Dios. En fin, ahora las cosas son diferentes. Ahora todo es *marketing*, como dice mi jefe el Cardenal Lope. Y nosotros necesitamos un golpe publicitario con urgencia. Estamos negociando ya los fichajes de la próxima temporada, y le adelanto en exclusiva que esperamos conseguir la conversión del afamado judío Bülent Levi, ídolo de la canción y campeón mundial de *windsurf*, que nos costará un dineral pero que arrastrará al catolicismo a una masa de fieles que lo siguen a dondequiera que va e imitan todas sus acciones, así se perfora las meninges con una broca de widia. Pero los Testigos de Jehová también están pugnando fuerte. No sé cómo terminará esto.

—Señor Leño —apremié—, todo esto que me cuenta me resulta apasionante, pero le aseguro que no puedo alargar más nuestra enriquecedora conversación.

—¿Debo entender eso como una negativa a mi oferta para hacerse católico?

Creo haber dicho ya que no tengo un problema para decir que no, aunque siempre me aseguro de haber considerado todos los pros y los contras de un asunto antes de tomar una decisión al respecto. La precipitación no es buena consejera, vísteme despacio que tengo prisa, y la ignorancia es la madre del atrevimiento. Este extracto del refranero pasó por mi cabeza mientras Monseñor Leño permanecía pendiente de mi respuesta agarrado a su báculo, que en ese momento se me antojó amenazador.

—No es eso —comencé a decir, y también terminé por decir, puesto que el obispo ya me había cogido el turno y se preparaba para colocarme otro discurso.

—Ya le digo que si lo que le preocupa son las obligaciones que pueda contraer, no tiene por qué inquietarse. Míreme a mí mismo: durante mi meteórica ascensión por las empinadas cuestas de la jerarquía eclesiástica me he mantenido siempre dentro del sector de los denominados «católicos no practicantes» quienes, además, son abrumadora mayoría dentro de nuestra confesión, y por lo tanto doblemente dignos de estar representados entre los prebostes del cotarro. No comulgo con la mayoría de los mandatos ecuménicos, ni respeto las obligaciones impuestas ya no implícita sino

explícitamente en las escrituras que yo mismo llamo sagradas, pero mis feligreses tampoco lo hacen y no muestran empacho en reconocerlo e incluso presumir de ello. ¿Hago mal? No lo creo, y en cualquier caso ahí está San Pedro, que tampoco iba a misa los domingos y mire adónde llegó. Ciertamente que esto deteriora nuestra credibilidad, pero eso es porque hubo algunos movimientos en el pasado que todavía nos están perjudicando. El aborto, por ejemplo. Primero la Iglesia dijo que ni hablar del peluquín. Después, la presión popular obligó a permitirlo, con la encíclica de 2023. Cuando se descubrió que las alteraciones físicas que provocaba un aborto podían provocar cáncer a largo plazo, de nuevo la opinión pública nos obligó a iniciar una campaña para detener las prácticas abortivas entre los católicos. Excomulgamos a media cristiandad. Pero hace algunos años se descubrió que los posibles efectos cancerígenos sólo aparecen cuando el aborto se produce en el primer embarazo, así que volvimos a ceder y ahora la postura oficial es que si una mujer aborta en su primer embarazo va de cabeza al infierno, pero si ya ha tenido algún embarazo anterior puede abortar cuanto quiera sin que a Dios le preocupe lo más mínimo. Y todo porque nos hemos convertido en una mera asociación ciudadana. ¿Quiere saber mi opinión? Da igual, se la diré: esto es vergonzoso. Somos la única religión del mundo que somete a Dios a votación popular. Aquí —dijo, bajando otra vez la voz al nivel de un susurro— se nos presentan cuatro exaltados de un colectivo antirracismo, y estamos dispuestos a decir que Jesucristo era negro.

—Me gustaría pensármelo —dije finalmente, intentando ganar tiempo.

—Por supuesto. Pero recuerde: nuestra promoción termina a final de mes. ¿No le he contado en qué consiste la promoción? ¡Qué cabeza la mía! Mire: estas fantásticas gafas de sol con pinza. El eslogan es mío. Dice: «Para que la Luz no te pille desprevenido, como a San Pablo». Pero, un momento: yo ya le he contado todo esto, ¿no? ¡Claro! En la fiesta. Bueno, pues en ese caso no puedo ofrecerle nada a cambio de su conversión, salvo la salvación eterna, claro está. Pero, ¿a quién le importa eso? Donde se ponga un buen descuento... Por cierto, que estuvo muy bien la fiesta de ayer. No le había visto antes a usted por esos saraos.

—Llevaba algún tiempo apartado del circuito, por así llamarlo. Ya sabe —improvisé—, esto, lo otro, lo de más allá... Bueno, ¡qué le voy a decir a usted de lo del más allá!

—Pues nadie diría que estaba usted desentrenado. Pude verle bailar con Chumillas, y muy bien, por cierto. ¿Se conocen desde hace mucho tiempo?

—Somos como hermanos.

—Entonces sabrá usted que está destrozado con ese asunto del secuestro de la huérfana, a quién él quizás haya definido como niña a pesar de que ya no cumplirá los veinticinco. Chumillas es un sentimental.

De pronto empecé a contemplar la posibilidad de que, en realidad, Monseñor Leño no hubiera ido a mi casa en misión oficial. No sólo estaba desviando la conversación de una manera precipitada y muy poco hábil hacia el tema que Chumillas me había confiado la noche anterior, sino que además no parecía mostrarse ya tan dicharachero y confiado como antes. Mientras me hablaba, había comenzado a mirar aquí y allá, como si estuviera buscando defectos en la fachada de mi casa y no pudiera encontrarlos, lo que resultaba completamente imposible por lo del regateo con la radial.

—Sí —admití, para darle pie a que continuara y poder así deducir sus verdaderas intenciones—, claro que estoy al tanto. Chumillas me lo contó todo. Una desgracia, la verdad.

—¿Se sabe algo nuevo? Sobre la chica, quiero decir. Hoy no he podido hablar con Chum.

—Nada. Yo hablo con él a cada minuto y me ha dicho que está en ello.

Monseñor Leño continuó dejando que su vista se perdiera en la fachada, en el descampado que algún día se convertiría en el jardín, en la zanja que albergaría una valla, en el hueco que ocuparía la reja, en los agujeros que una vez rematados constituirían coquetas ventanas, en las cajas de madera que serían sustituidas por los elegantes escalones de entrada a la casa. Y, como quiera que cuando terminó su inventario visual ninguno de los dos había añadido ni una sola palabra, posiblemente porque ambos esperábamos a que fuera el otro quien lo hiciera para poder así sonsacarle más información, Monseñor Leño recogió su bombona con el kit bautismal, asintió con resignación, y me dirigió sus últimas palabras, y no quiero decir con esto que a continuación se muriera, sino que tras pronunciarlas abandonó mi humilde, y no es modestia, morada. Yo, mientras tanto, me preguntaba cómo había conseguido averiguar que yo me encontraba allí aquella tarde si, como ya he mencionado, las piruletas todavía no estaban instaladas.

—Llámemme si tiene alguna duda —me dijo antes de darse la vuelta para

irse—. Yo también lo llamaré a usted para ver cómo va su proceso de decisión. Y para hablar de todo un poco. Sabiendo que es usted amigo del viejo Chumillas seguro que tenemos muchas cosas en común. Confío en que volveremos a vernos pronto.

Y dicho esto, salió del recinto que contenía mi casa y caminó después calle arriba hasta desaparecer de mi vista. Pude comprobar, por tanto, que no llamó a ninguna otra puerta ni intentó convertir a ninguno de los obreros que se afanaban en las obras vecinas, cosa que, por otra parte, le habría resultado inútil puesto que todo el mundo sabe que los obreros no creen en Dios mientras tienen trabajo, como era el caso de aquellos.

## CAPÍTULO 1011

De vuelta en la habitación, me encontré con las miradas ansiosas e inquisidoras de Berenice y Paco. Este último hizo una tentativa de volver a entregarse a sus movimientos compulsivos, pero lo detuve con una mirada fulminante.

—No era nadie —mentí, y me sentí mal por estar mintiendo tanto últimamente, pero me dije también que en nada podía ayudarme decir la verdad—: el repartidor del butano.

—Pues se ha tirado un buen rato de cháchara.

—He estado regateando para ver si me hacía un precio mejor que los del gas natural, que son más caros que el jamón, si es que el jamón era caro, porque ahora ya no existe.

—¿No existe el jamón? —preguntó alarmado Paco.

Pero su pregunta se quedó sin respuesta, ya que al punto noté una descarga eléctrica proveniente de mi CP y, previendo que pudiera ser Chumillas, me excusé con un conato de cólico y me fui al cuarto de baño. Una vez allí encendí mi anillo-proyector y pude ver, en efecto, la imagen de Chumillas, quien se me mostró tumbado sobre una especie de camilla, cara abajo, y con las manos de una mujer que bien podría ser Miss Venezuela paseándose por su espalda y quizás más allá, aunque esto último no podía yo comprobarlo puesto que la proyección sólo alcanzaba hasta la región lumbar.

—... y no sé qué me pasa contigo que me encuentro superbién —le escuché decir, antes de que se pudiera percatarse de mi tele-presencia—: ¿Ya está usted ahí? Anda, chata, déjame un momento que tengo que hablar de unas tonterías con este señor. —Permaneció en silencio mientras la escultural masajista abandonaba la sala y prosiguió—. Aquí Papá Pato llamando a Pato

Colorado. Pato Colorado, ¿me escucha?

—¿Yo soy Pato Colorado?

—¡Pues claro, hombre! Ofrece usted muy poco juego cada vez que intento darles un poco de color a nuestras conversaciones. ¿Está solo? Oigo voces.

—Pues conmigo no hay nadie. Estoy en un cuarto de baño.

—No me refiero a eso: es que oigo voces. ¡Escuche! ¿No las oye usted? En las noches de luna llena me atormentan incitándome a que cumpla con mis obligaciones fiscales. «Paga, Caifás, paga», me dicen. Pero ¡silencio!: no diga nada. Estos aparatos los carga el diablo. Quiero decir que las paredes escuchan, las puertas observan, los imbéciles comprenden, el mar se tiñe de color perro, y, en fin, los signos son propicios. ¿Propicios para qué? No lo sé. Escuche esto: el viajero que descansa hace su viaje más largo, pero el coyote no entiende de lealtades. ¿Qué le parece?

—Si me está hablando en clave, me parece bien. Si debo interpretarlo en sentido literal, me parece una simpleza.

—Me lo enseñaron en uno de esos seminarios en los que le cuentan a uno cuatro cosas obvias escritas en transparencias y le cobran diez mil dólares, pero los tentempiés suelen ser exquisitos, y al final te dan un diploma que te permite relacionarte con todos los que tienen otro igual. No nos entretengamos más, empero. Cada segundo que pasamos hablando por estos cacharros puede estar comprometiendo nuestra seguridad, sobre todo la mía, porque a mí la suya me la pone gorda.

—Seré breve, entonces. Resulta que...

—¡Calle! Ni una palabra más hasta que nos veamos en persona. Por la presente, queda usted citado a las ocho en la Plaza de los Milli Vanilli. Acuda solo.

—¿Solo? Es que querría llevar a unas personas que podrían interesarle.

—Pues guárdelas en una caja. No quiero sorpresas ni regalos en mi cumpleaños. El resto de los días, sí. Y, por favor, no se ponga el traje que lució en la fiesta de ayer: le tira de la sisa. ¿Quiere el nombre de mi sastre? Se lo daré si usted cumple su parte del trato. Ya sabe a qué me refiero: espero que en breve me entregue el paquete, que el conejo vuelva a la madriguera, que la carta llegue al buzón, que la pizza traiga el *pepperoni*...

—Ya, ya. Ya lo he entendido.

—Es que suele ser usted tan lento que he preferido asegurarme. En fin.

Corto y cierro. Con esto quiero decir que voy a colgar. No tengo mucho tiempo para conseguir que caiga la periquita esta. ¿La ha visto? Está buenísima. Quiere que la valoren por su intelecto y se presenta siempre con unas minifaldas de infarto, la muy imbécil. Le daré un consejo para estos casos, una frase que nunca falla. Dígale: tía, no sé que me pasa contigo que me encuentro superbién. Mano de santo. Ya me contará los resultados. Bueno, nos veremos más tarde. Papá Pato cerrando la comunicación.

La imagen de Chumillas se desvaneció dejándome a solas con mi inmensa soledad. Esta frase está extraída de una novela cuyo título no recuerdo, pero lo digo por si estuviera sujeta a derechos de mención. En realidad no me sentía solo ni triste ni deprimido en absoluto. Antes al contrario, en cuanto terminó mi conversación con Chumillas mi cabeza se convirtió en uno de esos manantiales de donde surge el agua con abundante desprendimiento de burbujas gaseosas, que hacen ruido y agitan el líquido. O sea: un hervidero. Las ideas bullían. Eso es de otra novela, por si acaso. Mi cerebro desplegaba sin cesar múltiples posibilidades, y las recogía una vez consideradas y descartadas como un vendedor ambulante de alfombras epistemológicas. Esto último es mío.

Regresé a la habitación en la que Paco y Berenice procedían a emular, con poco éxito, a Nigel Rittenmaier y Sorina Lewis en «Jo, qué totales somos XII (Una movida superguay)». Llamé su atención con algunos carraspeos que acabaron provocándome una tos persistente y auténtica. Cuando recuperé el aliento, les expuse el plan que acababa de pergeñar.

—Casualidades de la vida: me ha llamado el amigo del que te hablé —dije primero, dirigiéndome a Paco y, no atreviéndome todavía a desengañar a Berenice, añadí—: Un colega de la farándula. Otro campeón. Un monstruo.

—¿Entonces? —inquirió Paco.

—Entonces, si te parece bien lo que te he dicho antes —respondí, acompañando mis palabras de repetidos guiños de ojos—, podrías decirme dónde vive ese médico amigo tuyo para que me mire la rodilla.

—¿Le duele la rodilla? —preguntó, con adorable interés, Berenice.

—Sí, se lo estaba contando antes al señor Paco —insistí, intensificando mis guiños.

—¿Y no preferiría un oculista? —sugirió Berenice—. Tiene un tic brutal en los ojos.

—Eso otro día —mascullé, comenzando a impacientarme—. Pero ahora, queridísimo Paco, ¿me dices o no me dices la dirección de ese médico? Sí, hombre, ese médico con el que te vi ayer, el que tenía melena y barbas blancas... ¡Ese médico que se parece tanto a tu padre!

—Eh, oiga, sin faltar.

—Berenice —dije, meloso, intentando que la aludida nos dejara a solas—, debes de estar agotada. ¿Por qué no te refrescas con una ducha? El agua es una de las pocas cosas que funcionan, o al menos funcionaba antes de lo del regateo con la radial que me contó el lampista esta mañana.

—No me apetece ducharme. Prefiero seguir ensayando.

—Entonces —propuse a cambio—, ¿te importaría terminar en otra habitación la escena en la que Sorina Lewis discute con otra actriz porque se ha liado con Nigel Rittenmaier a pesar de que éste era su novio, aunque después resulta ser un mutante viscoso, y aquélla su mejor amiga, y finalmente se descubre que era una bruja positiva que lucha contra el mal?

—Esa escena no es de «Jo, qué totales somos XII (Una movida superguay)», sino de «Jo, qué totales somos VIII (Flipa cantiduvi)».

—Admiro tu preparación, y te vaticino un futuro brillante en el arte de la interpretación. En cualquier caso, ¿puedes proseguir con tu ensayo en otro lugar? —Esperé a que Berenice, dulce y obediente, abandonara la estancia, para volver a dirigirme a Paco—. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Me das la dirección del infecto doctor o no?

—Es que, como le dije, he perdido el papel con las señas del piso en el que debía reunirme con él.

—Pero esta mañana el taxista te ha llevado allí.

—Supongo que lo perdí después, o en el mismo piso mientras recogía a Berenice.

—¿Y no sabrías volver? ¿No te acuerdas de la dirección, más o menos?

—¿Está de guasa? ¡He pisado la calle hace sólo dos días después de un viaje en el tiempo! Y, desde luego, esto no se parece en nada al Madrid que yo conocía...

Los desvaríos de Paco no iban a servirme de mucha ayuda, así que comencé a buscar otras alternativas. Aquel era el primer escollo que obstaculizaba mi, hasta entonces, perfecto plan. Pero no hay nada que pueda detener a un hombre decidido y equipado con un comunicador personal que le

permita llamar al servicio de información.

—Anda, dame la llave del piso que ya me encargaré yo de averiguar dónde está —dije con cierto ahuecamiento, y Paco me tendió una extraña pieza metálica del tamaño de un dedo meñique, plana y alargada, con dientes irregulares en uno de sus filos—. ¿Y esto qué es?

—Una llave.

—Esto no es una llave. Una llave es un chip cargado con tu adeene que te permite abrir las puertas que se encuentren en su lista de acceso.

—Pues esto es lo que me dio el doctor Jiménez-Pata, y así he entrado y salido del piso hasta ahora.

—¡Dios mío! —exclamé—. Pero, ¿dónde se ha buscado un piso este hombre? ¿En una caverna?

Encendí por fin el anillo-proyector y esperé a que apareciera una de las señoritas con cara de asco y voz de pepino que, por incógnitas razones, los de New Telefónica, marca registrada de N'Joy Corporation, seleccionan siempre para este servicio.

—Buenas tardes —dije—. Desearía conocer la dirección de un amigo. Su apellido es Jiménez-Pata.

—¡Vaya! Un apellido largo. Parece que tenemos pasta, ¿eh? Y si es amigo suyo, ¿cómo es que no sabe usted su dirección?

—La he olvidado.

—Pues tome pastillas para la memoria, que aquí estamos para cosas más serias.

—Señorita —insistí con firmeza, como hay que hacer siempre con estos del servicio de información—, haga el favor de buscar la dirección que le he dicho. Si la he olvidado y por qué son problemas míos.

—Precisamente. Si es problema suyo, a mí no me líe.

—Muy bien —razoné—. ¿Qué tengo que hacer para que busque usted esa dirección?

—Suscribirse a la opción «Premium Estampita», que por sólo mil dólares más al mes le permite seguir usando el CP que ya tiene usted, y utilizar este mismo servicio, pero todo ello aderezado con una actitud más amable por mi parte.

Entre pitos y flautas, aquel asunto empezaba a suponer una merma

apreciable en mi debilitado peculio, pero si el barco llegaba finalmente a buen puerto habría merecido la pena el esfuerzo y el empobrecimiento eventual.

—De acuerdo. Suscríbame.

—Cobramos por adelantado, y el contrato mínimo es por dos años.

—Muy bien —claudiqué, ansioso por salir de aquel callejón burocrático, como siempre termina por suceder con los servicios de New Telefónica, marca registrada de N'Joy Corporation—. Lea mi RAP y proceda a efectuar el cargo. ¿Algo más?

—No. Ya he cobrado el recibo. Es usted muy simpático, amén de apuesto y culto —continuó, leyendo una hoja que se encontraba frente a ella pegada con chicle a la pared—. Su inteligencia no tiene parangón. Y qué decir de su encantadora mujer, si la tiene, y de sus brillantes y preciosos hijos, si los tiene, o si los llegare a tener en un futuro de seguro venturoso. New Telefónica, marca registrada de N'Joy Corporation, desea loar su buen juicio al contratar el servicio «Premium Estampita» y le aconseja que considere ampliar su contrato con el nuevo servicio «Megapremium Superstampita», que por sólo cinco mil dólares más al mes le permite...

—¿Podemos pasar ya a la búsqueda, por favor? —atajé—. El apellido era Jiménez-Pata.

—Pues por Jiménez-Pata no me viene nada. ¿Quiere que mire por Jiménez-Pierna?

—Si fuera usted tan amable.

—Yo puedo ser muy amable, como ya ha quedado demostrado, pero New Telefónica, marca registrada de N'Joy Corporation, no. Tendré que cobrarle otros cien dólares adicionales, eso sí, con gran dolor de mi corazón. O, si lo desea, puede usted contratar el servicio «Gigapremium Estampita Total» que...

—Busque lo que tenga que buscar y cóbrese lo que quiera —terminé por decir, casi sollozando.

—Muy bien. Clientes como usted son los que hacen falta.

Después de buscar por Jiménez-Pata, Jiménez-Pierna, Jiménez-Brazo, Brazo-De-Gitano, esto último a sugerencia de Paco no sabría decir muy bien por qué, por Jiménez-Extremidad, por Jiménez-Jamón y Jiménez-Paletilla, ambos también por idea de Paco, y por múltiples nombres similares más, sin el más mínimo atisbo de éxito, decidí considerar otras alternativas y detener la

sangría financiera a la que me estaba sometiendo la telefonista, que al ver que la cosa iba para largo ya se había descalzado.

Terminé la comunicación y me quedé pensativo, lo que preocupó a Paco y provocó que volviera a desplegar su repertorio de espasmos. No pretendo atribuir al nerviosismo que me provocaban éstos el fracaso de mi proceso mental, pero tampoco negaré que un poco de tranquilidad no me habría venido mal. Terminé por rendirme y aceptar que tendría que presentarme ante Chumillas sin haber completado la misión, aunque con buenas perspectivas de terminarla y, lo más importante, con una parte del botín en forma de tipo convulsivo y muchacha de proporciones afrodisíacas. Modifiqué, pues, mi plan original e informé a Paco de que iba a reunirme con el amigo del que le había hablado, dándole instrucciones para que, entretanto, permaneciera en la casa con Berenice y aguardara mi regreso ensayando nuevas y desafiantes escenas.

Para entretener la espera mientras se cumplía la hora convenida con Chumillas, aproveché para llamar a mi ex esposa y preguntarle si se habían producido novedades sobre nuestra hija. Me informó de que, en efecto, la niña había llamado desde un videoguol público para comunicarle que era feliz, que perdonaba a todos sus enemigos, y que a su primer hijo, cuando lo tuviera, le pondría Amor, o, en su defecto, José Luis, que era como al parecer se llamaba un tatarabuelo de Johnny. Mi ex mujer, destrozada ante la perspectiva de tener un nieto con tal nombre, me urgió a que localizara a la niña, la arrancara de los brazos de aquel sátiro, y la reintegrara a la segura monotonía del hogar. Intercambiamos otra vez palabras de ánimo, y nos consolamos mutuamente considerando posibles vías legales para rectificar una eventual inscripción en el Registro Civil de un niño llamado José Luis.

Cuando terminé de hablar con mi ex cónyuge eran poco más de las seis, y aunque todavía tenía tiempo de sobra para llegar a mi cita con Chumillas, decidí ir llamando a Teletaxis, marca registrada de N'Joy Corporation, para pedirles que me enviaran uno. La amable operadora me indicó que desconocía las señas que le estaba proporcionando y, al informarla yo de que se trataba de una nueva urbanización, me advirtió que sería difícil encontrar a algún taxista dispuesto a ir tan lejos, a menos que fuera yo extranjero o imbécil, puesto que en cualquiera de esos dos casos podría cobrarme el doble o el triple de lo estipulado y compensar así el sacrificio que supone su esforzado trabajo,

rayano en la esclavitud. Verificados mi nacionalidad y mi coeficiente intelectual, la señorita me confirmó que los chóferes disponibles preferían permanecer en las paradas, donde se vivía mucho mejor, o, en su defecto, en la explanada del aeropuerto, jugando a tenis mientras esperaban a que llegara algún avión cargado de turistas.

Recordé entonces al taxista que había utilizado doblemente, aquella misma mañana y la noche anterior, y supuse que, de localizarlo, podría llegar a un nuevo acuerdo con él a costa de adelgazar todavía más mi cuenta corriente. En los pagos que le había hecho aparecía, como es lógico, su RAP, así que se lo facilité a la operadora y a los pocos segundos ésta me informó de que el conductor que yo buscaba se encontraba descansando, pero que al enterarse de que era yo quien requería sus servicios, había proferido un aullido, había dicho algo sobre terminar de pagar el videoguol nuevo gracias a los pardillos, y había aceptado reincorporarse al trabajo y salir pitando hacia mi casa, cuyas señas por otra parte ya conocía.

Reconozco que tardé unos minutos, que empleé en seguir los progresos de Berenice, si es que de progresos podían calificarse sus repetitivas interpretaciones de famosas películas, en ser consciente de que, involuntariamente, mi plan se había enderezado. Porque reparé entonces en que el taxista bien podría recordar el lugar al que había llevado a Paco aquella misma mañana, aunque era muy probable, por no decir absolutamente seguro, que esa información no me iba a salir gratis.

Consideré también, por otra parte, que quizás mi futura vivienda no era ya un lugar seguro para dejar en él a Paco y, sobre todo, a Berenice. La inesperada y probablemente nada casual visita de Monseñor Leño me había escamado, y en tanto no tuviera claro de qué lado estaba él juzgué más oportuno llevarme a mis nuevas amistades a mi hogar habitual. Dejando a un lado sus delirios, no parecía que Paco pudiera resultar peligroso y, además, la lectura de su adeene indicaba que no tenía antecedentes, al contrario de lo que yo había supuesto en nuestro encuentro de aquella mañana. Y por lo que respecta a Berenice, estaba claro que se trataba de la muchacha que Chumillas había mencionado, y por lo tanto era cierto que hasta unas horas antes había pasado toda su vida interna en un orfanato, así que su adeene sólo podía estar manchado de la harina que espolvoreaban los padres radiadores sobre las galletas que manufacturaban, y que se comercializaban con el nombre de

«Sweet Cilicios», marca registrada de Eternal Life Inc. Teniendo en cuenta todo esto, pensé que lo mejor sería encargarle al taxista que, una vez que me hubiera llevado a mí a mi destino, volviera a por Paco y Berenice y los condujera a mi domicilio.

A pesar de que la sinceridad es lo más importante, y de que en esta vida hay que ir siempre con la verdad por delante, e incluso a pesar de que el Protocolo de Sinceridad condena la mentira en todo el planeta y tacha de personas malas a aquellas que la utilicen, me abstuve de comentar estas últimas reflexiones mías con Paco y con Berenice, puesto que no se me ocurrió ningún beneficio que yo pudiera obtener de tal comportamiento. Les instruí, eso sí, sobre lo que debían hacer después de mi marcha, que no era sino aguardar a que el taxi volviera a recogerlos y los llevara a mi casa, en donde esperarían con paciencia hasta que yo regresara. También les di las instrucciones oportunas sobre lo que deberían decirle a la señora Domitila en el caso de que no les franqueara el acceso, cosa que seguro intentaría.

—Allí estaréis más cómodos —argumenté—. No hay mucha cosa en la nevera, pero podéis llamar a Telelechuga, marca registrada de Eternal Life Inc., y pedir los vegetales que deseáis. En fin, disponed de mi casa como si fuera vuestra, pero, por favor, si os ducháis no dejéis pelos en la bañera.

—Yo no me ducharé —replicó Berenice, a pesar de que nadie esperaba respuesta alguna a mis indicaciones—. Prefiero seguir ensayando.

Tras asegurarme de que habían entendido mis instrucciones, esperamos todos pacientemente a que viniera el taxi. Cuando llegó, y una vez que hube comprobado que el conductor recordaba el lugar al que yo quería dirigirme, y que estaba dispuesto a llevarme allí a cambio de una propina, que sin saber cómo terminó siendo el doble que la de la mañana, y que también estaba dispuesto a regresar después a por Paco y Berenice, por otra propina que ya fijó sin consultarme, me subí al coche esquivando sus alharacas.

En cuanto nos incorporamos a la autopista, el taxista se metió un palillo en la boca y puso la radio. Durante el resto del trayecto, además de entregarse de nuevo a la copla, interpretando en este caso una tonada en la que se reflexionaba sobre el poder del dinero auténtico y su eventual falsificación, mediante la comparación de una moneda falsa con una mujer que no consigue encontrar el amor verdadero, pues además de canturrear dicha tonadilla, digo, el chófer también intentó cotillear sobre mi persona, lanzándome de tanto en

tanto algunas indirectas sobre mi vida en general.

—Ese amigo suyo es un poco raro, ¿no?

—Tuvo una infancia muy difícil.

—Yo no soy psicólogo y nadie me ha pedido mi opinión, pero debido a que mi profesión de taxista requiere de mucha psicología para con el cliente, y aunque yo no tengo estudios ni criterio pero me he formado en la universidad de la vida y todo ese rollo, me atrevería a decir que este individuo presenta un cuadro de psicopatía conductual de nivel 4 de Amstrong, con episodios esquizoides ocasionales. Pero claro, qué voy a saber yo que sólo soy un pobre taxista.

—Eso digo yo.

Mientras el vehículo seguía avanzando, yo me concentraba en memorizar todos los semáforos, giros, y bocacalles que íbamos pasando para, llegado el caso, ser capaz de regresar al mismo lugar acompañando a Chumillas. Hacía mucho tiempo que no me pasaba por un CID suburbano y, a la vista del panorama que se me ofrecía, imaginé lo que podría llegar a suceder si un día la tele cesaba sus emisiones y dejaba de mantener domesticada a toda aquella morralla. El sol declinaba ya, y esa parecía ser una especie de arcana indicación para que todos los tipos con cicatrices y camisetas ajustadas se lanzaran a la calle. Reconoceré que me sentí algo intimidado por aquel ambiente portuario, todo lo contrario que el taxista, que tocaba el claxon e increpaba a los indígenas cada vez que intentaban cruzar la calle, incluso aunque tuvieran el semáforo en verde para hacerlo.

La iluminación de la avenida por la que transitábamos era deficiente, debido a que los vecinos parecían encontrar solaz en apedrear las farolas fotónicas y en apantallar las ondas de recarga, probablemente para bloquear también cualquier otro tipo de ondas entre las que se encontraban las de vigilancia, localización, e identificación de ciudadanos. Su conciencia, pues, no debía de ser una patena. No obstante, y pese a los deficientes equipamientos, el tráfico era fluido, especialmente en nuestro caso, puesto que el taxista se encontraba en aquel caos como pez en el agua. La ausencia de autoridad le permitía invadir el carril autobús, el carril pata coja, y el carril trote. En el carril bici, sin embargo, patrullaban ecologistas armados que disparaban lentejas a quienes intentaban arrebatárles su espacio. El taxista maniobraba, pegaba frenazos, sacaba medio cuerpo por la ventanilla que, por

supuesto, llevaba bajada a pesar del bochorno, gritaba a diestro y siniestro, y, entre volantazo y volantazo, entonaba con pasión una nueva copla.

—¡Aparta de ahí! ¿Estás loco? ¡Tu padre! Sí, sí, hombre, y yo ministro. ¡Vete a que te den, que seguro que te gusta! —dispensaba a quien quería escucharle, y de repente entraba en trance y continuaba—: Cuando por los campos de verdes chumberas, suenan las campanas de la madrugada, y sarta a los montes la luna lunera, y a mi vera-vera te siento llegar. ¡Subnormal!

Entretanto, yo intentaba acumular signos de referencia que me ayudaran a rehacer la ruta llegado el caso. Me había fijado en que, mucho después de haber dejado atrás el último CID protegido, al salir del Reino de Leganés-Getafe, anduvimos un largo trecho por una carretera interestatal que nos había llevado hasta el CID en el que ahora nos encontrábamos, probablemente cerca del Barranco del Primo Julián y un poco antes del Hoyo del Chaquetón. Habíamos abandonado la carretera a la altura de una enorme nave con un rótulo que rezaba «Cortaúñas Ruiz», y allí giramos a la derecha para enfilarse la avenida por la que todavía seguíamos circulando. Iba yo contando las bocacalles que dejábamos a nuestra diestra cuando, al llegar a la número doce, el taxista dio un nuevo volantazo y giró hacia la izquierda obsequiando al público con nuevas y ocurrentes saetas verbales.

Progresamos por aquella nueva calle, más oscura y siniestra si cabe puesto que el sol continuaba su descenso, y el taxista volvió a efectuar un giro en el segundo callejón de la derecha. Allí disminuyó la marcha y escrutó las fachadas desconchadas y sucias para intentar reconocer el lugar correcto. Se detuvo por fin frente a un portal, al que en su día había protegido una reja de la que ahora sólo quedaban tres hierros y un faldón metálico. Por un instante consideré pedir al taxista que se olvidara del asunto y que me llevara directamente a la Plaza de los Milli Vanilli para reunirme con Chumillas. No ayudó a infundirme valor para proseguir con mi misión el ruido de palmas que salía del mencionado portal, y que acompañaba a una letra cuyos primeros versos, no pude evitarlo, encontré premonitorios.

Tuve que matarlo, mare,  
me se atravesó su mirada,  
y es que no hay pena más grande  
que la de ser payo en Granada.

—Muy bien —dije por fin, inspirando con fuerza y armándome de coraje

—. Ahora vuelva a por mis amigos y llévelos a la dirección que le he dado. Por cierto, cuando termine aquí tengo que acudir a una importante cita. ¿Podría usted volver a recogerme cuando haya dejado a mis amigos?

—Depende.

No tardamos en llegar a una cifra que nos satisfizo a ambos, más a él que a mí pero qué se le va a hacer. Intenté atisbar el interior del zaguán desde la calle, pero sólo pude ver un gran vacío negro e informe, al que algún tertuliano podría haber sacado un significado metafórico pero que a mí sólo me provocó un ligero tembleque en las piernas. Mirando hacia atrás a cada paso, pude contemplar con cierta angustia cómo el taxista retrocedía hasta el comienzo de la calle y desaparecía después en la vía transversal, entre ecos que decían: pena mora, pena mora, que me nubla la razón.

A pesar de la congoja que se iba apoderando de mí, llegué hasta la puerta de entrada y me introduje en el inmueble. Para mi tranquilidad, pude comprobar que la canción que antes había escuchado estaba producida por un reproductor enchufado a unos cables pelados que salían de la pared. A tientas llegué hasta la escalera, y junto a ella distinguí la puerta de un ascensor con la pegatina de la última revisión sellada en el siglo pasado. Subí, pues, a pie, intentando no hacer ningún ruido que llamara la atención de los vecinos y los incitara a asomarse. Los inquilinos del edificio, como cabía esperar, constituían una buena muestra del tipo de gente que uno puede encontrar fuera de los CID protegidos: un filósofo, un falsificador, un destilador y una poetisa inédita eran algunos de los representantes de aquel elenco de notables que anunciaban sus servicios con papeles pegados junto a sus puertas. Supuse que también habría traficantes de embutidos o incluso políticos de derechas, pero preferí alejar aquellos pensamientos de mi cabeza y concentrarme en mi misión, que se desarrolló por lo demás sin mayor contratiempo hasta que llegué por fin al rellano del quinto piso.

Saqué la llave que me había dado Paco y me pasé unos minutos intentando descubrir cómo abrir la puerta con aquel curioso adminículo. Después de probar a acercarla a varias distancias, por si la frecuencia de emisión se veía afectada por ello, y de intentar hablar con el extraño objeto para pedirle que cumpliera su función, terminé por deducir que no había nada electrónico en el aparatejo y que, al parecer, era un simple trozo de metal. Estaba por tirarlo y marcharme cuando observé astutamente que en el mencionado objeto aparecía

una grabación, idéntica a otra que vi impresa sobre un pequeño disco que se hallaba encajado en la puerta. Esto era lo que ponía en ambos: «Mister Mint». Acerqué mi objeto al otro, intenté que se comunicaran de nuevo, los puse en contacto físico y, cuando ya estaba desesperado por la complejidad de aquel mecanismo diabólico, me ensañé con la puerta e intenté apuñalarla con mi trozo de metal, con tan buena suerte que en uno de los intentos éste se introdujo por una ranura diminuta que el círculo de la puerta tenía y en el que yo no había reparado. Mi pieza, de tan oportuna manera, se quedó introducida en el disco, y de nuevo intenté varias operaciones hasta que por fin, en el transcurso de una de ellas, aunque no sabría decir muy bien cuál, hubo un ruido seco y la puerta se abrió.

Me las prometía yo muy felices y me disponía ya a entrar en el piso, pero había formado tal alboroto que por la puerta de enfrente se asomó de pronto una mujer con la cabeza casi rapada, a excepción de tres largos mechones que emergían de su región occipital y le caían después hasta las caderas. Podría decirse que era una figura neopicassiana, o también que era un adefesio de tía.

—Buenas tardes —dije, desplegando una amable sonrisa—, o buenas noches, porque aquí hay tan poca luz que ya no se sabe. No pasa nada. Me tiembla mucho el pulso porque soy epiléptico y neurocirujano, y la combinación de ambas condiciones me somete a un estrés terrible. Pero ahora, llegado ya a mi acogedor hogar, todas mis preocupaciones desaparecen. Gracias por interesarse, y por favor no me muerda.

—Un viaje, otro viaje, caminos que me llevan, pero tengo que pagar peaje, así que abandono los caminos, y todo me importa un caraje —replicó mi coyuntural vecina que, por cierto, era la poetisa a la que antes he hecho referencia.

—Precioso. No la distraigo más, pues no querría yo que por mi causa se le espantara a usted el esto.

—Él se va, yo me voy, nada hice, nada hizo, quiero huevos, con chorizo.

Me introduje por fin en el piso y cerré la puerta a mi espalda.

Sobresaltado todavía por aquel pequeño contratiempo, lo primero que hice fue acercarme a la ventana para localizar una posible salida en caso de emergencia, como siempre hacen en las películas. Después busqué el interruptor de la luz, puesto que estaba visto que la vivienda era pleistocénica y no se controlaba con la voz, y comencé a inventariar lo que se me ofrecía a

la vista, que resultó ser lo siguiente: una silla. Pensé que quizás el centro de operaciones se encontraba en otra habitación, así que crucé una de las tres puertas que partían de aquella sala e inspeccioné la estancia vecina, y esto es lo que me encontré allí: una mesilla de noche. Regresé y abrí la segunda de las puertas, que daba a un pequeño pero cochambroso cuarto de baño equipado con lavabo, retrete picado y con lamparones, y ducha con cortina mohosa. La tercera y última puerta comunicaba, por increíble que pueda parecer, con una cocina. Esto venía a confirmar la antigüedad del edificio, construido obviamente cuando todavía las casas se hacían con cocina separada, y antes por lo tanto de que se prohibiera la construcción de dichas estancias, ya que el 68% de los accidentes domésticos ocurrían en ellas. De nuevo nuestro gobierno, escuchando el clamor popular, ordenó que la nevera y los fogones se pusieran en los comedores, y con ello atajó el problema de raíz: no más accidentes en las cocinas. Sin embargo, y por alguna misteriosa razón, o por culpa de la oposición que siempre quiere fastidiar, se rumoreaba que últimamente había aumentado el número de accidentes en los salones, así que el gobierno no tardaría en prohibirlos, y a ese paso pronto las casas quedarían convertidas en un inmenso hall o recibidor.

Pero no era el caso que yo hubiera llegado hasta aquel desvencijado lugar para efectuar valoraciones arquitectónicas, así que me apresuré a cumplir el objetivo que me había marcado, esto es, buscar pruebas de que aquel era el lugar desde el que el libertino doctor planeaba sus acciones. La tarea, por lo demás, iba a resultar mucho más sencilla de lo previsto dada la precariedad del mobiliario. Levanté la silla para comprobar que no había nada debajo de ella, como así resultó ser, y después busqué en los cajones de la mesilla de noche algún rastro del sujeto en cuestión.

Cuál no sería mi sorpresa al encontrar en el primero de dichos cajones una fotografía de mi propia persona, no muy buena y nada actual, puesto que entonces llevaba el pelo con unas pequeñas extensiones que, según mi peluquero, me daban sensaciones de melena, y junto a dicha fotografía la tarjeta de visita que yo mismo le había entregado el día anterior a Jiménez-Pata creyéndolo un venerable anciano. También había un trozo de papel con dos números anotados, que a todas luces parecían los RAP de sendas personas.

En el otro cajón, para mayor asombro mío, había una copia de la foto de

mi promoción de Calumniados Anónimos, que nos dieron junto con el diploma al terminar la terapia que había seguido después del asunto con Javichu Depy. Cotejando ambas fotos, pude comprobar que la primera era en realidad una ampliación de la segunda en el lugar en el que aparecía mi agraciado rostro. Por último, encontré también un gorro a rayas rojas y blancas con la inscripción «Centro de Felicidad Personal Tristan Braker», y una botella de aceite de oliva con una etiqueta pegada con muy poca pericia y que rezaba «Haceite de Comperativa, Bueno, Bueno».

Arranqué dicha etiqueta y me la guardé en un bolsillo, junto con el gorro, el papel con los RAP, y las dos fotografías. Eché un último vistazo a la mesilla, al suelo y al techo de la habitación, así como a los de la sala y el baño, e inspeccioné la cocina desde la puerta sin encontrar ningún otro objeto de interés. Y me disponía ya a salir, algo mosqueado, lo reconozco, por haber encontrado aquellas fotografías mías en el piso, cuando de repente escuché un ruido sospechoso en la puerta, y vi cómo ésta empezaba a girar para dejar el paso franco a quienquiera que la hubiera abierto.

Me apresuré a apagar la luz y me escondí en el baño, soportando el olor como pude, y dejando la puerta entornada para poder escrutar todo lo que sucediera en la sala. La puerta principal terminó de abrirse, se cerró después, y cuando la luz se hizo de nuevo pude contemplar con sorpresa, injustificada puesto que él era el dueño del piso según todos los indicios, al bilioso galeno, cuyo aspecto sin melena y barbas blancas era, en efecto, igual al de la imagen que Chumillas me había mostrado en la fiesta. Sin duda, acababa de llegar mi pasaporte al estrellato socioeconómico.

## CAPÍTULO 1100

Mientras pergeñaba algún plan que me permitiera reducir a mi presa, lo único que yo podía hacer por el momento era quedarme donde estaba, inmóvil, callado, y algo humillado por mi postura pues, huyendo de aquel peligro intangible, mi subconsciente me había subido al retrete, y ahora me encontraba acuclillado sobre él sin atreverme a descender por si algún chirrido pudiera delatar mi presencia.

El bellaco facultativo, por su parte, y después de haber cerrado la puerta de entrada con el mismo sigilo con el que la había abierto, se dio un pequeño garbeo por sus posesiones y terminó por ir a sentarse en la silla con gesto pensativo. No se mostraba, sin embargo, tranquilo, ni mucho menos, como demostró el hecho de que a los pocos segundos volviera a levantarse para dar otro paseo que lo llevó esta vez a la habitación, donde lo perdí de vista unos segundos hasta que regresó de nuevo al salón y ocupó el único sitio que podía ocupar. Repitió la operación tres o cuatro veces más, caminando unas veces por la sala, viajando en otras hasta el supuesto dormitorio, o incluso, en una de ellas, llegándose hasta la puerta del cuarto de baño donde yo me escondía en vergonzosa posición. Mientras tanto, y ante la ausencia de alternativas mejores, yo había decidido permanecer en aquel cuchitril hasta que Chumillas, advirtiéndome mi tardanza, decidiera llamarme otra vez, y pudiera yo entonces darle cuenta de todo lo sucedido, así como indicarle el modo de llegar hasta aquel lugar para que atrapara al ruin doctor y, por extensión, me rescatara.

Pero todos aquellos paseos y nervios de mi anfitrión no me estaban dando ninguna buena espina, puesto que de todos es sabido la directa conexión que existe entre el sistema que se encarga de las preocupaciones y el que regula la micción. Otrosí, el pérfido galeno se había adentrado en una ocasión en la cocina, de donde regresó con una Cokepepsi, marca registrada de N'Joy

Corporation, de la que dio buena cuenta en un santiamén. Y como resultado de la conjunción de todos estos elementos, no tardó en levantarse de la silla, encaminarse con paso decidido hacia el baño, tocarse con disimulo sus partes pudendas intentando hacer presión, agarrar la manilla, bajarla, hacer girar los goznes de la puerta, encender la luz, asistir al triste espectáculo de mi papel de estatua humana, y dar un alarido que retumbó en la minúscula estancia, mientras reculaba trompicándose hacia al salón. Yo, asustado por el berrido, grité también, aunque no me moví de donde estaba, en parte por el miedo y en parte porque empezaba a notar las piernas algo entumecidas.

—¿Qué hace usted ahí? —preguntó por fin el malévolo doctor una vez que se hubo recuperado de la impresión.

Ponderé la conveniencia de contarle la verdad, puesto que en la vida hay que ir con la verdad por delante y sólo mienten quienes no se respetan a sí mismos, pero enseguida confeccioné una nutrida lista de razones por las que no me convenía ser sincero en aquella ocasión, así que me sentí muy mal por mentir pero elaboré una trola sobre la marcha que, justo es reconocerlo, no me quedó nada mal.

—He venido a traerle el informe de la traducción de ayer. Como usted no ha venido a recogerla...

El embuste causó el efecto deseado, puesto que el despreciable doctor se quedó desconcertado y por unos instantes pareció recuperar la calma, dejándome también a mí algunos segundos más de ventaja para que pudiera perfeccionar los detalles de mi invención. Sin embargo, pronto descubrió que mi respuesta en efecto contestaba a su pregunta, pero al mismo tiempo abría otra de no tan fácil respuesta.

—Muy profesional por su parte, pero ¿de dónde ha sacado esta dirección?

—Su hijo vino a verme esta mañana —seguí improvisando—, preocupado, y me preguntó si yo había tenido noticias suyas, de usted quiero decir, últimamente. Al responderle yo que no, me rogó que, de llegar a saber algo, acudiera por favor a este lugar para informarle. Y aunque no he tenido ninguna noticia sobre usted en las últimas horas, me pareció que era mi deber traer la traducción y hacer entrega de ella a quien pudiera encontrar en esta dirección. Podrá imaginar mi alborozo al verle llegar, cosa que me permite dársela personalmente. La he dejado en la nevera, para que los datos no se alteren con el calor. Y ahora, si me disculpa, tengo una importante cita a la que no puedo

dejar de acudir.

—Un momento, un momento... —me detuvo mientras, por el gesto de su rostro, parecía meditar sobre toda la milonga que le había contado y de la que yo, he de reconocerlo, me sentía muy orgulloso—. ¿Y cómo ha entrado?

—Su vecina ha tenido la amabilidad de abrirme. Y me ha recitado un soneto —añadí, para darle credibilidad a mi argumento.

—No sé quién de qué vecina me habla, pero desde luego nunca le he dado una llave ni a ella ni a nadie, salvo a Paco. A mi hijo, quiero decir.

—¡Eso es! —reaccioné, aunque ya empezaba a ver como toda mi brillante falacia se resquebrajaba—. Fue su hijo quien me la dio, por si venía a traerle noticias de usted y él no estaba en casa. Su vecina no tiene nada que ver. Olvidémonos de su vecina.

Mientras intentaba remendar mi historia como podía, el doctor liendre había comenzado a esbozar una siniestra sonrisa que, al término de mi discurso, ya era una mueca burlona y, la verdad, algo intimidatoria. De pronto, y con un movimiento veloz, introdujo la mano en un bolsillo interior de su chaqueta y extrajo de él un endoscopio con el que me apuntó mientras su risa se hacía cada vez más socarrona y temible.

—Muy bien, pollo, dejémonos de historietas —me espetó—. Siéntate ahí. ¿Dónde va a ser? En la silla. Y no te muevas o hago un largometraje de tu colon con esto. ¡Ah, los refinamientos de la ciencia médica! —se deleitó, acercándose más el endoscopio y soltando una carcajada sardónica—. Dime: ¿quién te envía?

—He venido por iniciativa propia. No todo lo que le he contado es mentira: su hijo vino efectivamente a verme y me pidió ayuda para localizarle por motivos que ignoro, puesto que si yo tuviera un padre como usted no vería el día de perderlo de vista —solté en plan chulo, como tantas veces he visto hacer a Ledonius Mile en sus papeles de antihéroe—. Soy de natural honrado, solidario, y proclive a proteger a los animales, y por esto último me avine a lo que su hijo me solicitaba de modo que, una vez terminada mi jornada laboral, me puse a buscarlo. Fue él quien me indicó que residían en este recoleto lugar, así que pensé que lo mejor sería empezar por buscar en él alguna pista que nos condujera hasta usted.

La calidad de mis añagazas disminuía a gran velocidad, es cierto, pero a quien quiera criticar mis mentiras le diría yo que pruebe siquiera a bosquejar

un señuelo con la afilada cámara de un endoscopio apuntando a su retaguardia. Para mi sorpresa, y en lugar de reaccionar a mi evidente falacia con algún gesto amenazador, de pronto el cuasiconvicto galeno relajó la expresión de su rostro, devolvió el endoscopio al bolsillo del que nunca debió haber salido, y se dejó caer hacia el suelo hasta sentarse en él apoyando la espalda contra la pared, desconchada, por cierto.

Comenzó a hablar como si todo lo anterior no hubiese sido más que un *casting* para una obra teatral y ahora acabara de recibir la noticia de que no había superado la prueba.

—No hace falta que me lo diga —musitó con un suspiro—. Sé muy bien quién le envía. Son ellos, ¿verdad? —y, como quiera que yo me limité a asentir con gesto apesadumbrado, como diciendo «pues sí, esos mismos», aunque igual podría haberse interpretado mi expresión en otras circunstancias como «era una gran persona y siempre se van los mejores», él continuó sumiéndose en un estado de ánimo cada vez más pesimista—. Llevo todo el día intentando quitármelos de encima, aunque ya no sé si realmente me están siguiendo o si sólo son imaginaciones mías. Pero da igual. Creía que esta vez lo tenía todo bien planeado, pero ya veo que me estaba engañando a mí mismo. ¿Quién ha cantado? No, no me lo diga. Qué más da quién haya sido. No lo culpo. Le habrán ofrecido el oro y el magrebí. Riqueza, fama, poder, fontaneros, entradas para el fútbol... ellos pueden conseguirlo todo, aunque en realidad no consiguen nada, sólo hacen que los demás nos creamos que lo hemos conseguido. ¿Me comprende?

Yo lo comprendía, ciertamente, porque tampoco las cosas que estaba diciendo resultaban tan difíciles de interpretar, aunque por supuesto me reservé la opinión que me merecían todos aquellos desvaríos. Antes al contrario, asentí y, haciendo un gesto con la mano, lo animé a que continuara mientras yo procedía a arrimar la silla contra la pared opuesta a la que él ocupaba, e intentaba buscar la posición más cómoda para aguantar el chaparrón de aforismos baratos que se me venía encima. Dejaría que transcurrieran los minutos, y cuando Chumillas me llamara al comprobar que no me presentaba en el lugar acordado, yo, sin que el lloroso doctor lo escuchara, lo invitaría a que se reuniera con nosotros en aquel desvencijado piso, y de esa manera concluiría todo aquel lamentable incidente.

Así pues, mi interlocutor continuaba pegando la hebra, y yo lo escuchaba

sin prestarle mucha atención puesto que empezaba a acusar el cansancio acumulado. El palique del médico quejica, así como la mala noche que había pasado, unida al ajeteo al que me había visto sometido durante todo el día, comenzaban a pasarme factura, y no descarté descabezar un sueñecito. Llegado un momento, sin embargo, noté que la habitación se había quedado en silencio y, por el contraste que ello supuso, me sobresalté. Al mirar al melancólico doctor me lo encontré con la vista fija en mí y con una expresión ansiosa en su rostro.

—¿Qué? —pregunté.

—Que si no me reconoce.

—Por supuesto que le reconozco. Es usted el tipo que me ha estado hablando durante la última media hora, más o menos —y al decir esto consulté mi reloj para calcular cuánto faltaba para la cita con Chumillas y, por tanto, cuánto tendría que seguir aguantando aquel tostón—. No se crea que me he dormido. Sólo estaba reflexionando.

—No me refiero a eso. Me refiero a si no recuerda haberme visto antes. Hace un par de años.

—No —respondí, sin ni siquiera hacer el intento de bucear en mis recuerdos para localizar su cara.

—Le contaré mi historia.

—¿Cambiarían sus intenciones si le dijera que no me interesa lo más mínimo? Ni se imagina la cantidad de películas que me está contando la gente últimamente —supliqué.

—Lo siento: mi Asesor Contra la Depresión, o ACD, me ha aconsejado que no me cohíba y que, cuando sienta la necesidad, le endose el rollo al primero que tenga a mano, en este caso usted. Todo empezó hace unos años, no recuerdo cuántos porque me gusta sentirme joven. Fue un incidente desagradable e injusto. Por aquel entonces yo era un inexperto pero brillante licenciado que había comenzado lo que sin duda sería una meteórica carrera científica en el área de ginecología del Hospital Marcus Welby. Un día estaba yo tranquilamente en mi domicilio, repasando algunas novedades sobre zoología, cuando oí sonar el timbre. Habrá usted oído hablar de los perros de Paulova, la famosa tenista. Bien, pues imitándolos reaccioné al metálico sonido dirigiéndome hacia la puerta y abriéndola de par en par. Y hete aquí que me encuentro con una atemorizada y bellísima jovencita, nerviosa, en

claro estado de precardiopatía aguda, quizás leve, pero cardiopatía al fin y al cabo. A partir de ahí todo sucedió muy rápido. En esos momentos un buen médico no piensa, sólo recuerda sus juramentos y se deja llevar por sus instintos. Le pedí que se quitara la ropa para proceder a un examen detallado, en el transcurso del cual, y como bien puede comprenderse, parece ser que toqué uno de los pechos de la paciente. Al fin y al cabo, el corazón está ahí debajo, y no por decisión mía precisamente.

—¿Eso es todo? —pregunté sorprendido por la brevedad del relato.

—El resto ya se lo he contado antes —dijo, y yo asentí por no volver a escucharlo—: la denuncia, la persecución de los medios, mi nombre despellejado por las ondas hertzianas, el juicio, el ensañamiento de Javichu Depy...

—¿También fue usted despellejado por Javichu?

Ignorando mi pregunta, el desarrapado doctor se levantó y se acercó con cuidado hasta la ventana fría, oscura, temible, irreal, vengativa, cruel, como invernal. Vaya, que se acercó a la ventana.

A veces me pierde la retórica, ya me lo dijo un crítico hace algunos años.

—Antes de que llegara a emitirse el fallo —prosiguió el lamentable doctor —, la muchacha retiró la denuncia, lo que todavía fue peor puesto que todo el mundo, aceptando la teoría propuesta por Javichu, dio por hecho que yo la había sobornado para que lo hiciera. Una demanda por toqueteos y la sospecha de un soborno es más de lo que cualquier reputación galena pueda soportar. Tuve que retirarme de la circulación, y fue entonces cuando acudí a Calumniados Anónimos, adonde usted llegó a los pocos meses.

—Pues le repito —dije, y esta vez sí que había rebuscado por las imágenes mentales que yo tenía de aquella época— que a mí su cara no me suena, más allá del encuentro que tuvimos ayer.

—No me extraña, puesto que usted se ponía siempre en la primera fila y no hacía más que levantar la mano para preguntar al profesor, mientras que yo me sentaba al final del aula y zanganeaba lanzando bolitas de papel con el tubo del boli, buscando hacer diana en las orejas de los tiralevitas.

—¡Ajá! ¡Era usted!

—No reabramos ahora viejas heridas. Como le decía, pasé por Calumniados Anónimos, pero reconozco que no aproveché las enseñanzas que allí nos impartían. Según el psicólogo de guardia, el problema era mío y sólo

yo podía resolverlo: mi resentimiento era demasiado grande, y cuando terminó el curso yo seguía obsesionado por hacer justicia, o por vengarme, que viene a ser lo mismo. Pero pronto descubrí que ni siquiera podía seguir viviendo en mi propia casa. Qué digo vivir en mi casa: no podía continuar habitando en mi barrio, ni ejercer mi profesión... Me refugié en un CID intermedio, porque yo no vivo en este chamizo, esto sólo lo he alquilado para llevar a cabo mi plan, y por cierto el tipo de la agencia me aseguró que estaba amueblado, y añadió que «con un toque minimalista», pero en fin, a lo que vamos, dejé toda mi vida anterior y tuve que empezar de nuevo. Durante estos años he montado un pequeño negocio de venta de aceite de Jaén a granel. En realidad no era de Jaén, sino de Granada, pero a la gente le gusta más si se les dice que es de Jaén. No me mire así: no me refiero a aceite ilegal, obtenido antes de los controles del Ministerio de Felicidad y Vida. Lo que yo hacía, aprovechándome de ese gusto por lo alternativo que demuestran muchos de nuestros congéneres, era comprar litros y litros de aceite en un supermercado de Granada, y trasvasarlo después a garrafas de plástico transparente sobre las que colocaba etiquetas hechas por mí mismo, con faltas de ortografía incluidas. Fijaba un precio tres veces superior al invertido por mí y, aunque le cueste creerlo, tenía todos los domingos caravanas de excursionistas frente a mi puerta, que además regresaban al domingo siguiente diciendo cosas como que «lo natural es lo mejor» o «nada que ver con el que venden en las tiendas». La operación, como habrá deducido, me reportaba pingües beneficios. Y dedicado a tan lucrativa estafa me encontraba yo, cuando un día que andaba cerca de Granada cumpliendo con mis deberes de logrero, encontré junto a una carretera secundaria y por casualidad a un tipo con muy mal aspecto. Tras asistirlo, revivirlo, y afeitarlo un poco comprendí que aquello era una ayuda que el todopoderoso, y no me refiero a Alexander Liar, me prestaba. Aquel extraño sujeto, despistado y un poco lerdo, pero sujeto al fin y al cabo, sería la llave que abriría la puerta de mi reclusión social. —Con esta última parte de la historia el patético doctor parecía haber recuperado un cierto buen humor, pero pronto su semblante cambió y recuperó el gesto compungido que había mostrado durante la mayor parte de su discurso—. Lo peor... —comenzó a decir con esa misma expresión de pena, y el dolor del recuerdo lo atenazó interrumpiendo sus palabras.

—... son las patadas de los niños —completé yo—. No me diga más. Es

que a los niños no hay que coartarles la creatividad.

—Pues no sé qué quiere que le diga. Yo no he visto a ninguno empleando esa creatividad en investigar sobre la vacuna contra la malaria.

Y, quizás, estas y otras interesantes reflexiones sobre la educación infantil habríamos seguido intercambiando el doctor y yo de no haber sido por lo que sucedió a continuación, y que nos sorprendió en igual medida a ambos, puesto que ninguno de los dos esperábamos visita. Al oír el zumbido eléctrico del timbre, el médico llorón y yo mismo giramos nuestras respectivas cabezas hacia la puerta. Después deshicimos el giro y nos miramos el uno al otro. Repetimos esta secuencia de acciones dos o tres veces, sin saber qué hacer, hasta que el timbre volvió a sonar. Entonces los ojos del depresivo doctor comenzaron a abrirse como mi boca lo había hecho antes al bostezar, hasta que ya no pudieron abrirse más y entonces optó por agarrarse los cabellos y tirar de ellos en un gesto que provocaba dolor sólo con presenciarlo.

—¡Son ellos! —dijo casi en un cuchicheo—. ¡Han venido a acabar conmigo!

—Vamos, vamos —intenté apaciguarlo—, no se ponga tan dramático. Estoy seguro de que «ellos» no quieren matarlo.

—¡Claro que no! —exclamó con los ojos fuera ya de las órbitas y una expresión esquizofrénica que daba miedo—. Harán algo peor: volverán a calumniarme. Mi foto volverá a salir en los periódicos, mi nombre será pasto de las tertulias, mi trayectoria será objeto de mofa en las peluquerías, harán gags sobre mí en la tele y los protagonizará Petrus Egg, el lamentable cómico. Los niños volverán a pegarme patadas jaleados por sus padres, las mujeres me mirarán otra vez con un asco profundo, como si fuera una blusa de la temporada pasada, los hombres se referirán a mí con palabras cuyo significado desconocen, el sol se oscurecerá... No me mire así: han anunciado un eclipse para dentro de un par de semanas. Pero esta vez... ¡Esta vez no me cogerán vivo!

Y tal vez empujado por un tercer timbrazo, que sonó coincidiendo con sus últimas palabras como si fuera el llamador de la recepción del Purgatorio, se lanzó hacia la cocina, donde desapareció de mi vista. Yo, por mi parte, no pude ni siquiera intentar disuadirlo de sus intenciones, o seguirlo y confirmar que las iba a poner en práctica, puesto que cuando me disponía a hacer una de esas dos cosas, no recuerdo cuál, la puerta se vino abajo tras escucharse un golpe

fuerte y seco que, deduje, había producido una buena patada lateral aplicada sobre la precaria cerradura.

## CAPÍTULO 1101

Al otro lado del hueco que se había abierto pude ver a un conturbado mozalbete, no llegaría a los cuarenta, que miraba con ansiedad y desconcierto hacia el interior de la vivienda, es decir, hacia la habitación en la que me encontraba yo. Sus gestos eran nerviosos, y su estado general denotaba cierta crispación. Movía los ojos a toda velocidad en lo que parecía ser un ejercicio de reconocimiento de la zona. Una vez comprobado que yo era el único habitante de la casa, o al menos el único visible para él, saltó por encima de la puerta que ahora yacía en el suelo y se plantó delante de mí. Después se quitó uno de los pendientes que lucía y lo clavó en la pared. Yo, claro está, presenciaba estos hechos paralizado todavía por la sorpresa, y confieso que pronto me olvidé del gemebundo doctor para pasar a concentrarme en intentar conservar mi anatomía intacta. Sin embargo, y una vez que el recién llegado hubo comprobado la firmeza del pendiente sobre la escayola del muro, no fue mi anatomía la que pudo correr peligro, sino la suya. En efecto, el extraño se separó unos metros de mí y comenzó a propinarse cabezazos contra las paredes, se pilló aposta los dedos con la hoja de la ventana, estampó sus narices contra el marco de la puerta, metió los dedos en un enchufe, intentó acogotarse con el canto de la silla, y todo ello mientras hacía jirones su propia ropa y se arañaba la cara y otras partes del cuerpo. Tal ejercicio de masoquismo no me pareció justificado ni merecido, pero de nuevo el factor sorpresa jugó en mi contra y no me permitió reaccionar hasta que ya era casi demasiado tarde. Cuando el allanador de moradas consideró que ya había expiado todos sus pecados, pues no encontraba yo otra razón para tal comportamiento, y con un aspecto que habría estremecido a un deshuesador de pollos, regresó tambaleándose al lugar en el que yo me encontraba y se abrazó a mí como si me debiera la vida. Dadas las circunstancias, me sentí obligado

a devolverle el abrazo e intentar calmar así su conciencia impenitente.

—Tranquilícese, joven —se me ocurrió decir—. ¿Qué pretende con este castigo, baldío por otra parte? ¿Por qué se inmola ante mí, si yo no lo conozco de nada?

El intruso se limitó a sonreír, dejó que su cuerpo resbalara entre mis brazos hasta dejarse caer en el suelo, y una vez allí, tumbado en un escorzo mientras mis brazos lo sostenían me pidió:

—Creo que me estoy muriendo. Tómeme el pulso. Ahí no, en el cuello. — Y fue entonces cuando, con mi mano rodeando su garganta, lanzó unas escuálidas carcajadas, señaló el pendiente que había colgado anteriormente en la pared, y dijo, casi atragantándose con la risa—: Mire al pajarito...

Y se desmayó.

Tras comprobar por su pulso, regular aunque filiforme, y deducir por tanto que se trataba de un simple desmayo, me incorporé y me acerqué al pequeño adminículo que, plantado en medio de la pared, se asemejaba a un mosquito dormido y gordo. Una observación más minuciosa me permitió descubrir que el pendiente no era en realidad tal, o sí lo era, en cuanto pendía, pero cumplía también otra función menos obvia y más perjudicial para mis intereses, puesto que en la aguja que lo sostenía clavado se podían leer las siguientes palabras: «Cámara N-2000 X Alfa Charly Papa Bravo — N'Joy Corporation». Todo ello escrito muy pequeño para que la saeta no atravesara eventualmente, además de la oreja, también la yugular de su propietario.

No intentaré atribuirme méritos que no me corresponden y afirmar que analicé los hechos con rapidez y colegí de inmediato una conclusión. Al contrario, me quedé de nuevo paralizado mirando el minúsculo aparato, y considerando lo mucho que avanzaba la ciencia en el diseño de dispositivos de dudosa utilidad, como el que ahora yo tenía delante, mientras otros de mucha mayor importancia, como el endoscopio que el plañidero doctor había exhibido minutos antes, necesitaban de mejoras urgentes y críticas en su diseño. No fueron estériles estos pensamientos, empero, puesto que por asociación de ideas, diseño, diseñador, cultura, ministro, fiesta, Chumillas, chantaje, regresé al presente y, meditando sobre lo sucedido, se me ocurrió que quizás alguien podía haber mandado a aquel pobre gañán con el propósito de grabar su sacrificio e intentar después obtener algún favor por mi parte a través de dicha grabación. Esta idea, que inicialmente me pareció un derroche

de ingenio por mi parte, se me antojó después poco probable: en primer lugar, el sujeto se había masacrado voluntariamente y en solitario; y en segundo lugar, no se me ocurría nadie, aparte del propio Chumillas, que quisiera chantajearme, pero éste ya lo había hecho abiertamente y sin destrozar ningún cuerpo humano por el camino.

Intenté reanimar al jovenzuelo, que por otra parte parecía bastante cómodo y de hecho abrió los ojos en un par de ocasiones y, sin querella alguna, me miró con expresión angelical. De nuevo mi mente se movió rauda, y en otra brillante asociación de ideas, ángel, ángel de la guarda, niño Jesús, Jesusito de mi vida, padre-nuestro, misa, cura, monseñor Leño, butanero, butano, gas, recordé de pronto que había dejado al quejoso doctor metido en la cocina tras haber manifestado sus intenciones suicidas. Dejé unos instantes al maltrecho mozo, y me acerqué con precaución hasta la puerta de la estancia maldita, desde donde contemplé el sórdido espectáculo que a continuación describo: el doctor Jiménez-Pata se hallaba tumbado en el suelo, ante la puerta todavía abierta del horno, con la figura descompuesta y una mueca de desesperación, o quizás de asco, en el rostro.

—Sufro una intoxicación olfativa con accesos de poliqueritismo y ortohexanación generalizada —dijo, con un último aliento—, que la medicina describe con maestría, pero para la que no ha encontrado ningún remedio, por supuesto, salvo dejar que la Naturaleza siga su curso...

Y dicho esto, cedió al destino y dejó que las fuerzas lo abandonaran, y que su cabeza se diera un buen coscorrón contra el suelo, por si su estado no fuera ya bastante deplorable. Dado que cualquier ayuda, y sobre todo por parte de un lego en terapéutica como yo, semejábase inútil, consideré más prudente no atravesar el vano de la puerta y evitar exponerme también a los innumerables peligros que, según los expertos, nos acechan en las cocinas. Tampoco parecía, a juzgar por las últimas palabras del legendario galeno, que un colega suyo hubiera podido servir de ninguna ayuda. Siempre se van los mejores, como tantas veces ha dicho Tullius Grim. ¿O es «siempre son mejores cuando se van»?

Abatido por los últimos acontecimientos, di unos pasos casi tambaleándome y fui a sentarme en la silla. No tenía ningún sentido permanecer en aquel lugar por más tiempo. Cuando me hubiera puesto a salvo, avisaría para que vinieran a curarle las magulladuras al muchacho, y a recoger

los restos del ilustre doctor.

Rogué, pues, porque el taxista ya hubiera cumplido la misión que le había encomendado y se encontrara abajo, esperándome. Me asomé a la ventana y, quién lo diría, casi no cupe en mí de gozo cuando volví a ver a aquel sujeto. En efecto allí estaba, quitándole el polvo al coche con una especie de plumero y sacudiendo las alfombrillas en la acera. Dadas las circunstancias, no me entretuve en despedirme ni en adecentar un poco el destartado piso, que tras los golpes y coscorrones del joven kamikaze presentaba un aspecto más repugnante, si cabe, que el que ya ofrecía cuando yo había llegado.

Pero, en efecto, no era momento de ceremonias, así que me precipité hacia la puerta, ahora hueco de la puerta, y con la misma velocidad descendí las escaleras y salí a la calle. Estuve tentado de meterme en el taxi tirándome de cabeza por una de las ventanillas, que continuaban bajadas a pesar del bochorno, pero el conductor abrió una puerta para limpiarla y preferí no tentar a la suerte.

—A la Plaza de los Milli Vanilli, ¡rápido! —dije, mientras en paralelo consultaba mi reloj y veía que sólo faltaban cinco minutos para mi cita con Chumillas.

A medida que el taxista me sacaba con sus bruscos volantazos de aquel inmundo lugar, mis ánimos se iban calmando y mi cabeza intentaba poner en orden todo lo sucedido, con poco éxito. En cualquier caso, poco importaba ya qué había pasado, quién era quién en aquel libreto, y qué era mentira y qué verdad. El conspicuo galeno estaba muerto y eso, para bien o para mal, ponía fin a mi pequeña aventura. Me pregunté también, no lo negaré, si como consecuencia de ese hecho Chumillas cumpliría su palabra y me concedería los honores que me había prometido a cambio de entregarle al excelso doctor. Es más, ya lanzado, comencé a pensar en la cadena de hechos que se sucederían después de ese: en cuanto consiguiera el favor de Chumillas me encargaría de arrancar a mi hija de las garras del tal Johnny y se la devolvería a mi ex cónyuge, quien, a la vista de mi nueva y omnipotente posición, quizás dejara de tratarme como a un mezquino, quizás incluso considerara dejar a Foom y darme una segunda oportunidad, quizás hasta podríamos reconstruir nuestro matrimonio y, con la niña ya de vuelta en casa, volver a ser una familia moderna y admirada.

Ajeno a todas estas reflexiones y sueños, el taxista conducía a toda

velocidad por la carretera que nos llevaba de vuelta a la pacífica existencia de los CID protegidos, y canturreaba como siempre la canción que sonaba en la radio.

—Llevaba por compañera a mi Virgen de San Gil, un recuerdo y una pena y un rosario de marfil, y adiós mi España querida... —recitaba, adornándose con requiebros vocales, aunque de pronto interrumpió su copla y, tras quedarse pensativo unos instantes, me preguntó—: Y digo yo, ¿qué es una españa?

—No lo sé —contesté, todavía algo meditabundo por mis pensamientos anteriores, pero para no dejarme llevar por mis inquietudes metafísicas, que también los burgueses las tenemos aunque pocas y simples, preferí no profundizar en ellas y opté por soltar un cerril chascarrillo, sabedor del éxito que lo zafio tiene entre las clases medias, dicho esto último con todo el respeto—: Y digo yo: ¿qué es una virgen?

## CAPÍTULO 1110

Sin más novedades llegamos a la Plaza de los Milli Vanilli, que a la sazón se encontraba casi desierta puesto que ya eran más de las ocho y todas las buenas familias europeas estaban terminando de cenar. Sólo se podían ver, dispersos por los bancos colocados en el perímetro de la plaza, unos pocos ciudadanos subvencionados por el Ministerio de Diversidad y Minorías para que no se dijera que todo el mundo cenaba a la misma hora. Dejé que el taxista leyera mi RAP para cobrarse lo que habíamos pactado y, cuando ya me había bajado del coche, él también se bajó y me dio un abrazo.

Hice una rápida inspección de la zona en busca de alguna cara conocida, y más en concreto de una, pero no hallé ni rastro de Chumillas. Dado que no habíamos concretado un punto específico en el que encontrarnos dentro de la amplia extensión que ocupaba la plaza, opté por dirigirme al centro y esperar junto al Monumento a la Sinceridad que presidía el lugar. Pasaban más de veinte minutos de la hora convenida, y pensé que quizás Chumillas podía haberse marchado ya al ver que yo no aparecía, aunque también pensé que habría sido más lógico que me hubiera llamado antes. De todas formas, lo único que podía hacer era esperar, bien a que se presentara, bien a que me llamara para darme nuevas instrucciones. A mi alrededor, una pareja afroeuropea veía en su proyector la tertulia dirigida por Javichu Depy; un grupo de jóvenes intelectuales gays comentaba pasajes del último libro de Javichu Depy; una familia monoparental jugaba al «Mediapoly», y el niño con la ficha de Javichu Depy se inflaba a poner emisoras en Alcalá para desesperación de sus hermanos; y, serpenteando por entre todos ellos, el inspector del Ministerio de Diversidad y Minorías leía sus RAP y los felicitaba por ser diferentes.

Entretuve la espera contestando a la consulta diaria del Plan de

Participación Ciudadana en la Democracia, o PPCD, que ya llevaba un buen rato esperando en mi CP. La votación de aquel día proponía tres opciones como destino de una beca del Ministerio de Ciencia y Tratamiento de Basuras: la financiación de una investigación sobre las enanas rojas, que me pareció de pésimo gusto amén de sexista y racista, la restauración de unas cuevas con pintarrajos cuyo nombre no recuerdo, y la subvención de un nuevo sistema ultrarrápido para tinter el cabello incluso con mechas.

Después de eso transcurrió otra media hora, y ya me había leído más de cien veces el lema tallado bajo la estatua del dúo cantante que rezaba «Mintieron pero confesaron», cuando por fin divisé a alguien que se dirigía hacia mi posición, si bien que no en línea recta ni con continuidad en sus desplazamientos. El tipo en cuestión zigzagueaba entre los soportales que yo tenía enfrente, y cada poco tiempo se detenía y permanecía escondido detrás de una columna. Aunque en realidad ésta poco podía hacer para ocultar no sólo el volumen del sujeto sino también el abrigo, el sombrero, el fular y el maletín que portaba a pesar del calor reinante. También traía, sujetos bajo el brazo, algunos periódicos. Así pues, y tras una interminable espera en la que pude presenciar las múltiples zetas que Chumillas describía en su acercamiento, llegó por fin hasta mi posición, miró en derredor con gesto de misterio, y comenzó a hablar.

—El guerrero sin lanza se defiende con el escudo, y su enemigo lo respeta.

—¿Otro de los proverbios que aprende en esos cursos? —pregunté.

—No: es una contraseña. Responda.

—¿Y qué quiere que responda? No me dijo que habría ninguna contraseña.

—¿Y cómo sé yo que eso es cierto? De acuerdo, me fío de usted: tiene aspecto de persona morigerada y solvente, quizás más de lo primero que de lo segundo para desgracia suya. Y, lo más importante, tiene usted un asombroso parecido con el individuo a quien esta tarde cité en este mismo lugar, si bien que a una hora antepasada. Me han entretenido unos asuntos de máxima importancia, concepto este que a usted le resultará poco familiar. Pero procedamos. No le pido permiso para leer su RAP porque ya lo he hecho. Sí, lo sé: esta vida es un asco y los abusos de poder están a la orden del día. El Ministro de Seguridad Personal debería hacer algo. Se lo diré en cuanto salga del frenopático de Colmenarejo, adonde fue para inaugurar unas nuevas vallas electrificadas y terminó por quedarse una temporada, siguiendo el consejo de

su médico y la demanda de la opinión pública en general. Qué calor hace, ¿no? La próxima vez, en lugar de disfrazarme de espía, me disfrazaré de saltador con pértiga. A ver: ¿qué me cuenta?

—Tengo buenas noticias, o malas, según cómo se mire.

—Se expresa usted igual que el presidente de un banco. ¿Ha participado, quizás, en el seminario «*Zen and the art of usury*»?

—No he tenido el placer, pero en este caso mi ambigüedad es intencionada: los hechos que voy a relatarle los interpretará usted, estoy seguro, como buenas nuevas, mientras que el protagonista de las mismas no compartirá su juicio.

—Eso a mí me la bufa, como creo que ya le he dicho muchas veces —me respondió Chumillas quitándose el sombrero para abanicarse con él—. Así que sea breve y cuénteme sólo la parte que tenga que ver conmigo. He dejado a la masajista untándose el cuerpo con mermelada y no veo la hora de regresar. Sí, ya sé que la mermelada está prohibida, pero ahí está el mercado negro, sí, vale, afroeuropeo, qué tiquismiquis son ustedes los pobres.

—Intentaré resumir lo sucedido —dije, y procedí a realizar una rápida selección mental de todo lo acontecido en aquella singular jornada—. Para empezar, le diré que he conseguido rescatar a la expósita niña que había sido secuestrada. En estos momentos se encuentra descansando en mi casa, a la espera de que usted disponga lo que mejor le parezca. También he reducido, no sin riesgo para mi persona ni merma de mis escasas riquezas, al compinche del individuo a quien usted quería capturar. Y, por último, debo comunicarle que el sujeto que constituía el principal objetivo de la misión que me encargó, esto es, el doctor Jiménez-Pata, ha fallecido hoy en su domicilio sin haber recibido los sacramentos ni ningún golpe que pudiera haber provocado el fatal desenlace. Así pues, como se dice ahora, ha pasado de pantalla. O, como se decía antes, ya no se encuentra entre nosotros.

—Eso es obvio —replicó Chumillas haciendo unos pases de manos por el espacio que nos separaba, como lo habría hecho un prestidigitador—. Y lo otro que me ha contado, también. Mire, pollo: no tengo tiempo que perder, puesto que si bien es cierto que la masajista tardará un rato en embadurnar todas las superficies de su cuerpo, en especial algunas de ellas, no lo es menos que, puestos a elegir, prefiero entretener la espera probándome su ropa interior, pongo por ejemplo, antes que debatiendo con usted sobre asuntos que

ya conozco.

—¿Ya sabía todo esto? No es posible. Al final va a ser verdad que me han estado siguiendo todo el día...

—Yo no necesito seguir a nadie, salvo a la llamada del deber, que por otra parte no he escuchado jamás. Nuestro sistema de protección ciudadano, amén de ayudarnos a separar a los garbanzos blancos de los negros, sí, vale, los garbanzos afroeuropeos, bueno, bien, ya lo sé, los garbanzos también están prohibidos, pues digamos que además de conseguir que los indeseables no se mezclen con los deseables, y sobre todo con las deseables, también nos permite espiar los movimientos y acciones de todo bicho viviente. Sí, ya sé que eso es ilegal, pero también lo son los garbanzos y no le cuento los cocidos con oreja que se preparan en la clandestinidad. Así que, mediante el mencionado sistema de protección ciudadano, combinado con un selectivo programa de sobornos, he estado puntualmente informado de sus pasos sin necesidad de abandonar para ello el gimnasio, no porque yo acostumbre a cultivar mi cuerpo, sino porque me encanta ver mujeres desnudas ejercitándose en las barras asimétricas.

—En ese caso, poco más tengo que añadir —reconocí—: el asunto está resuelto. Aunque, en el transcurso de la resolución, el brillante doctor ha muerto. Se suicidó en la cocina de su piso. Era un gran hombre, siempre caen los mejores, y todo eso.

—Pero, ¿qué dice? —se sofocó Chumillas—. Jamás escuché tantas falsedades en tan pocas palabras, salvo en la ceremonia de mi boda. ¿Qué es eso de que siempre caen los mejores? Conozco a muchos cretinos que no sé si han pasado a mejor vida pero al menos han abandonado esta, para regocijo de los que nos hemos quedado. Por otra parte, el doctor Jiménez-Pata jamás ha sido brillante. Y para terminar, mis informadores me han comunicado cuando venía hacia aquí que, siguiendo sus pasos de usted, llegaron al piso clandestino hace sólo unos minutos y no han encontrado ningún cadáver, lo cual me lleva a deducir que o bien Jiménez-Pata no está muerto o bien las pompas fúnebres han actuado con inusitada eficacia. Me inclino más por lo primero que por lo segundo, así que ya puede usted dejar de referirse al ex difunto en términos laudatorios.

La noticia, huelga decirlo, me sorprendió sobremanera.

—Tal vez alguien, y guiado por oscuros intereses, se haya llevado el

cadáver —me resistí.

—Mis informadores no vieron a nadie sospechoso. Desde que usted salió, la única persona que ha entrado en el edificio ha sido el repartidor del butano.

No pasé por alto esta referencia, pero me abstuve de comentarla hasta descubrir si podía aportarme algún beneficio.

—Entonces, ¿quiere eso decir que el felón galeno me ha engañado?

—No: quiere decir que ya empiezo a cansarme de que usted intente engañarme a mí. Ayer me dijo que no conocía de nada al doctor patán, pero resulta que esta misma mañana se reúne usted con el compinche de éste en plena Gran Vía y mantiene con él una estúpida conversación, según me contó el menesteroso que se encontraba con ustedes y a quien acabo de nombrar director comercial del Happiness Bank como premio a sus servicios. Poco después se las apaña para desaparecer del mapa, puesto que las piruletas dejan de recoger señales de su adeene durante varias horas de esta tarde. Y cuando vuelve al mundo civilizado se dirige al piso que servía al mefistofélico doctor como centro de operaciones, y allí se reúne con él. ¿No le parece que ya va siendo hora de poner las cartas sobre la mesa, de quitarse la careta, de cantar como el gallo, de mostrar los ases en la manga, de...?

—Visto así —admití, en parte para aclarar las cosas, y en parte para atajar aquella nueva retahíla de metáforas gastadas—, reconozco que mi comportamiento puede resultar sospechoso, pero le aseguro que nada de eso estaba premeditado. El repelente doctor llegó por sorpresa.

—¿Y al verle a usted decidió suicidarse? Bueno, eso no me resulta tan increíble, la verdad, pero mis superiores tendrán otros criterios. En fin, ya le conté que dentro de nuestra elevada posición también contamos con personas de pocos escrúpulos, de hecho contamos con muchísimas, y creo que también le dije que esas personas preferían manejar este asunto de una manera menos amable, casi diría que rayana en lo inmoral y en lo delictivo si no fuera porque nosotros no respondemos ni ante Dios ni ante los hombres. En este caso yo había pensado que no sería necesario el uso de la violencia, ni siquiera del dinero, puesto que mis informes aseguraban que era usted una persona íntegra, temerosa de la ley, y, por lo tanto, engañadiza. El ala dura de nuestro contubernio me concedió veinticuatro horas de gracia para intentar solucionar esto por las buenas, pero creo que subestimé su maldad o su estupidez, y que conste que me inclino por esto último. Quiero que vea una cosa.

Sin darme tiempo a replicar, Chumillas encendió su comunicador personal, que ese día llevaba en un gemelo, y lo enfocó hacia nuestra derecha. La cortina de luz que iluminó el aire me mostró, para mi anonadamiento, el rostro de mi muy querida y atolondrada hija, la cual, al punto, comenzó a dirigirse a la cámara con una soltura digna de una profesional del medio.

—Es una grabación —me advirtió Chumillas—, así que no haga el imbécil intentando dialogar.

Tras el primer plano de la cara de mi pequeña se veía, difusa y desenfocada, lo que parecía ser la figura de un individuo con una guitarra al cuello. Esto fue lo que escuché, sin salir todavía de mi asombro.

—Jo, papi, estoy superbién, aquí todo es superbueno, me encuentro superrelajada, y Johnny me quiero taco mogollón mazo pila gavilla rimero cúmulo. Bueno, supercúmulo. Es que, jo, papi, superpapi, tú no me entiendes, nadie me entiende, sólo me entiende Johnny, que es total, es súper, y sabe que yo soy especial, o sea, sabes, especial, o sea, diferente, sabes, otra cosa, no soy supernormal, como todo el mundo.

—Tía, no sé que me pasa contigo que estoy superbién —se escuchó decir a la figura del fondo.

—Míralo, jo, ¿a que es mono? Y es superinteligente, porque ha descubierto que el problema del mundo es que los carrozas, como tú, o sea, papi, sois supercarrozas, ¿entiendes?, nunca habéis sido jóvenes, no como nosotros, que somos superjóvenes y superguays, y sabemos cómo arreglar todos los problemas que tenemos por culpa de vuestra carrocería. El único canica que se salva es un amigo de Johnny, que se llama Chumillas y que es superenrollado. Jo, papi, si tú fueras como él... Pues todo esto me lo ha enseñado Johnny. Seguro que tú te creías que era tonto, o algo así, pues ya ves que no, que piensa, y que es superguay, y además me escucha y me entiende, jo. Y yo, con él, también me siento supertotal, o sea, y es que ya no soy una niña, jo, papi, ya soy mayor, y quiero que el gobierno me dé una casa, y tú podrías darme dinero siempre, y así yo podría hacer algo, no sé, algo superchulo, y entonces todos me entenderían y reconocerían lo que valgo, pero que fuera algo que me dejara salir pronto y librar por las tardes, y los martes todo el día, y algún jueves para ir de compras, porque yo valgo mucho, pero nadie me entiende, bueno, nadie menos Johnny.

—Juachi lénder michuléi, an guande filis morris... —se oía ahora de

fondo, bajo el aporreo implacable de una guitarra.

—¿Lo ves? ¡Si hasta habla inglés sin microtraductor! Es lo más. Algún día se hará superfamoso y todos me envidiarán porque, o sea, yo he sido la única que ha visto su talento, y entonces él le dirá a todo el mundo que yo soy superespecial, y, jo, harán una película con mi vida y siempre seré superguay y nunca seré como vosotros los carrozas, o sea, y le diré a la gente cosas superinteresantes y me admirarán, y llevaré siempre las uñas pintadas de negro, sabes, será como un símbolo. Jo.

De todo lo escuchado, esto último era casi lo único que me sonaba nuevo, y no del todo desagradable, puesto que llegado el caso yo me convertiría en el padre de la persona que descubrió el talento de Johnny, lo cual también me haría superespecial. Pero aparté enseguida esa posibilidad de mi cabeza en cuanto, al cesar el discurso de mi niñita, pude escuchar con más nitidez el desgarrador sonido, y digo esto sin ningún sentido metafórico, de la voz del tal Johnny.

—Quiero que sepáis que nunca me arrepentiré de esto —continuó mi hija—, nunca jamás, supernunca, y que estoy superbién y todo eso, jo. Os echo de menos a ti y a mami, y también a la blusa blanca que me regaló Flavia Augusta y que con las prisas me la olvidé. Jo, qué palo. Si puedes, *please* mándamela por Chumi, que es supergenial, o sea. Un *kiss*, papi.

El gemelo-proyector se apagó y Chumillas, o sea, Chumi, optó por permanecer callado unos minutos, sin duda para dejarme reflexionar sobre lo que había visto, y para permitirme imaginar los múltiples y aterradores desenlaces a los que esta recién descubierta situación podría conducir. Cuando consideró que yo ya habría conjeturado lo suficiente como para aceptar cualquier condición que quisiera ponerme, volvió a hablar.

—No se asuste —dijo, a buenas horas, porque ya estaba yo pálido—, pero tampoco se fie del aspecto vegetal que tiene Johnny: puede ser un torturador implacable. Sin ir más lejos, ya ha visto usted cómo toca la guitarra. Espero que esta pequeña demostración lo convenza de que toda resistencia es inútil: siempre consigo lo que me propongo. Muchos de mis colegas me han acusado de emplear las más rastreras artimañas, de sobornar y mentir. Lo niego, por supuesto, pero aunque así fuera, ¿quién no se ha visto en la tesitura de tener que esperar en la antesala de un noble despacho, teniendo por toda compañía la extremidad de un cerdo camuflada en un maletín? ¿Es eso

indigno? Quizás, pero es necesario. Todo esto, sin embargo, terminará en cuanto usted nos entregue al vil doctor. Claro, que si después de eso su hija quiere seguir con Johnny, ahí ya no puedo hacer nada. Pero al menos le prometo que Johnny dejará de fingir que le interesan las chorradas que dice su niña, y también dejará de tocar la guitarra para desesperación de ella y algaraza de los vecinos.

—Por favor —balbuceé—, no meta a mi pequeña en este jaleo. Le ruego que la deje libre, y a cambio le prometo que haré lo que sea. Aunque, a fuer de ser sincero, no sé qué más puedo hacer. Creo que ya he demostrado de sobra mi buena intención: por tal de ayudarle he perdido mi trabajo, he localizado al compinche del doctor miserable, he recuperado a la niña secuestrada... ¿Qué me dice de eso?

—No le digo nada. ¿Debería?

—Los tengo en mi casa porque creí que usted los querría. Algo habrá que hacer con ellos.

—Póngales un estanco. Siguiendo pregunta.

—¡Pero yo no sé dónde está Jiménez-Pata! —me desesperé—. Ya le he dicho que lo dejé muerto en la cocina. Por favor —volví a implorarle con la voz rota—, deje a mi hija en paz. Dígale a Johnny que la lleve a casa.

Chumillas consultó el reloj.

—Huy, qué tarde se está haciendo. La masajista debe de estar ya untándose los tobillos. Caballero, no me cuente más milongas. Si hoy ha sido capaz de localizar al repulsivo doctor, no dudo de que mañana podrá volver a hacerlo. Pero no le voy a dar otra vez todo el día, porque tengo otras cosas que hacer. Venga a las tres al Hotel California, en la Gran Vía, y traiga a Jiménez-Pata con usted. Yo estaré allí para la rueda de prensa de Natalia Nodd, y para ver si me la puedo llevar a alguna habitación en un descanso.

Y, sin más, se dio la vuelta y comenzó a caminar, aunque se detuvo cuando no se había alejado más de cinco pasos, y se dio una palmada en la cabeza.

—¡Qué daño! —dijo, y después regresó a donde yo estaba—. Me olvidaba. Por si fuera usted uno de esos padres sin entrañas que piensan que a los treinta y cinco los hijos ya deberían saber vivir por su cuenta, y estuviera considerando abandonar a su pequeña a su suerte, le dejó también estos periódicos como elemento complementario de presión. Acabo de pasar por las respectivas redacciones a recogerlos. Como las noticias ya estaban casi

hechas, hoy los han terminado pronto. Mire, aún están calentitos, aunque eso quizás se deba a la presión de mi axila.

Dicho y hecho, me tendió los dos periódicos que había sostenido bajo el brazo durante toda nuestra conversación. Eran, claro está, La Verdad y El Auténtico, marcas registradas de N'Joy Corporation y Eternal Life Inc. respectivamente, y un rápido vistazo a sus primeras páginas me produjo una nueva y doble conmoción: primero, porque la fecha de la cabecera correspondía en efecto al día siguiente, y segundo, porque ambas portadas incluían una enorme foto del intruso que había irrumpido en el piso del abyecto doctor para proceder a golpearse todos los poros de su cuerpo.

En dicha fotografía, que a mí, claro está, me resultó familiar, se mostraba al individuo tendido en el suelo, con la cara magullada y sangrienta, y con unas manos anónimas aferradas a su garganta.

Esto es lo que leí en La Verdad.

#### LA LIBERTAD MUNDIAL AMENAZADA

*Desaparece misteriosamente el periodista, y por lo tanto paladín de la Humanidad, Apolonio Paja*

Madrid, por supuesto, a tantos de tantos. Por Mesalina Spin (recuerden mi nombre)

Hoy el mundo está un poco más cerca del Apocalipsis después de que esta mañana nos hayamos despertado con la espeluznante noticia de la desaparición de Apolonio Paja, becario de este periódico y simultáneamente de muchos otros. Las despreciables ratas que han cometido tal atrocidad nos han remitido la instantánea que acompaña a este artículo, como prueba de su determinación. Siempre es reprobable que un ser humano desaparezca, si bien en muchos casos es comprensible e incluso justificable. Pero atentar contra un periodista es como atentar contra la especie humana en su conjunto, y no sería descabellado que algún grupo de ciudadanos, a quienes desde aquí animamos a manifestarse en plazas y bulevares a las seis de la tarde portando como distintivo una hoja de lechuga, exigiera que los posibles culpables respondieran ante la justicia por un delito de genocidio. La profesión periodística está indefensa, y así ha permanecido durante siglos, o más bien milenios debería decir, sin que

nadie se haya preocupado de solucionar tamaña injusticia. Defendemos la libertad, propagamos la información sin apenas parcialidad, luchamos por conseguir un mundo mejor, y lo único que conseguimos a cambio es un sueldo, un sueldazo en ocasiones, un protagonismo vedado a las demás profesiones, absoluta inmunidad pública, acceso a los partidos de fútbol, y algunas prebendas más que no merece la pena ni mencionar. Por eso, reclamo, o mejor dicho, exijo desde aquí a nuestras autoridades que escuchen el clamor popular que ya se escucha en las calles y bla, bla, bla...

La primera página de La Verdad se completaba con una entradilla de tres líneas sobre la destrucción de Beluchistán por un terremoto, y con un robapáginas casi invisible que informaba acerca del descubrimiento de una vacuna contra el tifus africano. En una esquina, se mencionaba: «El país marcha viento en popa».

Por su parte, esto era lo que declaraba El Auténtico.

#### EL PLANETA EN PELIGRO

Un periodista es agredido por uno o varios criminales con pocos o ningún escrúpulo.

Madrid, como siempre, a tantos de tantos. Por Nerón Sopa (acuérdense de mí).

*Ayer la Humanidad vivió uno de esos episodios que nos hacen ser conscientes de la fragilidad de la sociedad que habitamos. Porque ayer un periodista, un defensor de la palabra, un guardián de la libertad de expresión, un paladín de la nobleza profesional, ayer, decimos, un periodista fue agredido. Todavía no se ha podido identificar al malvado que maquinó y consumó tal felonía, de lo que es culpable por supuesto el gobierno y, por efecto dominó, nuestras fuerzas de seguridad, que en lugar de dedicar cuantos recursos sean necesarios al esclarecimiento de este repulsivo crimen dispersan sus efectivos en asuntos de importancia menor como asesinatos y estafas. ¡Asesinatos y estafas! ¿Qué importa un ciudadano más o un ciudadano menos cuando lo que está comprometida es la libertad del ser humano, personalizada en este caso por un humilde periodista que decidió dedicar su existencia a esta bendita profesión, a este*

*sacerdocio que obliga a renunciar a cualquier reconocimiento personal para mayor gloria de la libertad y la democracia? Exhortamos desde aquí a todos los ciudadanos de bien a exigir a las autoridades una actitud más diligente, y a que expresen su compromiso con esta causa mediante la exhibición de un lazo a rayas verdes y naranjas prendido a sus solapas y bla, bla, bla...*

También en este caso se dedicaban unos centímetros de papel al terremoto sucedido «en algún lugar de África», y al descubrimiento científico. Completaba la primera plana un escueto comentario en negrita: «El país, abocado al caos y la bancarrota».

—¡Pero todo esto es mentira! —exclamé, con una ingenuidad que a mí mismo me avergonzó en cuanto terminé de pronunciar esas palabras.

—¿Y quién lo va a probar? —preguntó Chumillas al aire—. ¿Un parado con antecedentes? O, mejor: ¿cómo lo va a probar? ¿Quizás se va a subir a una caja de frutas para vocear la noticia por su CID? ¿O va a pegar octavillas por las farolas, lo cual, por cierto, le recuerdo que está penado con seis años de cárcel por alteración del orden estético?

—Yo no tengo antecedentes —puntalicé, y reconozco que lo hice con cierto retintín de niño repelente.

—Mañana todo el mundo habrá leído estos periódicos, o escuchado la radio, o visto la televisión. Nosotros, como ya habrá podido imaginar, tenemos la fotografía completa, en la que aparece el propietario de las manos que intentan estrangular al pobre becario, mirando con cara de imbécil hacia la cámara.

—¡Esto es surrealista! —protesté—. ¿Enviaron a ese pobre meritorio a que se propinara a sí mismo una paliza sólo para comprometerme?

—No exactamente. Nuestro objetivo era otro. El proceso de localización del piso desde el que operaba el doctor sabandija fue lento, puesto que no dependía de la tecnología sino del factor humano, que siempre requiere más tiempo y sobre todo más dinero. Pedimos a los ejecutivos de ventas de Homes 'R Us, marca registrada de Eternal Life Inc., que nos dieran los RAP de todas las personas que hubieran alquilado un piso en cualquier CID no protegido, a pesar de que quienes alquilan viviendas en dichos CID no suelen querer facilitar sus RAP por problemas de conciencia. Para asegurarnos la

cooperación de los comerciales les dijimos que se trataba de un peligroso delincuente, a lo que ellos contestaron que sí, que qué peligro, que huy qué miedo, y cosas por el estilo. Así que cambiamos de estrategia y ofrecimos un despacho con paredes y ventana a aquel que nos localizara el piso alquilado al doctor cerumen. Media hora después, teníamos más de cincuenta ejecutivos ofreciéndonos información, algunos de los cuales habían llegado incluso a disfrazar y sobornar a algunos pordioseros para que se hicieran pasar por médicos delincuentes. Localizamos la dirección y nos presentamos allí, pero encontramos el piso vacío. Mantuvimos la vigilancia hasta que, esta misma tarde, uno de nuestros informadores nos comunicó que el grimoso galeno había vuelto, así que enviamos al pobre Apolonio a montar el numerito, prometiéndole que a cambio lo haríamos fijo. Por desgracia, y aunque le habíamos enseñado una fotografía del ominoso doctor, debió de ponerse nervioso en el momento cumbre y se confundió de objetivo. En fin, es un becario: tampoco puede usted pedirle peras al olmo.

—Pero ahora soy yo el que sale en la foto —reflexioné, y empecé a comprender la magnitud de la calamidad que se me venía encima—. ¡Estoy perdido! La gente exigirá la cabeza de los culpables, y es mi cara la que verán en la fotografía completa. Cuando salga a la luz, habrá peregrinaciones desde los pueblos con sogas, y mi familia será objeto de escarnio en las verbenas de los barrios. Otra vez las patadas de los niños...

—Eso depende de usted —me contestó Chumillas indiferente—. Podemos trucar la foto, ¿ve?, ya hemos hecho una prueba —y me mostró una imagen en la que, en efecto, se podía ver la escena completa, con el pobre becario en el suelo hecho un pingajo, pero en lugar de ser yo quien lo agarraba por el cuello era el doctor Jiménez-Pata quien lo asía, si bien que con no más de diez años, gesto angelical y vestido de marinero—. Bueno, sólo hemos podido conseguir una imagen de cuando hizo la primera comunión, pero en eso la gente ni se fija. Esta es la fotografía que publicaremos pasado mañana, si para entonces usted, claro está, nos ha entregado al doctor gargajo.

—Pero ya le he dicho que yo no sé dónde encontrarlo... —volví a lamentarme.

—En ese caso, y como usted muy bien ha previsto, tendremos que entregarle un culpable a la plebe, y usted es nuestro mejor candidato. Eso por no mencionar que no tendríamos que trucar la foto, con el consiguiente ahorro

en horas de personal. Ahora sí, me despido. Le espero mañana a las tres en el Hotel California. Y no me traiga sucedáneos: queremos al doctor maligno, y no a ningún familiar o conocido. Todo está en sus manos.

Me quedé plantado en medio de la plaza, contemplando a Chumillas como quien contempla su casa incendiándose, quizás por culpa de un rayo, mientras el resto del vecindario resulta indemne. Porque, en efecto, cuando el niño que jugaba al Mediapoly celebró con un grito no tanto su victoria como la quiebra absoluta de sus padres y hermanos, y a consecuencia de ello salí yo de mi estado catatónico, me invadió la incómoda sensación de que todo seguía igual, de que sólo yo veía amenazada mi familia, mi trabajo, y mi futuro, mientras el resto de la humanidad veía la tele, humillaba a sus semejantes, o les restregaba su último triunfo profesional. Y sumido en ese extraño estado de excepción, sabiéndome elegido del destino para una misión que cada vez se complicaba más y al mismo tiempo ofrecía menos recompensa salvo la de que nada siguiera empeorando, fue en ese estado, digo, en el que me hice la crucial pregunta, que no fue por qué, ni quién, ni dónde, ni qué, aunque sí fugazmente cuánto al considerar la posibilidad de regresar a mi casa en taxi. Pero la pregunta que de verdad contaba, la pregunta importante, la madre de todas las preguntas, era en realidad: ¿cómo?

# CAPÍTULO 1111

—Soy Publio Trajano Puig, su asesor bancario de hoy.

Estaba yo saliendo de la Plaza de los Milli Vanilli, y casi enfilaba ya la calle Locutor Robisco, cuando había notado la incómoda descarga de mi comunicador personal. Lo había encendido sin pensarlo, deseando que fuera una llamada de Chumillas para relevarme del caso, pero en su lugar me encontré con la estampa engolada de un tipo con una calculadora.

—¿Qué quiere? —le pregunté, algo molesto por lo inoportuno del momento.

—Un pajarito nos ha dicho que ha perdido usted su empleo, lo cual nos ha llenado de preocupación y desasosiego.

La oscuridad de la noche comenzaba a caer con amenazadora rapidez, y aunque el fresquete del ocaso y la brisa que se había levantado hacían más llevadero el paseo, me detuve en la esquina de Rumberos con Columnista Luengo para ver de parar un taxi. Ni mis piernas ni mi cabeza soportaban un esfuerzo más.

—Escuche, señor Puig —contesté con toda la firmeza que pude reunir—: ni se imagina el día que he tenido, y el que me espera mañana.

—Si quiere le cuento yo también mis penas. Pero en lugar de eso le diré dos cosas, señor Kant: la primera es que el banco no está preocupado por usted, sino por sí mismo, puesto que prevé con pavor el advenimiento de impagos; la segunda es que veo que el señorito ha decidido que el metro o el patinete ya no están a su altura, y ahora se desplaza continuamente en taxi. Y pagando unas tarifas absolutamente abusivas, si se me permite la observación, lo cual lo convertirá pronto en impecune.

—¿Están espiando mis transacciones? —pregunté, y al mismo tiempo bajé

el brazo y me puse otra vez a caminar como si el tal Puig pudiera verme, y en cierto modo parecía que así era.

—No se llama espionaje: se llama prevención de riesgos. Pero como usted es un ser marginal y sin ingresos mensuales se pone a la defensiva. —Tosió, satisfecho con su exposición, y añadió—: Además le comunico que, debido al escaso interés que en estos momentos presenta usted para nosotros, mi jefe de sección me ha ordenado que deje de hacerle favores, y que reabra la línea de crédito de su hija de usted. Cosa que ya he hecho antes de llamarle para evitar que pudiera usted enternecerme y apartarme del sagrado cumplimiento de mi profesión.

La agitación que me estaban produciendo la caminata y la sorna de Puig comenzaban ya a desquiciarme. Necesitaba descansar.

—Escuche, Puig...

—Señor Puig.

—Escuche, señor Puig, ahora tengo otros problemas —le advertí—, pero le aseguro que esto no quedará así.

—Ja, ja —me respondió, y no fue una risa sino una onomatopeya burlesca—. Y eso lo dice un desempleado, un hombre sin nómina, un vago *full-time*, un profesional de la haraganería...

Fue suficiente. Colgué el CP, respiré hondo, y me detuve un instante para volver a orientarme, pues la indignación me había llevado a caminar sin dirección concreta y ya me había pasado el cruce con la Avenida del Pacifista Smith.

—Era una pregunta retórica —musité para mis adentros mientras desandaba el camino, aunque en realidad me dirigía a una eventual divinidad que pudiera haber leído mis pensamientos cuando, unos minutos antes, yo me había preguntado: ¿qué más puede pasarme?

Tras una breve pausa para tranquilizarme un poco con la brisa nocturna, me guardé las portadas que me había dado Chumillas, tiré el resto de los periódicos en una papelería, y reemprendí el camino a casa. Para demostrarle a Puig quién era yo, había decidido sacrificar las plantas de mis pies en un lento y fatigoso paseo hasta mi domicilio. Probablemente Puig estaría ya en el suyo bebiéndose una Cokepepsi, marca registrada de N'Joy Corporation, viendo una película o jugando con sus hijos a «Quién gana más», la versión familiar del conocido programa de televisión, pero yo estaba convencido de que algún

campo cuántico desconocido le haría saber de mi pedestre inmolación, de modo que, tras la caminata, mi espíritu sería más noble, la conciencia de Puig más negra, y yo obtendría algún tipo de recompensa divina por mi entereza y recto obrar.

Con ese estúpido convencimiento y los juanetes como espoletas de un misil, llegué casi una hora después al portal de mi casa, donde me quedé apoyado un instante contra la fachada del edificio para tomar aire antes de atravesar el umbral y someterme a la auditoría de la señora Domitila. Cuando me encontré con fuerzas para caminar erguido y sin cojear los no más de veinte pasos que me separaban del ascensor, y evitar así indiscretas preguntas, me decidí a entrar. Pero, para mi sorpresa, la portera no se mostró ni en cuerpo ni en espíritu, como hacía algunas veces cuando se encontraba en plena fritanga y gritaba a los visitantes desde su cocina. En general, el zaguán se encontraba sumido en la calma más profunda, lo que, como todos sabemos por el cine, sólo puede ser señal de que o bien uno está viendo una película europea sobre zaguanes, o bien un asesino en serie se encuentra agazapado detrás de la puerta con un cuchillo del tamaño de Andorra. Como quiera que en las películas nunca pasa nada si el protagonista no mira hacia atrás, opté por seguir ese comportamiento y caminar hacia el ascensor como si nada me preocupara. Incluso me permití canturrear para quitarle hierro al asunto, y también para ver si finalmente la portera hacía acto de presencia, pues la situación comenzaba a inquietarme. Pero cuando no llevaba ni dos estribillos, escuché de pronto a mi espalda:

—¿No es ese el último éxito de los Spacing Out Pepinillos?

—Marca registrada de... —y no tuve tiempo de terminar la frase.

Siempre había deducido de lo que nos muestran las películas que, cuando un tipo recibe un contundente golpe en el cráneo, la pérdida de consciencia es inmediata. Error: en realidad pasan unos segundos entre una cosa y otra. Y qué segundos. Quizás ni siquiera sean unos segundos, pero puedo afirmar que el desmayo no es instantáneo porque jamás en mi vida había sentido yo un dolor tan intenso ni tan desagradable, comparable al efecto combinado de un berbiquí penetrando en el cerebro con el del pisotón de unos crampones sobre un uñero. Después de eso, la lipotimia se recibe como un ascenso a director general, y uno se pasa en ese limbo minutos, o quizás horas, y supongo que podría pasarse días, sin sufrir ningún dolor ni sentir preocupación alguna,

instalado en un viscoso mundo flotante en el que no hay berbiqués ni crampones ni uñeros y, si los hubiere, habría médicos que serían capaces de curarlos, porque bien mirado tampoco es tanto pedir.

Pues a pesar de todas esas bondades, y de otras muchas que no entro a describir por mor del ritmo narrativo, el subconsciente rechaza en cuanto puede la responsabilidad de hacerse cargo del cuerpo, y se obstina en devolverle el control al consciente, el cual, para vengarse de no sé sabe quién, lo primero que hace es cargarse el mundo amniótico y restablecer las conexiones que transportan el dolor insoportable del golpe y, movido por razones insondables, lo adereza con una cefalea elefantiásica. Por otra parte, con esto el consciente sólo consigue volver a desaparecer de inmediato en cuanto alguien, como ocurrió en mi caso, menea un poco la cabeza del herido.

—¡Despierte! —escuché decir a la señora Domitila mientras me agitaba como si fuera un tetrabrik—. ¡No sea vago! ¡Vamos, cobarde!

Y el zarandeo, que despertó al berbiquí, a los crampones y al uñero, me devolvió por efecto rebote a la placidez acolchada del sueño, de la que no salí hasta pasado un buen rato, o eso me pareció a mí, aunque no debió de ser tanto porque la portera seguía a mi lado cuando volví a despertarme.

—No me pegue más —dije en primer lugar, seguramente como consecuencia de un acto reflejo pues no soy de natural pusilánime, y después añadí—: ¿Qué ha pasado?

—Eso querría saber yo —me respondió la portera—. Creía que todo esto era obra suya.

Me incorporé como pude, sin ayuda de la señora Domitila que después de su respuesta me había dado la espalda haciéndose la digna, y contemplé un lugar que me era por completo desconocido: un recinto diáfano, grande, de unos cuarenta metros cuadrados y sin ventanas, iluminado tan sólo por una bombilla que pendía de unos cables en el techo, y con diversos utensilios desparramados por aquí y por allá: un cubo y una fregona, una sillas de *camping*, una escalera, y otros trastos metidos en cajas recubiertas de mugre. Vi que compartían estancia conmigo, además de la señora Domitila, la bella Berenice y el orate Paco, amén de un tipo membrudo a quien no reconocí y que permanecía sentado en una de las sillas de *camping* junto a la única puerta que había en el cuarto. El forastero mataba el rato haciendo girar el tambor de un revólver como si éste fuera un instrumento de percusión, y es que, bien

pensado, eso era lo que era, valga la iteración, aunque de otro tipo de percusión, valga la rima.

—¿Quién es usted? —le pregunté todavía atolondrado—. ¿Adónde nos ha traído? ¿Qué quiere de nosotros?

—Yo nada —respondió sin levantar la vista de su entretenimiento—. No se ponga nervioso y espere como los demás.

—¿Esperar? —insistí—. ¿A qué?

—No lo sé. Ya me avisarán cuando pueda dejarlos marchar.

—Escuche: creo que esto es un malentendido. Acabo de hablar con Chumillas, así que si usted trabaja para él...

—¿Chulillas? —preguntó el matón levantando el labio superior para expresar repugnancia—. No sé quién es ese pollo, así que cállese de una vez y estése quieto.

Mientras mantenía esta improductiva conversación con el forzado, Berenice, la mirífica Berenice, se aproximó hasta donde yo estaba. Conmovida sin duda por el dolor que mi gesto noble dejaba traslucir, se acuclilló junto a mí y me acarició la cabeza con dulzura. Yo, conocedor de lo que las mujeres esperan de un hombre maduro y experimentado en situaciones de apuro, puse los ojos en blanco y me acurruqué contra sus pechos, firmes y sin embargo acogedores, a fe mía.

—¿Va usted a hacer algo, o nos vamos a quedar aquí toda la noche? —intervino, oportuna como siempre, la señora Domitila.

—¿Toda la noche? —me sorprendí—. ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? Y, por cierto, ¿qué lugar es este?

—Es el cuarto de contadores de nuestro edificio —me informó la portera—, que yo uso también como cuarto trastero. Y lleva usted roncando media hora pelada. Más que suficiente para recuperarse del coscorrón.

—Pobre... —contrarrestó Berenice—. Tiene un chichón enorme. Será mejor que descanse un poco. Ya nos salvará después, ¿a qué sí? —preguntó ilusionada, y yo, claro está, acepté su confianza y la aproveché para retornar al confort de sus ondulaciones.

—Tenemos que salir de aquí como sea —terció entonces Paco, que también se había acercado al rincón en el que ahora ya estábamos todos menos el sicario—. Está claro que ese tipo trabaja para los mismos que perseguían al doctor, y seguro que ahora querrán deshacerse de nosotros.

—Por cierto —dije, empezando ya a recuperar por completo el sentido, y reparando de pronto en que la señora Domitila no había sido parte activa de la trama hasta ese momento—, ¿cómo se ha metido usted en este jaleo?

—Aquí el dúo dinámico se presentó esta tarde pretendiendo acceder a su casa. A mí me da igual quién entre en su casa, mientras yo lo sepa y pueda cotillear después, pero las instalaciones comunitarias son mías, figuradamente, aunque también a veces en sentido literal, y no voy a dejar pasar al primero que aparezca.

—Tiene usted una portera —puntualizó Berenice— que me río yo de Buona Roti, el felino cancerbero de la Juventus.

—Sí, algo he oído al respecto.

—¿Sobre su portera o sobre Buona Roti?

—Sobre ambos —respondí, algo escamado ya por las frecuentes referencias al fútbol italiano.

—Pues sospechando yo que podrían ser drogadictos o libre-pensadores —prosiguió la señora Domitila haciendo caso omiso de mi intervención—, y en el ejercicio de mis responsabilidades como portera de finca urbana, llamé a la policía para que acudieran sin demora. Lamentablemente, parece ser que había muchos coches mal aparcados en Cuzco y tuvieron que detenerse a multarlos. En el ínterin, se presentó este fulano y, a punta de pistola, nos metió a todos en este cuarto sin darnos más explicaciones.

—¡Eh, los del fondo! —nos gritó de repente nuestro guardián—. No conspiren. Y usted —añadió, dirigiéndose a mí—, no sea quejica: le he dado tan flojo que hasta un canario habría aguantado el golpe, e incluso se habría revuelto.

—¡Eso! —jaleó la señora Domitila—. Haga algo y deje de sobar a la niña.

Berenice me miró intentando compartir mi indignación. Y digo intentando porque yo no tenía la menor intención de indignarme con lo bien que estaba entre aquellas dos protuberancias, sobre todo después de los agotadores sucesos de las últimas horas. Pero aquella mirada de devoción que dejaba entrever la promesa de recompensas todavía mayores si no la defraudaba, me empujó a tomar las riendas de la situación sin pararme a considerar, pobre de mí, las consecuencias que ello podría acarrear.

—Espérenme aquí —le dije al trío calavera.

Y con la misma me puse en pie, me sujeté la cabeza, que parecía una

cofradía en pleno Viernes Santo, y me dirigí hacia la puerta para intentar negociar con nuestro vigilante. Cuando llegué junto a él, me miró sin levantar la cabeza y siguió jugueteando con la pistola.

—¿Qué le pasa ahora? —me preguntó con desgana—. A ver si voy a tener que sacudirle otra vez...

—No se lo aconsejo —le dije yo—. Por esta vez estoy dispuesto a olvidar lo sucedido, y no azuzaré a la miriada de abogados que tengo a mi servicio para que lo demanden a usted hasta que se le caiga el pelo de las cejas, que, por cierto, es el único que posee. Le diré además, por si no lo sabe, aunque lo dudo porque la portera habla a gritos, que la policía ya fue avisada hace un buen rato y se presentará en cualquier momento. Todavía está a tiempo de dejarnos marchar y rehabilitarse en un buen centro para cocainómanos.

—Pero qué tío más pesado —fue lo que obtuve por respuesta—. Váyase al rincón o le meto otro cachiporrazo.

—¡En menudas manos estamos! —se quejó la portera desde el fondo sur.

—¡Sálvanos, Spielberg! —me suplicó Berenice.

—¿Y quién es ese? —interrumpió de nuevo la señora Domitila.

—¡Cállense todos! —bramó el matón, levantándose de la silla y blandiendo su revólver.

—¡Dios mío, va a matarnos! —tartamudeó Paco, y acto seguido cayó de rodillas—. Señor, Tú sabes que en realidad yo no me tomaba en serio eso de la antiglobalización, y lo de quemar contenedores, en realidad...

—Como no se callen le pego otro culatazo al charlatán.

—¡Eso, sacúdale otra vez al cobarde ese!

—... aunque no olvidemos que a Jesucristo lo crucificaron los romanos, que también eran unos globalizadores...

—¡Haz algo, Spielberg!

—¡Silencio todo el mundo!

—... pero nada más lejos de mi intención que incendiar iglesias...

—¡Dele ya! ¿O es que usted también es un gallina? Menudo matón de habas...

—¡Ya basta!

Y fue entonces, con todos los elementos alineados en mi contra, cuando salió de repente mi otro yo; un yo al que hasta entonces jamás había conocido,

un yo que nunca me había resuelto ningún problema ni me había sacado de situaciones comprometidas: ese yo que todos tenemos dentro, pero que sólo sale cuando quiere, o cuando el dolor de cabeza se hace insoportable. Sea como fuere, aquel yo bravucón e inconsciente, y un poco harto de tanto griterío, compuso una mueca asesina y adelantó mi puño izquierdo con un empuje considerable hacia el apéndice nasal del gorila, quien ya había elevado el revólver por encima de su cabeza con la intención de volver a bajarlo, de seguro, sobre la mía. El resultado de tal acción, de la mía, quiero decir, fue un sonido seco, seguido después de un grito contenido, el del gorila, y otro libre, el que yo proferí al notar cómo, uno por uno, se iban deshaciendo todos los metacarpianos de mi extremidad zurda.

A pesar de ello, el objetivo principal había sido alcanzado: el forzudo había dado con sus músculos en tierra, y de su nariz comenzaba a fluir un hilillo de líquido rojo. Un nuevo grito hizo aparición en el sótano, ya que Berenice no encontró otra forma de exteriorizar su repulsión hacia tan natural viscosidad que la de desmayarse.

—¡Lo sabía! —exclamé, resuelto a convertirme en el ídolo de la concurrencia—. Estas cosas no son para mujeres.

—Mejor será que se calle y empiece a buscar la forma de abrir la puerta —me interrumpió ariscamente la portera—. Como el armario ese se levante del suelo no va a dejarle sanas ni las uñas de los pies.

Espoleado por esta última advertencia, que no por la fe que en mí se depositaba, me dirigí con decisión hacia la entrada de la estancia, más bien salida diríase en este caso, para comprobar, no sin cierto pánico, que se encontraba tan cerrada como era de imaginar.

—Necesitamos encontrar algo que nos permita abrir la puerta —dije, y mis compañeros de desdicha se dispersaron por la habitación en busca de cualquier objeto que pudiera servirnos de ayuda.

Yo también comencé a rebuscar entre las cajas, bajo las sillas de *camping*, en los rincones, y por las esquinas de la habitación, hasta llegar al fatídico número de cuatro y, mientras lo hacía, mi cada vez más diluido otro yo, al igual que el subconsciente en los desmayos, comenzaba a batirse en retirada para dejarle la pendencia al yo de diario. Una última mirada en derredor me sirvió para evaluar la situación en que la que me había metido aquel maldito e insensato yo.

—De esta no salgo —murmuré, a modo de resumen de mi análisis circunstancial.

—Ya vuelve en sí —comentó alguien a mi espalda.

—En fin; alguna vez tenía que ser —suspiré—. Bien sabe Dios que soy de los que prefieren que se les recuerde con un «aquí corrió» antes que con un «aquí murió», pero me temo que en esta ocasión la suerte está echada. Preparémonos para recibir, si no a la parca, sí a un buen número de golpes, y sigamos las enseñanzas sagradas para conseguir, si es posible, que no vengan todos a parar a la misma mejilla.

—No me refería al gorila —me cortó la portera—. Ande, deje de recitar y venga; creo que le llama la chica.

Convencido de que aquel podía ser mi último instante agradable al menos en lo que quedaba de noche, encaminé mis pasos hacia el fondo del cuarto, me agaché, y aparté un mechón de la cara de Berenice, todavía sudorosa.

—Sabía que tú me protegerías —dijo en un susurro—. ¿Ya estamos a salvo?

—Unos más que otros —respondí sin querer preocuparla—. Descansa. Yo tengo que resolver un asunto con un señor. Ahora vuelvo —dije, y añadí repensándolo—, o no.

Antes de que me levantara para arrostrar mi destino, Berenice tomó mi mano y la apretó con suavidad contra su mejilla de melocotón, y me dedicó una sonrisa de esas que inspiran poemas en los que el autor dice: de morir, morir por su sonrisa. Y muchas cosas más me inspiró aquella caricia furtiva, cosas que sin embargo me callo porque volvería a enternecerme y la situación requiere más bien un cierto ambiente de *thriller*. Así que suspiró ella, suspiré yo, suspiró la señora Domitila expeliendo el aire con violencia más propia de un bufido, y me pareció que también suspiraba Paco, aunque no tenía motivos para hacerlo, y es que en realidad no lo había hecho: al girarme para preguntarle por qué suspiraba, descubrí que el ruido que estaba escuchando a mi espalda provenía en realidad de la puerta, y que no era un suspiro sino una especie de siseo o chicharra que provenía del exterior. El misterioso sonido nos puso a todos en vilo, inmovilizándonos durante los interminables segundos que pasaron hasta que, de repente, la puerta se abrió.

—¡Si hay algún pendejo allá adentro —se escuchó decir desde el otro lado del umbral, que estaba completamente a oscuras—, que no más se muestre o

me lo juacarameo con todo el guachaco!

Nos miramos los unos a los otros intentando adivinar si alguno de nosotros podía ser un pendejo, y, si éste fuera el caso, hasta qué punto merecería la pena mostrarse al desconocido, o si sería mejor aceptar que nos juacarameara con el guachaco. Indecisos, permanecemos en silencio interrogándonos con la mirada, y el dueño de la voz misteriosa debió de interpretar aquello como un síntoma, bien de vacío, bien de rendición, puesto que se asomó a la puerta y nos permitió ver su rostro.

—¡Micampachuli!... —me apresuré a decir en cuanto lo reconocí.

—Sí, soy yo, Miclantecuiltli —me corrigió y, haciéndose eco de las interjecciones de queja que había despertado su nombre, añadió de inmediato —: Pero pueden llamarme Mic.

—¡El *hacker* del tercero izquierda! —dijo la señora Domitila—. Seguro que es uno de ellos.

—¿Uno de quiénes?

—No le haga caso, Mic —intervine, y para compensar la acidez de la portera me sentí obligado a ofrecerle algún cumplido al recién llegado—: Veo que progresa con rapidez en su aprendizaje del mexicano. Pero, ¿cómo nos ha encontrado?

—En lugar de entrar a mi casa por el acceso secreto que tengo en la parte de atrás... y que después de haber dicho esto ya no es secreto, puesto que veo cómo la portera lo apunta en su libreta, pues digo que en lugar de entrar en mi domicilio por ahí, hoy he entrado por el portal para comprobar si por fin tenía en el buzón el kit de falsificación de RAP que pedí hace unos días. Y ya me había preparado física y mentalmente para enfrentarme al férreo marcaje de aquí, la señora Domitila, cuando para mi sorpresa comprobé que podía atravesar el portal y el zaguán, e incluso llegar hasta el ascensor, sin que nadie me preguntara nada. Esto me resultó hartó extraño, y ya me estaba felicitando yo por mi suerte cuando escuché unos gritos procedentes del otro lado de esta puerta. Con el transcomutador RG-2112 que siempre llevo encima, estas cerraduras se abren en un pispás.

—¿Qué tal si nos contamos la vida en otro sitio? —terció Paco—. El maromo no tardará en despertarse.

Todos acogimos con entusiasmo esta propuesta, incluido Mic, quien, después de echar un rápido vistazo a las dimensiones del mamporrero, se

apresuró también a salir de la estancia sin hacer preguntas. Mi ego audaz y aventurero, que aún no se había disuelto del todo, consideró oportuno dejar salir a los demás primero y hacer que fuera yo el último en abandonar aquel sótano. La señora Domitila ya había recuperado su llave del bolsillo del forzado, así que éste quedaría encerrado dentro hasta que la policía terminara de multar coches en doble fila y apareciera por allí. Esta decisión, sin embargo, no fue sino el primero de una serie de errores que me condujeron de nuevo al desastre: en primer lugar, y mientras los demás iban saliendo, yo me había ubicado estúpidamente junto a la puerta, como si estuviéramos en una emergencia y yo fuera el encargado de supervisar la evacuación del edificio; en segundo lugar, me distraje más de lo recomendable siguiendo con la mirada las vibrátiles nalgas de Berenice; y en tercer lugar, no presté atención a la señora Domitila cuando, desde el fondo del pasillo, me gritó:

—¡Corra, lechuguino!

—Ya estoy harto de que me trate usted como a un cobarde —le repliqué, altanero—. ¿No ve que tengo que cerrar la puerta?

Y fue entonces cuando noté cómo una garra se me aferraba al tobillo, al tiempo que una voz de ultratumba auguraba grandes catástrofes para mi persona.

—Maldito mierdecilla —dijo la voz—. Te voy a separar todos los huesos y después construiré con ellos una maqueta de la Torre Eiffel.

Intenté soltarme de la feroz tenaza que me retenía, pero el esfuerzo fue inútil. Me tiré al suelo y me arrastré, con grave deterioro de mi imagen pública, supliqué quebrando la voz intencionadamente, rasqué con las uñas el suelo de baldosín sucio por ver de provocarle dentera al rufián, grité pidiendo socorro, invoqué a todos los dioses que conozco e incluso a alguno nuevo, pero todos estos empeños no alcanzaron el propósito esperado. Las manos del hampón trepaban por mi pierna, tirando de ella y atrayendo hacia él, por extensión, todo mi cuerpo, mientras sus risotadas comenzaban a retumbar como truenos en el estrecho pasillo que, visto en aquella postura y situación, me recordó a esos tubos de luz que dicen atravesar los espíritus errantes, y al final de los cuales se supone que se halla la dicha eterna. Cosa que, para ser sincero, no confiaba en alcanzar yo en aquellos momentos.

De pronto, una silueta se dibujó al final del pasillo. Era una silueta pequeña, ancha, de perfil casi cuadrado, una silueta, en definitiva, que no me

pareció la de ninguno de mis compañeros de desdicha, pero que en cualquier caso se plantó allí y dijo:

—¡Alto! ¡Policía! —Y una vez que hubo captado nuestra atención, puesto que tanto el sicario como yo nos quedamos paralizados, él porque quiso, y yo porque a esas alturas ya estaba inmovilizado y con su zapato en la boca, añadió—: ¿De quién es el coche que está aparcado en el vado?

Palabras mágicas parecieron las pronunciadas por el agente, puesto que al llegar a los oídos del truhán provocaron que éste se levantara de un salto y saliera pitando por el pasillo hacia la calle. Supuse que el dueño de la silueta, si en efecto era un servidor de la Ley, lo detendría y quizás lo condenaría allí mismo para evitar innecesarios trámites burocráticos que pagamos todos los ciudadanos. Sin embargo, no pareció que así fuera: se escuchó un pequeño tumulto, después un interludio de silencio, y por fin rumores de voces que identifiqué como las de mis compañeros de fatigas. Todavía agitado por el inminente peligro que acababa de sortear, me levanté, me sacudí un poco la ropa, y fui a reunirme con ellos en el portal.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al llegar.

—Ha venido la policía —me respondió la portera, señalando con la barbilla a un individuo, en efecto, vestido de uniforme—. A buenas horas.

Paco miraba al agente con los ojos como platos. Confieso que a mí también me sorprendió un poco que, además de la porra, la placa, y las botas de media caña, el agente trajera consigo una silla de ruedas que, además, usaba para desplazarse.

—Pero el malhechor ha conseguido escapar, no más —apostilló Mic.

—¿Está usted cuestionando mi labor profesional? —se ofendió el policía — Por si alguien lo duda, sepan ustedes que he superado todas las pruebas requeridas para el puesto.

—¿También los cien metros lisos? —le preguntó Paco, que seguía contemplándolo con gesto de alucinado.

—Por supuesto. La marca mínima necesaria era media hora. Los que pueden andar lo tienen que hacer en diez segundos.

—¿Y no podrían mandarnos a uno de esos para que persiga al agresor? — insistió, inconsciente, Paco.

—¿Me está discriminando?

—¡Dios nos libre, agente! —me apresuré a intervenir, pues yo sabía que,

por alguna razón todavía desconocida para mí, a Chumillas no le gustaría que la policía se viera envuelta en el asunto que nos traíamos entre manos—. Olvidemos este desagradable incidente. Lo importante es que ya estamos todos a salvo.

—Ya veo que lleva razón el sargento cuando dice que los ciudadanos son todos unos desagradecidos y unos vagos. Me voy: veo que aquí no soy bien recibido. Y yo, si es que sí, es que sí, pero si es que no, es que no.

Y dejándonos estas sabias palabras para que reflexionásemos, hizo un giro acrobático con la silla y desapareció de nuestra vista persiguiendo a un ciclomotor con dos pasajeros.

—¿Qué hora es? —pregunté a mis compañeros cuando volvimos a quedarnos a solas, desorientado todavía por los acontecimientos que se acababan de producir.

—Casi las doce.

—Pues salvo que alguno de ustedes tenga pensado convertirse en hombre lobo, puesto que columbro entre esos jirones de nubes una bonita luna llena allá en lo alto, creo que ha llegado el momento de que todos empecemos a contarnos unas pocas verdades. Porque, no sé si ya lo he dicho en alguna ocasión, en la vida hay que ir siempre con la verdad por delante, a menos que convenga lo contrario, o que uno pueda mentir y liquidar a todos los testigos. Caso este último en el que yo nunca me he visto envuelto, por si alguien lo sospechaba. Era sólo un supuesto.

—Me parece muy bien —me apoyó, para mi sorpresa, la portera—. Yo también quiero saber qué está pasando aquí. En algún momento tendré que contárselo a todo el barrio y no quiero defraudar.

—No tenemos mucho tiempo —proseguí—: hace unos años me quedé sin cónyuge, hoy me he quedado sin trabajo, y, si no pongo remedio con urgencia, mañana a las tres me quedaré sin hija, sin reputación, y sin permisos de fin de semana durante la larga condena que de seguro me caerá ante la presión popular. Así pues, les invito a subir a mi casa y, tras contarles yo mi parte de la historia, espero que ustedes se sinceren también y me cuenten la suya. A ver si entre todos somos capaces de encontrarle algún sentido a todo este desmán.

—Sólo me permito sugerir —matizó Mic—, que en lugar de ir a su casa vayamos a la mía: la tengo forrada con bolsas para congelados que, lo crean o no, anulan las ondas de las piruletas. Así nadie podrá saber dónde estamos.

—Pues tal y como están las cosas, el anonimato espacial nos resulta casi imprescindible —admití—. Sólo querría pasar por mi casa para darme una ducha y cambiarme de ropa.

—Puede usted ducharse en la mía —me propuso Miclantecuhtli— y le presto la ropa que necesite. Será más seguro. Y hago la invitación extensiva al resto de los presentes, salvo a la portera, como venganza.

—Yo prefiero no ducharme —dijo Berenice—. Si acaso, seguiré ensayando.

—Lo único que lamento —se disculpó Miclantecuhtli— es que no podré ofrecerles refrescos ni colaciones. Dada la condición de centro de operaciones clandestinas que he conferido a mi piso, sólo tengo lo imprescindible para sobrevivir, a saber, Agua del Grifo y Pan Duro, ambas marcas registradas de Eternal Life Inc.

—Pues entonces podemos subir esa caja de Cokepepsis que han traído esta tarde para el señorito —intervino la señora Domitila, señalándome con un espasmo de cabeza—. Han dicho que estaba pagada.

—¿Consume usted al por mayor? —se interesó Miclantecuhtli.

Comprobé cómo, en efecto, una caja de cien Cokepepsis, marca registrada de N'Joy Corporation, se hallaba arrimada a la garita de la portera, y recordé entonces el incidente de la noche anterior con mi videoguol y la inesperada comunicación con el hostelero con antecedentes, quien había aprovechado el malentendido para cobrarse la caja de refrescos al instante. Al menos, me dije, me ha enviado la mercancía.

—Es una historia larga y, sobre todo, humillante para mí —respondí—. Pero, por una vez, estoy de acuerdo con la portera. Ya que están aquí, las pongo a disposición del grupo para aligerar la, presumo, intensa sesión de confesiones que nos espera.

—Subamos, entonces.

Y, como una triste procesión de restos de serie, enfilamos hacia el ascensor el supuesto viajero del tiempo, la huérfana con ínfulas de actriz, el millonario marginal aspirante a mexicano, la portera cotilla, y un servidor, que tampoco desmerecía en aquella parada de los monstruos gracias a mi nueva y doble condición de parado y futuro delincuente. Vaya, que si nos pilla un grupo de niños con botas, nos destrozan las espinillas.

## CAPÍTULO 10000

La casa de Miclantecuhtli era, en verdad, extraña. Además de estar en efecto forrada de bolsas para congelados, sujetas con chinchetas a las paredes, el techo estaba lleno de dispositivos que ora pitaban, ora parpadeaban, a medida que nos movíamos por la casa siguiendo a Mic hacia el salón.

—¡Órale! —nos saludó su videoguol—. ¡Viva Zapata!

—Lo he trucado —nos anunció orgulloso Mic, y rascó la CPU con cariño.

No me entretuve en inventariar más detalles, a diferencia de la señora Domitila que había sacado una grabadora e iba dictando: migas de pan en la cama, huellas de manazas en los espejos, baño digno aunque no le vendría mal una mano de amoníaco, tres platos sucios en el fregadero, gotelé saltado en las esquinas debido al roce, causado posiblemente porque al ir el inquilino borracho con habitualidad no mide bien las curvas, salón sin muebles y lleno de cacharros...

—Siéntense donde puedan —dijo Miclantecuhtli una vez que todos estuvimos reunidos—. Como ya le conté al señor Kant, utilizo este apartamento como centro de mis operaciones menos confesables, aunque ahora tendré que mudarme porque la señora Domitila ha anotado hasta el número de cédula.

—A su servicio —soltó la fámula, y después prosiguió—: Huellas de pisadas en el parquet, y también huellas de dedos, debido casi seguro a que el propietario se ve obligado a caminar a cuatro patas después de consumir metílico a litros...

—Tomaré esa ducha y vuelvo en un minuto —anuncié.

El agua a presión y el agradable aire templado del secador integral me ayudaron a despejarme un poco después de la trifulca que acababa de

protagonizar, aunque el chichón de la cabeza y todo mi cráneo en general seguía retumbando a un ritmo que me reía yo de Los Balseros Salseros, marca registrada de N'Joy Corporation. Cuando regresé al salón comprobé que ya todos se habían sentado siguiendo las instrucciones de Mic, es decir, como pudieron, mientras éste había ido a guardar en la nevera las Cokepepsis, marca registrada de N'Joy Corporation. Yo me acomodé sobre una pila de revistas mal encuadernadas y de aspecto cutre, en cuya cima se encontraba una que anunciaba en portada una serie de artículos a cuál más interesante, como por ejemplo este: «Hazlo tu mismo: tu primera bomba por radio control». O este otro: «*Hackeando* a un pensionista (II)».

—Pues ya estamos todos —dijo Miclantecuhtli, regresando con algunos de los refrescos—. Cuando quiera, puede empezar a contarnos cómo carajo ha terminado resién entre las fauces de ese cuate. Ándele.

Yo, con tanta transmutación de consciente, subconsciente y diversos estados del yo, me encontraba realmente sediento. Curioso efecto secundario, en efecto, y digno de estudio por parte de aquellos que deseen perder el tiempo en estupideces de ese estilo. El porrazo en la cabeza, por su lado, tampoco ayudaba mucho a mejorar mi disposición general, así que antes de soltar la perorata opté por beberme de un trago una Cokepepsi, marca registrada de N'Joy Corporation. Después de hacer ímprobos esfuerzos por contener los gases que se apelotonaron en mi esófago, sin llegar a conseguirlo, me enfrenté a la audiencia que aguardaba mi discurso con diversos niveles de atención: desde el máximo, representado por Paco, quizás porque a él también le iba mucho en este asunto, hasta el mínimo, capitaneado por la señora Domitila que había desplegado su kit de detective y estaba sacando huellas digitales del aparador.

Decidí que lo mejor sería comenzar haciendo una breve presentación de los allí reunidos, puesto que yo era el único del grupo que conocía a todos los demás. Expuse, pues, algunos datos genéricos de Miclantecuhtli y después de Berenice, pero al llegar el turno de Paco me vi en el dilema de hacer pública su versión de los hechos, con el consiguiente cachondeo que eso provocaría, o decir directamente que se trataba de un perturbado a quien, en cuanto pudiéramos, deberíamos depositar en un centro especializado o, en su defecto, abandonar en una gasolinera. Como no quería disputas entre la tropa, opté por contar las fantasías que a su vez me había contado a mí el propio Paco, para

no soliviantarlo, pero intercalé en mi exposición un amplio muestrario de guiños y muecas suponiendo que todos los demás entenderían el mensaje velado que se ocultaba tras ellos.

Sin que yo pudiera entender por qué, y a medida que iba hablando, Miclantecuhtli pareció entrar en un estado de euforia comparable al provocado, según dicen, por la ingesta reiterada de coñac.

—¡Extraordinario! —dijo, entre otras muchas exclamaciones, dirigiéndose a Paco—. Eso quiere decir que usted puede ser... ¡cualquiera!

—Y usted también, ¿no te digo! —se molestó Paco.

—No, yo no: mi adeene está registrado. Y mis títulos oficiales están registrados. Y todas mis posesiones. Y las películas que he visto. Y mis ingresos, si bien éstos deben de ocupar un volumen muy superior a aquéllas. También están registrados mis familiares hasta el sexto grado, mis deudas pasadas y quizás las futuras, puesto que los bancos están cada vez más adelantados... En fin, yo soy yo, y no podría ser nadie más. Por eso opero en la clandestinidad. Pero usted... usted no es nadie, y al mismo tiempo es cualquiera. Usted sólo es usted.

—No me hacía falta venir al futuro para descubrir eso.

—Me refiero a que usted, por así decirlo, es simplemente un AKA. Y aquí lo que realmente cuenta es el RAP, el Registro Personal de Adeene, toda la existencia de un individuo asociada a un identificador que lo acompaña a dondequiera que vaya. No importa quién sea usted: importa quién dice su RAP que es usted. ¿Su RAP dice que hace diez años no pagó una letra del televisor? Páguela, o nadie le venderá ni una zanahoria. ¿Su RAP dice que abusó usted de una jovencita? Olvídese de vivir en el Hemisferio Norte. ¿Su RAP dice que está usted desempleado?

—Bueno —tuve que intervenir—, eso no es nada vergonzoso.

—Pero —continuó Miclantecuhtli sin hacerme caso, todavía arrebatado—, como usted no tiene RAP, podemos diseñarle el que más le guste y, a partir de ese momento, usted será lo que diga ese RAP. ¿Astronauta? No hay problema. ¿Neurocirujano? Más fácil todavía. ¿Fontanero? Una apuesta segura.

—Y si esto funciona así —preguntó Paco—, ¿por qué no se cambian ustedes sus RAP? ¿Por qué no se convierten en prestigiosos investigadores, o en científicos famosos?

—Primero porque, que yo sepa, no existen ni los unos ni los otros, y

segundo porque el Sistema de Protección Ciudadana no permite la alteración de un RAP una vez creado, salvo por el funcionario del Ministerio de Seguridad Personal que inscribió el adeene en el momento del nacimiento, o por el heredero de su plaza si aquél fallece o gana una quiniela. Estos empleados públicos alcanzan el cargo tras una rigurosa oposición que sólo aprueban los más suertudos, o los de parentesco más directo con un banquero. Tanto unos como otros, una vez conseguida la plaza, se aferran a ella con saña, puesto que pocos otros empleos ofrecen horario de nueve a diez con dieciséis pagas y dietas. Con todo esto quiero decir que, en condiciones normales, son insobornables.

—Eso por no mencionar el pequeño detalle —me vi obligado a apuntar— de que alterar un RAP está prohibido.

—El respeto ciego a la Ley es un síntoma de estupidez —replicó Miclantecuhtli quitándoles importancia a mis sabias palabras—, como lo es el respeto ciego a cualquier cosa inventada por otros seres humanos como nosotros: las religiones, la Ciencia....

—¿Eso cree usted? Pues quiero dejar claro desde el principio que no toleraré en este grupo acciones que socaven el orden establecido. Las leyes nos protegen de los abusos de los demás. Regulan la convivencia pacífica y permiten el progreso de la Humanidad —objeté con firmeza.

—Eso es, cuando menos, discutible. Las leyes no se inventaron, obviamente, para proteger a los fuertes de los débiles, puesto que aquéllos se protegen solos. Pero de aquí no debe inferirse, por oposición, que el propósito de la Ley sea proteger a los débiles de los abusos de los fuertes.

—¿Ah, no? —se interesó Paco.

—En absoluto —abundó Miclantecuhtli, petulante—. Las leyes las inventaron los débiles ricos, porque ¿para qué las necesitaban los pobres si no tenían nada que proteger? Por eso, llamamos delitos a aquellos actos en los que un pobre fuerte abusa de un rico débil. El caso especular, es decir, las acciones en las que un rico fuerte abusa de un pobre débil, reciben múltiples nombres tales como reparto de dividendos, expediente de regulación de empleo o incluso préstamo hipotecario, pero ninguno de ellos conduce a la cárcel. Son ricos, y quizás débiles, pero no son tontos, o al menos no tanto.

—¿Y qué tal si dejamos a un lado las disquisiciones jurídicas —propuse yo, no porque no tuviera argumentos para rebatir a Miclantecuhtli, que

también, sino porque el tiempo pasaba y veía que no llegábamos a ninguna parte—, y volvemos al asunto principal? Porque me temo que, en cualquier caso, las cosas no son tan fáciles: Paco sí tiene un RAP. Lo comprobé esta tarde con mi lector de mano.

—Pero su situación es diferente —me corrigió Mic—: su adeene, según lo que nos ha contado, no lo registró ningún funcionario cuando usted nació, allá en la Prehistoria.

—Tampoco se pase —matizó Paco.

—Su RAP, a tenor de todos los indicios, ha tenido que ser creado hace poco. Quizás fue ese tal doctor Jiménez-Pata quien lo diseñó y lo introdujo en la base de datos del Sistema de Protección Ciudadana, o contrató a alguien para que lo hiciera si él carecía de los conocimientos técnicos necesarios. Creo que en alguna de esas revistas que tiene usted debajo —prosiguió Miclantecuhli dirigiéndose a mí— hay un interesante reportaje sobre cómo realizar esta operación con la ayuda de un imperdible y un chip que no cuesta más de cien dólares.

—No sé a los demás —intervino la portera, que había dejado de tomar notas verbales sobre el estado de la vivienda—, pero a mí esto ya no me interesa lo más mínimo. Lo que yo quiero saber en realidad es qué pinta usted —y me señaló a mí con su puntiagudo índice— en todo esto. Porque ya nos ha presentado a todo el mundo, salvo a mí, no sé por qué, y a usted mismo.

A regañadientes tuve que admitir que la señora Domitila había detectado mi hasta entonces sutil estrategia. En efecto, yo había dejado mi filiación para el último lugar, pues confiaba en que mientras tanto Berenice se iría amodorrando hasta quedarse dormida, como así había sucedido, y no podría por tanto escuchar la verdad sobre mí y mis circunstancias. Bonita expresión esta última, por cierto, que alguien debería registrar. No es que pretendiera engañar eternamente a la joven muchacha, pero tras los prometedores escauceos románticos que habíamos compartido en el sótano, tampoco quería tirarme ahora de cabeza desde el pedestal al que ella misma me había subido. Digamos que no quería engañarla, pero tampoco quería decirle la verdad. Técnicamente hablando, eso no es mentir.

—Por supuesto —dije, y carraspeé un poco—. Ahora les contaré qué pinto yo en todo esto, pero veo que nuestra joven compañera de fatigas ya se ha dado tres coscorrónes contra la pared a consecuencia del justificable

agotamiento que la domina. Micanchuteli... Micolapechi... Mic, ¿no tendrá una habitación para que Berenice pueda retirarse a descansar?

Mientras Paco y la portera aprovechaban para echarse otra Cokepepsi al coleteo y comentar los defectos de los escasos muebles, Miclantecuhli y yo acompañamos a Berenice hasta una pequeña pero decrepita estancia en la que, sin quitarse nada más que los zapatos, la bella sílfide se dejó caer a peso sobre una estrecha litera. Mic regresó al salón y yo me dispuse a seguirlo, pero me demoré un instante para cubrir el cuerpo de Berenice con una rijosa manta que se encontraba ovillada a los pies de la cama. Fatigado por los recientes acontecimientos, remoloneé por la habitación intentando prolongar aquel momento de calma, mecido por la penumbra de la noche que apenas desvaía el pálido reflejo urbano que se colaba por la ventana, y envuelto en el absoluto y reparador silencio que la firme política sancionadora de nuestro ayuntamiento había conseguido instaurar en la ciudad, y que sólo se permitía transgredir a los camiones de la basura, a alguna ambulancia que pasaba zumbando, a los coches de policía con la sirena a todo trapo, a los vehículos de limpieza de aceras, a las motosierras de la brigada de jardinería, a las bocinas de los bomberos y, en fin, a todas las máquinas que el propio ayuntamiento sacaba a pasear de madrugada aprovechando el silencio que, si dejamos a un lado el inventario recién mencionado, se adueñaba de las calles al anochecer. El caso es que la situación, inevitablemente, me trajo a la memoria las imágenes tantas veces repetidas de mi propia hija dormida después de que yo la hubiera arropado, y se me ocurrió entonces que era una locura pretender que una muchacha tan joven, una niña casi, pudiera sentirse atraída por un caballero maduro y reposado como yo. Ese pensamiento me llevó a reflexionar, mientras contemplaba la silueta de Berenice perfectamente definida por la colcha que ahora la envolvía, sobre lo irracional de los instintos animales que todavía nos gobiernan, y que hacen, por ejemplo, que todos consideremos con cierto asco que alguien pueda albergar algún tipo de deseo físico hacia nuestras propias hijas, mientras que al mismo tiempo nos parece tan natural imaginarnos protagonistas de las más lúbricas escenas con las hijas de los demás. Alguien debería escribir sobre este fenómeno, pensé, o quizás lo haya hecho ya.

De vuelta en el salón, me di cuenta de que tendría que emplear todas mis dotes de orador para elevar el espíritu de la audiencia. Mi regreso fue

recibido con bostezos, desperezos, y otros aderezos. En resumen, la moral estaba por los suelos. Recordé entonces los periódicos que Chumillas me había entregado unas horas antes, y cuyas portadas había conservado yo dobladas en el bolsillo de mi elegante chaqueta. Emulando el clima de suspense que tan bien sabe crear el presentador de «Un hígado para el mejor», saqué las hojas, las desdoblé con parsimonia, y las extendí en el suelo para que todos pudieran verlas. Después añadí, misterioso:

—Estas son las noticias de mañana. Pero yo ya sé ahora quién es el autor de este crimen.

Paco, Mic, y la señora Domitila se inclinaron para poder leer la noticia, y sentado de nuevo sobre la pila de revistas pude contemplar cómo sus ojos se iban abriendo a medida que avanzaban en la lectura. La portera fue la primera en reaccionar.

—Pues no avise a la policía: díganos quién es y vamos a lincharlo ahora mismo. Tengo un bate de béisbol en casa.

—Incluso para un marginal como yo —corroboró Miclantecuhtli—, un crimen así resulta repulsivo. ¡Han atacado a un periodista! Ahora mismo busco unas hojas de lechuga y mañana nos vamos a la manifestación en primera fila, a ver si salimos en la tele.

—Veo que las sutilezas no sirven con ustedes —me quejé, harto de tanta incompetencia—. Esas manos que se ven en la foto, y que tan oportunamente ha seccionado la guillotina del editor, son las mías. ¡No, señora Domitila, deje el pisapapeles de mármol en su sitio! Créanme: yo sólo estaba tomándole el pulso a ese individuo. La fotografía que ahora contemplan es el último eslabón de una surrealista cadena de chantajes, persecuciones, y otras peripecias, en la que, sin saber ni cómo ni por qué, me he visto envuelto desde que ayer por la tarde recibí una misteriosa carta.

—Pero —intervino Miclantecuhtli—, si no ha sido usted, ¿quién secuestró y golpeó a este admirable comunicador y esforzado reportero, a quien, por cierto, nadie conoce?

—Si se lo digo sin contarle los antecedentes del caso, no me creerá. Será mejor empezar por el principio.

Y así me dispuse a hacerlo. La portera conectó de nuevo su grabadora mientras Mic y Paco se recostaban contra la pared, como amenazándome subrepticamente con que, si me enrollaba mucho, echarían una cabezada. No

obstante, mi habilidad para manejar la trama, el ritmo, y la dosificación de los hechos, me permitieron mantener su interés durante la larga exposición que no tuve más remedio que hacer, puesto que mientras narraba lo sucedido yo mismo me iba dando cuenta de lo mucho que se habían complicado las cosas en tan poco tiempo.

No me quedó otro remedio, por mor de la concisión, que hacer una selección de los hechos más relevantes, y por supuesto fui yo mismo quien fijó el concepto de relevancia o irrelevancia, como también hacen los periodistas y nadie los critica. Así, por ejemplo, y mencionada ya la misteriosa nota, relaté mi primera entrevista con Chumillas y su solicitud de mi ayuda para esclarecer un abominable crimen. Obvié, sin embargo, la mención a las sinecuras que aquél me había ofrecido a cambio de mi colaboración y que, siendo sincero, habían sido la principal razón por la que yo me había embarcado en tan arriesgada empresa. Proseguí mi crónica con la narración de mi encuentro con Paco aquella misma mañana, y con el relato de los acontecimientos que nos sucedieron después, aunque de nuevo me permití escardar algunos detalles, tales como mis intenciones de entregarlo a Chumillas y de obtener el teléfono de Berenice. A cambio, justifiqué mi hospitalidad para con los dos en un hondo sentido filantrópico de origen genético, lo que provocó murmullos de admiración entre la audiencia, es decir, entre Paco y Miclantecuhli, porque la portera había sacado una lupa y ya no me prestaba ninguna atención.

Así, y tras relatar los increíbles acontecimientos que había presenciado mientras me encontraba en casa del marrullero galeno, llegué al momento más delicado de mi relato, a saber, mi segunda entrevista con Chumillas, la cual, y si me ceñía a la selección de hechos que acababa de exponer, no tenía ninguna razón para producirse. Reconozco que en ese instante me venció el miedo escénico y que, no pudiendo soportar las inquisidoras miradas de Paco y Miclantecuhli, salí por la tangente y me limité a decir que me había encontrado con Chumillas por casualidad. Añadí que éste, preso de una ira injustificada y vesánica, me había informado de que mi propia hija se encontraba en sus manos, y que de no conseguir yo capturar al médico aleve para entregárselo, aquélla sufriría los más terribles padecimientos, como tener que leerse un libro de Filosofía u otros peores, y me refiero a los tormentos, no a los libros, porque no creo que haya libros peores que los de Filosofía.

Di por terminada la historia en ese punto, pues del reciente asalto y secuestro que habíamos sufrido nada podía añadir yo a lo que Paco y Mic ya sabían, y que era bien poco. Cuando se apagó el eco de mis últimas palabras, todos permanecimos unos instantes en silencio, aunque éste no era completo, puesto que se escuchaba de fondo un insistente rumor como de frotamiento. No pudimos identificar el origen de tan peculiar sonido hasta que la portera emergió tras un sofá con un cuchillo en la mano.

—No es de madera —dijo—. El parquet es laminado. Y con esto termino mi repaso a la vivienda, del que iré dando puntual cuenta a todos los vecinos sin escatimar detalles. Me marchó.

—¿Ya no quiere saber más? —le preguntó, extrañado, Miclantecuhtli.

—De este rollo yo no me creo ni la mitad. Ya me enteraré por otros conductos de lo que está pasando aquí, no lo duden.

El portazo que dio la señora Domitila al salir sirvió, además de para tirar un par de cuadros, para sacarnos a todos del letargo en el que nos habíamos sumido una vez concluida la narración. Fue Miclantecuhtli quien tomó la palabra, con un brillo especial en los ojos.

—Creo que ha llegado el momento —dijo, y se puso en pie con ademán solemne mientras tomaba aire con una prolongada inspiración—. Como miembro del Comando de Liberación José Luis Rodríguez «El Puma», llevo años planeando asestar un golpe definitivo a este sistema que nos espía, nos audita, y nos clasifica, que nos etiqueta con certificados y títulos desde que nacemos, y que nos sigue etiquetando después hasta que parecemos un maniquí en época de rebajas, que con el pretexto de la seguridad nos confina entre rejas de Cartier...

—Marca registrada de N'Joy Corporation —apostillé, casi sin querer.

—... que nos obliga a trabajar más de lo que debemos para comprar más de lo que necesitamos, que nos condena antes de juzgarnos, nos juzga antes de acusarnos, y nos acusa antes de escucharnos, que no nos dice lo que hay que hacer, sino que nos dice lo que no hay que hacer para que nos creamos que podemos elegir y que, por lo tanto, somos libres, y así no nos dice que bebamos Cokepepsi, sí, ya lo sé, marca registrada de N'Joy Corporation, cállese, por Dios, ¿no ve que estoy arrebatado?, que no nos dice que bebamos Cokepepsi, decía, pero nos dice que no bebamos vino, ni cerveza, ni tequila, órale mi cuate, ni muchas otras cosas, que nos multa por aparcar en doble fila

pero no por tener doble moral, que nos anima a decir la verdad pero que después no quiere escucharla, que castiga a los mendigos que piden limosna pero no a los potentados que no la dan, que justifica los despidos cuando la economía va mal pero no la subida de los salarios cuando la economía va bien...

—No se ofenda —interrumpió Paco—, pero ¿todo eso no está en el «Libro Rojo» de Mao?

—¿Quién es ese? —preguntó Miclantecuhтли descolocado.

—No le haga caso, Mic —intervine, y viendo que la situación se estaba yendo por unos derroteros poco adecuados para mis fines, pedí a ambos que volvieran a sentarse y tomé la palabra—. Todo eso está muy bien, o no, no lo sé, yo no me preocupo por esas cosas. Soy apolítico, si es que ese concepto existe realmente. ¿No? Entonces diré que soy egoísta, que es un sinónimo y además seguro que sí existe y se practica. Mire, Mic: lo único que yo quiero es recuperar a mi hija. O mejor: recuperar mi vida completa. Yo quiero volver a mi casa de Soto de Trepas, tener una familia, un trabajo fácil, bien pagado, y con un cargo que me permita presumir, como *Worldwide Chief Strategic Officer*, y tener también un chalé en la playa, y un jardín con césped, pero que lo corte el jardinero porque si no es un peñazo.

—Pero, ¿y el pueblo? —insistió Miclantecuhтли.

—¿Qué pueblo? —me desesperé—. Ahora todo el mundo vive en las ciudades. No es el momento de soflamas subversivas. Lo que yo necesito es encontrar al doctor caimán, y después ya veremos.

Mic escuchó con respeto mis demandas, pero no me respondió, como yo habría deseado, con una rotunda e incondicional adhesión a ellas. Por el contrario, meneó la cabeza con parsimonia y comenzó a hablar lentamente.

—Creo que se equivoca, querido amigo —dijo—. Si lo que nos ha contado es cierto, cosa que dudo puesto que nunca he conocido a ninguna persona tan buena como la versión de usted que nos ha presentado en su relato, se ha metido en un asunto de proporciones megalíticas. ¿De verdad se cree que después de entregarles a Jiménez-Pie esos tipos lo dejarán marcharse como si nada hubiera sucedido?

—¿Y por qué no?

—Sea lo que sea lo que el tal doctor ha descubierto, es algo por lo que esa gente parece dispuesta a secuestrar, torturar, chantajear, y quién sabe qué más.

Querrán asegurarse de que, una vez zanjado, el asunto queda cerrado para siempre, y que nadie podrá volver a abrirlo en el futuro.

—¿Sugiere, entonces, que mi suerte está echada, haga lo que haga?

—Sugiero que la única manera de salir de este atolladero es aumentar el envite. La mejor defensa es no defenderse. ¿Era así? Suena un poco raro, pero con los refranes ya se sabe... Quiero decir que tenemos que encontrar una manera de nivelar la contienda: ellos tienen a su hija, así que nosotros tenemos que encontrar algo que para ellos resulte más importante que su hija para usted. Y, por lo que parece, el doctor aligátor lo había encontrado.

—No me dijo nada a ese respecto —respondí—. Sólo mencionó un antiguo y desagradable incidente que, merced a los influjos de Javichu Depy, terminó por hundirlo.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Paco—. ¿No le dijo cuáles eran sus planes?

—Sólo dijo algo así como que serías la llave que le permitiría recuperar su posición en la sociedad. En esa que Mic ha criticado tanto pero en la que tan a gusto nos encontramos.

—Quizás había descubierto algo con lo que chantajear a Javichu —aventuró Miclantecuhtli—, para obligarlo así a que lo reinsertara en la sociedad. A la gente le encanta encontrar culpables que crucificar, pero de vez en cuando ansían encontrar un inocente al que poder salvar. Pocos, ¿eh?, que lo divertido es lo de crucificar. Pero, de proponérselo, Javichu podría conseguir que todo el mundo llorara al escuchar la historia del doctor injustamente vilipendiado, y de hoy para mañana Jiménez-Pezuña se habría convertido en el doctor más solicitado del planeta, amén de en una estrella mediática, que nunca viene mal.

—O quizás —sugerí yo—, pretendía hacerle llegar esa supuesta información comprometedor sobre Javichu a su competencia. Seguro que a los periódicos de Eternal Life Inc. les encantaría tener una historia así.

—No, no creo que su plan fuera ese —sentenció Miclantecuhtli coartando mi creatividad—. Ya le dije que eso de la competencia entre N'Joy Corporation y Eternal Life Inc. es tan sólo una fachada. Hay una conspiración. En lo más alto de la pirámide, las dos empresas son una sola.

—Conque una conspiración, ¿eh? —repetí, volviendo a darme cuenta del tipo de ayudantes que me había buscado

—En efecto. Todo es una gran conspiración. No me mire con cara de psicólogo ensoberbecido, valga la redundancia, y confíe en mí: la única salida que le queda a usted es subir la apuesta.

—Pero para poder hacer eso —dije después de un breve silencio—, necesitamos localizar al doctor hiena. Y, como ya les he dicho durante mi relato, se ha esfumado.

—Pues le diré algo —me interrumpió Miclantecuhtli—: precisamente eso es lo que le ha salvado a usted el pellejo. Si Jiménez-Pata no hubiera desaparecido, ya estaría usted criando malvas, y no como empleado de una granja ecológica precisamente. La única razón por la que sigue usted vivo y quejumbroso es porque todavía le ven como un puente hacia el disoluto galeno, así que será mejor que lo encontremos antes que ellos o nuestro futuro se convertirá en condicional.

—Un momento —terció Paco con modales tabernarios—, ¿por qué habla en plural? Yo ya empiezo a estar harto de que todo el mundo intente aprovecharse de mí para sus propios intereses, y no veo por qué debería prestarme otra vez a servir de marioneta de nadie. Al fin y al cabo, yo no estoy fichado por «ellos». Y lo mismo podría decirse de usted, que no sé por qué se empeña en meterse en este fregado.

—Después de haberse paseado con el señor Kant por media ciudad —le explicó Miclantecuhtli—, usted está más fichado que el dueño de una fotocopidora. Ellos asumirán que son ustedes cómplices, y en cuanto uno deje de serles útil, también dejará de serlo el otro. Y por lo que a mí respecta, mis motivaciones en este asunto atienden a conceptos más elevados que la vil salvación del pellejo. Aspiro a recuperar un mundo que perdimos hace mucho tiempo, un mundo en el que las calles estaban llenas de humo de automóviles, sí, pero que por contra estaban vacías de torres de protección ciudadana; un mundo con colesterol, pero sin Consultores de *Lifestyle*, o CL, que cobran millonadas por decirnos cosas obvias; un mundo, en definitiva, menos seguro pero precisamente por ello más arriesgado, más imprevisible y por lo tanto más humano. ¿Estoy turuta? Quizás sí, pero soy el único aquí con los conocimientos técnicos necesarios para manejarse en el maremagno de sistemas informáticos y electrónicos que gobiernan el mundo y que, por fuerza, tendremos que manipular, así que dejen de interrumpirme una y otra vez y escuchen: esto es lo que sugiero que hagamos.

Tras esta nueva arenga, que tanto Paco como yo recibimos ya con cierto empalago, Miclantecuhli apartó todos los trastos que ocupaban el centro del salón y, a continuación, utilizó el recién desalojado espacio para comenzar a poner objetos sobre él, objetos a los que iba nombrando a medida que los ubicaba: nosotros estamos aquí, decía, y ponía un lata de Cokepepsi, marca registrada de N'Joy Corporation; la portera está ahí, y ponía una revista en la que previamente había localizado la foto de un loro; el Hotel California está allí, y señalaba al único sofá que había en la sala. Y así sucesivamente, hasta que completó un bonito mapa a escala en el que nos situábamos todos los protagonistas, secundarios, y figurantes de aquel entremés. Cuando alguno de los actores se encontraba en paradero desconocido, como era el caso del doctor fementido, o del propio Chumillas, Miclantecuhli los colocaba al otro lado de una raya que había construido alineando cerillas, de modo que los ausentes parecían estar calentando en la banda para entrar al partido en cualquier momento.

Una vez construido el teatro, como el propio Mic lo llamó, procedió a contarnos el guión de la obra, como él mismo también denominó al plan que nos iba a exponer. El objetivo último de dicho plan, nos dijo, era conseguir averiguar qué sabía el doctor andoba sobre Javichu Depy, o sobre cualquier otro prócer del sistema, y utilizar dichos conocimientos para intercambiarlos por mi hija so amenaza de hacerlos públicos.

—La idea, pues, es simple —concluyó—. Tenemos que averiguar qué es lo que él había descubierto, esa información que lo hacía tan peligroso y valioso al mismo tiempo. De ese modo, nosotros pasaremos a ser igualmente valiosos.

—Pero no sabemos dónde localizar al asqueroso galeno —insistí yo, pues aquel seguía siendo el quid de la cuestión.

—Pero sí sabemos que la chica a la que ahora oímos roncar a través de estos indiscretos tabiques tiene algo que ver con el misterio que queremos resolver, puesto que lo primero que hizo el doctor víbora fue utilizar a Paco para que la embaucara y retuviera.

—Sin embargo —objeté de nuevo—, Chumillas no ha mostrado ningún interés por ella. En nuestra primera conversación mencionó el asunto del secuestro, pero después no ha vuelto a preocuparse por la suerte de la muchacha, a pesar de que yo le confesé que la había recuperado.

—Quizás él tampoco sepa cuál es su relación con todo esto. Es más: es

posible que ni la propia Berenice sepa qué pinta en este embrollo, puesto que la veo la mar de tranquila y entregada a sus ambiciones melodramáticas que yo, si quieren saberlo, considero estériles.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Paco.

—Creo que deberíamos decírselo y evitar que siga malgastando el tiempo.

—No me refería a eso; me refería al plan.

—Pues el plan consiste en averiguar quién es la muchacha, qué relación tiene con esta intriga y, ya puestos, cuál es la intriga en sí. A falta de otros cabos de los que tirar, sugiero que nos entrevistemos con el padre prior radiador, que es un primor de interlocutor a tenor del rumor en vigor, y que intentemos averiguar qué tan importante es la joven Berenice. Resién.

Al hacer mención Mic a la escasez de pistas que nos ofrecía el caso, recordé el material que había recogido en el piso del siniestro doctor, y que consistía en una gorra del Centro de Felicidad Personal Tristan Braker, dos RAP anotados en un trozo de papel, la etiqueta de una botella de aceite, y mis dos fotografías. Rebusqué en los bolsillos y fui poniendo todos los objetos en el teatro de operaciones, a excepción de las fotografías, no porque pudieran comprometerme, puesto que nada había de vergonzoso en haber visitado Calumniados Anónimos, sino porque el corte de pelo que llevaba en aquella época estaba ya totalmente demodé.

—Interesante —dijo Miclantecuhtli a modo de evaluación—. Uno de los RAP es el del propio Paco, así que no nos sirve de mucho. Consultemos el videoguol para saber algo más del segundo y, de paso, para averiguar dónde se encuentra ese centro de felicidad personal.

Miclantecuhtli le dio las instrucciones oportunas al videoguol, para lo cual tuvo que volver a utilizar la jerga mexicana que había exhibido durante su irrupción en el sótano. Una vez que la pantalla estuvo lista le ordenó:

—Modo *hacker* máter.

—¿Ajedrez? —pregunté, recordando las contraseñas de Chumillas.

—No: «la madre de todos los *hackers*» —me respondió, tronchándose él solo; y todavía hipando por la risa, añadió—: Llevo años intentando colocar este chiste, pero como los *hackers* somos tan solitarios...

De pronto, la pantalla se llenó de unos y ceros, de puntos, rayas, guiones, y otros símbolos inextricables para los seres humanos corrientes, pero que sin duda eran como el abecé para Miclantecuhtli, quien comenzó a manipular

controles y a dar órdenes verbales haciendo que las imágenes se sucedieran a toda velocidad y mostraran guarismos que parecían contener información muy interesante, o tal vez pornografía codificada a juzgar por la expresión de éxtasis que se había apoderado de su rostro.

De repente, la pantalla volvió por fin a ofrecer un aspecto normal, con letras, fotografías, y logotipos comerciales. Miclantecuhtli continuó dando instrucciones hasta llegar a una imagen en la que, junto con el RAP que intentábamos descifrar, aparecía una señal de dirección prohibida.

—¿Malas noticias? —volví a preguntar, a pesar de lo obvio de la respuesta.

—Es un RAP protegido. Buscaré por otro lado.

Nuevas sucesiones de pantallas, formularios, iconos, sellos de organismos oficiales, y, por fin, una nueva señal de dirección prohibida.

—No puedo llegar más lejos —dijo Miclantecuhtli resignado.

—¿Y qué ha conseguido averiguar?

—Es el RAP 04-E61-636-86F, AKA Nicolás Kopp. —Y con un gesto de derrota, apostilló—: Pensionista.

—¿Pensionista? —me desmoroné, porque la única puerta abierta parecía cerrarse así de golpe—. Entonces podemos olvidarnos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Paco.

—Vivirá en un CID de máxima seguridad —le expliqué—. Sólo pueden entrar en ellos los propios jubilados y los furgones del banco, puesto que, aunque el dinero en metálico está prohibido, la contemplación de las sacas entrando y saliendo produce en los pensionistas un efecto sedante.

—¿Los jubilados viven protegidos? —insistió, inocente, Paco.

—No podría ser de otra manera —le contesté—. Tienen que defenderse de los jovencuelos que pretenden bajar sus pensiones para financiar viviendas baratas, y de los vendedores de todo tipo que ven en ellos a solventes pagadores de recibos con escasas fuerzas para dar la tabarra al servicio postventa.

—Como dijo el profeta —me interrumpió Miclantecuhtli—, ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. De momento, será mejor que nos dediquemos a seguir las pocas pistas que tenemos. Mañana a primera hora me personaré en el Cotelengo de los Padres Radiadores e intentaré sonsacarles

todo lo que pueda. Apelaré a mi membresía de diversos grupos minoritarios, y los amenazaré con acusaciones de discriminación si no satisfacen todas mis demandas. Sugiero que ustedes, por su parte, se dirijan al Centro de Felicidad Personal Tristan Braker y hagan lo propio, aunque tendrán que buscar otras artimañas para lograr su propósito. Quizás allí alguien conozca al doctor mezquino y pueda proporcionarnos pistas sobre nuevos lugares donde buscarlo.

—¿Y después? —pregunté yo, bastante desesperanzado ante los continuos obstáculos que nos íbamos encontrando.

—Después... ya veremos. Por lo pronto, intentemos dormir las pocas horas que nos quedan antes de que amanezca. Preveo que mañana será un día muy largo o, ya que esto no es posible en virtud de los más elementales principios físicos, sí muy duro y desde luego decisivo para los que vengan después de él, si es que viene alguno. Acomódense donde puedan: el suelo no es tan compacto como parece puesto que, como bien ha concluido la señora Domitila, es laminado.

Y dicho esto, los tres nos quedamos callados, mirándonos unos a otros por entre el aire caliente del salón, abandonados al bochorno nocturno que la suave brisa no aliviaba, intercambiando ora gestos de resignación, ora gestos de ánimo, sin advertir que a medida que el silencio se adueñaba de la habitación también, con él, se estrechaba sobre nosotros un poderoso y casi místico vínculo de hermandad, una suerte de comunión fatal, de destino compartido, y no sé los demás, pero yo experimenté la misma sensación que había tenido al ver a Tullius Grim en esa escena en la que, provisto de pecho de lata y faldita corta, examina con la mirada a sus viriles compañeros de aventura, y todos juntos se conjuran contra sus enemigos mientras esperan tras una reja el fatídico momento de salir a la arena para ser devorados sin remedio por una colla de famélicos leones.

# CAPÍTULO 10001

El Centro de Felicidad Personal Tristan Braker se había llamado antes Centro de Vida y Autorrealización, y antes de eso Centro de Salud y Bienestar, y antes de esto último Centro Médico de Cuidados Básicos, y antes incluso Centro de Asistencia Primaria, y, allá en la noche de los tiempos, Ambulatorio de la Seguridad Social. Y menciono todo esto porque, cuando apenas pasaban unos minutos de las ocho de la mañana, Paco y yo nos encontrábamos ya plantados ante la fachada del mencionado centro, la cual, a consecuencia de las torrenciales lluvias de junio, presentaba notables desperfectos en la cubierta de escayola sobre la que estaba pintado el nombre, y por ello mostraba varias desconchaduras por las que asomaban los letreros que habían denominado a la institución a lo largo de las últimas décadas, o quizás incluso siglos. Y justo bajo ese lugar celebrábamos Paco y yo un breve conciliábulo con el fin de ultimar detalles, mientras varios albañiles ataviados con uniprendas profesionales, antes llamadas monos, de Eternal Life Inc. se afanaban por tapar los agujeros con una mezcla de dudoso aspecto que, si bien no se antojaba la más adecuada para resistir los próximos embates meteorológicos, sí parecía, por contra, ideal por su coste para cuadrar la cuenta de resultados entre vítores de los accionistas.

Al despuntar el alba habíamos dejado a la escultural Berenice roncando a pierna suelta, y no uso esta expresión en sentido figurado. Miclantecuhli, por su parte, había cogido un taxi para dirigirse al Cotelengo de los Padres Radiadores mientras Paco y un servidor nos encaminábamos hacia el susodicho Centro de Felicidad Personal, adonde llegamos cuando las puertas casi acababan de abrirse.

—Y recuerda —aleccioné a Paco, resumiendo las indicaciones que le había dado por el camino—: déjame hablar a mí. Les contaré la verdad,

porque en la vida hay que ir con la verdad por delante, porque con la verdad se llega muy lejos, y porque se coge antes a un mentiroso que a un cojo.

Nos encaminamos hacia la puerta principal por la que entraban y salían, en animada conversación, varios grupúsculos de jubilados que se mostraban orgullosos unos a otros los últimos medicamentos obtenidos, ante la mirada complacida de facultativos y enfermeros. Crucé el umbral acompañado por Paco y, casi sin darnos tiempo a escuchar el habitual soniquete de «*You deserve Eternal Life*», un policía de colectivos especiales o PCE se nos acercó y dirigió su lector de RAP hacia nosotros.

—Usted —me espetó antes de que yo pudiera decir nada—: fuera de aquí.

—¿Yo? —pregunté sorprendido—. ¿Por qué yo?

—Porque veo en la lectura de su RAP que se encuentra usted desempleado. También veo que suspendió usted Música en quinto de primaria, pero eso más que preocuparme me da risa. Más le valdría ir a buscar un trabajo en lugar de perder el tiempo en las tabernas. Si no tiene una nómina, eso quiere decir que tampoco tiene seguro médico y que, aunque lo tuviera, la farmacia no le vendería nada. Así que ¿para qué quiere que le vea el médico? Hala, a la calle.

—¿Eh! —intervino Paco—. No hace falta que saque la porra.

—Nosotros no usamos porras —le corrigió el PCE que, en efecto, había sacado un objeto alargado y de aspecto compacto—. ¡No somos animales! Esto es un EDP, o Elemento de Disuasión y Pacificación. A ver si hablamos con propiedad.

—Agente —tercié yo, como si no me hubieran intimidado ni la actitud ni los músculos ni el apéndice del policía—, estoy dispuesto a pasar por alto el hecho de que haya leído usted nuestros RAP sin permiso, puesto que últimamente esto se está convirtiendo ya en un hábito. Y también porque lo que me ha traído a este lugar es un asunto de máxima importancia. Verá...

Iba ya a comenzar a narrar todas las peripecias que me habían acontecido en los últimos dos días, desde la misteriosa carta que me citaba en el Palace hasta la pelea con el matón del día anterior, pasando por supuesto por el secuestro de mi hija a manos del despiadado Johnny, pero cuando las palabras estaban a punto de salir de mi boca se me vino a la mente, como si estuviera en el cine, la imagen de mí mismo relatándole toda aquella historia al mastuerzo que tenía delante, hablándole de Chumillas, del doctor ladilla, del

congelado Paco, de la bella Berenice, del *hacker* Miclantecuhli y, no sé por qué, de repente el plan que yo había concebido, y que consistía en contar toda la verdad, ya no me pareció tan bueno, así que decidí modificarlo sobre la marcha por el bien de nuestra misión y también por el de mi propia integridad física.

—¿Va a decir algo más o puedo echarlo ya a la calle?

—Verá —repetí—, vengo acompañando a mi amigo. A pesar de que él se esfuerza por disimularlo, apenas puede tenerse en pie. Está muy enfermo —y mientras decía esto pisé con disimulo y con todas mis fuerzas el pie izquierdo de Paco, lo que provocó que éste se tambaleara y también, por fortuna, que se le saltaran algunas lágrimas que añadieron credibilidad a mis palabras.

—Pues aguántelo un segundo mientras consigo una silla de ruedas —se alarmó el policía, mientras guardaba la porra y la expresión se le mudaba de súbito—. La última vez que se nos cayó un anciano demandó a la empresa y, como no es cuestión de disgustar a los accionistas reduciendo beneficios, hubo que despedir a 2000 empleados para pagarle la indemnización. Yo era el número 2012. Sí, sí: por los pelos. No se muevan de aquí; las sillas de ruedas están en el almacén. Sujételo bien, ¿eh?

En cuanto el PCE desapareció de nuestra vista, y por lo tanto nosotros de la suya, me apresuré a dirigirme hacia el mostrador principal arrastrando conmigo a Paco, que no cesaba de recriminarme mi acción entre gemidos lastimeros. Apelé a los altos y nobles designios que inspiraban nuestra misión, y me planté en la fila sin dejar de vigilar la puerta por la que había desaparecido el morlaco.

Gracias a la eficacia de nuestros servicios sanitarios, la fila avanzaba a buen ritmo, y Paco y yo pronto nos encontramos a tan sólo un paciente de distancia del mostrador. El anciano que nos separaba de nuestro objetivo, y que llevaba las canas recogidas en luengas trenzas de estilo retroafro, se levantó la camiseta descubriendo múltiples tatuajes y comenzó a largarle una perorata al médico, quien lucía el habitual uniforme a rayas blancas y rojas de Eternal Life Inc., así como con un gorro de esos mismos colores e idéntico al que había encontrado yo en el piso del odioso doctor. El que ahora portaba el facultativo llevaba prendida una chapa con la inscripción «Me llamo Mike» y otra que decía «Pregúnteme por las pastillas del día». Mientras escuchaba al proveyecto paciente bajo los carteles con las ofertas, el doctor resolvía un cubo

de Rubik apoyado en la caja registradora.

—¿Me curaré, doctor? —preguntó el vejete.

—Firme aquí —le respondió el médico tendiéndole un formulario—. Al hacerlo, reconoce usted que le he explicado con detalle su estado físico, y que éste es consecuencia de sus malos hábitos alimenticios y de su dejadez para consigo mismo. —Y después, cogiendo el micrófono alargado y flexible que tenía junto a él, y acercándose a la boca hasta llenarlo de babas, añadió con voz metálica, o al menos así sonó por los altavoces de la trastienda en la que los enfermeros empaquetaban pastillas y líquidos—: Doble de Trilium con patatas, Cokepepsi, y extra de queso. Recoja su pedido en la esquina junto con el gorro que regalamos esta semana. Y recuerde: «*You deserve Eternal Life*». ¡Siguiente!

Paco y yo nos disponíamos ya a aproximarnos al mostrador cuando, por el rabillo del ojo, pude ver cómo, por la misma puerta por la que había desaparecido antes, regresaba el expeditivo policía empujando una silla de ruedas, e ingresaba con ella en la sala mientras recorría ésta con la mirada. Visto lo cual, deduje que no me quedaba mucho tiempo para charlar con el médico y, por ello, tuve que alterar nuevamente mi plan consistente en contar toda la verdad, e improvisar una vez más, y contra mi voluntad, una trola que nos evitara entrar en una larga plática.

—Buenos días —dije por fin—. Mi RAP es 04-D65-726-361, AKA Immanuel Kant. Soy el seleccionador nacional de atletismo y me encuentro aquí en acto de servicio.

—Qué interesante —me respondió el doctor Mike, asomando la lengua entre los dientes mientras movía las capas del cubo con frenesí.

—Le digo esto porque es posible que dentro de unos segundos me vea usted salir corriendo de este excelente centro, tal vez perseguido por algún funcionario del orden, y no querría que ello le hiciera albergar malos pensamientos sobre mi persona: es parte del entrenamiento. En fin, este sujeto que ve junto a mí es uno de nuestros más insignes atletas, a pesar de sus escasísimos músculos, y acaba de sufrir una lesión que de no ser tratada inmediatamente podría descartarlo para la próxima carrera, que será retransmitida por televisión. Necesito que lo vea urgentemente el médico de nuestro combinado nacional, el muy ilustre doctor Jiménez-Pata quien, según me han dicho, colabora de alguna manera con esta celeberrima institución, o la

visita de tanto en tanto, o quizás no ha estado aquí nunca, o tal vez sí, o quién sabe. En cualquier caso, ¿lo conoce usted? ¿Lo ha visto últimamente?

—Jamás he oído hablar de ese individuo —respondió lacónico el doctor Mike, que no parecía poder alinear el último nivel del cubo—. Recuerde: «*You deserve Eternal Life*». ¡Siguiente!

No tuve tiempo de decir nada más. Incluso antes de que el doctor Mike hubiera terminado de hablar, Paco ya había comenzado a tirarme con insistencia de la manga para advertirme sobre la inminente presencia del concienzudo vigilante, a quien, en efecto, pude ver dirigiéndose hacia nosotros con cara de pocos amigos. Para no perderme en redundantes pormenores sobre las señales que me pusieron en guardia contra sus intenciones, valga decir que traía la silla de ruedas en volandas y que hacía molinetes con ella sobre su cabeza mientras clamaba fuera de sí: maldito parado de mierda. Así pues, y cumpliendo mi reciente profecía, pronto me vi cruzando a la carrera la distancia que nos separaba de la puerta mientras el doctor Mike, siempre pendiente de la salud y felicidad de sus pacientes, todavía tuvo tiempo de dirigirnos unas sabias palabras antes de que Paco y yo saliéramos zumbando del edificio.

—¡Correr sin calentamiento previo daña el tejido cartilaginoso! —nos advirtió—. Después no vengan quejándose de las rodillas...

La brillante luz del sol que nos regalaba aquella mañana veraniega nos acarició otra vez en cuanto volvimos a encontrarnos en la calle. No obstante, los sucesos se desarrollaban a una velocidad considerable, y no era el momento de ponerse poético buscando formas reconocibles en las escasas nubes o en las copas de los árboles. Digamos, por tanto, que en la escena dominaba el verde si uno miraba al frente y el azul si uno miraba arriba. Abajo supongo que dominaría el gris, pero la verdad es que no pude mirar al suelo porque tenía todos mis sentidos ocupados en seguir corriendo a toda pastilla. Esfuerzo este baldío, por cierto, ya que en cuanto pisamos la acera pude comprobar con alivio cómo el riguroso policía se había detenido al llegar a la puerta. Y de hecho allí se quedó, contemplándonos con más curiosidad que animadversión, mientras Paco y yo continuábamos alejándonos de él más al trote que al galope, y pronto más al paso que al trote, hasta que por fin nos detuvimos en una esquina ocupada, como todas las esquinas, por una oficina bancaria. Junto a ella se encontraba, tentador, un coqueto bar con el ventanal

cubierto por las pegatinas de las correspondientes inspecciones de sanidad y felicidad, empleo y realización personal, prevención de riesgos, ergonomía en el beber, integración de minorías, tolerancia y bienestar, seguridad ciudadana, supervisión dietética y, en fin, todas aquellas revisiones que un negocio serio y profesional debe superar para ofrecer a sus clientes, como dice el eslogan del Ministerio de Dinamismo Mercantil, una insuperable y plena experiencia de consumo.

Consideré que se hacía necesaria una breve pausa para la reflexión, así que, sin pedir opinión a Paco, continué tirando de él hasta que nos encontramos dentro del bar. Al punto, los molestos ruidos que continuaban llegándonos desde la obra vecina fueron reemplazados por el reconfortante soniquete que siempre lo recibe a uno en los lugares de ocio. ¡N'Joy!

—Vivan los clientes salerosos que con su presencia animan este local y con su dinero dinamizan el flujo de capitales —nos saludó el camarero, un tipo rechoncho y piloso con boca de *hot-dog*—. ¿Qué les pongo a estos dos caballeros de porte distinguido y andar... andar original?

—Una Cokepepsi, marca registrada de N'Joy Corporation, para mí —pedí con ansia.

—Una caña —dijo Paco.

—¿Para pescar? —se interesó el barman.

—No: una caña de cerveza —aclaró Paco con desgana.

—¿De qué? —se asustó el otro.

—De nada —atajé yo—. Póngale lo mismo que a mí.

Mientras caminábamos hacia la mesa más alejada de la puerta, Paco no dejó de quejarse y de preguntarme con insistencia por qué no podía consumir una serie de productos que, de haber estado permitidos por la Ley, habrían aumentado en más de un 34% la probabilidad de que se muriera antes de los noventa años, según dicen los expertos.

—¡Silencio! —lo interrumpí, harto ya de tanta tontería—. ¡Mira el videoguol!

Y no dije esto con la simple intención de distraer a Paco: de repente, en las imágenes que proyectaba el videoguol sobre todas las paredes del local pude contemplar estupefacto el rostro de Javichu Depy rodeado de sus habituales colaboradores, uno de los cuales exhibía la portada de un periódico mientras apuntaba con saña a la foto que Chumillas me había mostrado a mí la

noche anterior. Allí estaba, en primer plano, el pobre desgraciado cubierto de moraduras, arañazos, y heridas inciso-contusas, y también las manos que rodeaban su cuello y que, por el momento, continuaban siendo anónimas para la ciudadanía de bien. En un acto reflejo, escondí las mías, que a la sazón eran las mismas que aparecían en las imágenes del videoguol, debajo de la mesa.

Sin que casi me hubiera percatado de su presencia, el camarero se había acercado y nos había dejado las bebidas sobre la mesa. Cuando se hubo retirado, me atreví por fin a sacar una mano con la que agarré la Cokepepsi, marca registrada de N'Joy Corporation, para llevármela a la boca y ventilármela de un trago. Entretanto, en el videoguol, los contertulios se entretenían apilando sus sillas en lo que terminó por ser una horca simbólica. Además, todos se prendieron una hoja de lechuga en la solapa y exigieron al gobierno que capturara al culpable, que implantara un plus de peligrosidad para los periodistas, y que los eximiera del pago de la zona azul. Sólo el pobre Cicerón Lapa, que como siempre defendía la posición contraria a los demás, se atrevió a tirar su hoja de lechuga al suelo y a reclamar el beneficio de la duda para el autor del crimen, hechos ambos que fueron recibidos con silbidos y abucheos por sus compañeros, quienes aprovecharon para hacer notar lo pacífico, tolerante, y respetuoso de su actitud, en contraposición a, en sus propias palabras, la violencia exhibida por el miserable gusano que había agredido a su colega.

En su habitual papel conciliador, Javichu hizo una llamada al orden, y cuando consiguió que por fin los enardecidos comentaristas se desencadenaran del foco al que se habían amarrado, anunció que iba a proceder a dar la palabra al pueblo llano, al ciudadano de a pie, al señor Pepe y a la señora Paca, a los desheredados, a los catedráticos de la universidad de la vida, y no sé cuántos símiles más, con los que dio a entender que quedaba abierta la tradicional sección de su programa «Javichu te escucha».

—Disculpadme, amigos —les dijo a sus colaboradores—, pero tenemos ya al primer tevidente que desea opinar sobre el caso que nos ocupa, y supongo que también sobre el ciudadano que ha perpetrado tan rastrero crimen. Y lo llamo ciudadano cuando habría individuos, menos demócratas que yo, que lo llamarían cerdo oprobioso. Adelante. ¿Cuál es su nombre?

—Prefiero no decirlo, si ello lo permiten las normas de ese excelente programa que diriges con admirable maestría y singular temple, Javichu —

respondió el televidente, que por lo demás aparecía en la imagen a contraluz, como una simple silueta, y con la voz deformada por algún extraño artilugio casero.

—Por supuesto que puede usted permanecer en el anonimato, querido comunicante. Este es un país libre, y es usted libre de ser anónimo o de no serlo. ¿Cuál es el propósito de su llamada?

—Tengo pruebas que no puedo presentar debido a la distancia —comenzó a decir el espectador entre chirridos y distorsiones provocados por el sistema de ocultación doméstico—, pero que tampoco presentaría caso de tener oportunidad material de hacerlo, de que ese sujeto, y lo llamo sujeto aunque habrá quien pensará que debería llamarlo asqueroso delincuente, es un desequilibrado mental cuyas deficientes meninges representan un peligro para nuestros hijos.

—Y tiene usted el valor —se emocionaba Javichu—, qué digo valor, el arrojo, qué digo arrojo, la valentía de llamar al programa y decirle a la cara, en sentido figurado, a este personaje, todo esto que usted le dice. Y lo llamo personaje cuando podría llamarlo rijoso mezquino, si no fuera porque hace ya muchos años que abracé la integridad profesional como religión.

—Tú también tienes un par de huevos, Javichu. Y perdona mi limitado vocabulario, pero procedo de la sufrida clase media y por lo tanto poseo, a pesar de la gratuidad de nuestro sistema educativo, una importante carencia cultural de la que inexplicablemente me siento orgulloso y exhibo a la menor oportunidad, siendo el responsable de ello el actual presidente del gobierno, sea éste quien sea.

—Pero —intentó mediar Cicerón Lapa, y yo se lo agradecí en silencio— no ha ofrecido usted ninguna prueba, ningún hecho. Ni siquiera se ha esforzado en inventarse una mentira. ¡Es usted un oportunista!

—De oportunista nada, Lapa —respondió, crecido, el televidente de la voz ahuevada—: yo sólo estoy diciendo la verdad. Pero no pretendo iniciar un linchamiento. No hay que ponerse a su altura: nosotros los demócratas ofrecemos a nuestros congéneres, y lo llamo congénere cuando muchos colectivos preferirían llamarlo consumado patán, la oportunidad de defenderse ante un juez. Así que espero que lo detengan y que lo juzguen, y que después lo manden a pudrirse a la cárcel: ya lo lincharán allí.

—Gracias de nuevo, ejemplar individuo —intervino Javichu—. Pero no

quiero parecer partidista. Ya se sabe que, por muy intachable y prolífica que sea la carrera profesional de uno, siempre hay fariseos dispuestos a ver en ojo ajeno la paja y otras guarrerías por el estilo. Así que dejaremos las líneas abiertas por si se diera el caso, por ridículo que pueda parecernos a todos, de que algún pelagatos, o presuntos pelagatos debería decir puesto que soy un demócrata de toda la vida, quisiera defender la indefendible postura contraria. Comprenderán que tenemos que filtrar antes ese tipo de llamadas, puesto que el acceso incontrolado a los medios de comunicación es un arma peligrosísima, aunque afortunadamente impensable en una sociedad moderna y pujante como la nuestra.

El resto de testimonios que desfilaron por el programa de Javichu no fueron muy diferentes del primero. Esto, como se podrá comprender, no contribuyó en nada a mejorar mi estado de ánimo que, todo sea dicho, no era ya muy boyante. Sentado en aquel rincón, con la mirada perdida en el videoguol temporalmente convertido en máquina expendedora de vituperios, el futuro se me apareció de un negro tan negro que ni el progresista más radical se habría atrevido a censurarme por no calificarlo de afroeuropeo. La luz clara de la mañana, apenas tiznada por la película de grasa adherida a los cristales del ventanal, me ofreció una visión más realista de nuestras posibilidades de éxito, y mientras los colaboradores de Javichu procedían a incendiar simbólicamente un pelele que, según explicaron, representaba simultáneamente al criminal, al presidente del gobierno, y al extremo zurdo del Real Madrid que, al parecer, había fallado un penalti decisivo el pasado domingo, yo aproveché para reevaluar a vuelapluma mi situación, y a pesar del empeño que puse en no dejarme dominar por el pánico, las conclusiones que iba alcanzando eran tan tenebrosas que terminé golpeándome la cabeza contra la mesa de formica.

El reloj del bar avanzaba implacable hacia las diez de la mañana, y la cita con Chumillas se acercaba peligrosamente sin que yo me viera capaz de recolectar el más mínimo dato, hecho, o rumor, con el que cooperar en la captura del malicioso doctor. Si Miclantecuhtli no había tenido más suerte en el Cotolengo de los Padres Radiadores, la suerte estaba echada. Y no dormida precisamente, pensé abandonado a los más negros augurios, sino muerta.

—¿Me invita a un refresco, joven? —dijo alguien a mi izquierda, sacándome así de mis estériles reflexiones.

—No llevamos suelto —respondió Paco ante mi silencio y, como siempre, lo hizo empleando términos que a mí me resultaban crípticos—. Pregunte en otra mesa.

—En otra mesa —insistió el pesado—, no les interesaría escuchar lo que yo sé sobre ese tal Jiménez-Quijada.

—¿Jiménez-Pata? —pregunté yo dando un respingo, y al hacerlo levanté la cabeza, que ya me dolía de tanto golpearla contra la mesa, y pude comprobar así que el cargante pedigüeño no era otro que el anciano con peinado afropunk que habíamos visto en la fila del Centro de Felicidad Personal.

—Algo así —contestó él como desgana, fingiendo una repentina flojera memorística—. ¿Puedo sentarme ahora?

Aparté a Paco de un empujón y le ofrecí su silla al venerable jubilado.

—Por supuesto —dije—. Así pues, ¿conoce usted al insigne y admirado doctor?

—Nah —respondió, otra vez con indolencia, el ajado pensionista, o tal vez lo que dijo fue «noa», o «neah», o «nap», pero fuera lo que fuese lo dijo con tremenda desgana.

—Pero usted ha dicho...

—No sé que he dicho, pero no diré nada más si no veo en todo esto un beneficio claro y directo para mí.

Resignado a una nueva merma patrimonial, dejé que me apuntara con un lector de RAP que sacó del pantalón, y que procediera a cobrarme un importe que me pareció razonable, y pensé que quizás era debido a eso, a cobrar importes razonables por sus servicios, por lo que aquel sujeto se encontraba en el lamentable estado que ofrecía a la vista.

—El caso es que ese tipo —comenzó a decir— vino al Tristan Braker anteayer y estuvo hablando con algunos médicos. Quizás intentando pasar por un jubilado más, apareció tocado con una peluca blanca ridícula, cuya falsedad habría adivinado a la legua un párvulo —añadió, y yo asentí con un leve carraspeo—. Quería localizar a un tal Nicolás Kopp, tendrán que disculparme por no recordar su RAP, que al parecer es un tipo con el que trabajó hace años y con el que quería reencontrarse, según dijo, por orden de su Terapeuta de Conflictos Psicológicos No Resueltos, o TCPNR. Caramba, casi es más largo con las iniciales...

La pista parecía prometedora, puesto que el nombre mencionado por el

venerable rastafari coincidía con el que Miclantecuhtli había relacionado la noche anterior con el RAP hallado en el piso del doctor lagarto.

—¿Y usted cómo sabe todo eso? —preguntó, reconozco que oportunamente, Paco.

El jubilado projamaicano sonrió, de nuevo, como si ello le supusiera un gran esfuerzo.

—Ustedes todavía son jóvenes —dijo—, pero cuando crezcan descubrirán que en este mundo sólo hay dos tipos de jubilados: los que se quejan de la pensión y se pasan el día viendo obras, y los que se quejan de la pensión y se pasan el día en su Centro de Felicidad Personal al que, además, insisten en llamar ambulatorio a pesar de todos los cambios de nombre que promueve el ministerio. Yo, por si no lo han deducido, soy del segundo tipo. —Y, girándose para ver el reloj que colgaba de la pared, añadió con voz quejumbrosa—: Tengo que volver a ponerme en la cola.

—Espere —intenté detenerlo yo—. ¿Qué pasa con el doctor Jiménez-Pata? ¿Consiguió encontrar al tal Nicolás Kopp? ¿Trabaja ese sujeto en el Centro de Felicidad Personal?

—Noah —dijo otra vez, o tal vez fuera «neah», o «nopa», o «neao»—. Kopp no es médico. No sé si lo fue en el pasado, pero ahora, y según dijo el doctor Romo que esta semana está de tardes, Kopp es sólo uno de los pacientes del centro.

—¿Y mencionó dónde se le puede localizar? —pregunté ansioso.

—Lo único que le dijeron al doctor Jiménez-Coxis es que Nicolás Kopp vive en el CID de Can Jubileta. El doctor Romo, no sé si guiado por la legislación vigente sobre protección de ancianos o enfurecido por la feroz resistencia del cubo de Rubik, se negó a proporcionarle más datos.

—¡En marcha! —exclamé, dirigiéndome a Paco, tras escuchar las palabras del vejete—. Tenemos que encontrar una manera de entrar en ese CID, cosa que preveo complicada puesto que los CID para jubilados son auténticos fortines.

—Ejem —tosió entonces nuestro interlocutor.

—¿Tiene algo más que decir? —le pregunté, y él volvió a exhibir un gesto de cansancio, de debilidad mental, como si quisiera recordar algo y no pudiera, así que dejé que volviera a apuntarme con su lector de RAP.

—Si quieren un consejo —dijo una vez que se hubo cobrado otra modesta

cantidad—, les daré el mismo que le di anteayer al tal Jiménez-Pata: busquen a Nicolás Kopp en la obra del nuevo ECO, a dos manzanas de aquí. Guíense por los ruidos. —Y al ver mi gesto de escepticismo, añadió—: Nunca he visto al tal Kopp por el ambulatorio, y de esto deduzco que debe ser del primer tipo de jubilados.

## CAPÍTULO 10010

—¡*Stop!* —nos dijo un individuo con gorra que obstaculizaba la entrada al solar—. Sólo jubilados. Y usted —añadió, dirigiéndose a mí y guardando el lector de RAP que había sacado—, ¿no debería estar buscando trabajo en lugar de venir a molestar a los honrados pensionistas? Y por curiosidad, ¿podría decirme por qué lo expulsaron de las clases de natación a los catorce años?

La urgencia de nuestra misión me obligó a pasar por alto una vez más este intolerable abuso contra mi intimidad, la cual, y gracias al acceso popular a la tecnología, parecía estar convirtiéndose últimamente en patrimonio común de la Humanidad. Esa misma urgencia fue la que me hizo optar también en esta ocasión, y a pesar de mis sólidas convicciones morales sobre el tema, por elaborar a toda prisa una farsa que nos allanara el camino hasta el misterioso señor Nicolás Kopp. No iba a ser fácil: la obra del ECO, como la de todas las grandes infraestructuras, estaba rodeada de las gradas desmontables que el ayuntamiento coloca para que los jubilados puedan seguir las evoluciones de la construcción cómodamente. En las cuatro esquinas del recinto se abrían otros tantos túneles de acceso, con sendas torretas de evacuación, protegidas por sus correspondientes funcionarios quienes, al igual que había hecho el que nos había tocado en suerte, se aseguraban de que sólo los jubilados pudieran acceder al espectáculo.

En el interior el ambiente parecía caldeado. Continuamente nos llegaba el eco de las críticas a las maniobras de los albañiles, o los silbidos con los que el público censuraba una soldadura chapucera. De tanto en tanto, la tensión se hacía máxima cuando una excavadora patinaba y no conseguía cargar la pala, o cuando un polispasto mal enganchado perdía su carga. En definitiva, estaba claro que aquella obra era una de las principales del momento, y no parecía

que una vez leído mi RAP ninguno de los guardias fuera a dejarme el paso franco. Cosa que, en cuanto lo reflexioné cinco minutos, tampoco necesitaba, puesto que yo no conocía a Kopp y, por lo tanto, tampoco habría podido identificarlo en aquella maraña humana. La estrategia a seguir tenía que conducirnos, necesariamente, por otros derroteros.

—Sí, es cierto —admití por fin ante el portero—, ayer perdí mi empleo. Pero sepa usted que lo hice por una buena causa. Este individuo que ve junto a mí es hijo natural de un importante preboste, que prefirió permanecer en el anonimato en el momento de su concepción y durante los treinta años siguientes. Ayer, empero, este prócer de nuestra sociedad pasó a mejor vida, y mi empresa, como albacea de su testamento, tenía la obligación moral de defender a los herederos del difunto, dejando a un lado asuntos de cama o de cualquier otro bien mueble. Mis superiores, sabedores de que si nadie acudía a reclamar la herencia, ésta, mediante ardidés legales, pasaría a manos del bufete, y conocedores también de mi inquebrantable ética profesional, decidieron deshacerse de mí y me pusieron de patitas en la calle. Pero yo, fiel al juramento pitagórico, y, por qué no reconocerlo, esperando también alguna recompensa a mi integridad, conseguí localizar a este infeliz que hasta el momento había llevado una insulsa vida media, ignorante de su elevada estirpe y de otras muchas cosas. No hay que culparlo: sus profesores solían decirnos, puesto que el bufete siempre estuvo al tanto de su existencia, que es muy inteligente, pero que no se esfuerza. —Mi brillante exposición se vio interrumpida por un bostezo del tamaño de un buzón en la boca del portero—. Hoy me encuentro aquí en misión oficial, para encontrar y enriquecer al otro hijo del finado, que resulta ser un guitarrista jubilado llamado Nicolás Kopp, y al que, gracias a nuestros sofisticados sistemas de seguimiento, hemos localizado aquí. ¿Podría avisarle por megafonía?

Ante la ausencia de respuesta por parte del guardia, dejé transcurrir unos segundos que, supuse, él estaría dedicando a la meditación y al análisis mental de la impecable trama que le había presentado. Sin embargo, y viendo que el silencio se prolongaba, Paco se adelantó y le chistó con insistencia, lo que nos sirvió a ambos para comprobar que el portero se había quedado roque apoyado contra la jamba del portón. De nuevo Paco, más rápido y también más rastrero que yo, aprovechó la ocasión para colarse en la pequeña garita que había tras el traspuesto funcionario. Allí, empezó a aporrear todos los botones

que vio hasta que, por fin, todo el mundo pudo escuchar por el sistema de megafonía una llamada que reclamaba al señor Nicolás Kopp en la puerta número tres para un asunto urgente.

Paco salió de la garita jactándose con la mirada de su logro, y seguro que habría dicho alguna de sus tonterías si yo no le hubiera hecho una seña para que se callara y no perturbara el sueño del guardia. Así pues, en silencio nos quedamos los dos esperando a que saliera el misterioso señor Kopp, soportando el calor ya exagerado que anunciaba el mediodía, y que traía a la cabeza tropos como que el sol caía a plomo o que hacía un sol de justicia. Tal vez esta última no fuera la más adecuada, pensé, puesto que si, en efecto, el sol fuera de justicia, no me encontraría yo en aquel lugar esperando a que apareciera Nicolás Kopp para conseguir nuevas pistas que me ayudaran a recuperar a mi hija. Si el sol fuera realmente de justicia, me dije, ya tendría que haber lanzado uno de sus implacables rayos sobre Chumillas para, de ese modo, liberarme también a mí de todo aquel jaleo.

De pronto se presentó ante nosotros un sujeto cenecño y moreno, de pelo cobrizo y dispuesto en una lacia melenilla que, al llegar al cuello de la camisa, se le combaba en grácil pirraca. Consideré que siendo aquel sujeto, como no podía ser de otra manera, pensionista, ofrecía un aspecto inmejorable, y que bien podría haber sido el buque insignia de la mejor campaña publicitaria para un centro de tratamiento antivejez.

—¿Nicolás Kopp? —le pregunté, y esperé atento su respuesta pues su juvenil aspecto me había desconcertado.

—En efecto —respondió, exhibiendo una dentadura impecable—: RAP 04-E61-636-86F, AKA Nicolás Kopp.

—Permita, pues, que me presente: mi RAP es 04-D65-726-361, AKA Immanuel Kant —y, dicho esto, comencé a endilgarle una nueva trola soportando, una vez más, un insufrible cargo de conciencia—. Represento a importantes celebridades entre las que se encuentra, por chocante que pueda resultar, este sujeto que ve usted a mi lado, y cuyos RAP y AKA prefiero no revelar puesto que se vería comprometida su seguridad y quizás la de muchos inocentes, y no quiero decir con esto que él no lo sea, aunque tampoco digo lo contrario. ¿Me sigue? Perro come a perro. Esta mañana nos han advertido de que un peligroso terrorista subversivo, como lo son por otra parte todos los terroristas, planea atentar contra la vida de mi representado. No se asuste:

somos profesionales y sabemos cómo actuar. En estos casos la rutina de seguridad incluye un cambio de rostro, y es por ello que me urge localizar a uno de nuestros habituales colaboradores en materia de cirugía plástica, el ínclito doctor Jiménez-Pata, que viene trabajando de incógnito para nosotros desde hace muchos años. No hemos podido localizarlo en su residencia habitual ni tampoco en los lupanares próximos, así que hemos optado por seguir la pista de sus amistades más cercanas entre las que, según nuestros informadores, se cuenta usted.

Kopp había escuchado mi relato con un gesto entre atento y desconcertado, pero cuando me detuve para esperar una primera reacción por su parte, él sólo se limitó a sonreír en silencio mientras, en un inquietante contraste, iba frunciendo el ceño y entornando los ojos.

—Sabía que no lo conseguiría —dijo por fin—, pero no pensé que fuera a detenerlo un par de aficionados como ustedes. —E interrumpiendo con un desgaire mi intento de replicarle, prosiguió—. No siga contándome más bolas, y no le digo esto porque yo sea uno de esos ñiquiñaques que piensan que con la verdad se llega a cualquier parte y todas esas simplezas, sino porque las cuenta usted fatal y, además, en este caso, me consta que todo lo que me ha dicho es mentira. En efecto, conozco a Jiménez, que por cierto no lleva guión entre Jiménez y Pata, puesto que no es un apellido compuesto. Su nombre es Jiménez, y su apellido Pata. Es el típico caso de padres con delirios de grandeza proyectados que, al nacer su primer hijo, y ante la imposibilidad de pagarle un apellido de más de cuatro letras, deciden ponerle un apellido como nombre para que en el futuro, y merced a esa pequeña impostura, pueda convertirse en afamado médico o en sanguinario abogado. No me interrumpan, por favor: tengo muy mala leche y, como pensionista, puedo quejarme de lo que me dé la gana. Sí, conozco a Jiménez desde hace mucho tiempo, y por eso sé que jamás ha colaborado con nadie de incógnito, puesto que fue precisamente su ansia de notoriedad pública lo que siempre lo llevó a la ruina.

Llegados a ese punto, el portero fue arrojado de los brazos de Morfeo y no tardó mucho en recuperar la verticalidad y comenzar a farfullar dirigiéndose a nosotros.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó, recomponiéndose el uniforme.

—Nada —respondió, para mi alivio, el señor Kopp—. Estos caballeros han venido a buscarme por un asunto de máxima importancia.

—Conque era verdad... Permítame decirle que lamento haberle juzgado mal —se excusó el guardián dirigiéndose a mí—, y con la misma me pongo a su disposición para cualquier cosa que usted guste mandar siempre que a cambio me recompense adecuadamente. Como dice el eslogan del Banco Iscariote, marca registrada de N'Joy Corporation: «por un contrato de obra, un coche; por uno eventual, un piso; por uno fijo... yo no sé que te diera por uno fijo».

Nos hizo una reverencia y, aprovechándola, los tres nos alejamos en dirección a la calle que circundaba el solar y que se hallaba prácticamente desierta. Tras doblar una esquina, Kopp se detuvo junto a la fachada de una hamburguesería McKing, marca registrada de Eternal Life Inc., tal vez buscando protegerse del sol implacable que ya se adueñaba del asfalto. Y me disponía yo a retomar la palabra cuando el propio Kopp volvió a atajar mi intención con un seco ademán.

—Voy a preguntarles algo, y no se lo preguntaré dos veces —dijo, empleando un tono acorde con la implícita amenaza—. ¿Quiénes son ustedes, y qué relación tienen con Jiménez-Pata?

Kopp y yo nos quedamos mirando el uno al otro como si estuviéramos en un concurso de hipnotismo. No sé él, pero yo no estaba admirando sus rasgos equilibrados, sino calculando a toda velocidad las distintas probabilidades de éxito de cada uno de los embustes que se me iban ocurriendo. Así pasamos varios segundos, tantos que yo ya empezaba a marearme, pues la mirada del señor Kopp era realmente penetrante y narcótica, e inducía al sueño. Si además tenemos en cuenta el ajeteo que yo llevaba acumulado, y el hecho de que la noche anterior apenas había dormido un par de horas, se entenderá por qué fue necesario que Paco me propinara un codazo para que me decidiera a hablar.

—De acuerdo —dije—: le contaré la verdad.

Y, en cierto modo, así lo hice. No entré en los detalles más surrealistas de lo acontecido en los dos últimos días pero, a grandes rasgos, podría decirse que la historia que le narré era cierta. No mencioné, justo es reconocerlo, que mi propósito era localizar al doctor perdulario para entregárselo a Chumillas, y en lugar de esto argumenté que mi intención era advertir al rufián galeno sobre el peligro que corría y aconsejarle que desapareciera cuanto antes. Tanto me esforcé en justificar mi preocupación por la suerte del médico

indeseable que Kopp volvió a interrumpirme para evitar que me entregara al melodrama más almibarado.

—Veo que volvemos por el mal camino —me advirtió, meneando la cabeza, al advertir que mi relato iba haciéndose cada vez más inverosímil—. Creo que será mejor que deje usted de hablar, porque le noto una querencia a la jácara que me pone muy nervioso.

—No entiendo a qué viene ese comentario —repliqué, haciéndome el ofendido.

—Estoy convencido de que ninguna persona que conozca a Pata movería una falange para advertirle sobre ningún peligro. Cuando yo lo conocí era pedante, engreído, egoísta, traicionero, un desastre contando chistes, y, en lo profesional, un trepa: vaya, que tenía madera de consejero delegado.

—De acuerdo —tuve que recular—, he exagerado algunos hechos y omitido otros. Pero no me parece justo que yo tenga que confiarle toda la información que conozco con pelos y señales mientras usted ni siquiera nos ha dado pruebas que demuestren que, en efecto, conoce al sórdido doctor. El caso que nos ocupa, usted lo sabrá también si es cierto que conoce al vicioso galeno, es hartamente comprometido, y no puedo dispensar hechos y datos al primero que me lo pida.

De nuevo Kopp intentó establecer un cruce de miradas hipnóticas, pero consciente de mi segura derrota si me unía al juego, aparté la vista para ir a fijarla en uno de los pósteres que adornaban los cristales de la hamburguesería, y que ofrecía, por la compra de un ChupiBurger, marca registrada de Eternal Life Inc., un ejemplar de la biografía del solista de Los Latinos Divinos, marca registrada de N'Joy Corporation, que a la sazón contaba con diecisiete años de edad. Muchas otras interesantes promociones se ofrecían al público, aunque no tuve la oportunidad de cotejarlas puesto que por fin el señor Kopp se decidió a hablar.

—Hace muchos años —comenzó a decir—, realmente muchos más de los que a mí me gustaría, cuando Pata era un recién licenciado que acababa de llegar al Hospital Marcus Welby para realizar sus prácticas de ginecología, se presentó un día una muchacha de apenas treinta años, casi una niña, una niñita de hecho, una niñitita, sudorosa, febril, débil hasta el extremo, y gorda como un taquillón. Los agudos facultativos del centro no tardaron en diagnosticar que la chiquilla estaba a punto de dar a luz o, como se dice ahora, de pulsar el

*play*. Por su parte, los no menos agudos contables del hospital tampoco emplearon mucho tiempo en averiguar que la joven era una menesterosa, sin recursos, trabajo, ahorros, ni familia. Sopesando ambos puntos de vista, la dirección del hospital consideró que lo mejor sería devolverla a la calle, pero sus aullidos de dolor no aconsejaban andarla paseando por el exterior. Finalmente, fue internada en un cuartucho del semisótano donde se almacenaba el sulfumán, y se le endosó el caso a Pata, quien, al ser el doctor más pipiolo de la plantilla, era también el más barato. Pata, a su vez, reclamó la presencia de un matrono y, atendiendo a los mismos criterios pecuniarios, el director me escogió a mí, pues esa era mi profesión en aquella época, y yo también era novato. Fue un alumbramiento complicado, especialmente para un médico que había repetido curso tres veces y había aprobado anatomía copiando en la última convocatoria, y para un matrono debutante que nunca antes había atendido un parto. Esto último no era atribuible a mi dejadez o vagancia, sino a que las mujeres, no me pregunte por qué, preferían dar a luz ayudadas por otras mujeres, en un claro acto de discriminación hacia mi persona que, sin embargo, nunca tuve la oportunidad de denunciar puesto que la dirección del hospital cobraba jugosas facturas de las infractoras.

—Hasta ahora —interrumpí para tomarme una pequeña venganza—, todo lo que nos ha contado bien podría ser una simple engañifa. Y puedo asegurarle que a mí, al contrario que a usted, la falsedad me repele muchísimo.

—En efecto —matizó Kopp—, a mí no me repele la mentira en general, pero me repelen las tuyas, porque son zafias y están muy mal contadas. Pero volvamos a mi narración que, por cierto, no sé por qué ha interrumpido. El parto, como decía, fue demasiado para nosotros. La madre falleció debido a una serie de causas que Pata identificó y catalogó con maestría pero que, como suele suceder en la misteriosa disciplina médica, fue incapaz de contrarrestar. El bebé, por contra, nos salió sorprendentemente sano, rollizo, y llorón. Fue una niña.

—Enhorabuena —se alborozó Paco.

—De nuevo los regidores del hospital, para evitar las incómodas preguntas que posiblemente querría hacernos la policía acerca de la madre, difunta por más señas, y sabedores de que ésta no contaba con familiares que pudieran interesarse ni por ella ni por la recién nacida, estimaron que lo mejor sería entregar la criatura a una entidad discreta, seria y, ante todo, sobornable

—proseguía Kopp—. Con gran dolor de nuestro corazón, puesto que era el primer parto de ambos, Pata y yo tuvimos que consentir en que la niña fuera entregada al Orfanato de los Padres Radiadores, ahora llamado Cotelengo puesto que en una audaz operación de *marketing* amplió años después su ámbito de actuación, y allí fue donde la criatura se crió y educó ajena a su azarosa procedencia. Pata y yo, por lo demás, poco hubiéramos podido decirle sobre la identidad de sus progenitores: dado que el hospital no quiso conservar el RAP de la madre ni ninguna otra prueba de su presencia, de ella sólo conocíamos su AKA; del padre, apenas ni eso, puesto que la parturienta se había negado en todo momento a facilitárnoslo. Sólo en los instantes más dolorosos del trance, abandonada a la fiebre y el delirio, había mencionado un nombre que en aquel momento no nos dijo nada pero que, años después, motivó todo este enredo en el que, todavía no sé por qué, también ustedes se han visto envueltos. En efecto, en varias ocasiones la madre, entre jadeos y sofocos, alcanzó a decir: oh, Javichu, oh, mi Javichu. Y por fin, quizás en un destello de cordura que la hizo consciente del aciago final que la aguardaba, nos confesó: «Que el mundo sepa que amo a Javichu Depy, y que yo soy superespecial, jo». Y dicho esto, expiró.

Cuando Kopp terminó de hablar no pude por menos de reconocer que, si nos estaba endosando una trola, verdaderamente él las contaba mucho mejor que yo. El final de su relato me sorprendió con los ojos húmedos y la barbilla trémula, y tuve que hacer un esfuerzo ímprobo para conseguir tragar saliva y confinar las lágrimas en el interior del ojo. Y es que no había podido evitar, escuchando la desgracia de aquella pobre niñita de edad similar a la de mi hija, acordarme de lo que podría sucederle a ésta si yo no conseguía llevar aquel asunto a buen puerto. Se me vinieron a la cabeza horribles imágenes en las que a mi pequeñitita le arrebatában su consola de videojuegos y, a cambio, la forzaban a escuchar día y noche las canciones del tal Johnny. Paco, menos sensible que yo y también más acostumbrado a las falacias, tamborileaba con los dedos sobre el escaparate del McKing, marca registrada de Eternal Life Inc., y resoplaba ante mis muestras de sensibilidad masculina.

—Que digo yo —se arrancó—, que qué tiene todo esto que ver con nosotros. Lo que queremos saber es dónde está el tal Pata ahora, no en el Renacimiento.

—No le haga caso —intervine, conmovido por el relato, angustiado por el

incierto destino de mi hijita, y, en fin, decidido ya a terminar con toda aquella pantomima confesándole a Kopp la desesperada situación en la que me encontraba—. Si lo que nos ha contado usted es verdad, apelo a sus nobles sentimientos para que también nos cuente lo que sepa sobre el paradero del execrable doctor. Por culpa de éste me he visto involuntariamente envuelto en una trama cuyas proporciones me sobrepasan, y que ha terminado por poner en peligro ya no mi vida, sino la de mi propia hija, que en estos momentos se encuentra retenida por un cantante melódico traído del averno, si es que en el averno aceptan a ese tipo de cantantes, cosa que dudo puesto que ni siquiera en tal lugar acierto a imaginar tamaña crueldad. —Kopp me miraba intentado calibrar el grado de veracidad que contenían mis palabras, y sentí que necesitaba un último golpe de efecto para acabar de ganarme su simpatía—. Estoy seguro de que en muchas ocasiones se habrá preguntado usted si hizo todo lo que pudo por aquella niñitita a la que ayudaron a alumbrar, y por su hija, o hijititita. Tal vez sí, tal vez no, eso nunca podrá saberlo, pero ahora tiene la oportunidad de emplear aquel desgraciado incidente para ayudar a otra niñitititita, la mía, una pequeñitititita niña que se encuentra, al igual que aquella otra tantos años atrás, indefensa y necesitada de su ayuda: no la abandone a su suerte.

Siempre había estado yo convencido, a fuer de ser sincero, de que mis dotes para el melodrama eran mayores de lo que ahora parecía demostrar la reacción de Kopp a mi conmovedor epílogo. Su mirada no traslucía ninguna piedad, sus zapatos llevaban un buen rato tableteando contra el suelo, sus pulgares trenzaban círculos imaginarios, y su garganta se esmeraba en la extracción de una indómita flema. Paco, por su parte, silbaba una canción que no pude reconocer.

—Muy emotivo —reconoció por fin Kopp, una vez doblegada la flema rebelde.

—Gracias.

Y tras un nuevo aunque breve silencio, preguntó:

—¿Hay pasta de por medio?

—Le daré todo lo que quiera. Todo lo que tengo —respondí con pasión.

—Menuda oferta —resopló Kopp—. Usted está en el paro. Leí su RAP con disimulo mientras me contaba una de sus invenciones. Así descubrí también que ha tenido usted problemas con la justicia y que lleva tres muelas

empastadas.

—Es cierto —concedí, por mor de agilizar la negociación, y obviando esta nueva transgresión de la Ley que se obraba en mi persona—, pero si consigo resolver este galimatías me consta que accederé a importantes cargos empresariales, que, con ayuda de los medios de comunicación afines, me permitirán estafar a los consumidores y engrosar mi cuenta corriente hasta la talla de una soprano.

De nuevo Kopp hizo un receso en el que sus ojos permanecieron clavados en los míos.

—Le pediría diez millones de dólares en billetes pequeños y sin marcar, pero ya no existen los billetes pequeños, ni siquiera marcados, ni tampoco los grandes, así que esto es lo que exijo a cambio de mi cooperación: un RAP nuevo, cargado con una pasta gansa, un pase para aparcar en el centro, y una plaza de funcionario de Correos. Quiero tener las tardes libres.

—No sé si podré conseguir lo que me pide.

—Usted no lo sabe pero yo sí, porque conozco perfectamente la dimensión del problema en el que se ha metido, y por ello también sé que, si consigo terminar lo que Pata comenzó, podrá conseguirme eso y mucho más. Lo que ya no tengo tan claro es si será usted capaz de salir de este asunto con el esqueleto completo y, por lo tanto, si me servirá de algo contarle todo lo que le voy a contar.

—Espero que no lleguemos a ese extremo —confesé—, sobre todo por la parte que a mí me toca. Pero incluso en ese caso tampoco perdería usted nada por haberme hecho partícipe de su secreto —y tragando saliva añadí—: me lo llevaría a la tumba.

Kopp se tomó unos segundos para considerar mi oferta, hasta que finalmente asintió con la cabeza y la aceptó tras mencionar que estaba harto de ser un jubilado porque, en sus propias palabras, uno ya no se come un rosco. Y tras decir esto, se dispuso a narrarnos la segunda parte de su historia.

—Como les decía antes —comenzó—, el nombre de Javichu Depy no nos dijo nada cuando lo escuchamos por primera vez de labios de la moribunda madre. Supongo que, por aquellos años, Javichu rondaría los treinta, y por lo tanto sólo estaría terminando la carrera, o poco más. Así pues, y tras el incidente que antes les he relatado, Pata y yo seguimos trabajando en el Hospital Marcus Welby, y nuestras carreras siguieron la trayectoria que cabía

esperar a la vista de nuestros comienzos. Yo, lo reconozco, no me preocupaba mucho por mi progreso profesional, y, siendo de natural optimista, me consolaba examinando las múltiples ventajas que me ofrecía la situación: el sueldo no era malo, los zuecos blancos siempre me han vuelto loco, disponía de mucho tiempo libre puesto que las parturientas seguían sin querer matronos, y esto, unido al hecho de que todas mis compañeras eran mujeres, me ofrecía múltiples oportunidades de retozar con ellas en el cuarto de la ropa sucia. Pero Pata, decidido a tener un cargo que le permitiera humillar a sus vecinos en las reuniones de la comunidad, sufría lo indecible al ver cómo la dirección del hospital lo quería reconducir hacia el área de proctología. —Kopp se detuvo un instante y carraspeó—. Así discurrían nuestras vidas, hasta que un día Pata me citó en el más absoluto secreto con el pretexto de proponerme una manera fácil y rápida de que ambos consiguiéramos sendos puestazos en la tele. Yo, la verdad, con tanto revolcón en los ratos libres ya me había olvidado de aquel incidente con la joven madre y su huérfana hija, pero al parecer Pata lo recordaba muy bien, y supongo que durante años había sabido esperar con paciencia a que Javichu Depy fuera escalando posiciones en la jerarquía mediática hasta que consideró que había llegado el momento de utilizar la información que sólo nosotros conocíamos. Fue entonces cuando me propuso chantajearlo amenazándolo con acudir a los periódicos de Eternal Life Inc. para ofrecerles la historia de la pobre muchacha de treinta años, a la que los reporteros ya se encargarían de llamar niñitita, y a la que Javichu había abandonado a su suerte, embarazada y enferma, renegando no sólo de ella sino también del hijo que llevaba en sus entrañas. Coincidirán ustedes conmigo en que, con poco que pusiera de su parte el guionista del telediario, el país se levantaría en armas contra Javichu y se olvidaría en un santiamén de todos los negritos que se mueren cada día, porque hay que ver cómo son, los negritos, no los espectadores, que también.

Paco y yo asentimos, y aprovechamos la pausa para sentarnos en el escalón del McKing, marca registrada de Eternal Life Inc., puesto que ya llevábamos un buen rato de pie.

—Dicho y hecho —prosiguió Kopp—, el plan de Pata funcionó a la perfección: N'Joy Corporation, viendo en peligro la reputación de su principal líder mediático, y por ende la de la propia empresa, no escatimó dinero ni influencias para atender nuestras peticiones: a mí me concedieron la jubilación

anticipada, que exigí a pesar de tener cuarenta años menos de los requeridos por la Ley, y a Pata, más ambicioso, le ofrecieron la dirección general de New Telefónica, marca registrada de N'Joy Corporation, que recientemente se había adjudicado mediante un sorteo entre un grupo de orangutanes a modo de experimento, el cual, por cierto, había arrojado estupendos resultados, lo que hizo que el consejo de administración pusiera todo tipo de problemas al cese del primate. La oferta a Pata incluía, por supuesto, el despacho, la secretaria, y el sueldo exorbitante del orangután, así como el plus que éste se embolsaba por cada cliente que escribía una queja. A Pata, sin embargo, todo esto debió de parecerle poco, o quizás los directivos de N'Joy Corporation previeron, con buen criterio, que él no respetaría el pacto de silencio y que en cualquier momento volvería con nuevas exigencias o, todavía peor, que se vendería al enemigo si éste le ofrecía más. Sea como fuere, le tendieron una trampa en la que Pata cayó de cabeza.

—Esa parte —interrumpí— ya la conozco.

—Yo no —se quejó Paco.

—Pues ya te la contaré en otro momento: ahora tenemos prisa. Supongo —proseguí, dirigiéndome a Kopp—, que se refiere usted a la joven que acudió a la casa de Pata fingiendo estar enferma, para después acusarlo injustamente de abusos deshonestos.

—En efecto —asintió Kopp—, aunque no sé por qué califica usted la acusación de injusta.

—El piojoso doctor me contó ayer que, sin previo aviso, la muchacha se presentó en su casa con claros síntomas de cardiopatía y que él, guiado tan sólo por su sentido del deber, pidió a la chica que se desvistiera para proceder a reconocerla, acción durante la cual, y de manera totalmente involuntaria, rozó uno de sus pechos.

—La versión no falta a la verdad, a fe mía —reconoció Kopp—, aunque me temo que es incompleta. Tal vez Pata se olvidó de mencionar en su relato algunos detalles, quizás menores, pero que sin duda influyeron en la decisión del juez.

Y acompañando su enumeración de la extensión de los correspondientes dedos de una de sus manos, a modo de guía visual, nos expuso la siguiente relación de hechos:

- Que la cardiopatía de la muchacha era en realidad una simple taquicardia derivada naturalmente del hecho de haber tenido que subir ocho pisos a pie, puesto que los ascensores estaban estropeados.

- Que, aun siendo cierto que Pata le pidió que se quitara la ropa, ella se negó varias veces, y que fue entonces el propio doctor quien procedió a quitarle las prendas de vestir.

- Que lo hizo valiéndose de mordiscos.

- Y aullando.

- Que Pata no sólo tocó uno de los pechos de la víctima, sino que le tocó ambos, en varias ocasiones, y con una presión inadecuada para un exploración clínica.

- Que mientras todo esto se producía, la mujer no dejó de golpearle en la cabeza con un jarrón de bronce, a pesar de lo cual Pata no mostró ningún síntoma de flaqueza, hecho este que arrancó murmullos de admiración entre los miembros del jurado.

Con un breve intercambio de miradas, Paco y yo convinimos en que, en efecto, la versión que me había contado Jiménez-Pata había sido parcial.

—No me malinterpreten —apostilló Kopp—: la chica en cuestión estaba efectivamente contratada por los mandamases de N'Joy Corporation y, de hecho, retiró la demanda algún tiempo después siguiendo las instrucciones que éstos le dieron, sabedores de que la sospecha de un soborno se instalaría entre la población civil y que ello supondría la puntilla para la reputación de Pata. Pero una cosa no quita la otra: cierto es que N'Joy Corporation le tendió una trampa, pero no lo es menos que Pata se abalanzó sobre ella.

—¿Y qué pasó después? —pregunté yo—. Sé que el depravado doctor tuvo que exiliarse en las montañas, pero ¿qué le ha hecho salir de repente? Y, sobre todo, ¿por qué se ha montado semejante barullo por su regreso, si su reputación es un auténtico pozo de fango? A un sujeto sospechoso de abusos y también de soborno, o sea, sospechoso de ser un rico vicioso, el público lo sepultará en hortalizas antes de que pueda decir ni una palabra en la tele.

Kopp adoptó un aire de misterio antes de proseguir.

—Anteayer —respondió—, y para mi más mayúscula sorpresa, Pata se presentó en la misma obra en la que ustedes me han localizado, lo cual, por cierto, me parece una curiosa coincidencia —y yo me cuidé de mencionarle al

anciano rastafari—. Me dijo que había salido de su encierro para vengarse de Javichu, y que para hacerlo contaba con el arma perfecta: un individuo sin registrar, sin amistades ni familia y, lo más importante de todo, un poco lerdo.

—Bueno, bueno —se molestó Paco—, no exageremos.

—Pata sabía, por supuesto, que su reputación haría imposible cualquier intento de acercamiento a los medios de comunicación.

Su plan consistía en crear para este sujeto un RAP de inmejorable fachada y, a través de él, hacer pública la historia que les he referido con todo detalle. Mientras me contaba todo esto, Pata no dejó de mostrarse receloso e intranquilo, y miraba continuamente en derredor suyo en busca de quién sabe qué. Me dijo que alguien lo estaba siguiendo y que necesitaba un lugar seguro donde esconderse durante unas horas, quizás un día, así que me pidió que lo alojara en mi casa hasta que pasara el peligro puesto que yo era la única persona a quien podía solicitar auxilio. Sin embargo, no pudo contarme mucho más: debió de ver algo sospechoso y, de repente, me dijo que tenía que marcharse porque ellos, y ese fue el término que utilizó, lo habían vuelto a localizar por las piruletas. Añadió que intentaría volver a ponerse en contacto conmigo, mientras yo miraba a uno y otro lado intentando localizar a sus presuntos perseguidores, pero lo único que pude ver fue a un repartidor de butano. Cuando me volví para intentar calmar a Pata, éste ya se había esfumado. Y desde entonces no lo he vuelto a ver.

Huelga decir que no me pasó desapercibida la mención al inocente butanero, pero antes de abordar esa cuestión tenía otra pregunta más importante que hacerle a Kopp.

—¿Y qué pinta en esto la huérfana que quería secuestrar, y de hecho secuestró, en el Cotelengo de los Padres Radiadores?

—¿Qué huérfana?

—La huérfana 04-265-727-461, AKA Berenice Nedó.

Kopp se frotó el mentón mientras iba a fijar la mirada sobre la foto de una deliciosa Hamburguesa Sin-pan-ni-tomate-ni-pepi-nillo-ni-carne-ni-mostaza-ni-cebolla-ni-pimiento, marca registrada de Eternal Life Inc.

—No me dijo nada de eso —respondió, y su gesto de despiste parecía auténtico—. ¿Una huérfana? Podría tratarse —aventuró— de la niña de la que les he hablado: la hija de Javichu y de la desgraciada muchacha a la que asistimos en el Hospital Marcus Welby. Ahora aquel bebé debe de tener ya

unos veintitantos años. Tal vez Pata quería asegurarse de que esta vez nadie podría refutar su historia, y ¿qué mejor prueba de su veracidad que la propia hija de Javichu, con su adeene listo para ser cotejado con el del titán mediático? ¡Espere! ¿Ha dicho Berenice Nedó? —exclamó, asaltado de repente por una repentina animación—. ¡Claro! Quizás usted no sepa que, antes del Acta de los Cuatro Bytes, el AKA del padre de Javichu era Iñaki De Pinedo, que se transformó en Depi tras la mencionada acta, y que devino finalmente en Depy por la cursilería inherente a todos los que salen por la tele. ¿No podría haber decidido Javichu, en un secreto guiño que aliviara su conciencia, darle a su hija la parte perdida de su apellido original?

—Pero, ¿acaso Javichu conocía la existencia de esa niña?

—Antes de que Pata y yo apareciéramos en escena para chantajearlo, no lo sé. Pero, en cualquier caso, supongo que desde entonces habrá mantenido algún contacto con ella o, al menos, se habrá preocupado de que no le falte de nada.

La teoría tenía algunas grietas, es cierto, pero en lo esencial parecía más que verosímil. De hecho, esa verosimilitud no dejó de provocarme una cierta sacudida puesto que las ilusiones que a lo largo del día anterior me había forjado sobre un posible futuro en común para Berenice y para mí, se me atragantaban ahora al pensar que Javichu Depy, el responsable de todas mis desgracias pasadas y quién sabe de cuántas futuras, podría convertirse en mi suegro. Hice de tripas corazón y, dada la trascendencia de los asuntos que tendríamos que resolver a no mucho tardar, decidí aparcar las cuestiones sentimentales hasta que todo se hubiera resuelto, de una manera o de otra. Y el caso era que, cuanto más lo pensaba, menos maneras de resolverlo encontraba.

—Señor Kopp —dije, iniciando nuestra despedida—, soy un hombre de palabra. Tenga por seguro que, si consigo salir con bien de este tejemaneje, será usted recompensado por sus servicios de chivato.

—Yo, sin embargo —confesó Kopp—, no soy en absoluto un hombre de palabra, pero creo haberles probado con mi relato que no tengo ningún escrúpulo, al menos que yo conozca. Y si mi conciencia no se ha manifestado en ninguna de las múltiples perrerías que he hecho a lo largo de mi vida, dudo mucho de que vaya a manifestarse ahora. Quiero decirle con esto que, si no cumple usted su parte del trato, ya me encargaré yo de que lo haga, con mejores o peores modos.

Y al pronunciar estas palabras exhibió un gesto tabernario y siniestro, a cuya tenebrosidad atribuí yo el escalofrío que sentí recorriéndome el espinazo primero, descendiendo por mi entre-pierna después, e instalándose por último en mis ingles en forma de calambre muscular. La desagradable sensación no cesó ni siquiera cuando Kopp recuperó su displicente semblante habitual, y es que finalmente el hormigueo que ya amenazaba con dormirme toda la pierna resultó provenir en realidad del insistente zumbido de mi comunicador personal. Tan pronto como lo activé, cesaron los calambres y apareció ante nosotros la subversiva faz de Miclantecuhtli.

—¿Resién? —dijo.

—¿Resién qué? —pregunté yo.

—Acabo de entrevistarme con el padre prior radiador, un hombre de honor y sin pudor, aunque con una pizca de candor que me ha servido de catalizador. Se ha tragado todas la mentiras que le he contado, que no han sido pocas, y me ha relatado una serie de interesantes hechos cuyo conocimiento nos será de gran ayuda. ¿Cómo les ha ido a ustedes?

—No sé qué decirle —respondí, mirando antes a Kopp y a Paco—. Por un lado nos ha ido mal, puesto que seguimos sin saber dónde está Jiménez-Pata, pero por otra parte nos ha ido bien en el sentido de que hemos encontrado al compinche del diabólico doctor, quien, a su vez, también nos ha confiado algunos datos hasta ahora secretos y que guardan directa relación con el asunto que nos ocupa.

—¡Pues qué padre! —se animó Miclantecuhtli, y su rostro se iluminó en el aire que lo sostenía—. No perdamos tiempo, entonces. Regresen a mi apartamento para reunirse conmigo y con la chamaca Berenice. ¡Ah! —añadió—, y traigan con ustedes a alguien que sepa de aire acondicionado. No pregunte.

Parecía que la demencia había hecho presa definitivamente en la voluntad de Miclantecuhtli, a juzgar por sus incongruentes peticiones. Aunque, más que éstas, lo que a mí me preocupaba era el porvenir que nos aguardaba a todos si seguíamos ejecutando los planes de semejante lunático.

—No querría ser un aguafiestas —me atreví a decir, tratando de calmar la exaltación que lo dominaba—, pero no termino de ver adónde vamos. Quiero decir: ¿qué vamos a hacer con toda esta información, por muy valiosa que sea? ¿De qué nos sirve tener pruebas de que Javichu Depy puede ser un desalmado,

o de que la mismísima N'Joy Corporation conspiró para tergiversar algunos de los hechos que ahora nos traen de cabeza? ¿Cómo vamos a conseguir llegar hasta los periódicos o cadenas de televisión de Eternal Life Inc. para hacer público todo esto y, sobre todo, para que pongan a nuestra disposición un guionista que haga más atractiva y popular esta historia?

—¡Ya le dije que Eternal Life Inc. tampoco nos ayudará! —se indignó Miclantecuhtli—. No hay dos empresas: Eternal Life Inc. y N'Joy Corporation son, en realidad, un mismo ente. ¡Existe una gran conspiración y yo estoy llamado a desmontarla! —y dijo esto con una mirada de orate y con un ligero babear tan aterrador que Paco, Kopp, y yo mismo retrocedimos unos pasos para alejarnos de la perturbadora imagen.

—Sinceramente —concluí en tono lastimero, al comprobar una vez más en qué manos había puesto mi destino—, no veo manera de salir con bien de este atolladero.

El rostro de Miclantecuhtli se transmutó al escuchar estas palabras, y nos ofreció al pronto una sonrisa entre intrigante y gamberra en la que, hube de reconocerlo, bailoteaba una chispa de genialidad.

—No se preocupe —me contestó—: lo tengo todo pensado. Haga lo que le he dicho y confíe en mí.

# CAPÍTULO 10011

Después de que varios taxistas rehusaran atender mi llamada al comprobar mi situación laboral, tuve que acudir, una vez más y a sabiendas del sobreprecio que ello me supondría, al conductor que ya me había paseado por medio Madrid mientras yo me enfangaba cada vez más en aquel turbio asunto. El folclórico chófer se llegó hasta el lugar donde Kopp, Paco, y yo lo esperábamos, y nos montó a los tres junto a los requiebros vocales que culebreaban por el vehículo, y que, una vez más, se me antojaron premonitorios.

*Embiste, toro bonito,  
embiste, por caridá.  
Morir se me importa un pito,  
pues nadie me iba a llorá.*

Kopp había decidido unirse finalmente al grupo después de presenciar mi conversación con Miclantecuhtli, la cual, según me dijo, y sin ánimo de ofender, le había parecido un diálogo entre esquizofrénicos, razón por la que había considerado más oportuno velar por sus intereses personalmente y vigilar nuestros progresos en directo. Yo no objeté nada a su decisión porque, la verdad, a mí ya empezaba a darme todo igual, y precisamente debido a ese derrotista estado de ánimo reconozco que tampoco dediqué una gran cantidad de energía a pensar dónde y cómo podría reclutar al nuevo miembro que Miclantecuhtli me había pedido que incorporásemos a nuestra banda. Me limité a sondear a los allí presentes acerca de sus nociones sobre el intrincado mundo del aire acondicionado, y todos ellos, incluido el propio conductor del taxi, manifestaron su más profundo desconocimiento sobre el asunto.

Descartados así Paco y Kopp, y tras deducir que Miclantecuhtli tampoco podía ser un candidato, puesto que era él quien me había hecho el encargo, pensé para mí, primero, que mi lista de amigos y conocidos era vergonzosamente breve, y, segundo, que Miclantecuhtli tendría que rehacer su plan y asumir que no podíamos contar con el experto técnico que me había solicitado.

En estas cuitas andaba yo cuando el taxi tuvo que detenerse en uno de los atascos organizados por el Ayuntamiento para desanimar a los conductores de vehículos particulares. Y hete aquí que, mientras intentaba distraerme observando a los viandantes, mi mirada fue a toparse con un grupo de operarios de La Luz, marca registrada de Eternal Life Inc., que charlaban amigablemente apoyados sobre una de las vallas que delimitaban su espacio de trabajo, contemplando con satisfacción la sima que habían excavado en la acera, y que obligaba ahora a los peatones a trepar por la fachada del edificio contiguo para poder ganar el paso de cebra. Esta costumbrista estampa me llevó, por una larga e intrincada asociación de ideas que mi mente elaboró a velocidad de vértigo, desde los operarios de La Luz retozando hasta el operario lampista Gaio Claudio, también retozando, puesto que de hecho, y ahora que lo pensaba, nunca lo había visto trabajar.

Sin perder ni un segundo, proyecté mi CP sobre el respaldo del asiento delantero y lo llamé.

—Ya sé qué me va a decir —me espetó Gaio Claudio sin ni siquiera saludarme—: que no he tirado el tabique. Es que en el almacén no tenían manetas, y eso, sin manetas, es para poner los pelos de gallina. Por no hablar del repartidor de la entrada, que le llega el trifásico y se bifurca en X por toda la casa. Vamos: fatal.

—Escuche, Gaio Claudio —lo atajé y, como señal de buena voluntad, añadí en su idioma—: estoy dispuesto a hacer la vista sorda con lo del tabique. Pero a cambio necesito que me eche una mano con otro asunto urgentísimo.

—A los hechos me repito —me respondió, enigmático—. Usted dirá.

—Es cuestión de vida o muerte —recalqué—: deje lo que esté haciendo y venga ahora mismo a mi casa de Madrid. Tengo un grave problema de aire acondicionado que no puede esperar.

—A sus órdenes. En cuanto termine el bocadillo voy para allá. Casi me

viene bien, porque eso me da una excusa para dejar colgado a un banquero al que le estoy haciendo un doble fondo por toda la casa, y resulta que me he olvidado el soplete, y, claro, sin soplete no hay quien acode las juntas para que los rodapiés asienten. Total: que tendré que volver otro día.

—Perfecto —lo celebré—. ¿Se acuerda de mi dirección?

—Claro que me acuerdo: es a donde voy a cobrar. Pero ate usted a la portera, por favor.

Y con el ánimo algo recuperado por las inesperadas y favorables coincidencias que me habían permitido cumplir los encargos de Miclantecuhtli, las cuales, siendo como eran las primeras casualidades en muchas horas que habían jugado a mi favor en vez de en mi contra, me hicieron concebir ciertas esperanzas de éxito con respecto a la temeraria empresa que nos aguardaba esa misma tarde, pues digo que con el ánimo levemente repuesto vi cómo el taxi conseguía salir del atasco por una callejuela y progresar después con celeridad por otras arterias secundarias hasta llegar a la calle donde yo vivía. Nos detuvimos por fin junto a la puerta de mi casa, mientras los alabeos de voz que seguían inundando el vehículo volvían a tornarse en misteriosos mensajeros del futuro inmediato.

*Ya vestido de alambres  
no ha de verme la afición,  
y, como no tengo mare,  
la Macarena me ampare  
y me dé su bendición.*

—Espere aquí, junto al vado —le ordené al taxista, previendo que podría volver a necesitar un taxi y que ningún otro querría atenderme mientras no recuperara mi nómina mensual—. Pero si ve venir a un policía paralítico, huya.

Ya en el portal, intenté en vano que la portera dejara subir a Kopp con nosotros, y tuve que ceder ante sus pretensiones de abrirle una ficha que, según me dijo, cumplimentaba con los datos de todos los desconocidos que se asomaban por la finca. Dejamos, pues, a Kopp respondiendo a las preguntas de la señora Domitila, y Paco y yo subimos sin perder ni un instante hasta el piso de Miclantecuhtli, quien tan pronto como nos abrió la puerta nos llamó a

capítulo en el salón. Allí se encontraba también la bella Berenice, declamando sin piedad.

Miclantecuhtli se sentó frente al videoguol, en el que parecía haber estado practicando extraños rituales del submundo informático, al igual que había hecho la noche anterior, pero dejó a un lado momentáneamente sus quehaceres para mirarnos, ora a Paco, ora a mí, a la espera de algún suceso que no acababa de acontecer.

—¿Y bien? —pregunté para romper el silencio, una vez que los tres nos hubimos sentado en el suelo, y Berenice se hubo retirado a la habitación contigua para proseguir con su formación dramática.

—No hay tiempo que perder —me respondió Miclantecuhtli—. Son más de las doce y tenemos muchas cosas que preparar antes de que, a las tres, Chumillas pueda cumplir sus amenazas. Así que cuénteme usted lo que ha averiguado, y ya le contaré yo mi parte en otro momento.

Procedí, pues, a compartir con Miclantecuhtli nuestros últimos descubrimientos, esto es, la identidad de Kopp y su relación con el degenerado doctor, las acciones perpetradas por ambos en nombre de la medicina, y en especial el alumbramiento de la huerfanita que resultó no ser tal puesto que su padre vivía y bebía, amén de dirigir en la actualidad los destinos mediáticos de medio país, y que precisamente este singular linaje parecía ser la causa última de todas nuestras desgracias. Le relaté asimismo, repitiendo las palabras de Kopp, el intento de chantaje que el reptil galeno había intentado años atrás, y que terminó con la jubilación anticipada de aquél y el destierro perpetuo de éste, del que había salido recientemente por causas desconocidas, aunque todo parecía indicar que planeaba reincidir y destruir la reputación de Javichu Depy utilizando para ello, de una manera que no estaba del todo clara, a nuestro ya querido Paco. Por último, y por si de mi narración no se deducía con claridad, compartí con Miclantecuhtli mis fundadas sospechas de que la maciza Berenice no era otra que la mencionada huerfanita, y que por lo tanto la persona que voceaba en la habitación contigua era de hecho la primogénita del gran Javichu, cosa esta que podía reportarnos grandes recompensas o también grandes desgracias, pero que, fuera lo uno o lo otro, lo que parecía claro era que las dimensiones de nuestros problemas estaban adquiriendo proporciones dolménicas. Concluí la exposición de mis teorías sugiriendo que, a la vista de todo lo anterior, el objetivo de Chumillas

tenía que ser por fuerza el de neutralizar a Jiménez-Pata para evitar a toda costa la publicación de la historia de la huerfanita y, en especial, la parte relativa a su parentesco con Javichu Depy.

Miclantecuhli asistió a la narración con gesto impasible, y sólo algunos destellos fugaces en sus ojos ante determinados detalles de mi relato me indicaron que la información que le estaba proporcionando alcanzaba realmente su cerebro. Cuando terminé de hablar, Mic permaneció todavía un buen rato en silencio, asintiendo con la cabeza y con la mirada perdida en el infinito.

—Todo encaja —dijo por fin—. Y, o mucho me equivoco, o dentro de unas horas no sólo habremos conjurado las amenazas de Chumillas, sino que seremos nosotros quienes tengamos la sartén por el mango para utilizarla como mejor nos parezca.

—¿Recuperaré a mi hija? —pregunté, recobrando cierta esperanza al percibir la sólida convicción que sostenía el discurso de Miclantecuhli.

—Su hija, su trabajo, su casa... —sonrió—. Pero esas son recompensas menores: tenemos en nuestras manos la posibilidad de despertar al país, al planeta, a la galaxia entera. Si mi plan funciona y logramos hacer pública toda esta historia, temblarán los cimientos de la sociedad. Plantaremos la semilla de la desconfianza en los medios de comunicación, desenmascaramos a los tótemes de las ondas, sacaremos a la luz la conspiración que dirige el mundo y, como consecuencia de todo ello, conseguiremos que los ciudadanos vuelvan a utilizar el cerebro. Resién.

—¿Y yo podré volver al pasado? —se ilusionó Paco.

—A tanto no sé si llegaremos.

—¿Pero quiere explicarnos de una vez cómo vamos a conseguir hacer público todo este folletín? —quise saber yo.

—Usted mismo me dio la solución —me contestó Mic, y yo hice un gesto de falsa, falsísima modestia—. Sí: usted dijo ayer que Jiménez-Coz veía a Paco como una llave, o algo así. Pues Paco también será nuestra llave. Mientras ustedes venían hacia aquí he conseguido acceder a su RAP puesto que, tal y como suponía, Jiménez-Pata era un simple principiante en estas lides subversivas, y cuando lo creó lo protegió con una vulgar contraseña. Tras escuchar su historia y la que me ha contado esta mañana el padre prior radiador, con estupor pero también con rigor, deduje que la citada contraseña

sólo podía ser una palabra: venganza.

—¿Y funcionó?

—No —me respondió, y aprovechó el momento para volver a ponerse a los mandos del videoguol que no había cesado de mostrar extraños símbolos y grafismos—. Pero empecé a probar con palabras similares: desquite, desagravio, revancha, satisfacción... Hasta que, por fin, encontré el sinónimo correcto: justicia.

—¿Así que Paco ya tiene un RAP nuevo?

—Nuevo y reluciente. Cuando llegaron estaba a punto de darle una profesión.

—¿Qué tal actor? —sugerí, pues era una apuesta segura.

—No, no, no —respondió Miclantecuhtli meneando la cabeza—. No basta con que Paco sea poderoso: tiene que tener todas las puertas abiertas so pena de desmedida venganza, tiene que poder decir lo que quiera sin que nadie pueda replicarle, tiene que pertenecer a un grupo cuyos miembros se defiendan unos a otros a dentelladas, tiene que acallar los rumores incluso antes de que salgan, y lanzarlos antes de que nadie pueda acallarlos. En resumen: tiene que ser periodista.

Paco y yo lo miramos con cierta prevención, aunque supongo que por motivos distintos, pero Miclantecuhtli no nos concedió tiempo para hacer apostillas ni enmiendas.

—¿Ha traído al especialista en aire acondicionado?

—No lo llamaría yo especialista, pero algo he conseguido: he reclutado a Gaio Claudio Seta, un lampista que está haciéndome unas reformas. Estará a punto de llegar, si no ha llegado ya y lo ha interceptado la señora Domitila.

—Pues entonces partamos sin más tardanza: tenemos que tomarle la delantera a Chumillas. Voy a avisar a Berenice.

Miclantecuhtli se levantó de un salto, y yo me disponía ya a seguirlo pues me había contagiado de su espíritu optimista, cuando de pronto reparamos en que Paco no se había movido, y permanecía en el suelo mesándose los cabellos.

—¿Qué le pasa ahora? —le preguntó Miclantecuhtli.

—¿Vamos a utilizar al gallo Claudio para que nos ayude a vencer a un tipo llamado Chumillas? ¿Es que a nadie más le parece todo esto una situación de

tebeo?

Mic me miró sin entender nada y yo, qué otra cosa podía hacer, me limité a devolverle su misma expresión, convirtiendo por un momento mi cara en un espejo del alma, pero del alma ajena.

—Paco —intercedí—, déjate de filosofías y levántate, que tenemos que irnos.

—Pero ¿adónde? —quiso saber, y entonces reparé en que tampoco yo conocía la respuesta a esa pregunta.

—Es cierto —apoyé—. Todavía falta un buen rato para la cita con Chumillas. ¿Adónde vamos con tanta prisa, Mic?

—Al Hotel California, por supuesto.

—Pero Chumillas estará allí —reflexioné—, y si me ve merodeando por el hotel tan temprano sospechará algo, y quién sabe qué maléficos resortes disparará y cómo éstos podrán afectar a mi hijita. —Y adoptando un aire grave que reflejara e incluso aumentara la inquietud que me producían aquellas perspectivas, añadí—: Me niego a seguir adelante si no me explica detalladamente adónde nos lleva y qué se propone hacer allí.

Mic suspiró, puso los ojos en blanco, masculló algunos insultos en mexicano que, como no pude comprender tampoco pudieron ofenderme, y con gesto impaciente nos indicó que nos acercáramos a él. Cuando los tres estuvimos reunidos junto a la puerta, pegó su cabeza a las nuestras a pesar de que estábamos completamente solos en la habitación y además los alaridos de Berenice nos protegían de cualquier escucha exterior, y comenzó a hablar cuchicheando.

—Muy bien —dijo—. Este es el plan.

## CAPÍTULO 10100

Espoleado, como siempre, por la promesa de una generosa propina, que en esta ocasión lo sería más puesto que las prisas y Miclantecuhтли me impidieron fajar me en el regateo, y porque el taxista exigió un plus por llevar a tanta gente, llegamos a la Gran Vía a velocidad de vértigo. Faltaban aún dos horas para mi cita con Chumillas, y mucho más todavía para la rueda de prensa de la sin par Natalia Nodd, pero la entrada del Hotel California aparecía ya abarrotada de aficionados contratados por N'Joy Corporation para la ocasión. En la acera opuesta a la que ocupaban los fanes, Miclantecuhтли celebró una última asamblea en la que se limitó a recordarnos que en todo momento debíamos seguir sus indicaciones por extrañas que éstas pudieran parecernos. Mientras nos arengaba, yo me distraje un momento contemplando el gentío que deambulaba por la Gran Vía, y sentí una extraña sensación al contemplar a aquellas personas que pasaban junto a nosotros transportando con ellas penas y alegrías, esperanzas y olvidos, pasados y futuros, ensimismadas todas en sus propias cuitas al igual que nosotros lo estábamos en las nuestras, y ponderé cómo todas aquellas almas con tan distintos méritos y pecados nos encontrábamos compartiendo, por algún misterioso designio, el mismo tiempo y casi el mismo espacio, pero cómo también, y a pesar de ello, a cada uno se le importaba un pito lo que pudiera sucederle a quien tenía a poco más de cincuenta centímetros de distancia. Y, timoneado por esta reflexión, me anegó de repente la más profunda sensación de soledad que había experimentado desde que se iniciara aquella tribulación, y se me hizo así patente lo solo que me encontraba en aquella empresa, y lo mucho que mi éxito o mi fracaso en tan arriesgada aventura iban a depender exclusivamente de mí mismo.

Interrumpí mis meditaciones al ver que el resto de mis compañeros de

fortuna comenzaba a moverse. En efecto, tras terminar de recordarnos los elementos fundamentales de su plan, el propio Mic, Paco, Nicolás Kopp, Gaio Claudio, a quien habíamos rescatado de las garras de la portera, la mismísima señora Domitila, que se había negado a quedarse en su garita al ver la excursión que se preparaba, la escultural Berenice, seducida por la promesa de una prueba para una película, y yo mismo, cruzamos la calle y nos dirigimos con paso decidido hacia la puerta del hotel. Miclantecuhtli puso al frente de la comitiva a Paco, de modo que cualquiera que intentara apuntarnos con un lector de RAP leyera primero el de éste, y quedara al punto deslumbrado por el impoluto historial que Mic le había fabricado. Y de esta guisa atravesamos el pasillo delimitado por las dos filas de policías privados de N'Joy Corporation, que a duras penas tabicaban a las hordas histéricas, y alcanzamos la puerta del hotel. En cuanto la cruzamos, dejando al otro lado los gritos y los desmayos, recibimos el habitual «¡N'Joy!» y, sin dar tiempo a las presentaciones, el tipo que parecía mandar en la recepción desplegó una amplia sonrisa y se agachó para volver a emerger con una bufanda de color blanco y verde, así como con varios objetos más tocados de idénticos colores: una bandera, una gorra, y una camiseta que se puso por encima de la americana. También se hizo con una bocina de gas que comenzó a emitir un sonido insoportable.

—¿Qué hace, mi güey? —le preguntó Mic cuando alcanzamos el mostrador.

—El Hotel California, marca registrada de N'Joy Corporation, da su más cordial bienvenida al Racing de Santander.

—¿Cómo dice?

—En realidad los esperábamos algo más tarde, pero deduzco que al ser ustedes más o menos once, y como así a ojo —añadió, echando un rápido vistazo a Berenice, la portera, Mic, el jubilado matrono y, en fin, al heterogéneo grupo— cumplen con todos los requisitos en cuanto a minorías...

—En realidad —lo interrumpió Miclantecuhtli—, somos reporteros de los media. Aquí el cuate con cara de fuet, por lo enjuta e irregular, es Franziskus Paco, el famoso periodista. Lea, lea su RAP. Impresionante, ¿eh? Un monstruo mediático. Nosotros somos su *team*: producción ejecutiva, producción delegada, producción especial, producción interina... Además, la señorita es actriz. Y esa —añadió, señalando a la señora Domitila que ya estaba

inventariando las calidades del *hall*— es una ciudadana de a pie que siempre traemos con nosotros para que diga con orgullo las barbaridades que a los periodistas, por nuestra formación, nos están vedadas.

—Un grupo de notables, a fe mía. ¡Bienvenidos al Hotel California! —repitió el empleado, y nos obsequió con una servil reverencia.

—¡Qué lugar más adorable! —dijo Berenice con infantil ilusión, probablemente impresionada por la mullida moqueta, las cantoneras de polietileno labrado, o los finos repujados de aluminio que decoraban las paredes y que, de seguro, provocaron en ella un fuerte contraste con sus recuerdos de las lúgubres dependencias del cotolengo.

—Qué rostro más adorable —le respondió el recepcionista tirándole un guiño.

—¿No les va bien el negocio? —dejé caer para fastidiar al canoso ligón —. El hotel parece vacío.

—El Hotel California tiene espacio de sobra —me replicó con autosuficiencia—. ¿Necesita espacio? En cualquier época del año puede encontrarlo aquí. —Y dirigiéndose a Miclantecuiltli—: Si vienen a entrevistar a la estrella del cinema, miss Natalia Nodd, marca registrada de N'Joy Corporation, tendré que avisar a un miembro de su policía personal antes de dejarles pasar. La última planta del hotel está reservada para la diva. El resto de las plantas, excepto la octava que permanece abierta al público, están asimismo ocupadas por el séquito de la estrella, por lo que lógicamente tampoco puede circular por ellas la plebe que, al fin y al cabo, lo único que hace es ver sus películas y pagar con el dinero de sus entradas todas estas excentricidades.

—Negativo —respondió con soltura Miclantecuiltli—. Venimos a entrevistar a un ministro, cuyos nombre y cartera no recuerdo en este momento, pero cuya presencia en el hotel nos ha sido certificada por fuentes fiables. Un asunto de corrupción.

—Entiendo —sonrió el tiralevitas—. Son ustedes de una de esas revistas intelectuales que, según dicen, circulan por ahí, ¿eh?

—¿Podemos subir, entonces?

—El ministro, cuyos nombre y cargo tampoco recuerdo yo en este momento —nos informó el empleado—, ha habilitado la *suite* 844 como gabinete de prensa. Pueden subir, puesto que ya he leído el RAP del señor

Paco como habrán podido notar por la interjección de asombro que me ha provocado. El ascensor los llevará automáticamente hasta la octava planta. Disfruten de su estancia. Y no olviden mencionar al Hotel California en su reportaje.

Nos dedicó una nueva reverencia y, sin más novedad, ganamos el ascensor entre flexiones exageradas y sonrisas falsas, que devolvimos convenientemente. En cuanto las puertas de la cabina se cerraron, Miclantecuhtli dio un respingo y se apresuró a rebuscar en uno de sus bolsillos. No tardó en extraer de él un adminículo rectangular que, de haber medido dos metros por uno, pongo por caso, hubiera presentado un aspecto similar al de una panoplia, pero que en sus minúsculas proporciones resultó ser un sencillo interfaz serie-paralelo que procedió a conectar a las tripas electrónicas de la botonadura del ascensor. Después pulsó algunas teclas, ajustó varios contactos, intercambió unos cuantos cables, repitió el proceso completo, y finalmente, ante la aparente ausencia de los efectos deseados e incluso de otros inesperados, invocó a determinados familiares de Bill Gates, cuyo espíritu, según nos informó, se pasea en las noches de luna llena reclamando más beneficios por las secretas instalaciones de I+D de N'Joy Corporation, sitas, a decir de los defensores de las múltiples teorías de la conspiración, en el mausoleo de Halicarnaso, de cuya ubicación no estoy muy seguro, pero que por su tamaño y ampuloso nombre debe de estar en Texas.

Por fin, el ascensor se detuvo bruscamente y comenzó a descender inmediatamente después.

—¡Funcionó! —se felicitó Miclantecuhtli—. Primero dejaremos a Gaio Claudio en el sótano. —Y dirigiéndose al interesado—: Localice el sistema de refrigeración del edificio y avísenos cuando lo haya inutilizado.

—Pan comido —replicó el lampista—. Es la primera vez que me pagan para que estropee algo, a pesar de lo cual tengo una prolongada experiencia adquirida de manera involuntaria.

El ascensor volvió a detenerse, pero esta vez las puertas se abrieron para ofrecernos la tétrica estampa de un pasillo sobre el que una larga fila de proyectores colgados de sus cables arrojaba débiles círculos de luz, dándole a la escena un aire de conspiración sindical que hacía parecer a nuestro grupo más siniestro incluso de lo que ya era. En un arrebató, provocado de seguro por el mencionado halo de rebelión obrera que la exigua iluminación confería

al corredor, Paco le dio un abrazo a Gaio Claudio antes de que éste se colocara un lápiz en la oreja y enfilara el pasillo con decisión entre toses y rascamientos compulsivos.

Mientras tanto, Miclantecuhtli volvió a manipular el minúsculo dispositivo, las puertas de la cabina se cerraron, y el ascensor comenzó de nuevo a ascender.

—Y ahora —dijo Mic mientras desconectaba el aparato y devolvía la botonadura del ascensor a su estado original—, a ver al ministro. Seguro que el recepcionista ya estará empezando a preocuparse al no ver nuestras caras en las cámaras de seguridad de la octava planta. Y también al no detectar nuestros RAP en ningún lugar, puesto que he desactivado los lectores del ascensor en cuanto hemos subido. Tal y como funcionan los servicios de mantenimiento, tardarán al menos un par de días en venir a repararlo.

—¿Pero es que todo el mundo se dedica a leer los RAP de los demás? —protesté sin poder contenerme—. ¡Está prohibido!

—Demande a N'Joy Corporation —dijo Kopp con sorna.

—¿Y por qué no subimos directamente a la última planta y tomamos el palacio de invierno, por así decirlo, de una puñetera vez?

—Señor Paco —le respondió Miclantecuhtli—, créame si le digo que cada vez me cuesta más entenderle cuando habla. En cualquier caso, no podemos ir a la última planta puesto que, como ya nos ha dejado caer el edecán, las medidas de seguridad que rodean a un personaje como la rutilante Natalia Nodd son literalmente infranqueables. Y no me refiero sólo a los cientos de policías privados, o a los lectores de RAP colocados cada pocos metros, sino que hablo de los más modernos y sofisticados dispositivos de protección: sistemas de predicción de comportamiento, algoritmos de proyección de situaciones futuras, habitaciones vigiladas por invisibles partículas de polvo inteligente... El caso —concluyó— es que antes de dejarnos ver por la última planta tendremos que desactivar primero todos los sistemas de seguridad, o de lo contrario no tendremos ninguna posibilidad de éxito.

—¿Y cómo piensa inutilizarlos? —insistió Paco, que por lo visto no había entendido nada de lo que Miclantecuhtli nos había explicado antes—. ¿Con ese cacharro que ha empleado para trucar el ascensor? ¿Planea conectarse con alguno de sus compinches del submundo informático para que nos ayude desde

el exterior?

—¡Qué tontería! —le contestó Mic con una pequeña carcajada—. Gaio Claudio se encargará de eso. ¿Para qué se cree que lo hemos traído? Todos estos aparatos, cuyo desarrollo cuesta millonadas y catapulta hacia la opulencia a quienes los inventan y comercializan, son cada vez más sofisticados, pero se cascan con una facilidad incomprensible. Con el calor que hace hoy y sin aire acondicionado, todos los sistemas dejarán de funcionar en pocos minutos. Será entonces, como ya les conté antes, cuando accederemos a la última planta y aprovecharemos el desconcierto para hacernos con el control del plató desde el que se emitirá la rueda de prensa de Natalia Nodd. Después esperaremos a que se restablezca el suministro de aire acondicionado, y el señor Kant acudirá a su cita con ese tal Chumillas y lo amenazará con airear todo este chanchullo al mundo entero desde dicho plató si él no le devuelve inmediatamente a su hija. Por supuesto, una vez que la haya recuperado, emitiremos nuestro comunicado de todas maneras, y en él sacaremos a la luz los oscuros manejos de N'Joy Corporation y, ya de paso, informaremos al planeta sobre la conspiración que se trama en las más altas esferas del poder.

A punto estuve de protestar, o al menos de sugerir que prescindieramos de esa última parte que a mí no me reportaba ningún beneficio, pero recapacité un instante y decidí contenerme, primero, porque ya había trazado yo un plan paralelo al de Miclantecuhli y más favorable para mis intereses, puesto que no soy tan tonto como para dejar el futuro de mi hija y el mío propio en manos de un paranoico que ve conspiraciones en todas partes, y, segundo, porque las puertas del ascensor habían vuelto a abrirse al llegar a la octava planta y ello desaconsejaba proseguir con nuestra charla, al igual que desaconseja ahora que yo exponga cuál era el mencionado plan que había diseñado a espaldas de Miclantecuhli, ya que los hechos se sucedían sin descanso y me debo al rigor narrativo.

Salimos, pues, del ascensor y nos hallamos en un amplio y luminoso recibidor en tonos pastel flanqueado por dos amplios sofás, y decorado también con un aparador lacado, un gran espejo rococó, varias láminas con fotografías digitales, y algunos otros muebles de los denominados auxiliares, a pesar de que no consta que jamás una mesita o una lámpara de pie hayan acudido en auxilio de nadie que lo necesitara. Un somero vistazo nos sirvió

también para confirmar la presencia de varias cámaras de vigilancia, así como de un par de minipiruletas que ya estarían transmitiendo nuestros RAP al centro de control del hotel, y posiblemente también al Ministerio de Seguridad Personal, a la Asociación de Mujeres Agredidas, al Círculo de Ciudadanos contra la Violencia, a la Liga Vegetariana, al Club de Fans de Los Marcianos Hawaianos, marca registrada de N'Joy Corporation, a las comunidades de vecinos de la zona y, en general, a todo el que tuviera un videoguol y una antena pirata hecha con un bote de patatas fritas.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó inoportunamente y a voz en grito Berenice ante todos aquellos testigos tecnológicos, con la inconsciencia que otorgan los pocos años y las menos luces—. ¿A qué hora es el *casting*? ¿Dónde puedo ensayar?

Miclantecuhli, alarmado por esta indiscreción, comenzó a carraspear como si estuviera tísico, y se entregó a un frenesí de guiños y muecas para intentar indicarnos a todos en general, y a Berenice en particular, la imprudencia que estaba cometiendo ante las cámaras de videocontrol.

—Querida, no hace falta que hables tan alto —dijo todavía entre toses—. Además, ¿no recuerdas que hemos venido a hacerle una entrevista al ministro?

—¿Una entrevista! ¿Y qué tengo que hacer? —insistía Berenice sin bajar la voz para mayor desesperación de Miclantecuhli, que reaccionó tosiendo todavía con más fuerza y sonriendo a las cámaras de videovigilancia.

—Pues lo de siempre —le respondió entre risas nerviosas—: opina de todo, no aceptes órdenes de nadie, y quéjate a discreción sin aportar soluciones. Recuerda que eres una consumada informadora, una experta comunicadora, una portavoz del saber popular, con perdón por el contrasentido. En una palabra: eres una tía con un micrófono.

Y lanzándonos una mirada fulminante que alejaba cualquier intención de seguir preguntando, se colocó al frente de la expedición y comenzó a caminar hacia el lado opuesto del recibidor, como si quisiera chocarse contra la pared que teníamos enfrente aunque, por supuesto, no lo hizo, sino que eligió uno de los dos pasillos que se abrían a ambos lados, en concreto el que quedaba a nuestra derecha, del que parecía proceder un leve rumor de voces, como si alguien estuviera hablando en mitad del corredor. Yo, por causas que en ningún caso deben atribuirse a la cobardía, el miedo, o la inseguridad, me encontré sin saber cómo cerrando el grupo y fui, por lo tanto, el último en

cruzar el recibidor y girar a la derecha para enfilear aquel larguísimo pasillo que conducía a las habitaciones pares. Y fue en ese preciso instante cuando el rumor antes indefinido se hizo más nítido y, no habiendo ya paredes entre el emisor de la voz y yo mismo, pude distinguir con claridad las palabras que tan pronto como rozaron mi oreja me helaron la sangre, si ello fuera posible en aquel día de canícula veraniega.

—... y es que tía, no sé qué me pasa contigo que estoy superbién — escuché, en efecto, en cuanto hube doblado la esquina.

## CAPÍTULO 10101

El corazón me dio un vuelvo al reconocer la familiar voz de Chumillas, y me dio un mortal con tirabuzón al levantar la vista y comprobar que, en efecto, allí estaba él, apoyado en la pared de espaldas a nosotros y charlando con una camarera cuyas carnes rivalizaban en consistencia con las puertas de roble que se alineaban a uno y otro lado del pasillo. Fui entonces yo quien se comportó como un tuberculoso, y a base de castigarme los pulmones conseguí llamar la atención de Miclantecuhtli, que se giró con gesto de fastidio.

—Truena —escuché decir a Chumillas, que miró hacia el techo pero no se dio la vuelta—. Tengo un apartamento donde no nos mojaremos. ¿Por qué no quedamos allí cuando termines el turno? Yo tengo que liquidar un asuntillo a las tres. ¿O eran tres asuntillos a la una? Tanto da: los liquidaré a todos —y, como se comprenderá, estas últimas palabras hicieron que mi ataque de tos arreciara.

—Tengo asma —le susurré a Miclantecuhtli, y al mismo tiempo intenté señalar con las cejas hacia la posición que ocupaba Chumillas—. Voy a sentarme un momento en uno de esos cómodos sofás que había junto a los ascensores. En cuanto recupere el resuello me reúno con ustedes en la habitación del ministro.

Y sin saber si me había entendido o no, me di la vuelta, deshice los pocos pasos que me separaban del recibidor, y en cuanto llegué a él me oculté tras el recodo y apoyé la espalda contra la pared.

—¿Qué narices le pasa ahora? —me preguntó cuchicheando Miclantecuhtli, que al parecer no había captado mis sutiles pistas y me había seguido en busca de una explicación más liminal.

—Ese individuo que está en el pasillo calibrando con una cinta métrica el perímetro torácico de la camarera —cuchicheé yo a mi vez— es Chumillas.

—¿Chumillas? —exclamó él.

—Si me descubre sospechará que tramamos algo, y entonces todo estará perdido. Me esconderé aquí hasta que se meta en una habitación.

—¿Y cómo sabe que va a meterse en una habitación? —consideró, acertadamente, Miclantecuhтли—. Quizás esté yendo y no volviendo, y en ese caso tarde o temprano vendrá a coger el ascensor.

—¿Entonces?

Miclantecuhтли entornó los ojos y miró a derecha e izquierda con los dientes apretados, componiendo un gesto más de maldad que de astucia.

—¡Rápido! ¡Váyase por ese lado! —me apremió después, señalando el pasillo que se dirigía hacia las habitaciones impares—. Procure no llamar la atención de las cámaras de seguridad. Finja que está buscando un lugar para filmar y compórtese como los directores de cine cuando quieren hacerse los interesantes: busque encuadres, ponga los dedos en rectángulo, muestre cara de fastidio, y mientras hace todo eso aléjese con disimulo hacia el otro extremo del corredor. Cuando vea que Chumillas, bien se mete en una habitación, bien se marcha en el ascensor, aproveche y venga a reunirse con nosotros. Recuerde: habitación 844.

—¿Y se dirige él también hacia ese pasillo? Tal vez tenga una habitación impar.

—No parece probable, puesto que ahora se encuentra en el lado de las pares, pero por si acaso llévese esto —me respondió Miclantecuhтли sacando de su bolsillo el pequeño dispositivo que había utilizado para controlar el ascensor, y pasándomelo de tapadillo—. Si se ve en un apuro, enchúfelo en la cerradura de cualquier habitación y pulse: control, mayúsculas, F5, tecla más, escape, asterisco, barra, barra. —Y, dejando de susurrar para que las cámaras pudieran oírle, añadió—: De acuerdo, le haremos al ministro unas fotos en el pasillo, las cuales por su ubicación transmitirán a los ciudadanos, según dicen los psicólogos, una imagen de transitoriedad, de indecisión, de falta de carácter y pobreza de espíritu, lo que, por otra parte, refleja un perfil bastante ajustado a la personalidad real de todos nuestros gobernantes. Es nuestro deber como periodistas vilipendiarlos utilizando la difamación y la burla, pero al mismo tiempo con el máximo respeto.

Y, dedicándome un nuevo guiño, Miclantecuhтли se dio la vuelta y me dejó solo. Yo, por mi parte, me apresuré a seguir sus instrucciones: guardé el

portentoso artefacto y comencé a caminar por el pasillo opuesto al que ocupaban Chumillas y mis compañeros o cómplices. Mientras me alejaba de todos ellos con paso fingidamente distraído, me dediqué a encuadrar con gesto rancio los extintores, los pomos dorados de las puertas, los asépticos plafones del techo, el carrito de la doncella que me tentó con docenas de esas pequeñas pastillas de jabón que los hoteles disponen para incitar a sus huéspedes al hurto, los cartelitos de «Ciudadano Robinson» que colgaban de algunas manijas, los cuatro individuos con quienes me crucé entrando o saliendo de sus habitaciones, y, por fin, cuando llegué al otro extremo del pasillo, también me entretuve un rato encuadrando una estilizada consola que decoraba la pared final del corredor sosteniendo un coqueto jarrón con flores. Colgado encima de él, había un espejo de dimensiones notables que me sirvió como retrovisor para examinar si el escenario había sufrido algún cambio durante mi meritoria interpretación.

El largo pasillo que quedaba a mi espalda se me mostró casi vacío puesto que mis coadjutores habían desaparecido de la escena, lo que indicaba que ya debían estar dentro de la habitación del ministro. Sin embargo, Chumillas permanecía en el mismo lugar y casi en la misma posición, sólo que ahora sostenía en la mano varias tarrinas de mantequilla del servicio de habitaciones, y le porfiaba a la camarera para que se colocara un *hula-hop*. No tuve, empero, mucho más tiempo para contemplar los progresos de tan peculiar pareja, puesto que pronto llamó mi atención en el espejo la imagen de una puerta que se abría en una de las habitaciones más próximas a mi posición, y de la que vi salir a un tipo embutido en un traje demasiado ajustado y de un naranja eléctrico. El corazón volvió a darme un brinco cuando, en el perfil aquilino del huésped, reconocí al mismísimo Monseñor Leño, engominado hasta las cejas y colorado como un tomate. Me quedé tan quieto como pude, en parte por la sorpresa que me produjo la visión, y en parte porque supuse que si permanecía inmóvil, y si él se encaminaba hacia los ascensores que se encontraban en la dirección opuesta a la mía, tal vez conseguiría pasar desapercibido. Sin embargo, no fue eso lo que hizo: todavía tenía el pomo asido y medio cuerpo dentro de la habitación cuando, al levantar la vista y contemplar lo que ésta pudiera ofrecerle, y que no podía ser otra cosa que Chumillas en lontananza tomando por la cintura a la camarera para introducirla en los secretos de algún baile tropical, volvió a meterse en la habitación de un

salto y arrimó la puerta tras de sí sin llegar a cerrarla, de lo que deduje que se había quedado espiando a través de la rendija que dejó abierta.

Me produjo un cierto y estúpido alivio el comportamiento de Monseñor Leño, quizás porque ya no era yo el único que ahora se escondía en aquel pasillo para espiar a los demás, y sin duda esto me hacía experimentar esa agradable sensación de pertenencia a un grupo que tanto consuela a los seres humanos. Reflexioné sobre lo paradójico de la situación, en la que yo espiaba a Monseñor Leño, quien a su vez avizoraba a Chumillas, el cual, curiosamente, esperaba reunirse conmigo en breve, cerrando así aquel singular círculo, o más bien aquel tres-en-rama pues tal era nuestra disposición, y cerrando también con él mi agudo pero estéril análisis.

De pronto, me dije a mí mismo, el círculo que era un tres-en-rama comenzó a transformarse más bien en un dominó y, pareciéndome tal metáfora francamente brillante, lamenté no tener cerca a nadie con quien poder lucirla. Me inspiró el tropo la concatenación de algunos hechos que se produjeron a toda velocidad y que, además de proporcionarme una oportunidad para aquel íntimo lucimiento retórico, mejoraron sustancialmente mi posición en el juego de espionajes y ocultaciones que había estado practicando durante los últimos minutos. Esto fue lo que ocurrió: apareció de repente, proveniente de los ascensores, un tipo vestido de negro y con modales de vizconde que resultó ser el jefe de la camarera que entretenía Chumillas; esto provocó que aquella, reclamada por su superior, se deshiciera a toda prisa del *hula-hop*, se limpiara algunos pellizcos de mantequilla que punteaban sus carrillos, y desapareciera por el recibidor siguiendo a quien la había reclamado. Este primer hecho provocó que Chumillas, quien por cierto encajó el contratiempo con exquisita deportividad, aparcara el *hula-hop* y las tarrinas de mantequilla y se encaminara asimismo hacia el recibidor de donde ya no regresó, lo que me llevó a deducir que también él había tomado un ascensor para abandonar la planta. Y eso mismo debió de concluir también Monseñor Leño puesto que, tras contemplar al igual que yo todos los acontecimientos anteriores, e impelido por ellos, se decidió por fin a salir de su escondite, se atusó el cabello algo descompuesto por el sobresalto, y con su estridente uniforme naranja se dirigió también hacia los ascensores donde, como ya hicieran antes el jefe de la camarera, la propia camarera, y Chumillas, desapareció para no regresar.

Se entenderá ahora mi metáfora anterior, puesto que, gracias al efecto dominó provocado por el jefe de la camarera, el camino que unos segundos antes se me ofrecía como una senda erizada de peligros se convertía de súbito en una autopista de diez carriles por la que podía yo transitar como mejor me pluguiera, incluso borracho y sin cinturón de seguridad. Esto último no lo comprobé, claro está, ya que, de haberlo hecho, estoy seguro de que habría salido un guardia de alguna habitación y me habría multado.

No pude seguir recreándome en mi suerte, sin embargo, puesto que mi comunicador personal me lanzó una de sus desagradables descargas indicándome que alguien requería mi telepresencia.

—Señor Immanuel —me dijo la imagen del lampista Gaio Claudio, proyectada ante mí en la inmensidad del pasillo vacío—, ya está lo del aire. Que digo que a lo mejor me he cargado algo más, porque he visto una gotera y me he dicho: pues le tiro un cordón de silincona. Pero claro, esto ya se sabe que la silincona no agarra contra el pavés, aunque ahí pavés no había, lo cual había goteler, y al no agarrar se ha ido el falso techo y ha atravesado un pilón que, la verdad, no sé qué pintaba, lo cual se ha venido abajo el muro de contención. Total: que ya está lo del aire.

Lo felicité con efusión y le pedí que llamara también a Miclantecuhli para comunicarle el éxito de su misión y para recibir nuevas instrucciones. Me dijo que así lo haría y que, de paso, iba a apretar una junta que veía floja. Yo, por mi parte, me dispuse a dirigirme a la habitación del ministro en la que, según mis suposiciones, mis compinches estarían esperándome con un nudo en la garganta. Pero al pasar frente a la habitación de la que había salido Monseñor Leño, noté un intenso aunque nada desagradable hormigueo en el estómago, que me desconcertó unos instantes y que, a falta de una explicación médica mejor, atribuí a la excitación que, según me habían contado algunos compañeros de colegio muchos años antes, produce en el hombre honrado la perspectiva de incumplir alguna ley, por pequeña que ésta sea. Y es que, justo es reconocerlo, mientras permanecía detenido ante aquella puerta consideré la posibilidad de emplear el ilegal dispositivo de Miclantecuhli para allanar la habitación de Monseñor Leño, puesto que tanta casualidad ya comenzaba a escamarme y me estaba llevando a la convicción de que también él tenía algo que ver con el asunto de marras.

Así pues, y simulando que tomaba un encuadre de la cerradura, saqué con

disimulo el artefacto y lo conecté a la puerta. Pulsé control, alt, guión bajo, arroba, mayúsculas, comillas, comillas, y las luces de la planta se apagaron. Tecleé entonces escape, cinco, barra, punto, intro, intro, asterisco, y el hilo musical se puso en marcha. Probé con F3, comando, paréntesis, uve doble, apóstrofe, corchete, corchete, y se enrolló la moqueta. Continué probando con secuencias similares a éstas, lo que provocó efectos variados y asombrosos que abarcaron desde la apertura de otras puertas cercanas a la que yo manipulaba, hasta la proyección en el pasillo de la imagen de un trío de rancheras dándome la bienvenida al hotel. Por fin, y con una combinación de teclas que jamás conseguiría volver a ejecutar, la cerradura hizo un ruido seco y la puerta se entreabrió. Sorprendido por mi inesperado éxito, y sin tiempo para felicitarme por él, la empujé, guardé el aparato infernal, y me introduje en la habitación de puntillas como siempre hacía Tullius Grim en sus papeles de inspector de hacienda.

Para aligerar la narración y concentrarme en los hechos más relevantes, podría decir simplemente que la habitación era grande, pero si sólo digo esto se me tachará de parco y corto de recursos. Así que diré mejor que la estancia era amplia, y que al entrar en ella uno se sentía en el centro de un espacio indefinido, sin límites, y que sólo la presencia dispersa de algunos sobrios y exclusivos muebles servía para dotar de referencias espaciales a aquel extraño lugar en el que la mente se sentía insegura. Ahora habrá quien dirá que abuso de los adjetivos, que utilizo palabras poco precisas, y que divago sin sentido. Digamos, entonces, que la habitación era grande, y que me recordó al salón de la casa de mis padres donde, desde la perspectiva de un niño de cinco años, las sillas parecían tótemes y la mesa era como el Partenón. Sí, ya sé que esto tampoco es una gran descripción, pero debo proseguir con el relato, y si tuviera que contentar a todo el mundo podría pasarme cien folios intentando describir adecuadamente algo tan intrascendente como la habitación de un hotel de lujo. Todo el mundo ha visto alguna aunque sea en las revistas, ¿no? Pues ya saben cómo son. Soberbias.

El único detalle que maculaba la, por lo demás, impecable disposición de la estancia era una especie de saco casero, fabricado con retales de bolsas, y rudimentariamente cerrado con una cuerda anudada en la parte superior. Se encontraba arrimado con descuido contra una esquina, y mientras lo contemplaba recordé la imagen de Monseñor Leño sudando, pero hecho un

pincel, mientras salía de la habitación unos segundos antes, y sospeché que el mencionado saco bien podría contener determinados objetos de los que, debido a circunstancias aún por desentrañar, habría tenido que deshacerse apresuradamente. ¿Pruebas de un crimen? ¿Ropas manchadas de sangre? ¿Un cadáver, incluso? El hormigueo en el estómago se intensificó, aunque, hasta donde yo sabía, abrir un saco atado con una cuerda no constituía un acto delictivo, pero fuera como fuese me lancé sobre el fardo y me entregué con paroxismo a la tarea de deshacer el nudo que lo cerraba. Mientras lo intentaba, pude percatarme de dos hechos de muy distinta índole: el primero, que los retales que conformaban el costal no procedían de unas bolsas cualesquiera, sino que provenían específicamente de bolsas para congelados; el segundo, que el paquete era un automóvil, en el sentido de que parecía moverse por sí mismo. En efecto, me aparté un instante para reconsiderar mi estrategia contra el obstinado nudo, y pude contemplar entonces con asombro cómo algo parecía agitarse enérgicamente en el interior del saco. Consideré a toda velocidad las diversas explicaciones científicas que podían justificar aquel fenómeno y, como quiera que no se me ocurrió ninguna, y que los espasmos del fardel iban acercándolo cada vez más a la puerta con aparente intención de escapar, opté por emplear la fuerza bruta y me abracé a él con todas mis fuerzas para intentar reducirlo. En el forcejeo, la cuerda se soltó por fin y la boca del saco quedó franca para que comenzara a emerger por ella un individuo atado y amordazado, que al pronto no reconocí pero que, por tercera vez en los últimos minutos, resultó no ser un desconocido para mí. Y es que, de hecho, la cabeza que asomaba por la abertura del saco no era otra que la del doctor Jiménez-Pata. El demoníaco galeno me miraba con evidente angustia y parecía intentar indicarme, con los ojos desorbitados, que quería hablar, así que le retiré la cinta adhesiva que le sellaba la boca.

—¡Tápeme, imbécil! —fueron sus primeras palabras—. ¡Cúbrame otra vez con el saco de bolsas para congelados, o las piruletas me localizarán!

—Pero... —balbucí mientras seguía sus instrucciones y lo introducía de nuevo en el saco hasta la cabeza—. ¡Esto es imposible! ¡Usted está muerto! Yo mismo lo dejé inerte sobre el suelo de su cocina, lo que, por cierto, viene a confirmar la estadística que indica la peligrosidad de dicha estancia.

—No estaba muerto —me respondió la voz del maléfico doctor desde el interior del saco—. Cierto que mi intención era terminar con mi vida ante la

posibilidad de que los esbirros de N'Joy Corporation pudieran dar conmigo pero, al abrir el horno para gasearme, lo que en realidad inhalé fue el hedor de una berenjena podrida que, supongo, el inquilino anterior había abandonado allí dentro. La peste me provocó un vahído y ya no recuerdo más.

Cuando me desperté, estaba atado y amordazado en un lugar oscuro, del que poco después me sacó un butanero para meterme en este saco y traerme hasta aquí en un coche. Esto último no lo sé a ciencia cierta, pero lo deduzco por la cantidad de golpes que me he llevado en el maletero, y que sólo han podido estar provocados por las alcantarillas que el ayuntamiento coloca en nuestras calzadas con inigualable tino. Por cierto, ¿dónde estamos?

—En el Hotel California —le respondí—. Mal sitio para usted, puesto que se va a celebrar una rueda de prensa con la suprema Natalia Nodd, y toda la plana mayor de N'Joy Corporation pulula por aquí. Esta es la única planta que no ocupan.

La voz del saco se calló y yo opté también por no hablar. Permanecimos, pues, unos segundos en silencio, en los que yo comencé a asimilar la información que el vitando doctor acababa de ofrecerme, y él, supongo, esperaba a que yo dijera algo puesto que era su única conexión con el mundo exterior al saco. Desde mi perspectiva, sin duda, el afortunado descubrimiento de Jiménez-Pata daba a la situación un giro de bastantes grados, no sé exactamente de cuántos porque en mi niñez ya se había eliminado la Geometría de los planes de estudios y se había reemplazado por Pacifismo y Solidaridad, pero seguro que eran muchos. Y es que, de pronto, ya no tenía que seguir encomendándome al voluntarioso pero paranoico Miclantecuhtli, ni me veía obligado a participar en su imprevisible plan. No necesitaba tampoco poner en marcha ningún proyecto alternativo como el que yo mismo había pergeñado, y que en esencia consistía en traicionar a mis compañeros alertando a Chumillas de sus intenciones cuando estuvieran a punto de comenzar la emisión subversiva, y utilizándolos por tanto como moneda de cambio para recuperar a mi hijita. Se me podrá tachar de rastrero, pero no de tonto.

Así pues, la inesperada aparición del doctor serpiente me daba la oportunidad, retomando el símil del dominó, de volver al comienzo de la partida, pero contando ahora entre mis fichas con el seis doble en forma de individuo dentro de un saco, con el que me proponía cerrar el juego y recuperar a mi hija de una vez por todas. Retornó con redobladas energías el

juguetón hormigueo del estómago, lo que descarta su relación con la ilicitud de las acciones, puesto que lo único que estaba yo pensando en esos instantes era que, después de aquellos dos días en los que mi vida había alcanzado complicaciones insospechadas, de las que en algunos momentos llegué a pensar que nunca conseguiría salir, resultaba ahora que la solución a todos mis problemas consistía simplemente en transportar aquel fardo rústico desde la habitación en la que me encontraba hasta la recepción del hotel y, desde allí, avisar a Chumillas para que viniera a recogerlo. La salvación de mi hija y mi reincorporación a la sociedad se encontraban juntas tomando un zumo de pomelo a menos de cincuenta metros en horizontal y treinta en vertical, contados desde el lugar en el que yo me dedicaba a hacer estas cavilaciones y a saborear ya mi éxito inminente.

Por otra parte, y después de la historia que nos había contado Kopp aquella misma mañana, los pocos escrúpulos que yo hubiera podido tener para entregarle el hediondo doctor a Chumillas, habida cuenta del negro destino que de seguro le aguardaba, ya se habían disipado.

—¿Sigue usted ahí? —me preguntó la voz del saco al cabo de un rato y, después de que yo le hubiera respondido, añadió con tono tembloroso—: ¿Le envían ellos?

—No —le contesté, y técnicamente estaremos todos de acuerdo en que no mentí—. Soy autónomo, por así decirlo.

—Pero, ¿ha venido usted a liquidarme?

—Si quisiera liquidarle —le dije para tranquilizarlo, pues me convenía mucho mantenerlo manso— no habría intentado disuadirle de sus planes de suicidio ayer en su pisucho.

—Entonces —continuó diciendo la voz, ahora más animada—, ¿eso quiere decir que me ayudará a salir de aquí?

—Por supuesto —respondí, y tampoco podrá ahora nadie acusarme técnicamente de mentiroso puesto que el concepto de «aquí» era cuando menos discutible, y, de hecho, yo me disponía a sacarlo de la habitación—. ¿Cuánto pesa usted?

—No lo sé con exactitud, pero le advierto que me han tenido que acarrear entre dos tipos.

—¿Dos?

—Sí, dos. Ha tenido que cruzarse con ellos, porque he oído cerrarse la

puerta justo antes de que usted entrara.

—Yo sólo he visto salir a una persona. ¿Está seguro de que eran dos?

Duda esta que no pude resolver ya que mis palabras fueron casi interrumpidas por el inesperado pero familiar sonido de una cisterna vaciándose, y a continuación por el no menos conocido ruido de un pestillo que se abre, y por último por el más infrecuente, pero también reconocible gracias a las películas, triqui-traque de un arma automática que está siendo cargada y amartillada. Como quiera que todos estos sonidos provenían de la misma dirección, a saber, la situada a mi espalda, y que al menos uno de ellos, si no los tres, se me antojaron amenazantes para mi integridad, me giré con prevención hacia la pared que tenía detrás de mí temiendo encontrarme con lo peor. Y, en efecto, allí estaba lo peor en forma de sujeto cuasi cúbico, armado, y portador de una sonrisa de oreja a oreja que, lejos de mover a la hilaridad, provocaba un incontenible deseo de salir corriendo, cosa por otra parte complicada puesto que su portentosa anchura lo convertía en un obstáculo insalvable en el camino hacia la puerta. Este individuo, al que de inmediato reconocí como el matón que me había mantenido secuestrado la tarde anterior en el cuarto de contadores, junto a Paco, la náyade Berenice, y la señora Domitila, pues este individuo, digo, había hecho acto de aparición a través de una puerta interior en la que yo no había reparado al entrar, ni mucho menos después durante el forcejeo contra el saco, y que era la que comunicaba la habitación con el cuarto de baño. Ahora dicha puerta estaba abierta de par en par, y junto a ella se encontraba aquel tipo de proporciones hercúleas e intenciones tan perversas como las de un fumador activo.

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó la voz del saco que, como es lógico, no podía explicarse la procedencia de los peculiares sonidos.

—¡Mira quién ha venido! —se burló el forzado sin hacerle caso, y después descompuso la risa burlona y añadió—: El hortera de bolera, el canijo con ínfulas... ¡Te voy a forrar a sopapos! ¡Mariposón!

—Es usted un violento —me atreví a decirle, asegurándome sin embargo de que mi tono de voz no dejara traslucir ningún síntoma de chulería puesto que, como creo que ya he dicho varias veces, no soy tonto.

—¡Huy, que se me pone farruco! —volvió a carcajearse el sicario—. Venga, alfeñique, vamos a solucionar esto como los hombres. Mira: voy a guardar la pipa para igualar la pelea. Adelante, ven a por mí. ¡Flojo! ¿Es que

no te atreves? ¡Currutaco! ¡Pisaverde!

Me sorprendió esa riqueza léxica en un mastuerzo de tal calibre, pero no fueron, por supuesto, sus alusiones a mi condición sexual las que obraron la transformación, aunque, ya que sale el tema, quiero aclarar que me gustan las mujeres a rabiar, que jamás he visto a un hombre desnudo, y que una de mis fantasías preferidas consiste en imaginarme a mí mismo internado en una clínica de adictos al sexo en la que los guardias están en huelga, y que un funcionario corrupto me hace llegar una copia de la llave del pabellón de mujeres. Pero no fue esto, como digo, la causa de lo que sucedió. La transformación a la que me refiero se produjo, como ya hubiera sucedido el día anterior y ante el mismo individuo, de manera racionalmente inexplicable. Mi otro yo, aquel otro yo que había brotado en el sótano para aporrear al morlaco y que después debía de haberse pasado toda la mañana durmiendo, se ofreció en aquel momento para hacerse cargo de la situación, y antes de que yo, mi yo normal, pudiera debatir la conveniencia de este traspaso de poderes, mi otro yo, el yo chuleta, ya se arremangaba la camisa y avanzaba con temeridad suicida hacia el bloque de hormigón que a cada paso mío se desternillaba con mayor estruendo. Y, de manera recíproca, a cada carcajada suya mi otro yo se enervaba un poco más y les daba otra vuelta a las mangas, hasta que cuando éstas alcanzaron ya a la altura del hombro y la distancia que me separaba del gorila era aproximadamente igual a la longitud de un brazo, silbó el aire ante el avance fulminante de un puño, crujieron huesos por el impacto de un golpe, y retumbó el suelo tras la caída de un cuerpo inconsciente.

—¿Qué pasa ahí fuera? —escuché decir a la voz del saco.

Y ya no escuché nada más, porque tal vez olvidé mencionar antes, cuando dije que la distancia que me separaba del morlaco era la equivalente a la longitud de un brazo, que dicho brazo era el suyo.

## CAPÍTULO 10110

—Vamos, hombre, no me sea blando —dijo alguien que se aprovechaba de mi indefensión para cachetearme las mejillas—. ¡Despierte! Pero si sólo le he dado una vez...

—¿Qué pasa ahí fuera? —insistía la voz del saco.

—Usted cállese, que tiene la culpa de todo. ¡Qué calor! ¿Quién ha quitado el aire acondicionado?

Esto último lo añadió un tercer sujeto al que mi subconsciente, sabedor de que en el momento de mi desmayo sólo me acompañaban dos personas en la habitación, no tenía catalogado, y quizás por ello envió una orden imperiosa a mi consciente para que abriera los ojos y tomara las riendas de la situación. La fluorescencia naranja que me deslumbró casi me devuelve al plácido sopor de la inconsciencia.

—Se ha vuelto a desmayar —dijo el morlaco.

—No es eso —repliqué—. Es que la luz de la ventana refleja en el uniforme fosforito de Monseñor Leño.

—¡Ah! —intervino éste, pues él era el cuarto ocupante de la estancia—, ¿le gusta? Para este diseño he elegido una tela que, al impacto de la luz, produce un cierto halo como el que según dicen rodeaba a algunos de nuestros fundadores. Espero que este efecto anime a la conversión a los más escépticos. A fin de cuentas, ¿en qué otra religión los mandamases llevan nimbo?

—¿Va a decirme alguien de una vez qué está pasando ahí fuera? —volvió a preguntar, ya algo irritada, la voz del saco.

Me incorporé hasta quedar sentado en la moqueta y apoyé la espalda contra la pared. Verifiqué que me hallaba todavía en la misma habitación en la

que había sido golpeado, y en una rápida inspección pude ver, a mi lado, el fardo que contenía al corrupto doctor y, a unos pasos de allí, a Monseñor Leño codo con codo junto al matón que volvía a apuntarme con la pistola. Busqué con la mano el lugar en el que había sido golpeado y, para mi sorpresa, sólo noté una pequeña erosión en la piel de la mandíbula y una cierta dureza debajo de ella, ninguna de las cuales parecía poder explicar el intenso dolor que notaba no sólo en el hueso sino en toda la cabeza. Comprobado, pues, que a pesar de aquellas molestias mis constantes vitales no parecían peligrar, me esforcé por reintegrarme al mundo de los vivos y, en especial, por averiguar si los cambios que la situación había experimentado durante mi letargo podían ser ventajosos para mí.

—En efecto —dije, secundando la petición del saco—, no vendría mal que alguien nos explicara a todos qué está pasando.

—Y añadí, dirigiéndome al fardo—: Es que me han golpeado y, al despertarme, veo que ahora somos cuatro.

—Dado que nosotros tenemos la pistola —planteó Monseñor Leño—, sugiero que seamos también nosotros quienes hagamos las preguntas.

—A mí me parece justo —opinó la voz del saco, cobarde.

—En ese caso, ¿quiere decirme de una vez qué pinta usted en este embrollo? —me preguntó Monseñor Leño—. Antes de la fiesta en el Palace no le había visto en mi vida, y ahora me lo encuentro por todas partes. Así que diga: ¿también va usted detrás de Jiménez-Pata?

Quizás en otras circunstancias, por ejemplo si me hubiera encontrado en la cubierta de un yate tomándome un daikiri y acompañado por una nórdica escultural en bikini, y disfrutando de una suave brisa del sur que me despejara lentamente tras haber descansado durante doce horas en una cama de plumas, pues digo que en unas circunstancias como esas quizás hubiera podido yo urdir un sofisticado engaño para contestar a la pregunta de Monseñor Leño sin incurrir en ninguna contradicción con lo que él ya sabía, y sin tener que desvelar tampoco ninguna información verdadera que pudiera resultar perjudicial para mis intereses.

Porque a estas alturas de la película, triste es reconocerlo, las posibles implicaciones morales de decir una mentira, así como el cumplimiento del Protocolo de Sinceridad, me la traían bastante floja. Sin embargo, después de dos golpes en la cabeza en las últimas veinticuatro horas, amén de múltiples

peripecias y sobresaltos, y de no menos amenazas y peligros, por no hablar del profundo cansancio físico y mental que comenzaban a adueñarse de mí a medida que los contratiempos se amontonaban para impedirme alcanzar mi objetivo, después de todo eso, digo, no me sentí con fuerzas para elaborar un nuevo embuste y opté por contar la verdad, convencido ya de que había fracasado en mi misión y que tanto mi futuro como el de mi hija estaban completamente en manos de Chumillas.

—No me pregunte por qué —comencé—, pero ese tal Chumillas, a quien usted también parece conocer, tiene un desmedido interés por encontrar al tipo que ahora mismo se encuentra dentro de este saco. Y tampoco me pregunte por qué, pero está convencido de que yo puedo entregárselo o, al menos, indicarle con precisión dónde encontrarlo. Para conseguir una de esas dos cosas, Chumillas me convocó anteayer en el Palace y terminó por amenazarme con infligir todo tipo de perrerías a mi hija, que en estos momentos se encuentra secuestrada por un individuo de lamentable aspecto que trabaja para él, o para algún acólito suyo, pero en cualquier caso para alguien importante. Si quiero recuperar a mi niñita, tengo que entregarles a Jiménez-Pata antes de las tres de esta tarde.

—¡Maldito farsante! —clamó el saco—. ¡También usted iba a entregarme a N'Joy Corporation!

—No le culpe por ello —lo amonestó Monseñor Leño—. Cualquiera en su lugar habría hecho lo mismo. ¿Cuántos años tiene su pequeña?

—Acaba de cumplir los treinta y cinco.

—Una niña.

—Una niñita.

—Una niñitita.

—¿Y qué pasa conmigo? —se quejó la voz del saco—. ¿A mí sí pueden torturarme sin que a nadie le importe un ardite?

—Usted —contestó Monseñor Leño, anticipándoseme—, es un libertino y un miserable. Usted nunca ha sido un niño.

—Veo que lo conoce bien —convine—, lo que me lleva a preguntarme, primero, cómo ha adquirido usted tal conocimiento, y, segundo, por qué anda también a la caza del detestable doctor.

—¡Oiga! —protestó la voz del saco.

—Cuando tenga pistola —intervino el matasiete sin hacer caso de las

reclamaciones—, podrá hacer preguntas. ¿No, jefe?

—No me llames jefe, Porfirio —lo corrigió cariñosamente Monseñor—. Deben disculparlo. Aquí donde lo ven es un bendito, pero se mete mucho en su papel. Y me tiene un gran aprecio, al igual que yo a él porque lo conozco desde que era un niño, él, no yo, porque yo podría ser su padre, que no lo soy, ¿eh?, no vayamos ahora a propagar rumores infundados. Pero me temo que no hay tiempo para más preguntas ni, por lo tanto, para más respuestas. Falta menos de una hora para su cita con Chumillas, puesto que ya son más de las dos, y no quisiera yo ser el causante de que se le provocara el más mínimo daño a una niña de treinta y cinco años.

—¿Puede confirmarme, al menos —insistí—, que no trabaja usted para Chumillas?

—Es una historia larga de contar. ¿Conoce usted a Maquiavelo? No, hombre, no a Maquia Velo, el último y funesto fichaje de la Roma, sino al clásico estadista que postuló aquello de que el fin justifica los medios. ¿No? Ya me lo imaginaba, y es una lástima porque nos habría ahorrado muchas explicaciones. En fin, quédese con la idea de que, en ocasiones, es preciso sacrificar algunos objetivos nobles, pero menores, para alcanzar una meta mayor y más elevada. Desde mi más tierna infancia, eclesiásticamente hablando, me he propuesto dotar a los necesitados no ya de comida y bebida, puesto que eso lo hace Eternal Life Inc. obteniendo a cambio importantes beneficios, sino de alimento para el espíritu. Ideas, amigo mío. Teorías, preguntas, conjeturas, inquietudes, dudas tenaces que nos desesperan pero que amplían nuestra incertidumbre y que, así, nos hacen más racionales, más tolerantes, y más justos.

—Hasta aquí vamos bien —peloteé—. Yo mismo comparto todos esos principios, aunque reconozco no haber hecho nada por promoverlos. No obstante, prometo cambiar mi actitud en cuanto usted me libere.

—No es tan fácil, caballero. Ni para usted, ni para mí. En la inconsciencia que conlleva la juventud, puse en marcha una modesta fundación con el propósito de enviar libros a África y a otros lugares remotos. No le diré que los resultados fueron malos, aunque no sé por qué no se lo diré porque la verdad es que fueron lamentables. Al paso que íbamos, habríamos tardado más de setecientos años en alfabetizar el continente, con el problema añadido de que muchos de los alfabetizados habrían muerto durante ese lapso de tiempo, y

habrían nacido muchos otros individuos a los que no habríamos llegado con nuestra fundación. En fin, pasaré por encima de los detalles contables, pero le aseguro que no íbamos por el buen camino. El caso es que en esas cuitas andaba yo cuando un día, por casualidad, se presentó en mi puerta la ocasión que andaba buscando. No fue, empero, una oportunidad fácil de aprovechar: me vi obligado a sacrificar algunas de mis creencias más arraigadas, y así, por ejemplo, tuve que hacerme oficialmente seguidor del Real Madrid, aunque sigo siendo *juventino* a muerte. A mí me gusta decir que soy madridista no practicante, por utilizar un símil que, lógicamente, en mis círculos hace mucha gracia. A usted ya veo que no.

Yo, en realidad, esperaba ansioso el desenlace de tan breve aunque bien hilado melodrama, pero en ese momento Monseñor lanzó una mirada de reojo al reloj del videoguol y, sin preocuparse por sus espectadores, interrumpió de golpe su relato y se dirigió hacia la puerta.

—Se hace tarde —dijo—. He venido respondiendo a la llamada que me ha hecho Porfirio ante su inesperada aparición, pero ahora tengo que regresar al salón principal. El ministro va a dar un discurso y le molesta mucho que la audiencia ralee. Volveré en cuanto pueda.

—Pues entretanto —sugerí—, y como muestra de esos elevados ideales que dice perseguir, podría usted dejarme libre.

—Creo que lo mejor para todos será que se quede aquí bajo el cuidado de Porfirio. Entiéndame: no es que no me fie de usted, pero no me fio. Y, en cualquier caso, le aseguro que no tiene nada que temer: mis intenciones son nobles, y actúo en pos de una causa justa. No puedo decirle más por el momento.

Y tras impartirnos una apresurada bendición, se marchó dejándonos otra vez solos al llamado Porfirio, al rijoso doctor dentro del saco, y a mí mismo, todavía sentado en el suelo y con la cabeza abotargada.

## CAPÍTULO 10111

No tenía yo las meninges para muchos esfuerzos, y además el calor ya empezaba a resultar agobiante, pero a fuer de ser sincero creo que tampoco en plenitud de facultades habría sido capaz de encontrar una manera de escapar de aquella habitación. Por otra parte, mi estado de ánimo, como queda dicho, no me impelía a embarcarme en aventuras imposibles. Me sentía derrotado. Me sentía insignificante. Más aún: me sentía culpable. Y la contemplación del reloj del videoguol, en el que la manecilla de los segundos se movía con la agilidad de un consumado velocista, no servía sino para terminar de desesperarme.

—Quizás Monseñor Leño no le haya dicho —intenté, como último recurso, dirigiéndome al llamado Porfirio— que este asunto en el que todos nos hallamos metidos tiene ramificaciones que alcanzan los más altos niveles de nuestra sociedad, y que de su resolución dependen importantes negocios, reputaciones varias, numerosas plazas de funcionario, e incluso la posibilidad de salir en la tele, por no mencionar las ingentes cantidades de dinero que obtendrán quienes se posicionen en el lado correcto.

—¿Me está sobornando? —me espetó el morlaco.

—Le diría que sí, pero no querría ofenderle.

—No me ofende. ¿Cuánto?

Debo reconocer que me sorprendió la rapidez con la que el sicario aceptó mi oferta, y me dije que quizás debería haber empezado por ahí desde un principio y haberme dejado de tanta aventurita y tanto espionaje. También me dije que la Humanidad estaba perdiendo sus valores, y que cualquier propósito es negociable por muy turbio que aparente ser, y que, es más, uno siempre termina por encontrar a alguien que no sólo está dispuesto a dejarse comprar, sino también a enorgullecerse de ello, a ponerle un bonito nombre a

su miseria moral, como *Chief Executive Officer*, a presumir entonces de su nuevo estatus, puesto que ya no será un miserable moral sino un profesional y su precio se llamará nómina, y, con los años, a crear un gremio, a impartir seminarios para quienes quieran seguir sus pasos, a impulsar la homologación de una carrera universitaria, a crear un *lobby*, a abrazarse a diestro y siniestro, y, por último, a tildar de débiles o perdedores o miserables morales a quienes no se avengan a jugar con sus mismas reglas.

—¿Se va a desmayar otra vez? Se le está poniendo una cara muy rara.

—Sólo estoy reflexionando —respondí saliendo del trance, y retomando la conversación donde la habíamos dejado—. ¿Cuánto quiere por dejarme escapar con el saco?

Fue entonces Porfirio quien compuso un gesto francamente difícil, como si estuviera sometiendo sus neuronas a un esfuerzo poco habitual y éstas estuvieran sufriendo calambres en cadena. Pero de pronto, los músculos de su cara comenzaron a relajarse y, un segundo después, prorrumpía en una sonora risotada.

—¡No puedo, no puedo! —decía entre carcajada y carcajada—. Siempre que miento me entra la risa. Sólo le estaba tomando el pelo. No se enfade, pero es que me aburro mucho cuando no hay que dar sopapos.

—Es usted despreciable —le recriminé—. Mi hija está en peligro y usted no sólo me retiene evitando que pueda acudir en su ayuda, sino que además me permite concebir falsas esperanzas.

—Lo siento —se excusó Porfirio ya con gesto serio, y su contrición parecía sincera—. Pero es que yo nunca podría traicionar a Monseñor. Es como un padre para mí. Aunque yo esto no puedo saberlo con seguridad porque jamás conocí a mi padre ni a mi madre y, por lo tanto, ignoro cuál es el comportamiento de un padre para con sus hijos más allá de lo que veo por la calle o en los centros comerciales, y que me parece, la verdad, bastante falso. Pero asumo que, al igual que Monseñor Leño hizo conmigo, una madre, o un padre en este caso, iniciará a sus hijos en el conocimiento de los filósofos griegos, les transmitirá unos sólidos valores éticos, los alentará para que desarrollen su inteligencia y lleguen a actuar según sus propios criterios, debatirá con ellos sobre Historia, Arte, Astronomía o Cálculo Infinitesimal, pongo por caso, los corregirá sin violencia pero con firmeza, les servirá como ejemplo de sus enseñanzas y, en definitiva, intentará que sus vástagos sean no

una mera prolongación de él mismo sino nuevas e íntegras personas que aporten sus propios descubrimientos al mundo y que, con un poco de suerte, incluso consigan mejorarlo. ¿Estoy en lo cierto?

—Prácticamente en todo —concedí, no porque yo tenga problemas para decir que no, sino porque dadas las circunstancias no me parecía adecuado emplear más tiempo en estériles discusiones sobre pedagogía con un matón a sueldo, condición esta por cierto que, ligada con mi última reflexión, lo convertía no en un criminal sino en un profesional.

—Pues en ese caso, repito ahora sin ninguna duda que Monseñor Leño ha sido como un padre para mí. Y mi fidelidad hacia él es tan inquebrantable como la portería que con tanto brío defiende el felino Buona Roti.

—¿También es usted seguidor de la Juventus?

Nada más lejos de mi intención que desviar la conversación hacia asuntos mundanos, pero al pronto me llamó la atención la coincidencia que suponía que tanto Monseñor Leño, como la ondulante Berenice, como ahora también el forzudo Porfirio, hicieran mención a las, al parecer, extraordinarias cualidades del singular cancerbero. Era este un pequeño detalle, pero la casualidad se me antojó improbable en extremo puesto que, hasta donde yo sabía, todo el mundo era seguidor del Real Madrid, al menos desde San Blas hasta Aluche, e incluso más allá, aunque esto yo no pudiera afirmarlo a ciencia cierta por no ser un gran conocedor del mundo del balompié, y por no estar tampoco muy instruido sobre la vida que existe más allá de Madrid. Fuera como fuese, esa extraña coincidencia actuó como un detonante que disparó en mi memoria toda una serie de conexiones entre algunos de los hechos que habían acontecido últimamente, y de pronto creí ver claro cuál era la relación entre todos ellos.

—Por supuesto —me respondió Porfirio.

—Supongo que también esa afición se la ha transmitido Monseñor Leño. Por lo que veo, todos sus discípulos del cotolengo han heredado su devoción por la escuadra turinesa.

—No en vano —me confirmó Porfirio orgulloso, sin ni siquiera sospechar que en realidad mi pregunta buscaba, precisamente, que él ratificara mi hipótesis— el uniforme de los Padres Radiadores consta de hábito blanquinegro, capucha blanca, y sandalias negras con un *escudetto* en el empeine. Cuando jugábamos en el patio, durante mis años de internado, yo siempre quería llevar el número nueve, como Testarudo Manontropo. ¡Qué

zurda tenía!

Cornelio Rana y yo formábamos una dupla temible en la liga de alevines. Podríamos haber llegado lejos, ¿sabe?, pero al pobre Rana no lo respetaron las lesiones, y al final se hizo taxista. En efecto —asintió, al ver el respingo que daba yo ante sus últimas palabras—, Claudio es el taxista que lo ha estado llevando y trayendo a usted de un lado para otro. ¿Cómo se cree, si no, que Monseñor iba a poder seguir sus movimientos? Nosotros no tenemos acceso a las piruletas como los de N'Joy Corporation. Pero bueno, como le decía, las lesiones truncaron el brillante futuro futbolístico de Rana y, en cuanto a mí, al dejar el cotolengo me junté con malas compañías, y cuando quise darme cuenta ya había atracado diez bancos. Menos mal que Monseñor volvió en mi ayuda y me ofreció que trabajara para él. Ahora vivo en el Vaticano y puedo ver a la Juve cuando viene a jugar contra el Lazio.

—Qué bonita historia —dije en plan tiralevititas, ya que todavía necesitaba confirmar algunos puntos más de mi teoría—. ¿Y cuándo se fue Monseñor Leño al Vaticano? Quiero decir, ¿cuándo dejó el cotolengo?

—No sabría decirle... —me respondió, meditabundo, Porfirio—. Como le he dicho, durante algunos años me moví por ambientes en los que los nombramientos cardenalicios no eran tema de conversación. Oiga —añadió cambiando de súbito su expresión—, ¿no hace mucho calor aquí?

—Un poco —concedí, fingiendo extrañeza como si yo tampoco supiera cuál podía ser la causa de tan elevada temperatura.

—Pues imagínense aquí dentro —terció la voz del saco—. ¿Por qué no llaman a recepción y se quejan?

Porfirio hizo un gesto entre resignado y condescendiente y se levantó de la cama en la que había permanecido sentado durante toda nuestra charla. Después apartó el saco hacia un rincón, me ordenó a mí que me colocara en el mismo sitio para salir del campo visual del videoguol, y se dirigió al aparato. Por lo que pude escuchar, el empleado del hotel no parecía demasiado alterado por la situación, y se limitó a excusarse diciendo además que la reparación de la avería podría tardar un buen rato. No obstante, y en consideración a la categoría de Monseñor Leño, se ofreció a prestarnos un ventilador.

—¿Podría pedir también que nos suban unas tabletas de Painless, marca registrada de Eternal Life Inc.? —le susurré a Porfirio—. El dolor de cabeza

me va a matar.

—En absoluto —intervino la voz del doctor alacrán desde su saco—. Lo único que tiene usted es una cefalea impactoide con disociación de neuralgias evolutivas.

—¿Y qué hago para que deje de dolerme?

—Le recomiendo que no se dé más golpes en la cabeza —me respondió con autoridad.

—¿Para eso ha estudiado doce años de medicina?

—Tiene que poner algo de su parte. Me recuerda usted a las mujeres que acudían a mi consulta y me preguntaban: doctor, ¿qué puedo hacer para salvar mi matrimonio? Pues está claro. Cómprese un ligüero, unas medias negras, y unos taconazos, y espere a su marido a cuatro patas. Como desde luego no conseguirá nada es esperándolo con cara de pollo asado frío y asestándole un «tenemos que hablar». ¿Realmente creen esas mujeres que sus maridos se han buscado una amante porque necesitan hablar con alguien? Si fuera así, se buscarían un psicoanalista portugués, y no una rubia de veinte años que sólo pronuncia interjecciones. Sí, amigo mío: la causa de la enfermedad, según yo, es el enfermo. ¡Y hay que ver lo que se quejan!

El timbre de la habitación sonó a tiempo de salvarme de nuevas divagaciones del inmoral galeno, quien lejos de aliviar mi dolor de cabeza estaba contribuyendo a avivarlo. Porfirio se acercó a la puerta y sin abrirla preguntó quién era. Una voz lejana respondió que traía un ventilador por orden del recepcionista, así que, como siempre atento a los detalles, Porfirio volvió a colocar el saco en un lugar que no fuera visible desde la puerta, y a mí me encerró en el cuarto de baño. Cuando ya estaba dentro, reparé en que el interruptor de la luz se encontraba fuera y que Porfirio se había olvidado de encenderlo, así que me vi sumido de pronto en la más profunda oscuridad y, como suele pasar siempre en esos casos, tuve la sensación de que mi oído se aguzaba permitiéndome escuchar los más minúsculos sonidos. Pude así percibir las pisadas de Porfirio sobre la moqueta, y su respiración agitada por el reciente esfuerzo al transportar el saco; escuché después cómo quitaba el cerrojo de la puerta y, a partir de ahí, la secuencia de sonidos ya no fue como yo habría esperado: se oyó primero una especie de chisporroteo, seguido de un grito ahogado, tras el cual sonó un golpe enorme que hizo retumbar el suelo de toda la habitación y, por último, pude escuchar cómo alguien abría la puerta

y la cerraba después.

Opté por quedarme dentro del cuarto de baño a la espera de acontecimientos, y pegué la oreja a la puerta para poder percibir con mayor nitidez lo que pudiera estar sucediendo al otro lado. Lo único que pude escuchar, sin embargo, fueron unos nuevos pasos que se movían de un lado para otro, como si estuvieran recorriendo toda la habitación, de manera que me llegaban unas veces más cercanos y otras más alejados. De tanto en tanto los pasos también se detenían, hasta que hubo un momento en el que me pareció que la intensidad de las pisadas aumentaba de manera continua y progresiva, de lo que deduje que el individuo que las producía debía estar acercándose al lugar en el que yo me encontraba, así que me apresuré a tantear en la oscuridad en busca de algún objeto con el que poder defenderme del intruso, pero lo único que conseguí atrapar en aquella negrura fue un peine, un rollo de papel higiénico, y una toalla. Desechados uno a uno estos objetos por inapropiados, decidí en última instancia esconderme arrimándome a la pared, junto a los goznes de la puerta, en el recoveco que quedaría oculto a los ojos del presunto agresor una vez que ésta se encontrara abierta. Y de hecho así se encontró a los pocos segundos, puesto que, en efecto, el misterioso allanador de moradas llegó hasta ella, giró el pomo, abrió primero una pequeña rendija por la que se coló la luz, y la empujó después con tal energía que la hoja giró hasta alcanzar el lugar en el que yo contemplaba aterrorizado el fatal movimiento, estampándose con violencia contra mi cabeza, y provocando que ésta, por efecto de alguna ley física que desconozco puesto que en lugar de Física yo ya estudié Danzas Europeas en el colegio, se desplazara hacia atrás hasta golpearse también contra la pared alicatada que tenía a mi espalda.

Como no podía ser de otra manera, y después de esos dos nuevos y contundentes porrazos que venían a unirse a los otros dos que ya había sufrido en las últimas horas, sentí cómo las piernas me flaqueaban y la realidad que tenía ante mis ojos comenzaba a desvanecerse una vez más. Me arrodillé en el suelo antes de caer desmayado, y lo único que pude escuchar fue una voz que sonaba tan lejana como si viniera de otro mundo, o también como si viniera de este, pero producida quizás por algún indeseable carroñero metido dentro de un saco.

—¿Alguien me va a decir qué está pasando ahí fuera?

## CAPÍTULO 11000

—¿Resién? —fue lo primero que escuché al abrir los ojos.

—¿Resién qué? —preguntó la voz del saco antes de que yo pudiera decir nada.

—¿Mic? —reaccioné, comenzando a despejarme, y al hacerlo recordé la delicada tesitura en la que me hallaba antes de desvanecerme—. ¿Dónde estoy? ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—No se apure, mi güey. Siento haberle golpeado con la puerta. De todas maneras, todavía falta media hora para las tres. Se ha despertado usted muy rápido.

—Es la práctica.

—Le recomendé que no recibiera más golpes en la cabeza —me reprendió el doctor mondongo desde su envoltorio—. Después no venga a quejarse.

Más mal que bien pude incorporarme, con la ayuda de Miclantecuhtli, y comprobar que me encontraba todavía en la habitación de Monseñor Leño, acompañado del propio Mic, del saco maligno en su rincón, y del ahora indispuerto Porfirio, que yacía sobre la moqueta obstaculizando el paso hacia la puerta.

—¿Está...? —comencé a decir, y no me atreví a completar la pregunta.

—No, compadre —me tranquilizó Miclantecuhtli—. Sólo le he aplicado una descarga eléctrica a través de la cerradura.

—Pero, ¿cómo ha sabido que me encontraba en apuros?

—En vista de su tardanza, localicé su RAP en esta recámara y me dirigí hacia aquí para decirle que dejara de entretenerse con tonterías. Entonces vi cómo un butanero salía por esa puerta y se metía en el ascensor, cosa esta que me pareció, cuando menos, inusual. Aprovechando la avería en los sistemas de

seguridad por la falta de aire acondicionado, intercepté las comunicaciones para saber qué estaba sucediendo aquí dentro. Conecté el videoguol de la habitación a mi CP y monté el numerito del recepcionista. Para mi sorpresa, vi que usted no salía en la imagen, y que en su lugar aparecía un tipo con aspecto de matón a sueldo. La situación se me antojaba cada vez más sospechosa, así que se me ocurrió la excusa del ventilador para poder venir y deshacerme del gorila. Chévere, ¿eh?

—Ya repartiremos los halagos más tarde —lo interrumpí—. Ahora no hay tiempo que perder.

—No se preocupe: ya está todo preparado. Su lampista es un fenómeno y consiguió desactivar el aire acondicionado en un tiempo récord. Los sistemas de seguridad no tardaron en caer, lo que me permitió acceder a los bancos de datos del hotel y componer falsos RAP para todos, que podremos utilizar mientras no abandonemos el edificio y nos exponamos a otras piruletas que funcionen correctamente. Así que, mientras usted perdía el tiempo aquí, nosotros ya hemos ejecutado el plan: hemos subido al último piso, nos hemos presentado como técnicos de producción, y hemos saboteado las conexiones para que, en su momento, mi comunicador personal pueda interrumpir la rueda de prensa y, a través de las antenas de la mismísima N'Joy Corporation, emitir nuestro mensaje a todo el planeta, desde Las Musas hasta Pitis. El señor Paco, con su RAP de periodista inmaculado, ya está ensayando la lectura del manifiesto. El mundo despertará de su letargo. Yo me retiraré a una montaña. Será un éxito.

Las palabras de Miclantecuhltli vinieron a confirmarme que, como era de esperar, mi excéntrico compañero de fatigas seguía empeñado en llevar a cabo su disparatado plan, y también me demostraron que el calor no es buen compañero para los dementes.

No había tiempo que perder, así que tendría que contarle los últimos acontecimientos de manera abreviada y confiar en que su reblandecido cerebro entendiera la lógica de mis argumentos: ahora que tenía yo en mis manos el objeto de deseo de Chumillas, no estaba dispuesto a soliviantar a éste con manifiestos revolucionarios y conspiraciones ridículas.

—Me ha salvado la vida, Mic —concedí, tomándolo de un brazo y alejándome con él hacia una esquina—, y sé que también quiere ayudarme a salvar la vida de mi hija. Pero ahora tengo que pedirle otro favor. ¿Ve aquel

saco?

—¡Vaya! —se admiró—. A prueba de piruletas, ¿eh?

—Pues ese saco —cuchicheé, jugándomelo todo a una carta ya que, como queda dicho, no había tiempo para rodeos— contiene al tantas veces mencionado doctor Jiménez-Pata, causa de todas mis desventuras y, posiblemente, también de las de muchos pacientes del Hospital Marcus Welby. Sé lo importante que es para usted liberar al mundo, y que obra guiado por unos elevados ideales, aunque ahora mismo yo no recuerde cuáles son, o me parezcan estúpidos, que no, que no me lo parecen, se me ha escapado. En fin, lo que quiero decirle es que, cuando uno es padre, el mundo deja de tener miles de millones de habitantes para reducirse a unos pocos, que coinciden, precisamente, con aquellos que son hijos de uno. Si el resto de la Humanidad perece víctima de dolorosísimas enfermedades, a uno le da un poco igual siempre que sus hijos no se contagien. Ante las más devastadoras catástrofes, los padres que realmente quieren a sus hijos piensan: bueno, por lo menos ahora mis niños podrán encontrar trabajo más fácilmente. En eso consiste ser padre: en ejercer el egoísmo más despiadado justificándolo en el bien de los hijos. La consecuencia de ello, al haber tantos padres y madres por ahí, es que ese egoísmo gobierna el mundo desde la época de aquellos dos que llevaban una hoja de parra, y cuyo nombre no recuerdo porque yo no estudié Religión sino Creatividad y Diálogo. ¿Me entiende? No, usted no puede comprenderlo, porque a pesar de sus profundos conocimientos técnicos, sus doctorados en Ciencias Físicas, y sus múltiples viajes alrededor del globo, usted no es padre. ¿Qué es un doctor en Filosofía Clásica al lado de un padre? Un mindundi. Créame Mic: usted se puede preocupar por el mundo porque usted no tiene hijos. Yo también me preocupo, pero poco. Quiero decir: por mí, como si el mundo sale en cohete y no vuelve. Y si usted fuera padre, también se preocuparía sólo por una o dos personas, tres en el caso de que tuviera familia numerosa. ¿No le parece un sentimiento maravilloso?

—¿El objetivo de su discurso es animarme a procrear? —me preguntó Miclantecuhtli desorientado.

—Veo que no vamos bien. El objetivo de mi discurso es hacerle ver que, por fin, he localizado al doctor cuerno, y que si se lo entrego a Chumillas mi hija volverá a ser libre, feliz, y tan inconsciente como cualquier otra niña de su edad. Crecerá, ya no en altura sino en años, madurará a los cuarenta, o a los

cincuenta al paso que vamos, y quizás algún día también mi pequeña tendrá sus propios hijos, a los que protegerá con los mismos instintos primarios con los que yo la protejo ahora a ella. —Tragué saliva y compuse un gesto grave—. Mic: lo que quiero decirle es que abandono su plan. Sé que usted piensa que cometo un error, pero yo creo, quiero creer, que si cumplo mi parte del trato Chumillas cumplirá la suya. Y, en honor a nuestra corta pero intensa amistad —añadí, cargándome de todo el valor y mala leche que pude reunir—, le advierto que estoy dispuesto a hacer cualquier barbaridad si alguien se interpone en mi camino. Y nadie me culpará por ello, puesto que soy padre y un padre puede matar a dieciséis para salvar a su hijita.

Supuse que Miclantecuhtli se estaba tomando unos segundos para calibrar la solidez de mis amenazas, y mientras lo hacía yo me esforcé por mantener un rictus pétreo y, en la medida de lo posible, intimidatorio. Por fin, Miclantecuhtli lanzó un suspiro y se dispuso a hablar, aunque lo que dijo no era ni mucho menos lo que yo me esperaba.

—Definitivamente —afirmó—, no quiero tener hijos. —Y mirándome con cierta curiosidad, añadió—: ¿De verdad se cree que Chumillas lo dejará marchar sin más?

—Tengo que intentarlo —contesté—. Nunca me perdonaría no haberlo hecho si algo saliera mal.

Mic meneó la cabeza, se giró para mirar el saco que aguardaba obediente junto a la ventana en la otra esquina de la habitación, contempló el apacible respirar de Porfirio, todavía inconsciente sobre la moqueta, y por fin volvió a mirarme a mí.

—Es usted demasiado confiado —me dijo.

—No crea.

—Sí creo. Pero ya veo que no va a convencerse hasta que lo compruebe por usted mismo. Así que esperaré a que negocie con Chumillas antes de emitir mi comunicado. De esa manera, si todo sale bien podrá usted marcharse a casa y mantenerse al margen de mi plan; y si algo sale mal, todavía podrá utilizarme como última herramienta de presión. ¿Qué me dice?

—Miclantecuhtli —le respondí emocionado, y me esforcé por pronunciar su nombre completo que, para mi sorpresa, me salió a la primera—, le debo un gran favor.

—No se preocupe: ya le dije que mi familia tiene dinero para rato. —Y

volviendo a echarle un vistazo al saco—: ¿Cuánto pesa el bulto?

Iba yo a emitir una conjetura sobre la cuestión cuando dos hechos casi simultáneos me detuvieron. Primero, que al contemplar el saco me extrañó su súbita variación en forma y tamaño, así como el hecho de que la ventana junto a la que se encontraba estuviera abierta. Segundo, que Porfirio comenzaba a desperezarse y todo parecía indicar que pronto lo tendríamos en posición vertical o, al menos, de rodillas, lo que lo hacía no menos peligroso para quienes, como yo o el propio Mic, pesábamos cincuenta kilos menos que él.

—¡Jiménez-Pata! ¡Porfirio! —exclamé alarmado ante ambos descubrimientos—. ¡Mic, ate usted al gorila que yo me encargo del otro!

Me lancé hacia la ventana mientras Miclantecuhli se hacía con el cordón de las cortinas, y me asomé al exterior buscando con frenesí algún indicio del camino que pudiera haber seguido el tiñoso doctor en su huida. No parecía probable, sin embargo, que nadie que calzara más de un treinta y dos hubiera podido caminar, y mucho menos escapar apresuradamente, por aquella diminuta cornisa que recorría la fachada del hotel y se asomaba con vertiginosa perpendicularidad sobre la Gran Vía. Miclantecuhli se unió a mi exploración una vez que hubo inmovilizado a Porfirio y, tras un apresurado vistazo, compartió mi juicio.

—No puede haberse escapado por aquí.

—¿Y si se ha arrojado al vacío? —se me ocurrió de pronto, al recordar su reciente tentativa de suicidio frustrada por la berenjena podrida.

Pero no tuvimos tiempo de analizar ni esta ni otras posibilidades, puesto que oímos a nuestra espalda un alboroto de pisadas y golpes que hicieron que nos girásemos de inmediato para ver lo que estaba ocurriendo, y que era esto: el indigno doctor, que al parecer había permanecido todo aquel tiempo oculto bajo la cama, había salido de su escondite arrastrándose, en un movimiento que de seguro le resultaba natural, para incorporarse después y lanzarse hacia la puerta en una frenética carrera que, para nuestra fortuna, había sido providencialmente interrumpida por Porfirio, quien, a pesar de sus ataduras y con la agilidad de un felino, de un felino de ciento veinte kilos pero felino al fin y al cabo, se había arrojado al suelo interponiéndose en el camino del fétido galeno, que terminó por caer rodando por la moqueta hasta estrellarse contra la pared. Miclantecuhli y yo corrimos hacia aquel lugar e inmovilizamos al prófugo, apresurándonos después a meterlo de nuevo en el

saco tras volver a ajustarle las cuerdas pues, por lo visto, el muy tramposo había empleado los últimos minutos en aflojarse las ligaduras y planear su huida.

Volví a cerrar el saco con un doble nudo mientras Miclantecuhtli se acercaba al lugar en el que había quedado tendido el fiel Porfirio y, con gran esfuerzo, conseguía volver a sentarlo en el suelo, apoyado contra la pared. Finalmente, agitados y sudorosos por el esfuerzo, los dos volvimos a reunirnos junto a la ventana abierta.

—Ha sido una temeridad —le recriminó Mic al saco—. Si el aire acondicionado no estuviera estropeado, su RAP habría sido leído por los sistemas de seguridad del hotel y transmitido a todas las piruletas del vecindario. Y de ahí, a N'Joy Corporation. Menos mal que con este calor los sistemas de seguridad seguirán fritos...

—Pues aquí hace fresquito —apuntó Porfirio, que se encontraba casi al lado de la puerta.

Miclantecuhtli y yo nos miramos un instante, pues no nos hizo falta más tiempo para darnos cuenta de que el calor que estábamos notando no era causado ya por la avería del aire acondicionado, sino por los recientes sobresaltos y porque nos hallábamos junto a una ventana abierta de par en par, por la que se estaban colando sin orden ni miramiento los más de cuarenta grados que a aquellas horas se paseaban por todo Madrid. En cuanto nos acercamos al lugar que ocupaba Porfirio pudimos comprobar cómo, en efecto, se notaba un ligero chorro de aire frío que comenzaba a enfriar la estancia y que, por ende, debía de estar refrigerando también la sala de los computadores encargados de la seguridad del hotel.

—¡De prisa! —me ordenó Miclantecuhtli—. ¡Tenemos que llevarnos el saco a otro lugar!

—¿Cree que habrán localizado el RAP de Jiménez-Pata? —le pregunté sin esperar una respuesta sincera.

—No lo sé —me respondió, entendiendo mis deseos—. Pero, por si acaso, será mejor esconderlo en otro sitio mientras encontramos a Chumillas. ¿Sabe dónde podemos localizarlo?

—No se preocupen por eso —dijo una voz a nuestras espaldas, y desde luego no era la voz del abominable doctor—. Ya los acompañamos nosotros.

Y esto fue lo que vimos cuando nos dimos la vuelta: un par de tipos

vestidos de pies a cabeza con uniformes negros llenos de bolsillos, fiadores, ganchos, mosquetones, pasadores y otras piezas de metal, y armados hasta los dientes con la más moderna artillería ligera y no tan ligera. Todo indicaba que se habían introducido en la habitación a través de la ventana, descolgándose desde el tejado del edificio mediante unas cuerdas a las que todavía estaban sujetos por unos enganches colocados en una parte muy delicada de su anatomía. Confirmaba esta hipótesis el griterío que nos llegaba desde la calle y que procedía, sin duda, del público que se había reunido para la presentación de la película, y que debía de haber atribuido el número que acababan de presenciar a una novedosa y arriesgada estrategia promocional de N'Joy Corporation. Los aclamados, cuya identidad por lo demás permanecía incógnita gracias a sendas capuchas que ocultaban sus rostros dejando sólo dos orificios para los ojos y uno más para la boca, terminaron por rendirse ante la exaltación popular y se asomaron en varias ocasiones para saludar al enfervorecido público.

Antes de que ni Miclantecuhtli ni yo hubiéramos podido reaccionar al imprevisto, la cerradura de la puerta se abrió y nos vimos de pronto rodeados por otros dos agentes de seguridad que, quizás molestos porque su papel no permitía tanto lucimiento como el de sus compañeros, entraron en la habitación con brusquedad y se dirigieron a éstos con tono expeditivo.

—La próxima vez —les dijeron— saltamos nosotros. Que también queremos salir en la tele.

—Eso habladlo con el furriel —les respondieron los otros dándose codazos y riéndose bajo los capuchones.

—Bueno, ya vale —atajó uno de los de la puerta, y sacando un lector de RAP apuntó en todas las direcciones y finalmente exclamó sorprendido—: ¡Un momento! ¿Dónde está el que buscamos?

—Está en aquel saco —confesó Miclantecuhtli, quizás molesto porque el nauseabundo doctor había arruinado todos sus planes, y también los míos.

—¡Chivato! —se quejó la voz del fardo.

—¿Qué hacemos con los demás? —preguntó uno de los tipos de la ventana.

—Nos los llevamos a todos abajo y que decidan los jefes —resolvió el de la puerta—. Yo me encargo de estos dos, y vosotros os lleváis al del saco y a ese otro —dijo, por Porfirio—. Envolvedlo en una manta para que no se vean

las ataduras. ¡En marcha!

Camino del ascensor primero, dentro de él después, y por último a lo largo de un pasillo que cruzaba una especie de sótano y que nos conducía a quién sabía dónde, iba meditando yo sobre lo injusta que resulta la vida, no tanto porque no nos permita alcanzar todos los fines que nos proponemos, que puede resultar hasta divertido, sino porque no nos da ninguna pista de si podremos alcanzarlos o no hasta que ya es demasiado tarde para cambiar nuestros propósitos o para, cuando menos, intentar conseguirlos de otra manera. Y de ese modo se nos pasan los días, los años, y las décadas, pensaba yo, persiguiendo metas que se nos escapan e intentando escapar de la única que alcanzaremos con toda seguridad, y que no es otra que la parca; y en esa carrera imposible, hipnotizados por la contemplación del trofeo que ganará el vencedor, consumimos nuestra existencia sin darnos cuenta de que la vida no está hecha de los logros alcanzados sino de las peripecias que nos conducen a ellos, o a cualesquiera otros que no son ni mejores ni peores, que no nos enseñan ni más ni menos, pero que se nos aparecen como un fracaso sencillamente porque no eran los que habíamos elegido, o porque nadie nos entrega un premio cuando cruzamos la línea de llegada. Todo esto pensaba yo, y al hacerlo me daba cuenta de que mis pensamientos comenzaban a teñirse del inevitable fatalismo que siempre nos invade cuando las cosas nos salen mal, fatalismo al que aquellos a quienes las cosas les van bien tildan simplemente de pesimismo. Pero a quien lo calificara como tal, querría verlo yo en idénticas circunstancias a las que yo mismo afrontaba cuando, casi al final del largo pasillo que recorrimos escoltados por los anónimos policías, éstos nos abrieron una puerta situada a nuestra derecha y nos introdujeron en una sala en la que, tras acostumbrarse mis ojos a la penumbra, pude contemplar a la señora Domitila, a Paco, a Kopp, a Gaio Claudio, a la nívea Berenice, y, en un rincón lúgubre y húmedo, o al menos así me lo pareció a mí imbuido como estaba de aquel ánimo trágico, pude contemplar también a un melencólico con una guitarra y, a su lado, con gesto despreocupado, a mi pequeña hija, a mi dulce hijita, a mi queridísima hijitita.

Cayeron entonces a mi lado los dos fardos que contenían al innoble doctor y al leal Porfirio, completando así un cuadro que bien podría haberse expuesto en una galería de suburbio, y casi con lágrimas en los ojos corrí por fin hacia mi pequeña, con la inevitable alegría que me proporcionaba el ansiado

reencuentro, pero también con una pesadumbre mayor y más firme, puesto que un somero análisis de la situación me confirió el inmediato convencimiento de que de aquel brete no iba a poder salvarnos ni San Judas Tadeo, marca registrada de N'Joy Corporation.

## CAPÍTULO 11001

—¿Este es tu viejo? —dijo Johnny mientras yo me abrazaba a mi hija—. Vaya canica.

—Jo, papá, o sea, ya vale de achuchones, que no soy una niña, sabes, o sea.

—¡Mi pequeña! ¿Estás bien? —quise saber—. ¿Te han hecho algo? ¿Lo has pasado muy mal?

—Pues claro que lo he pasado mal, o sea, sabes, llevo dos días con la misma ropa, jolín, porque me fugué a toda prisa, y además esta blusa me hace más gorda, y claro, sabes, el pantalón está arrugado y parece que tenga el culo como las patatas onduladas, jo, o sea, claro que lo he pasado mal.

—¿Y qué hace este aquí? —pregunté una vez comprobado que, a primera vista, mi hija no parecía haber sufrido grandes padecimientos, ni tampoco pequeños—. ¡Trabaja para ellos!

—Ya no —me contestó mi hija con voz emocionada—. Lo ha dejado. Lo ha dejado por mí. Jo, ¿a que es lo más increíble que has visto en tu vida? Me lo ha contado todo, o sea, y me ha dicho que al principio se fugó conmigo siguiendo instrucciones de sus jefes, que son muy importantes, como él, pero que se ha enamorado de mí y que lo deja todo para estar conmigo. ¿No te parece alucinante, jo, o sea, quiero decir, superalucinante?

—Ya te digo —corroboró Johnny.

—Pues podías haberlo dejado todo —objeté—, pero llevándote antes a mi hija a un lugar seguro. Si trabajabas para ellos, bien podías saber la manera de que no te encontraran.

—Usted tranquilo, abuelo —me respondió sin inmutarse—, que a mi chuqui no la toca nadie.

—¡Jo, Johnny!

—Eso espero —dejé caer—, por tu bien. Porque te prometo que, como no salgamos todos sanos y salvos de esta encerrona, te ataré con tus melenas a un frigorífico y te abandonaré en una cocina hasta que te suceda algún terrible accidente.

—Uh, que el abuelo se raya.

—¿Qué me ha dicho? —le pregunté a mi hija.

—Jo, papi, o sea, Johnny tiene razón: te estás rayando. Tú, que ya eres viejo, tienes que dejarnos sitio a los jóvenes. Los canicas tenéis que dejar de trabajar, para que Johnny y yo, y todos nosotros, o sea, nosotros, quiero decir, tengamos trabajo, pero un trabajo guay, como diseñador o fotógrafo, y podamos comprarnos cosas.

—De tal palo, tal pastilla —banderilleó inesperadamente la señora Domitila, que nos observaba sentada en la única silla que había en la estancia—. ¡Qué inteligencia!

—¿Entiende ahora lo que le decía? —intervino Miclantecuhtli con esa mirada suya tan inquietante—. Hemos perdido el norte. El ser humano se ha convertido en un ególatra. Cada individuo ha creado un nuevo dios al que ya nunca destruirá, porque para hacerlo tendría que destruirse a sí mismo. Es la religión perfecta al servicio del sistema.

—Si Marx pudiera levantar la cabeza... —apostilló Paco.

—¿Problemas de cervicales? —se interesó el repugnante doctor—. Recomiéndele que no haga gestos bruscos.

Y supongo que, de no haber estado yo allí para impedirlo, todos los presentes habrían terminado por incorporarse también a esta ridícula conversación que mi hija había iniciado olvidándose, como era habitual en ella a causa de su juventud, de cuáles eran los verdaderos problemas a los que nos enfrentábamos. No era el momento, a todas luces, de debatir sobre teología aplicada o sobre la incorporación de la juventud a la sociedad activa, sino que era más bien hora de buscar una manera de salir de aquel tenebroso cuarto en el que nos habían encerrado y en el que, a pesar de su amplitud y agradable temperatura, yo no me sentía nada cómodo.

—Ya hablaremos de eso en casa —dije, dando así por zanjada la charla con mi hija y, por extensión, con el resto de la concurrencia—. Ahora tenemos que encontrar una forma de escapar.

—No hay por qué preocuparse —intervino, con una calma que me resultó chocante, Porfirio—. Seguro que Monseñor Leño vendrá a rescatarnos. Él siempre ayuda al débil, socorre al necesitado, y le suelta un discurso al incauto.

—¿Monseñor Leño está aquí? —se sorprendió la cristalina Berenice, que hasta ese momento había permanecido callada y trémula en un rincón.

—En efecto —le aclaré—. Hace menos de una hora me encontraba yo en su poder, secuestrado por este empleado suyo, y pendiente de conocer mi destino pues Monseñor no quiso adelantármelo.

Supuse que mis explicaciones, así como mi templado tono de voz, habrían indicado a la angelical Berenice sin asomo de duda que era yo quien se encontraba al mando de la situación, pero en lugar de expresarme su admiración y confianza viniendo a darme un beso de tornillo, pongo por caso, prefirió dirigir su mirada hacia Porfirio y dedicarle una encantadora sonrisa que no me pareció en absoluto justificada.

—¿Conoces a Monseñor Leño? —le preguntó.

—Me crié en el Cotelengo de los Padres Radiadores, donde él ostentaba el cargo de prior radiador, o director, o rector.

—¡Yo también crecí en el cotelengo!

—¿De qué promoción eres? —se entusiasmó Porfirio.

—Acabo de salir hace sólo unos días.

—¿Todavía anda por allí el Padre Laca?

Y de esta manera tan estúpida se inició para mi desespero otra nueva e improductiva conversación, en la que Porfirio y la cándida Berenice comenzaron a intercambiar nombres, fechas, y lugares, entre risas contenidas y guiños cómplices, y de una cosa pasaron a la otra, y de ésta a la de más allá, hasta que, como quien no quiere la cosa, los dos charlaban ya animadamente cogidos de las manos, y sus ojos chispeaban entre frase y frase, en los silencios codificados que los demás no podíamos entender pero que para ellos parecían tener cada vez más significado.

—Me temo que tengo algo que decir.

Fue Miclantecuhli quien interrumpió aquel remedo *underground* de Romeo y Julieta, marca registrada de N'Joy Corporation, y yo se lo agradecí interiormente como él no podía imaginarse, pues la situación ya me estaba sobrepasando.

—Diga lo que quiera —lo animó Porfirio sin soltar las manos de Berenice—. A nosotros no nos molesta.

—Es que lo que tengo que decir hace referencia a su bienamado Monseñor Leño, cuya implicación en el caso también ignoraba yo hasta este mismo instante, aunque la sospechaba. Pues sepan todos que esta mañana he visitado el Cotelengo de los Padres Radiadores y que me he entrevistado con su actual padre prior, cargo que alcanzó con honor al ser el mejor opositor, y que éste me informó de que jamás había oído hablar de ningún doctor Jiménez-Pata, ni Jiménez-Pierna, ni ninguna otra extremidad, pero que esto bien podía deberse a que su estancia en el cargo era relativamente corta, pues accedió a él hace menos de tres años.

Esta referencia temporal, como podrán entender, llamó mi atención, ya que la fecha coincide de manera aproximada con la época en la que, según nuestros datos, el infame doctor fue objeto de las iras mediáticas y tuvo que desaparecer del mundo conocido para exiliarse en el monte.

—En efecto —corroboró la musa Berenice—. Hace unos tres años Monseñor Leño renunció a su cargo con gran dolor de su corazón, y lo hizo porque le ofrecieron un importante puesto en el Vaticano desde el que, por fin, podría hacer el bien a muchas más personas en todo el mundo.

—No tengo yo una teoría tan idílica —discrepó Miclantecuhli—. Porque, al preguntarle yo al prior si recordaba algún hecho particularmente llamativo de aquellas fechas en las que tomó posesión de su cargo, o si quizás su antecesor, ese tal Monseñor Leño del que también él me habló, le había transmitido algún mandato especial o cualquier tipo de consigna que le hubiera resultado sospechosa, pues hete aquí que el prior me contestó riéndose que el cotelengo era un lugar tranquilo y apartado de las intrigas mundanas y, como prueba de ello, me ofreció el siguiente dato: que durante su primer año como máximo responsable sólo se habían producido dos hechos que rompieron la rutina del día a día, y que éstos fueron el ya mencionado cambio de prior, y, apenas unos días después, la graduación anticipada de una de las internas que se marchó al extranjero para proseguir allí sus estudios con una beca. Consultado el registro de ingreso, dicha alumna resultó haber sido depositada en el cotelengo el mismo día de su nacimiento, casi veinte años antes, puesto que había quedado huérfana en el mismo momento del parto. Y huelga decir que esa fecha se corresponde también con aquella en la que, según el

testimonio del señor Kopp, vino al mundo la huerfanita a cuya madre asistieron él mismo y el inicuo doctor.

—¡La hija secreta de Javichu! —exclamé, decepcionado por una parte, puesto que estos nuevos datos hacían que el valor estratégico de nuestra agraciada Berenice cayera en picado, pero también feliz porque así ésta resultaba no tener ningún parentesco con mi ancestral enemigo y eso la hacía a mis ojos, si cabe, mucho más bella.

—¿Cómo? —se interesó de repente la señora Domitila sacando su cuaderno de notas—. ¿Javichu Depy tiene una hija secreta?

—Hace unos veinte años —le explicó Miclantecuhtli, crecido ante la expectación que estaban despertando sus revelaciones—, un joven y desconocido Javichu Depy dejó embarazada a una muchacha...

—A una niña —maticé yo.

—A una niñita —remarcó Kopp.

—Lo que sea —concedió Miclantecuhtli decidido a no desperdiciar el clímax que había creado—. Pues digo que Javichu la dejó embarazada y después la abandonó a su suerte. La joven fue a dar a luz al hospital donde trabajaban los aquí presentes Kopp y Jiménez-Pata, y a pesar de ello la Naturaleza consiguió seguir su curso y traer al mundo a una niña que, por desgracia, perdió a su madre en aquel mismo instante. Sin padre ni madre que pudieran ocuparse de ella, y sin herencia con la que atraer a abogados y rectores de colegios privados, la niña fue entregada al Cotelengo de los Padres Radiadores, donde se educó durante veinte años sin conocer su turbulento origen. Mientras tanto, el prestigio de Javichu Depy iba creciendo hasta alcanzar las cotas que hoy conocemos, y de las que nos asombramos incluso los subversivos como yo. Fue esa fama precisamente la que tentó a aquí, el doctor legaña, quien decidió entonces sacar provecho de aquel lejano incidente: chantajeó a los directivos de N'Joy Corporation amenazándoles con hacer público el deleznable pasado de Javichu Depy, y obtuvo algunas prebendas a cambio de su silencio. En algún momento, sin embargo, las cosas se torcieron, quizás porque exigió demasiado, o quizás porque los jefazos de N'Joy Corporation se lo pensaron mejor, pero el caso es que diseñaron un plan para despellejar mediáticamente a Jiménez-Pata y ponerlo fuera de circulación. Casi al mismo tiempo, sacaron a la huérfana del cotelengo y se la llevaron al extranjero para mantenerla lejos del alcance de otros oportunistas,

si los hubiera, y supongo que también para proporcionarle de manera anónima una vida más acorde con su recién descubierto linaje.

—Eso no puede ser —sentenció el doctor caletín—. La hija de Javichu no puede estar en el extranjero, porque la hija de Javichu es esta joven de tan buen ver que nos mira con cara de estupefacción. Yo también comprobé su fecha de ingreso en el cotolengo para asegurarme de que coincidía con la de aquel fatídico día en el que traje al mundo a la hija del astro mediático. No creerán ustedes que yo iba a montar todo este tinglado sin haberme asegurado antes, ¿o acaso se piensan que soy imbécil?

Su pregunta recogió un coro de toses que cortó la propia interesada para arrojar un poco de luz sobre aquel marasmo de novedades.

—Yo no soy hija de ningún Javichu —dijo—. Mi padre se llamaba Pierre François Naideau, de los Naideau de Perpignan, que tuvieron que recortarse el apellido y dejarlo en Nedó tras el Acta de los Cuatro Bytes. Cuando yo tenía siete años, mi madre nos abandonó a mi padre y a mí, y él falleció pocos después no sin antes disponer mi ingreso en el Cotolengo de los Padres Radiadores, orden esta que habían abrazado varios compañeros suyos de campamentos.

—Eso —corroboró Miclantecuhtli— también me lo había imaginado yo.

—¿Cómo? —me sorprendí—. ¿Sabía usted que Berenice no era la hija secreta de Javichu Depy? ¿Cuándo lo descubrió?

—Hace poco. La información que acabo de comunicarles, así como la aversión que la joven mostraba a la ducha, me hicieron deducir, de lo primero, que no era ella la hija oculta de Javichu, y, de lo segundo, que sería de origen francés, puesto que, según todas las encuestas, son precisamente los franceses los individuos menos amigos del agua y el jabón que existen.

—Pero —insistió Jiménez-Pata—, ¿y la fecha de ingreso? En el registro del cotolengo se indica que esta muchacha ingresó el mismo día que el bebé que nosotros enviamos desde el Hospital Marcus Welby.

—En efecto —admitió Miclantecuhtli—, pero ahí termina la conexión entre ella y la misteriosa hija de Javichu. Por lo demás, ni siquiera se conocen, puesto que la diferencia de edad entre ambas hizo que nunca compartieran dormitorio, clase, ni recreo.

No en vano la hija de Javichu ingresó en el cotolengo el mismo día de su nacimiento, mientras que nuestra Berenice tenía casi ocho años cuando llegó.

—Suspiró, satisfecho de sus razonamientos, y añadió—: Con estos hechos que acabo de narrar se extingue, además, la supuesta esperanza de que Monseñor Leño pudiera acudir en nuestra ayuda para liberarnos. Puesto que estaremos todos de acuerdo en que no parece probable que sea producto de la casualidad el hecho de que su meteórica carrera eclesiástica se iniciara justamente el mismo día, más o menos, en el que N'Joy Corporation localizó a la hija de Javichu y se la llevó del cotolengo para sacarla del país. Es obvio que el salto al Vaticano de Monseñor fue el pago con el que los dirigentes de N'Joy Corporation compraron su silencio, y probablemente también su lealtad.

Miclantecuhli hizo una pausa que todos supusimos destinada a tomar aire, pues había llegado a sus últimas palabras al borde de la hipoxia, pero cuando tuvo llenos los pulmones no quiso añadir nada más. Y en cuanto al resto de nosotros, cada uno por sus propias razones, o quizás todos por la misma, a saber, que la resolución de aquel pequeño misterio nos proporcionaba un eficaz antídoto contra la curiosidad que nos había estado devorando, pero no nos situaba ni más cerca ni más lejos de nuestra salvación de lo que estábamos antes de conocerla, pues digo que el caso es que todo el mundo se quedó callado un largo rato, y así habríamos seguido quizás algunos minutos más si no hubiera sido porque Berenice, la ingenua Berenice, nos trajo de vuelta a la realidad con una de sus inocentes preguntas.

—Entonces —dijo—, ¿tú no eres un productor de cine?

Medité un segundo la respuesta, consciente de que en cuanto comenzara a hablar mis opciones de llegar a algo con ella empezarían a desvanecerse a toda velocidad.

—Me temo que no —tuve que admitir, con gran dolor de mi corazón—. Soy un simple verificador mnemónico que se ha visto envuelto en este guirigay sin comerlo ni beberlo, y que ha tenido que mentir, sortear múltiples peligros, escapar de temibles perseguidores, y hasta allanar moradas ajenas, para conseguir salvar a mi hija de las garras de ese peludo de ahí, y también de sus jefes, y de los jefes de éstos, que me amenazaban con terribles consecuencias si no les entregaba a ese pingajo —y señalé al protervo doctor— que ahora resulta, además, que ha montado todo este espectáculo por equivocación.

—Antes de que empiecen otra conversación irrelevante, como las dos últimas que he presenciado con paciencia jobiana —intervino de repente Kopp quien, en efecto, llevaba un buen rato sin abrir la boca—, sugiero que

dejemos los misterios de suplemento dominical y concentremos nuestros esfuerzos en salir de aquí, puesto que de sus peroratas he podido colegir dos cosas: la primera, que no es conveniente para nuestra salud esperar a que regresen nuestros captores; y la segunda, que no podemos esperar ninguna ayuda del exterior para salir de este agujero. ¿Estoy en lo cierto?

La sala respondió con miradas bajas y silencios espesos. Yo, acongojado como todos, pero quizás más nervioso que nadie puesto que me abrumaba la impotencia de no poder salvar a mi hija de las garras de Chumillas y, ya puestos, de la guedejas del tal Johnny, comencé sin darme cuenta a retorcerme las manos para intentar aplacar la ansiedad que me dominaba, pero al hacerlo noté la mirada decepcionada de la virginal Berenice clavándose en mí, y me apresuré a esconder mis nervios en los bolsillos de la chaqueta. Y fue entonces cuando noté el contacto inesperado de un objeto que no tardé en reconocer como el artilugio abrepuertas que me había prestado Miclantecuhtli y que yo, con el alboroto, no le había devuelto.

—¡Mic! —exclamé sin poder contener mi alegría—. ¡Todavía tengo su destripador de cerraduras!

Todos los presentes acogieron con alborozo la noticia, a excepción de la señora Domitila que me recriminó el haber tardado tanto en acordarme del milagroso aparato, y sin pensárselo dos veces Miclantecuhtli lo conectó a la puerta y empezó a pulsar indescifrables secuencias de teclas. Como consecuencia de ellas, y mientras la delicada Berenice volvía a mirarme con embeleso, las luces de la estancia se encendieron y se volvieron a apagar, el hilo musical tocó bachatas y tangos, un videoguol proyectó imágenes de Australia, y el propio Miclantecuhtli cambió varias veces de color por efecto de prodigiosos mecanismos que sólo él parecía poder controlar, o quizás no. Como hacía siempre, invocó a diferentes espíritus del mundo binario hasta que, en un momento dado, le pegó una patada a la puerta y después comenzó a golpearse la cabeza contra ella con saña.

Por fortuna, Porfirio no estaba lejos y consiguió apartarlo antes de que se causara lesiones de mayor importancia.

—¡No puedo abrirla! —se desesperó.

—Hasta ahora ese cacharro ha abierto todas las puertas —observé yo, incrédulo—. ¿Somos tan peligrosos que nos han encerrado tras un nuevo mecanismo de protección? ¿Tecnología ultrasecreta, quizás?

—Han atravesado un palo por fuera —nos desveló, con desgana, Johnny—. Además de la cerradura electrónica, lo mejor es atravesar un palo. Es lo que siempre hacemos. Bueno, lo que siempre hacíamos, porque yo ahora me he reformado.

—¡Cuánto sabes, Johnny! —ronroneó mi hija.

—¿Ah, sí? —repliqué yo—. Y si conoces tan bien sus métodos, ¿por qué no nos dices cómo podemos salir de aquí?

—Uh, no me presione que me atrapo.

—¿Cómo dice?

—Churri, dile al moñas de tu viejo que se resetee.

—Papá, estás presionando a Johnny y cuando lo presionan se atrapa.

—¿Y eso es bueno o es malo? —pregunté con verdadera curiosidad.

—Nos mandarán al Mazinger y al Bisonte —volvió a decir Johnny, que parecía estar normal, dentro de lo que cabe—. Eran mis colegas. Siempre hacíamos los encargos juntos: el Johnny, el Mazinger y el Bisonte.

Tras esta revelación, nadie se atrevió ya a solicitar más detalles, pues los seudónimos dejaban entrever sin necesidad de grandes esfuerzos imaginativos el tipo de trato que nos dispensarían semejantes individuos. El desánimo volvió a adueñarse de la estancia, y entre miradas de inquietud unas, de tristeza otras, y de terror pánico las más, todos fuimos empequeñeciéndonos a la misma velocidad a la que el silencio fraguaba sus muros de soledad entre nosotros. Este logrado símil, que tan bien describía la sensación de congoja que nos dominaba, lo expresé yo sin darme cuenta a media voz, para mis adentros, y absorto como estaba en las negras perspectivas que se avecinaban. Pero no existe murmullo que pueda pasar inadvertido al portentoso oído de la señora Domitila.

—¡Cállese, repelente! —me reprendió, pero esta vez no me ninguneaba sólo para fastidiarme—. ¡Cállese y déjeme escuchar! ¿No oyen esos ruidos?

Con el corazón en un puño, todos guardamos silencio y prestamos atención. En efecto, al otro lado de la puerta parecían sonar unas pisadas ásperas y arrítmicas, que tan pronto se detenían como volvían a dejarse sentir. El misterioso visitante parecía estar buscando algo sin llegar a encontrarlo, y sus pasos se acercaban y se alejaban, trayendo y llevándose con ellos nuestra zozobra. Por fin, los ruidos cesaron y todos nos miramos los unos a los otros, aguzando todavía el oído, y con una cierta desazón por la pérdida de aquel

sonido al que ya nos habíamos acostumbrado.

Empezábamos a pensar que el misterioso sujeto se habría marchado, y Porfirio, que era quien estaba más cerca de la entrada, había abierto la boca para empezar a decir algo, cuando un ruido atronador invadió la estancia al tiempo que la puerta salía despedida y caía con estrépito sobre el suelo de la habitación. En el hueco que ahora ocupaba su lugar, se recortaba contra la claridad del pasillo una silueta de considerables proporciones y contornos definidos, señal inequívoca de una trabajada musculatura como la que sólo puede obtenerse en nuestra reputada red de centros penitenciarios. A contraluz no se podía adivinar la identidad del recién llegado pero, por si acaso, la reacción mayoritaria de quienes nos encontrábamos allí dentro fue huir hacia el rincón más alejado de él. Sólo Porfirio y Miclantecuhli, tal vez por proximidad, y yo mismo, que, aunque con un nudo en la garganta, pensé en proteger a mi hija interponiéndome entre el intruso y ella, mantuvimos las posiciones.

Y no descarto que alguien hubiera podido sufrir una apoplejía si aquel suspense se hubiera prolongado por más tiempo, pero, por fortuna para los más débiles de corazón, el extraño carraspeó un par de veces y comenzó a hablar.

## CAPÍTULO 11010

—Mierda de cerraduras electrónicas —dijo la fibrosa silueta—. ¿Quién de ustedes es el señor Manuel Kan?

Por efecto de estas palabras, el nudo de mi garganta se deshizo de inmediato y dejó vía libre a una sensación de vértigo que se precipitó por la tráquea y ya no se detuvo hasta el dedo gordo del pie.

—Kant —corregí con todo el tacto del que pude hacer acopio—. 04-D65-726-361, AKA Immanuel Kant. Yo mismo.

Y, curiosidades de la medicina interna, cuando intenté tragar saliva al terminar de hablar, el nudo de la garganta ya estaba otra vez en su sitio y casi hizo que me atragantara.

—¡Maldito timador! —me increpó el visitante—. Me pide usted una caja de Cokepepsis, marca registrada de esa panda de chorizos, y resulta que no tiene trabajo. El banco me ha devuelto el recibo alegando que no pueden permitir que un tipo sin nómina siembre el terror financiero comprando y vendiendo como si fuera una persona normal. —Soltó una carcajada áspera y carcelaria y añadió, socarrón—: Pero si pensaba pegármela a mí, va listo. Llevo toda la mañana detrás de usted con esta piruleta portátil que me vendió un amigo a muy buen precio, porque resulta que él a su vez tiene un conocido en la guardia civil, aunque, bueno, no es que trabaje allí exactamente, pero digamos que... En fin, a lo que vamos: que me ha costado toda la mañana encontrarle, porque para estar parado se mueve usted que da gusto, y además los tiralevitas del hotel no querían dejarme pasar alegando que eståde visita alguien muy importante, no sé muy bien quién porque me harté de pamplinas y me puse a repartir guantazos. El caso es que, siguiendo las indicaciones de la piruleta portátil, por fin lo he encontrado. Quiero mi dinero, o en su defecto, quiero dejarle la cara como un mapa de los Alpes.

Se comprenderá que, después de los numerosos y, cuando menos, extravagantes sucesos que había protagonizado yo en las últimas horas, me hubiera olvidado por completo de aquel individuo, por más señas hostelero, con un bar, y con antecedentes, con el que mi videoguol me había puesto en contacto por error antes de mi fatídica visita al Palace. Su providencial aparición en aquellas circunstancias sólo podía ser interpretada en un sentido, y éste era que, a pesar de nuestros recelos al respecto, tiene que existir un ser superior que controla nuestras existencias, que establece nuestros destinos, y que, mientras se encarga de ello, se debe de partir de risa al supervisar su obra en un videoguol celestial, tomándose unas cervezas con sus olímpicos amigotes, como quien contempla un programa de cámara oculta. Y no me extrañaría que también, al final de nuestros días, un dicharachero Caronte con sonrisa de presentador de concurso nos recibiera en la orilla de la Estigia con un micrófono en la mano y nos dijera algo así como: «¡Sonría a la cámara! ¡Era todo una broma!».

—¡Faltaría más! —respondí sin pensarlo, intentando ganarme las simpatías de nuestro improvisado libertador—. Las Cokepepsis, marca registrada de esos que usted ha dicho, nos las bebimos ayer con estos amigos, y estaban muy buenas. Las mejores que he probado.

—Eso se me importa una mierda: quiero la pasta.

—Se la dará aquel caballero —intervino oportunamente Miclantecuhtli, señalando a Paco—. Es un personaje muy importante, admirado y respetado por todo el mundo.

—¿Futbolista?

—Presentador de televisión.

—¡Atrás! ¡Qué nivel! ¿Se lo cargo en su RAP?

—Por favor —respondió el propio Paco, que ya parecía estarle cogiendo el gusto a eso de tener un RAP aristocrático—. Y añada una generosa propina. Los presentadores somos así.

—Bien, pues si no se le ofrece nada más —remató Miclantecuhtli—, nosotros tenemos que atender unos asuntos que no admiten demora.

—Veo todos sus programas —mintió, obviamente, el hostelero dirigiéndose todavía a Paco—, y no querría que se tomara a mal esto que voy a decirle. Pero preferiría quedarme por aquí hasta que el banco me confirme el pago de las Cokepepsis, marca registrada de esos ladrones.

Nadie puso el más mínimo reparo al ruego del visitante, tal vez por encontrarlo justo, tal vez porque algunos, no yo, tuvieran problemas para negarse a una petición, o más probablemente porque, al contemplar al extraño ya sin el misterioso efecto del contraluz, todos pudimos comprobar con estupor la cantidad de cicatrices que, incluso dispuestas sin aparente orden ni esmero, puede llegar a albergar el rostro humano. En cualquier caso, y dada la ya muy peculiar composición de nuestro grupo, poco podía importar que se añadiera otro nuevo y estrambótico miembro a él.

—Pues no perdamos más tiempo y salgamos pitando del hotel —propuso Paco, y su moción fue acogida con murmullos de aprobación por casi todo el grupo.

—Me temo —tuve que objetar yo aun a sabiendas de la impopularidad que ello iba a dispensarme— que eso no solucionaría nuestros problemas, y estoy seguro de que a no mucho tardar volveríamos a vernos en una situación similar a esta, o incluso peor. Yo mismo he estado resistiéndome a aceptar este hecho, a pesar de que Mic me lo advirtió una y otra vez, pero desgraciadamente creo que los últimos acontecimientos no dejan lugar a la duda: nuestros perseguidores, que según todos los indicios están a sueldo de la muy poderosa N'Joy Corporation, parecen resueltos a no cometer con nosotros el mismo error que cometieron en el pasado con Jiménez-Pata, así que esta vez no darán por terminado el asunto hasta que no quede nadie que pueda dar cuenta de él en un futuro. Y eso nos incluye a todos los aquí presentes.

Estas palabras, a pesar de reflejar mejor la realidad que las pronunciadas por Paco y ser, por lo tanto, más sinceras, fueron sin embargo recibidas con resoplidos y gestos de hartazgo, y sólo encontré cierto apoyo en Miclantecuhli, en Porfirio y, tácitamente, en el gesto de lechuga de Johnny.

—Ya te digo —dijo este último, a modo de resumen de sus pensamientos.

—Sé que todos queremos salir cuanto antes de esta pesadilla —proseguí —, y yo mismo pensaba hace unas horas que la mejor manera de conseguirlo era cumplir con las exigencias de nuestros enemigos y, después, olvidarse del asunto. Pero los hechos me han demostrado que ellos no piensan lo mismo y que, lejos de creer que la distancia es el olvido, van a perseguirnos sin descanso hasta que consigan deshacerse de nosotros. Porque si su interés se circunscribiera a la persona del doctor uñero, aquí presente, no tiene sentido que nos hayan retenido a todos en este lugar en vez de habernos dejado

marchar a nuestros respectivos domicilios. Todo lo cual me indica que Mic llevaba razón al advertirme de que este asunto no terminará hasta que uno de los dos bandos aniquile al otro, y mucho me temo que, al menos por parte de N'Joy Corporation, el uso de este verbo no es metafórico.

—Pues para sus delirios de grandeza —intervino la portera con retintín—, quizás le interese saber que se rumorea que hoy está en Madrid, y en este mismo hotel para más señas, el hijo mayor y heredero del magnate Alexander Liar, del cual se dice, del hijo, no del padre, que está liado con la gran actriz y mejor pilingui Natalia Nodd, y que precisamente persiguiendo sus faldas ha venido a nuestro país, y que no sería raro que también lo hubiera hecho su padre, en un intento por evitar que parte de la fortuna familiar se dilapide en fundar más centros budistas para actrices retiradas, puesto que ya ha tenido que construir unos cuantos para homenajear a varias de las lumis que su primogénito ha ido coleccionando. Lo siento: no puedo revelar mis fuentes. Pero sí puedo decirles que me lo ha contado una camarera uruguaya del hotel mientras ustedes zascandileaban de habitación en habitación. Si les interesa, le he tirado de la lengua y también he averiguado algunas cosas más sobre la propia camarera, cuyo marido es un vago y sólo piensa en el fútbol, lo que hace que se gaste todo el sueldo en los partidos del *pay-per-view* o tocomocho.

A Miclantecuhtli se le iluminó el rostro al escuchar el relato de la señora Domitila.

—Esto —dijo, radiante— abre nuevas e interesantes posibilidades para nuestro plan.

—¿Lo del marido de la uruguaya? Pues sé más: al parecer está liado con la cuñada de la propia camarera.

—Gracias —le dije yo a la portera, que no parecía dispuesta a detenerse—. Es suficiente. Creo que ya tenemos la información que necesitábamos para resolver nuestro problema.

—¿Ah, sí? —preguntó Kopp, erigiéndose en portavoz del sentir popular—. ¿Ya han encontrado la solución?

—La solución, como también me dijo Mic desde el principio —respondí yo, aunque concediendo con la mirada todo el mérito al propio Miclantecuhtli—, es subir la apuesta. Y, según la información que acaba de ofrecernos la señora Domitila, ahora tenemos la oportunidad de subirla hasta el máximo

nivel, hasta el mismísimo Alexander Liar. ¿Sigue todo listo para interceptar la emisión de la rueda de prensa?

—Resién.

—Tomaré eso como un sí, conque busquemos a la rutilante Natalia Nodd, localicemos a través de ella al pequeño Alexandercito Liar y, por fin y gracias a éste, lleguemos hasta su padre. Subamos, pues, a la última planta y juguemos la postrer mano de esta partida, ejecutemos los movimientos finales sobre el tablero, rematemos la jugada de gol, subamos a la red para terminar el punto, metamos la rata en la lata y, sobre todo, no nos olvidemos después de cerrar dicha lata.

—Para llegar a la última planta —nos informó Miclantecuhтли— necesitaremos desconectar otra vez el aire acondicionado.

—Eso está hecho —se ofreció Gaio Claudio—. En el pasillo vi una grieta en la canaleta del diferencial, y en cuanto le dé con la rasqueta se resumirá en la masilla y saltará el general, que no siendo general, el cual sólo corta el aire acondicionado, hará cortocircuito por el bajante de aguas muertas, y levantará el baldosín hasta que rebose por el primario y comunique con el tubo sinfónico. Total: que no habrá aire.

—Me alegra saberlo —le dije—. Póngase a ello. Hemos llegado a la parte crucial de nuestra misión y ahora nos lo jugamos todo a una carta, la carta que sólo los más valientes son capaces de descubrir para afrontar el destino que les ha deparado la baraja —sentencié, y lo hice a voz en grito para asegurarme de que la bella Berenice me escuchaba y que, de paso, dejaba de cuchichear entre sonrisitas con Porfirio, de quien no se había despegado desde que ambos habían empezado a improvisar anécdotas sobre aquel Padre Laca que seguía dando clases en el cotolengo.

Mis palabras fueron, sin embargo, ignoradas por la risueña pareja, aunque no por el resto del grupo que recibió mi epílogo con un respetuoso silencio. Y así, todavía algo amedrentados por la magnitud de la empresa a la que nos íbamos a enfrentar, y no me refiero a la canaleta del diferencial, que también, pero espoleados al mismo tiempo por la perspectiva de asestarle un golpe a la mismísima N'Joy Corporation y, quién sabe, conseguir gracias a ello salir en la tele, pronto nos vimos conformando una exótica procesión que, de habernos encontrado desfilando por la Castellana, y de haber sido treinta y uno de octubre, habría obtenido de seguro numerosos vítores y premios. En aquel

tenebroso pasillo que nos conducía de nuevo hacia el ascensor, empero, no iba yo pensando en trofeos ni glorias, sino simplemente en lo que podría sucedernos en los próximos quince minutos y en cómo capear los múltiples temporales que nos esperaban, y debo reconocer que aquella sensación de inmediatez, de futuro ineludible y peligroso, de incertidumbre absoluta, me produjo una sensación similar a la que, según dicen, producían antiguamente las bebidas etílicas, y eso me llevó a pensar que cuando uno, como me sucedía a mí en aquel instante, se enfrenta a la vida desnuda, despojada de conveniencias y falsas seguridades, la expresión «vivir borracho» se convierte en una redundancia, y consideré que tal vez había sido por eso, por una simple cuestión de economía léxica, por lo que nuestras autoridades habían decidido hacía años y con tan buen criterio prohibir las drogas, el alcohol, y los embutidos. Pero, consideré también, tal vez se les había olvidado advertir a los ciudadanos de que lo que tenían que hacer, en lugar de consumir dichos alucinógenos, era vivir la vida.

## CAPÍTULO 11011

Cuando todavía nos encontrábamos atravesando el pasillo del sótano para dirigirnos hacia el ascensor, noté el incómodo calambre con el que mi comunicador personal me anunciaba que alguien deseaba hablar conmigo. Lo saqué del bolsillo dispuesto a apagarlo, pues no era aquel el mejor momento para conversaciones, pero vi que quien reclamaba mi presencia a través del CP no era otra que mi ex mujer, y me pareció adecuado hablar unos instantes con ella e intentar tranquilizarla. Consideré, no obstante, que tal vez se podría llevar un buen susto si veía a nuestra hija en tan tenebroso lugar, así que le pedí a ésta que se adelantara unos pasos y, sobre todo, que se llevara a Johnny con ella.

—¿Alguna noticia? —me preguntó mi ex pareja en cuanto conecté el aparato.

—*Honey*, creo que pronto tendrás a la niña en casa —me atreví a prometer, aunque tampoco quise cantar victoria todavía—. Estoy a punto de resolver este asunto, de una manera o de otra.

Mi ex pichurri abrió los ojos de par en par, y así pude ver yo en todo su esplendor, y a pesar de la penumbra que me rodeaba, aquellas pupilas azul mar que ya casi había olvidado, pero que de inmediato me trajeron un sinfín de recuerdos dulces, y también otros más amargos, envueltos los primeros en paseos por el parque, carreras en el metro, y partidas al Quake XXVI, y los segundos en abogados, declaraciones de bienes, y documentos con cien firmas.

—¿De verdad? —exclamó con sincera emoción, y al hacerlo me sonrió por primera vez en muchos meses—. ¿Lo has conseguido? ¿Tú solo?

—Más o menos. Lo importante es que ahora la niña está bien. Dentro de poco, espero, podré llevarla a casa contigo.

—¿Dónde estás? —me preguntó—. Qué sitio más oscuro y lúgubre... ¿Es tu nueva casa? ¿Y quién es esa loba que está contigo? —añadió sobresaltada, refiriéndose a la nínfula Berenice que en ese instante pasaba junto a mí en busca de Porfirio—. Ah, ya, supongo que no tengo derecho a hacer preguntas. Es muy guapa, la verdad. Y muy joven. Veo que has encontrado a quien te consuele. Claro, ahora somos libres, ¿no? Tú por tu lado y yo por el mío... — y al decir esto último la voz se le quebró.

—*Darling* —me sentí obligado a decir para no herirla—, apenas conozco a esta joven, y te aseguro que mi relación con ella no tiene ningún componente sentimental —lo cual era, técnicamente y en aquellos momentos, verdad—. Me está ayudando a encontrar a la niña, eso es todo.

Miclantecuhli me hizo en ese instante una seña para que me diera prisa, así que le dije a mi ex cónyuge que no podía seguir hablando con ella y le repetí mi promesa de que muy pronto, quizás aquella misma tarde, podría tener a nuestra hija de vuelta en casa.

—¿Y tú? —insistió ella, arrugando el ceño como si estuviera a punto de sollozar—. ¿Vendrás a saludarme, al menos? ¿O estarás muy ocupado con esa lagarta?

—¿Y qué pasa con Foom? —contraataqué—. No sé si le parecerá bien que me presente en vuestra casa sin avisar. —Miclantecuhli me apremió—. Bueno, ya te llamaré más tarde. Ahora, *cherry pie*, tengo que dejarte.

—Muy bien —se resignó mi ex costilla con gesto de dolorosa—. No quiero distraerte, pero tengo que confesarte que en realidad Foom nunca ha significado nada para mí, a pesar de que haya estado acostándome con él todas las noches durante los últimos dos años, y que yo llame a sus padres «papá» y «mamá», y que hayamos iniciado los trámites para casarnos a final de año. Todo eso lo he hecho por ti —añadió, ante mi estupefacción—: para llamar tu atención. Pero veo que ya tienes el corazón ocupado. En fin, supongo que no debería haberte contado todo esto, pero no te preocupes por mí. Sobreviviré, o me cortaré las venas. Y ahora... adiós.

Y dicho esto, su imagen se desvaneció en el aire y el pasillo recobró el aspecto siniestro que siempre había tenido. No tuve tiempo, sin embargo, para reflexionar sobre las palabras que acababa de escuchar, y que en cualquier caso no parecían ser más que una simple rabieta, puesto que Miclantecuhli ya me había cogido del brazo y me arrastraba con él hacia el ascensor.

—¡Vamos! —me dijo—. Tenemos poco tiempo. ¿No nota ya el calor?

En efecto, y tal y como había pronosticado Gaio Claudio, el aire acondicionado se había averiado tan rápido que parecía haberse desconectado con tan sólo notar su presencia. A salvo de la vigilancia de las piruletas interiores del hotel, Miclantecuhli manipuló cuantos mecanismos se interpusieron en nuestro camino, averiguó el número de la habitación en el que la señorita Nodd estaba recibiendo a la prensa, y nos llevó sanos y salvos hasta la puerta de dicho lugar. Junto a ella, en un sofá monoplaza, se repantingaba un policía del hotel encargado de proteger la intimidad de la diva.

—¡Alto ahí! —dijo mientras se levantaba—. La señorita Nodd está descansando. Las entrevistas continuarán a las cinco. ¿No tienen cita?

—Vaya —comenzó a decir Miclantecuhli con aires de superioridad propios de un pintor modernista—. Ahora las autoridades, en lugar de dar respuestas a los ciudadanos, los acosan con preguntas. Más le valdría preguntarse a sí mismo si cumple usted con su deber, si es un buen profesional, y si es de buen gusto llevar las uñas viudas —y al escuchar esto el policía se miró los dedos y fue a esconderlos, junto al resto de sus manos, en los bolsillos del pantalón—. En respuesta a su pregunta, le diré que somos de la revista Ministros y Aves de Corral y que, mire usted por dónde, sí tenemos una cita con la incomparable Natalia Nodd a las tres y media de la tarde, es decir, ahora mismo. Podrá comprobarlo en la agenda del día.

El policía sacó su CP y, sin dejar de lanzarnos esporádicas miradas de desconfianza mientras se rascaba la cabeza, procedió a comprobar la información que Miclantecuhli le había dado. Entretanto, éste me miraba con chispas de gamberro en los ojos, y expresión de suficiencia en el rostro.

—Vaya —dijo por fin el policía, aún algo escamado— pues es verdad. Habría jurado que... En fin, si el CP lo dice, pueden pasar. ¿Van todos juntos?

—Así es. Le explicaría la función que cumple cada uno de nosotros, pero nuestra condición de periodistas nos obliga a hacer preguntas y nos exime de contestarlas. Por lo cual, apártese de ahí y déjenos pasar de una vez. Nuestros lectores exigen información.

Y con un ademán educado pero firme, Miclantecuhli invitó al policía a que regresara a su asiento mientras él mismo giraba el pomo de la puerta y la abría. Cruzó el umbral con seguridad, y los demás lo seguimos tratando de

imitar su apariencia decidida. Una vez en el interior, nos encontramos ante una estancia de similares proporciones a la que poco antes había visitado yo siguiendo la pista de Monseñor Leño, aunque en este caso la disposición del mobiliario había sido alterada para ajustarse a la situación: no había ninguna cama, quizás para evitar que las entrevistas pudieran derivar hacia cuestiones lúbricas, y en su lugar se había colocado un amplio diván con numerosos almohadones que sostenían con sus plumas, como si de una criatura algodonosa se tratara, a la sublime Natalia Nodd. Junto al diván, y orientado en su misma dirección, que era la de la puerta de entrada junto a la que nos hallábamos nosotros, se ubicaba un sofá orejudo ocupado por un sujeto lampiño pero de aspecto enérgico, que en aquel instante mantenía una turbulenta conversación por su CP. Al fondo de la habitación, tras el diván y el sofá orejudo, y delante de los amplios ventanales, tres mesas con manteles de un blanco impoluto ofrecían variados manjares que unas eficientes camareras servían elegantemente sobre platitos de porcelana. Para completar el inventario, frente a la estrella y su acompañante se alineaban en semicírculo cuatro sillas de patas torneadas, junto a las cuales se disponían sendas mesitas sobre las que las camareras iban depositando con diligencia algunos de los refrigerios que habían preparado. Sí, vale, también había cuadros en las paredes, y dos o tres lámparas de pie, y un aparador con espejo detrás de las sillas, y varios adornos africanos o asiáticos, de fuera de Madrid en cualquier caso, y dos juegos de cortinajes livianos y elegantes que tamizaban la luz del mediodía, y también estaba la moqueta, y, si así nos ponemos, tres puertas con pomo dorado y filigrana de madera, dos de ellas en la pared de nuestra derecha y una en la de nuestra izquierda, y flores, flores, muchas flores, y hasta pude ver el mando del videoguol encima del diván, pero en aquel momento no me pareció adecuado dedicarme a recopilar más detalles sobre interiorismo puesto que, al poco de vernos entrar en procesión por la puerta, la etérea diva había dado un leve respingo en su lecho de plumones y había comenzado a agitar con encantadora viveza su dedo índice para llamar la atención del individuo que continuaba insultando a quienquiera que estuviera al otro lado de su CP.

—Calígula —dijo la señorita Nodd—, Calígula, Calígula, Calígula, Calígula —insistió con simpático énfasis—. Calígula, Calígula, Calígula, Calígula, Calígula, Calígula, Calígula, Calígula —machacó salerosa.

—Ya te llamaré —dijo el tal Calígula despidiéndose precipitadamente de su interlocutor, y después, atendiendo la llamada de la dulce estrella—: ¿Qué te pasa, corazón?

—Calígula, hay unos señores en la habitación —observó la actriz con agudeza.

—Serán periodistas. ¿Son ustedes periodistas? Si no lo son avisaré a la policía. Si lo son, sepan que tienen en mí a un amigo, a un siervo, a un esclavo. Por favor, no mencionen lo de la aceituna. Sí, es cierto, se está comiendo una, pero lleva dos meses intentando dejarlo. ¿Verdad que lo estás dejando, cariño? Desde que salió ese informe que advierte sobre la relación entre aceitunas y cálculos biliares no hago más que insistirle para que deje las olivas.

—¿Y qué voy a comer, entonces?

—Buscaremos algo, cielo. Pero no debes ser un mal ejemplo para los niños ni para los jóvenes. Si quieres, puedes ser un mal ejemplo para los ancianos. Total...

—¡Siempre pensando en los demás! —se quejó la estrella componiendo un mohín arrebatador—. ¿Y quién piensa en mí?

—Yo, por supuesto. Soy tu agente. Mi trabajo es pensar en ti. Pienso tanto en ti que, a veces, dudo de mi propia existencia. ¿Quién soy yo sin ti? Nadie. Por eso pienso en ti: porque pensando en ti, también pienso en mí.

—O sea, que lo haces por interés.

El agente meneó la cabeza, puso los ojos en blanco, y miró al cielo raso como si estuviera harto de verlo siempre del mismo color. Después, y mientras la señorita Nodd comenzaba a hacer unos angelicales pucheros, se levantó y se acercó a nosotros.

—04-952-6F6-D6F, AKA Calígula Mean, AKA Chuchi, AKA Oyetú, AKA Venaquí, AKA cualquier cosa que guste llamarme la incomparable Natalia Nodd, para quien tengo el honor de trabajar como agente de prensa. Creía que ya habíamos terminado la sesión de entrevistas hasta las cinco, pero debo de haberme equivocado.

—04-261-726-561, AKA Franziskus Paco —respondió Miclantecuhtli señalando a Paco, que permanecía callado junto a él—. Redactor jefe de Ministros y Aves de Corral. Dos millones de lectores semanales. Ocho nominaciones al Oscar al mejor periodista. Tres premios. Cuatro Copas de

Europa. Nosotros somos su equipo de campo.

—Impresionante —reconoció Calígula Mean con una reverencia gimnástica, tras la cual nos invitó a ocupar las sillas de patas torneadas a unos, y a sentarnos sobre la moqueta a los demás—. Siéntense en el suelo si quieren. A Natalia no le importa. Natalia es muy natural. Es una persona muy normal, muy llana. Ya lo verán. Escriban eso en su artículo.

Los agraciados con un asiento fueron Paco, arrastrado a la silla por el señor Mean, la señora Domitila por su exquisita educación, el señor Kopp en su condición de pensionista, y el hostelero con antecedentes por razones obvias para cualquiera que haya visto un combate de boxeo. Aprovechando la suerte en el reparto, Miclantecuhtli me agarró por el brazo y me llevó con él, para mi amargor, a la parte de la habitación más alejada del diván, junto a una de las tres puertas de pomo dorado y filigrana de madera, donde nos sentamos. Y digo que este hecho me causó amargura porque lo que yo había planeado era buscar un rincón discreto en el que poder sentarme junto a la cristalina Berenice para, viendo que el final de nuestra aventura se hacía inminente para bien o para mal, sondear definitivamente la posibilidad de comenzar tras ello una cordial relación primero, una estrecha amistad después, y un apasionado idilio por último. Pretendía con esa conversación, no lo negaré, sentar los cimientos que habrían de llevarme en el futuro a darme un revolcón con ella, pero también quería quitarme de encima la incómoda sensación de culpa que se había instalado en mi conciencia desde la llamada de mi ex mujer. O, más que una sensación de culpa, quizás lo que se había adueñado de mi mente era una especie de nostalgia, de melancolía por el pasado, un inaceptable sentimiento de felicidad que provenía, simplemente, del mero hecho de haberla visto feliz a ella.

Pero, como queda dicho, Miclantecuhtli se encargó de frustrar mis planes para arrastrarme con él hasta una de las puertas. Mencionaré además que esta puerta se encontraba en la pared opuesta a la que eligió la fantástica Berenice y, junto a ella, el omnipresente Porfirio, a quien ya empezaba a ver yo con ojos de competidor olímpico. Acepté con resignación este momentáneo revés, y acompañé a Mic mientras notaba cómo se desplazaban con nosotros las miradas de todos nuestros compañeros, que seguían sonriendo, supongo, por no llorar.

—Es ahora o nunca —me cuchicheó, una vez que nos hubimos

despatarrado en el suelo—. Tenemos que arriesgarnos.

—¿Arriesgarnos a qué?

—Hay tres puertas en la habitación, aparte de la principal: la que está junto a nosotros, y las dos que están en la pared de enfrente. Supongo que una de las tres es la puerta del baño, y que las otras comunican con sendas estancias adyacentes, pero al no estar dispuestas de manera simétrica no me atrevo a conjeturar cuál es cuál. Así pues, la única solución es estirar la farsa durante unos minutos para que, con disimulo, tres de nosotros podamos apostarnos junto a las tres puertas. Entonces, a una señal convenida, las abriremos, y que cada uno obre según lo que se encuentre al otro lado. El que abra la del cuarto de baño, por ejemplo, puede aprovechar para atusarse los cabellos. Los otros dos tendrán que improvisar. Si los rumores que nos ha contado la portera son ciertos, apuesto a que en alguna de las estancias contiguas se aloja el pequeño Liar, rondando a su presa. Aquel de nosotros que se encuentre con él, habrá de reducirlo como mejor pueda y traerlo a esta misma habitación, desde la que exigiremos ver a Alexander Liar padre so pena de causarle daños irreparables a su descendencia.

—¿Y quién será nuestro tercer hombre?

—La verdad, no es fácil elegir —me respondió Miclantecuhli meditabundo—. Paco parece buena persona, pero es tonto, conjunción esta que suele producirse muy a menudo; la señora Domitila no comparte nuestros ideales, ni ningunos otros; el doctor mofeta traicionaría a su padre a cambio de un pase VIP para el fútbol; en cuanto a Kopp, Berenice, sí, vale, la celestial Berenice, el lampista, y su proveedor de Cokepepsis, sí, vale, marca registrada de tal y tal, pues todos estos no me parecen candidatos adecuados, ya que si Alexander Liar tuviera que entrevistarse con cualquiera de ellos me temo que la imagen del grupo resultaría seriamente dañada por diferentes motivos en cada caso. Por lo que respecta a su hija y su futuro yerno, no se ofenda pero no los veo capaces de enfrentarse a la vida, cosa lógica y atribuible a la inmadurez propia de sus escasos treinta y cinco años. Queda Porfirio, de quien opino algo similar a lo que pienso de Paco, pero que juega con la ventaja de tener unos músculos más desarrollados y por lo tanto más útiles en situaciones de peligro. Además, también parece ser una persona de principios, aunque éstos sean un poco simples. Y por si todo eso no fuera suficiente, está sentado junto a otra de las puertas. Así pues, y visto el resto

del percal, me inclino por él. Usted quédese aquí y espere mi señal.

Abstraído por sus reflexiones, Miclantecuhtli no había reparado en que, mientras él compartía sus planes conmigo, el resto de la concurrencia había estado guardando un profundo y cada vez más embarazoso silencio. A mí, por lo demás, su elección me parecía muy acertada, por cuanto serviría para tener ocupado a Porfirio durante un rato y evitar así que pudiera seguir haciéndose el gracioso con la divina Berenice. Dicho esto, sí habría querido tener unos minutos más para poder debatir con Miclantecuhtli algunos aspectos de su improvisado plan que yo encontraba dudosos, pero pensé que nuestros cuchicheos ya habían llamado demasiado la atención en aquella quietud absoluta, en la que la señorita Nodd y el tal Calígula miraban expectantes a Paco, quien a su vez miraba ora a la señora Domitila, ora a Kopp, mientras que éstos, y en general todos los demás asistentes, salvo mi hija que no dejaba de mirar a Johnny, y éste que no le quitaba ojo a Natalia Nodd, nos miraban a nosotros a la espera de alguna consigna que les indicara cómo proseguir con la misión.

—¡Qué calor! —dijo por fin Calígula Mean para romper el hielo, y es que en verdad la temperatura empezaba a resultar insoportable—. Espero que arreglen pronto esa avería en el aire acondicionado, o tendremos que irnos del hotel para evitar daños irreparables en el cutis de la señorita Nodd. —Y dirigiéndose a Paco—: Puede empezar cuando quiera. ¿Ha traído sus propias preguntas o prefiere escoger entre el repertorio que ya tenemos preparado nosotros?

—Elegiremos del repertorio —respondió Miclantecuhtli adelantándose, y se levantó para recoger la lista que sostenía Mean.

En realidad, Miclantecuhtli aprovechó el viaje para entregar la lista a Paco e ir rápidamente a sentarse, para mi satisfacción, entre Porfirio y la incomparable Berenice, en la pared opuesta a la que ocupaba yo, y junto a otra de las puertas. Comenzó a cuchichear con Porfirio como antes había hecho conmigo, mientras Paco repasaba la lista y, empezando a delatarse por el acompañamiento de tics que le sobrevenía cuando se ponía nervioso, buscaba con urgencia algo que preguntarle a la risueña actriz.

—¿Qué es lo que más la atrae de un hombre? —preguntó por fin, y todos suspiramos con alivio.

—La sinceridad —respondió con decisión la señorita Nodd tras consultar

con la vista a su agente, quien asintió satisfecho.

—Como a mí —dijo Johnny sin que nadie le hubiera preguntado—. Ya te digo.

—¿Ah, sí? —preguntó Natalia Nodd con fingido desinterés, y después se calló.

Paco, que se había relajado por un segundo, volvió a retorcer las hojas con desesperación, mientras los párpados comenzaban a temblarle y un sudor frío se asomaba a su frente haciéndola brillar a la luz blanca y vaporosa que inundaba la habitación. Entretanto, Miclantecuhtli proseguía su bisbiseo con Porfirio, que lo escuchaba ofreciéndole toda su atención y, al menos aparentemente, también su aquiescencia.

—¿Y qué es lo que más le repugna de un hombre? —soltó Paco otra vez, y buscó en el grupo alguna muestra de ánimo.

—La mentira —contestó sin alterarse Natalia Nodd, y el señor Mean volvió a asentir como si así diera validez a la respuesta.

Los espasmos comenzaban a intensificarse, y ahora se apreciaban ya leves movimientos en las cejas, el labio superior, y la barbilla, además de los párpados, que provocaban guiños frenéticos y supongo que contagiosos, puesto que Calígula Mean no pudo escapar a su influjo y se puso también a pestañear sin control.

Yo, sin embargo, estaba más pendiente de la conversación entre Miclantecuhtli y Porfirio, que parecía haber llegado a su término puesto que al fin cesaron los susurros y los dos se quedaron inmóviles, contemplando la misma patética escena que los demás llevábamos ya un buen rato presenciando.

—¡Esta! —exclamó Paco de repente, dándonos un pequeño susto a todos—. ¡Le haré esta pregunta! ¿Cuáles son sus placeres favoritos?

—Las pequeñas cosas de cada día —respondió la señorita Nodd, de nuevo con impecable modulación de voz, y su agente volvió a asentir aunque, contagiado de Paco, lo hizo esta vez con cierta brusquedad, como en una contracción muscular—. Un vaso de agua fresca, un amanecer, la sonrisa de un niño... ¿Voy bien?

—Perfecta, querida —la animó el señor Mean.

—...el canto de los pájaros por la mañana, una canción, a poder ser cantada por un hombretón de luengas melenas... —añadió la actriz

atravesando a Johnny con la incandescencia de sus ojos entornados, y estas palabras sacaron a mi hija de su anonadamiento y provocaron que, a su vez, le lanzara a la señorita Nodd una mirada de profundo asco, para mí desconocida.

—Ya es suficiente, cariño —la interrumpió el agente—. Seguro que el señor ya ha cogido la idea.

—¿Y sus vicios? —prosiguió Paco, que parecía ir cogiéndole el tranquilo a su papel de entrevistador—. ¿Algún vicio inconfesable?

Natalia Nodd rió con una ingenuidad tan genuina que no parecía ingenuidad sino genialidad interpretativa. El señor Mean, por su parte, hizo los coros exhibiendo también una sonrisa condescendiente mientras descruzaba las piernas y las volvía a cruzar, en un movimiento que tenía algo de compulsivo.

—¿Se refiere a sustancias prohibidas? ¿Narcóticos? ¿Rioja? ¿Guindillas? —preguntó el agente con un tono casi infantil—. Corazón, dile a este señor lo que piensas de las drogas.

—No las necesito —dijo la señorita Nodd, y añadió con pícaro candidez—: El amor es la droga más potente que existe. ¿No opina usted lo mismo? —preguntó, dirigiéndose a Johnny.

—No lo sé, tía. Yo soy un macarra.

—¡Qué romántico! —dijo ella con un suspiro—. Como en las películas antiguas. Un macarra de barra. Ahora ya no hay hombres así.

—Alguno queda —terció mi hija con tono cínico—, pero buscan personas superespeciales. O sea.

El interludio le vino bien a Paco, que lo empleó en repasar una vez más la lista de preguntas en busca de alguna que pudiera provocar una respuesta más larga. Yo también aproveché el receso para entablar un diálogo visual con Miclantecuhli, quien, sin embargo, no parecía tener nada que decirme y simplemente se limitó a asentir como indicándome que todo iba bien.

—¡Tengo otra pregunta! —gritó Paco alborozado—. ¿Quién es el hombre de su vida?

Natalia Nodd sonrió con infinita ternura.

—Mi hijo.

El agente dio un salto en su silla.

—¡Un momento! —clamó—. No podemos decir eso. Por favor, táchelo.

—¿Por qué? —preguntó la señorita Nodd con un mohín de lo más resultón.

—Porque no tienes hijos, querida. No estás casada. No tienes pareja. Jamás has tenido un hijo.

—Pero adoro esa respuesta —replicó ella poniendo morritos—. Queda tan bien... Me muero de envidia cada vez que la leo en las entrevistas de las demás.

—Bórrelo —concluyó el señor Mean dirigiéndose a Paco—. Ponga: mi padre.

—¿Mi padre? —se quejó Natalia Nodd—. ¡Por favor! Van a pensar que era un pederasta.

—Es cierto —reconoció el agente—. La plebe siempre piensa lo peor. Pero esto es lo que haremos: pondremos en algún recuadro de la entrevista una foto de un señor adorable con canas y gafas. Con cara de padre.

—Mi padre no tiene canas ni gafas. Sólo los pobres tienen canas y gafas.

—Lo teñiremos durante unos días por si alguien se acercara a compararlo con el de la foto. ¿Les parece bien?

—No —se obstinó la actriz—, no me parece bien. Te diré cuál es el problema. Se lo diré a todos ustedes: el problema es que hay que hacer el amor y no la guerra.

—¿A qué viene eso? —preguntó Mean.

—Bueno, es otra respuesta que me gusta mucho, y como no parece que el señor periodista vaya a preguntarme por ello, lo digo con mi moto propia. Y añadido: hay que hacer el amor con tipos peludos y sudorosos, hombres de voz ronca que nos susurren obscenidades...

—En realidad —intervino, ya era hora, Miclantecuhli, puesto que mi hija se estaba poniendo de color verde, y Johnny había empezado a cantar una balada con sus inconfundibles maullidos—, si nuestras preguntas no le resultan interesantes a la señorita Nodd, podemos elegir otras. ¿Le importa si le echo un vistazo a la lista, señor Paco?

Y mientras hacía esta pregunta, Mic ya se había levantado para acercarse a la silla en la que Paco se retorció de los nervios. Tomó las hojas con naturalidad y comenzó a pasearse con ellas de un lado a otro de la habitación, acariciándose el mentón y ronroneando como un gato de ochenta kilos, haciendo gestos de aprobación o de disgusto, deteniéndose y volviendo a caminar, apoyándose en la pared y sentándose en la cómoda, hasta que sus

pasos, aparentemente aleatorios, lo llevaron hasta la puerta que se encontraba junto a la que protegía Porfirio y que, al igual que ésta, estaba situada en la pared opuesta a la mía. Al llegar allí, Miclantecuhtli se detuvo y comenzó a hablar exagerando la vocalización y mirándonos con especial atención a Porfirio y a mí.

—En efecto —dijo—, veo aquí muchas preguntas interesantes. Elegiré tres. ¿Entendido? —y repitió, dirigiéndose sin ambigüedad a nosotros dos—: Elegiré... tres.

—Sí, sí —se impacientó el señor Mean—, elegiré tres. No es tan complicado.

Miclantecuhtli nos miró por última vez y, señalando al mismo tiempo con el dedo algunos lugares de la hoja, volvió a hablar pronunciando las palabras con mayor lentitud si cabe.

—Una... Dos... —alargó un poco más esta última pausa, tragó saliva, también la tragué yo y supongo que Porfirio, aunque esto último no puedo asegurarlo puesto que mis ojos estaban pendientes exclusivamente de los labios de Miclantecuhtli, y, por fin, gritó—. ¡Y tres!

Y como disparados por un resorte, el propio Mic, Porfirio y yo saltamos desde nuestras posiciones y nos abalanzamos sobre nuestras respectivas puertas, ante la mirada atónita no sólo de la señorita Nodd y su agente, sino también de nuestros propios compañeros, que contemplaban sorprendidos cómo los tres girábamos los pomos con sincronismo de acróbata, cómo desaparecíamos por los umbrales con rapidez de prestidigitador, y cómo, al menos en mi caso, caíamos al suelo con torpeza de payaso.

Lo que me sucedió fue que, tras haber cruzado a la habitación vecina y haber cerrado la puerta tras de mí para evitar que alguien pudiera intentar detenerme, aunque pensándolo bien no sé a quién se le podría haber ocurrido semejante estupidez, pues digo que cuando ya había cerrado la puerta y me disponía a enfrentarme con lo que quisiera que me estuviera esperando en aquella nueva estancia, me giré con tan mala suerte que el lazo del cordón de mi zapato izquierdo fue a engancharse en un maletín, abriéndolo de par en par y, debido al empuje de mi pierna, esparciendo todo su contenido por la habitación, mientras yo me trastabillaba primero, hacía equilibrios después, e iba finalmente a parar, tras hacer catapulta en el respaldo de un sofá, sobre el cactus calandria que adornaba el rincón más cercano a mi posición.

Estos sucesos, me permito reseñar, ocurrieron, como siempre ocurren este tipo de casualidades, sin que mediara intención alguna por parte del protagonista, puesto que de no ser así, esto es, de poder producirse a voluntad del interesado, en este caso yo, habría podido explotarlos como habilidad circense y entregar mi vida al ejercicio de tan noble profesión, lo cual, dicho sea de paso, me habría evitado de seguro el haber llegado en ningún momento de mi existencia a tan lamentable situación como aquella en la que me encontraba mientras reflexionaba sobre todo esto.

## **CAPÍTULO 11100**

Lo primero que deduje, a juzgar por las dimensiones de la estancia en la que me encontré de repente, es que la puerta que me había tocado en suerte no era la del cuarto de baño. Envidié en secreto la fortuna de Porfirio, o quizás la de Miclantecuhli, puesto que uno de los dos se encontraría en ese mismo instante sentado cómodamente en un bidé o apoyado sobre una pared de mármol mientras reflexionaba sobre sus próximas acciones. Yo, en cambio, me hallaba en comprometida posición, y utilizo el término tanto en sentido estratégico como en sentido anatómico, puesto que la caída me había dejado escorado sobre una maceta de magníficas proporciones y con los glúteos apoyados en el cactus calandria que hasta ese momento había ocupado el tiesto en exclusiva. Pero la incomodidad no impidió que mi cerebro siguiera trabajando a ritmo de ballenato, pues todavía sentía en mi cuerpo la viveza que se adquiere tras una intensa descarga de adrenalina como la que yo acababa de recibir. Así pues, y con la cabeza casi del revés, realicé una veloz inspección del mundo inclinado que se ofrecía ante mí. Y esto es lo que vi: a la altura de mi cabeza, que se correspondía con el nivel de la moqueta, contemplé un gran número de maletines parecidos a aquel que me había hecho perder el equilibrio, dispuestos todos sin orden aparente, arrimados algunos junto a las paredes, y ociosos los más junto a tobillos embutidos en calcetines traslúcidos. Por lo que pude comprobar al ir bajando la cabeza y, por lo tanto y al estar yo invertido, al ir elevando el nivel de mi observación, dichos calcetines pertenecían a una cantidad indeterminada pero considerable de individuos vestidos con trajes de corte clásico y colores discretos, azul y gris en su mayoría. Aquéllos, los individuos, se hallaban sentados formando un óvalo de grandes dimensiones y concéntrico, por mor del sentido común, con el que dibujaba la enorme mesa que ocupaba casi toda la estancia y que, por

lo demás, era la única mesa que había en la habitación. Alrededor de ella, y debajo de cada individuo, o encima de ellos desde mi perspectiva, pude ver también sendas sillas de horrible diseño, de esas que tras su calificativo de funcionales ocultan todos los mecanismos posibles y aun algunos imposibles para provocar la incomodidad de sus ocupantes. Incomodidad de la que, por otra parte, me reía yo en aquellos momentos al compararla con la mía, que era tal que me impedía reírme de hecho de la incomodidad de los demás y me obligaba por tanto a contentarme con una simbólica risa interior.

Los datos que acabo de exponer me fueron suficientes, a pesar de mi desventajosa postura, para concluir que no me hallaba en una habitación de hotel convencional, sino que debía de encontrarme en una especialmente amplia, o quizás en dos que habían sido unidas a posteriori y transformadas coyunturalmente en una fría e impersonal sala de reuniones. De todo esto deduje que mi puerta, además de no conducir al cuarto de baño, tampoco había resultado ser la que comunicaba con la habitación presuntamente utilizada por el hijo de Alexander Liar, y que por lo tanto mi suerte y la de todos los que nos aguardaban en la habitación vecina se hallaba en manos, bien de Miclantecuhtli, bien de Porfirio. Y con esta convicción iba ya a levantarme del cactus, improvisando alguna excusa para justificarme ante aquellos honrados e importantes hombres de negocios que habían permanecido inmóviles con los ojos clavados en mí, cuando de repente escuché una voz que me resultó tristemente familiar.

—¡Usted! —dijo la voz.

—¿Conoces a este sujeto? —le preguntó otra voz a la primera.

—¿Conocer? ¿Yo? ¿Sujeto? ¿Predicado?

—Chumillas —volvió a decir la segunda voz—, a veces me carga tu afición al espionaje barato.

—Toda precaución es poca. Pero dado que estamos entre amigos, si es que los amigos tienen la lengua bífida y se apuñalan unos a otros por la espalda, confieso que sé quién es este hombre: es el imbécil del que os hablaba ayer. Ya lo daba por perdido, pero he aquí que todavía hay que tener fe en la estulticia humana: ved cómo ha acudido a nuestra cita dispuesto a entregarme lo que le pedí sin reclamar nada a cambio. ¿No es emocionante? Lloraría un poco si no supiera de la aversión que nuestro líder le tiene a los pusilánimes.

—Apéese del cactus, caballero —me conminó la otra voz, todavía

anónima para mí.

Seguí sus instrucciones, no porque, como ya queda dicho, pueda tener yo algún problema para negarme a una petición, sino porque me pareció este un requerimiento razonable y, sobre todo, beneficioso para mi salud. La voz, por otra parte, no era una voz normal, por así decirlo, sino que parecía estar compuesta de una voz propiamente dicha y de una especie de eco sordo que se superponía de fondo. No le di mayor importancia a este hecho en un principio y recompose, pues, mi posición natural, con la cabeza por encima de los hombros, éstos por encima del tronco, y éste apoyado sobre las piernas, para disponerme a afrontar aquella nueva situación que, bien el destino, bien alguna divinidad de opereta, ponía ante mí para que otra vez la resolviera como buenamente me fuera posible.

Con la cabeza por encima de los pies, lo que se ofreció ante mis ojos fue esencialmente lo mismo que ya había visto cabeza abajo: una sala de enormes proporciones ocupada casi en su totalidad por una no menos gigantesca mesa ovalada, alrededor de la cual se reunían unas treinta personas de variado pelaje, si bien todas ellas parecían compartir el mismo sastre e idéntico gusto por los relojes de oro. La estancia contenía también algunas consolas para los refrescos, y una pantalla de notables dimensiones a la que todos debían de estar prestando atención cuando yo había irrumpido en la sala. En el momento en el que yo la miré, la proyección mostraba un bonito diagrama con muchos colores y titulado «Beneficios del segundo trimestre», en el que una línea de pendiente positiva, entre constante y exponencial, trepaba por la pantalla con tanto brío que de seguro al trimestre siguiente habría que aumentar la escala del gráfico para que éste cupiera en el mismo espacio.

—Excelente gestión —aplaudí, para intentar halagar a mis nuevos anfitriones—. Feliciten de mi parte al consejero delegado.

—Gracias —dijo el individuo que presidía la mesa, y que resultó ser el dueño de la extraña voz—. ¿Es usted accionista?

—¿Accionista de qué?

—De N'Joy Corporation, por supuesto.

—¿Trabajan ustedes para N'Joy Corporation?

—La mitad de las personas honradas y, gracias a nuestro eficaz programa de *recruiting*, casi todas las corruptas, trabajan para N'Joy Corporation, amigo mío. Y las demás lo hacen para Eternal Life Inc., que también tiene sus trapos

sucios, aunque su consejero delegado y querido colega mío, Arístides Pupa, sea un cachondo y cuente unos chistes de morirse. Pero una cosa no quita la otra: es un cerdo miserable.

La sala acogió esta aseveración con una salva de aplausos, e incluso algunos de los asistentes se pusieron en pie. Chumillas, sentado a la derecha de la presidencia, hacía disimuladas señas a sus compañeros incitándolos a mostrarse más entusiasmados.

Reparé entonces en la delgada y elegante gargantilla plateada que llevaba el individuo al que me había estado dirigiendo, y supuse que sería uno de esos chips de traducción simultánea de última generación que no sólo convierten un idioma en otro al instante, sino que lo hacen con la voz del propio usuario sintetizada, y escondidos bajo diseños tan minimalistas como el que ahora contemplaba en el cuello de aquel sujeto, quien, si portaba tal dispositivo, tenía por fuerza que ser extranjero. Eso justificaba, además, el eco de fondo que se superponía a su voz cuando hablaba, y que sólo podía ser el susurro de su discurso en su idioma original. Mientras la ovación continuaba, aproveché para echar un nuevo vistazo a la estancia y aprehender así algunos cabos más, que no anudé inmediatamente pero que, poco a poco, me fueron llevando hacia la misma conclusión: en efecto, el gráfico proyectado sobre la pantalla estaba encabezado por el logotipo de N'Joy Corporation, que también podía verse en los maletines de los ejecutivos y en sus blocs de notas; las paredes estaban recubiertas de un material indeterminado, que no parecía papel, ni tela, ni pintura, y que más bien recordaba al forro interior de las bolsas para congelados, pero en bonito, e instalado por una versión de operario más evolucionada que Gaio Claudio; y, por último, uno de los directivos allí presentes se encontraba de pie permanentemente, como si tuviera hemorroides, para los que la medicina sigue sin encontrar una cura eficaz, o como si, se me ocurrió pensar, hubiera tenido que ceder su silla a un invitado inesperado. Estas pistas podían apuntar en muchas y variopintas direcciones, como por ejemplo en la que sugería que todo aquello era en realidad una reunión de Paranoicos Anónimos, pero también en la que indicaba que el tipo al que todos aplaudían era de hecho un alto cargo de N'Joy Corporation, por el primer indicio, alguien cuya presencia tenía que mantenerse en el incógnito, por el segundo, y alguien que se había presentado de manera imprevista, por el tercero. Esto último explicaría, además, por qué la reunión se estaba

celebrando en un lugar tan poco ortodoxo como la habitación de un hotel, reconvertida de urgencia para tal propósito.

—¿Debo deducir —interrogué, cuando los aplausos se diluyeron, dispuesto a confirmar mi teoría— que me hallo en pleno comité de dirección de N'Joy Corporation y que, por lo tanto, usted no es otro que el poderoso Alexander Liar? —Y, considerando de repente el riesgo que podía correr al lanzar tan delicada cuestión, me apresuré a añadir—: Si conocer la respuesta a esta pregunta puede poner en peligro mi vida, por favor no me conteste.

El sujeto que presidía la reunión me mostró una impecable dentadura de un blanco hiriente, y después, de súbito, volvió a componer un gesto inexpresivo que sin embargo transmitía una sensación de peligro inmediato.

—No es tan imbécil como me dijiste, Chumillas.

—Un golpe de suerte —se justificó éste—. Ha dicho un nombre al azar y ha acertado. Le puede pasar a cualquiera con las bajas tasas de natalidad que tenemos. Si el mundo estuviera más poblado, sería más fácil mantener el anonimato.

Alexander Liar, pues ya no había duda de que era él, ignoró las palabras de Chumillas y se tomó unos segundos para observarme con más detenimiento, como si hasta entonces no hubiera reparado en que la voz que había estado escuchando procedía, de hecho, de un ser humano. Esto, que un subversivo como Miclantecuhli podría achacar a algún tipo de innato complejo de superioridad por parte de las clases dirigentes, lo atribuyo más bien yo al hecho de que, para dirigir su vista hacia mí, el señor Liar tenía que mirar hacia la ventana, pues delante de ella era donde yo me encontraba, y por lo tanto la luz frontal le había impedido fijarse en mi persona con mayor atención. Como quiera que, mientras conversábamos, yo me había ido desplazando hacia el extremo opuesto de la gigantesca mesa, donde la luz ya llegaba más de refilón, el señor Liar supo aprovechar esta circunstancia para inspeccionarme con más detalle.

Yo, por mi parte, empleé aquel paréntesis en recopilar todo el valor que pude, y que si he de ser sincero no fue mucho, para enfrentarme al próximo asalto de nuestro recién iniciado combate, el cual, y pese al poco tiempo que llevábamos con él, se me antojaba ya decisivo. Porque, siendo como era aquel sujeto el gran Alexander Liar, eso quería decir que me encontraba por fin en el punto justo al que había querido llegar, que ya me tocaba el turno en la

carnicería, que estaba al cabo del camino, en la séptima entrada, en la tanda de penaltis, en la muerte súbita, en el bis final del concierto, en la última reencarnación, en la escena del clímax, en el duelo al sol...

—¿Qué está murmurando? —me preguntó Alexander Liar interrumpiendo mi hilo de pensamiento.

—Tomo nota de unas metáforas en mi CP. Porque, créame, aunque a usted todo esto le importe un pito, o se lo tome simplemente como un aburrido asunto de intendencia, para mí ha supuesto la aventura más disparatada y terrible a la que he tenido que enfrentarme en toda mi vida, y no descarto, si consigo salvar el pellejo, utilizarla como material para escribir una novela que, aderezada con algunas escenas de sexo, inventadas, bien podría convertirse en un éxito editorial.

Alexander Liar hizo un gesto que quise interpretar como de aprobación, y acto seguido los otros treinta ejecutivos, Chumillas incluido, replicaron dicho gesto con dispares habilidades para la imitación.

—Le seré sincero —comenzó a decir el gran jefe—: me parece usted un cretino, un patán y, además, está usted en el paro. Le diría que admiro su determinación, pero la determinación es el traje de los domingos de la tozudez, y yo desde luego no aplaudo la tozudez salvo cuando soy yo quien la exhibe.

—Si así nos ponemos —repliqué haciendo acopio de templanza—, yo también le diría que es usted una rata y un secuestrador, pero como si le digo eso pareceré un ser vengativo y rencoroso, no me queda otra que envainármela.

Los treinta adláteres hicieron ademán de levantarse, muy probablemente con intención de lincharme, pero fue el propio Alexander Liar quien los detuvo con un imperceptible movimiento de sus párpados. Cuando el orden se hubo restablecido, volvió a tomar la palabra con un semblante que en nada invitaba a la camaradería.

—Bien —dijo—, creo que la interrupción ya está durando demasiado. Voy a pedirle a mi secretaria que nos envíe a los muchachos para que se lleven a este subproducto de la sociedad. Por favor, no se rían cuando me oigan dirigirme a ella: se llama María Jesús pero no es culpa suya. Y, ya de paso, les diré a los chicos que se lleven también a la *troupe* de la habitación vecina. Sí, amigo mío —añadió, viendo mi sobresalto al escuchar esas palabras—, ¿no ha

notado ya el fresquito que hace aquí dentro?

Y al decir esto, intentó chasquear los dedos un par de veces y, viendo que no lo conseguía, dio un puñetazo en la mesa, tras el cual Chumillas reaccionó acercándose el CP a la boca y susurrando unas rápidas instrucciones. Un instante después, la puerta por la que yo había entrado se abrió y comenzaron a desfilar por ella todos mis compinches, escoltados por un número similar de agentes uniformados que eclipsaban la potencia muscular de Porfirio.

—¡Mic! —exclamé al verlos entrar—. ¿Qué ha pasado?

—La policía del hotel —prosiguió Alexander Liar sin dejar que yo pudiera intercambiar ni una palabra más con los recién llegados— acudió veloz en cuanto las piruletas volvieron a funcionar y detectaron tan peculiares RAP en la habitación de la señorita Nodd. Gracias agentes, ahora mismo acudiré mi policía personal para encargarse de ellos. —Y cuando los policías del hotel hubieron abandonado la sala saludando con marcialidad, añadió—: Buen truco el del aire acondicionado. Yo mismo me sorprendo de que ganemos tanta pasta vendiendo sistemas que se cuelgan en cuanto alguien estornuda a su lado pero, como dijo el profeta: «Bienaventurados los ricos porque siempre habrá pobres». O algo así. ¿Cómo era, Chumillas?

—¿«Dejad que los afro europeos se acerquen a mí»?

—No me suena, pero podría ser. Los profetas eran unos tíos muy raros, como ese sujeto con RAP falso que andan paseando ustedes por medio Madrid. Pues como le decía, el truco del aire acondicionado fue muy ingenioso, pero esta vez habíamos puesto en la sala de los ordenadores a uno de nuestros informáticos en prácticas con un abanico, y la avería se ha solucionado en un santiamén. Somos una gran empresa, señor mío, y por ello disponemos de muchos recursos, y también de muchos becarios para los casos en los que los recursos resultan caros. Además, no pensaría que íbamos a caer dos veces en el mismo error, ¿no? Sí, ya sé que a veces lo hacemos, pero sólo cuando no afecta al *bottom line*. Podemos equivocarnos con los clientes, con los ciudadanos en general, e incluso con algunos en particular, pero jamás permitimos que nuestros accionistas pierdan ni un centavo. Por eso seguimos en la poltrona. Los ciudadanos y los clientes no votan en los consejos de administración. ¿Me sigue? Da igual. Yo tampoco me sigo. ¿Por dónde íbamos, Chumillas?

—Su Excelencia iba a decirle a María Jesús que nos mandara a los

muchachos para que se lleven a este individuo y a sus secuaces. Si lo desea, también podemos ordenar ya que se publique mañana en los periódicos la foto completa, en la que esta rata aparece estrangulando a nuestro becario.

—Bah, esas historias están muy vistas —resopló Liar con desgana—. «Rata estrangula a becario». Todos los días leemos cientos de artículos como ese. Por lo menos, digamos que el becario tenía un jilguero, y que alguien escriba una historia de interés humano contando cómo el bicho va ahora a aullar al cementerio en las noches de cuarto menguante. Sí, ya sé que con un perro quedaría mejor, pero es ilegal tener perro salvo en los CID autorizados, a los que desde luego nunca podría acceder un becario. No queremos fomentar el caos y la barbarie.

El aforismo fue recibido, de nuevo, con aplausos y vítores. La audiencia asentía satisfecha, y alguno que otro se atrevió incluso a aportar ideas que pudieran aumentar la carga dramática, tales como que el becario fuera huérfano y antes de matarlo yo le hubiera recordado lo tristes que habían sido sus navidades, que el becario fuera inmigrante y que yo lo hubiera empleado como fámulo sin sueldo, que el becario fuera mujer y que yo hubiera abusado de ella en horas de trabajo, que el becario fuera un niño de cinco años y que yo le hubiera ofrecido drogas a la puerta del colegio, y otras muchas mejoras que Chumillas iba anotando a vuelapluma. Mientras tanto, y una vez superado el doloroso golpe que había supuesto ver cómo nuestra aventura parecía haber llegado a su fin, yo busqué con la mirada primero a mi hija, que le daba la espalda a Johnny poniendo morros, y después a la siempre pura Berenice, que volvía a estar junto a Porfirio, y en esta ocasión demasiado cerca, a mi juicio, aunque quise atribuir la excesiva proximidad al susto que se habría llevado la pobrecilla y que le habría hecho buscar la protección de quien tuviera más a mano. Comprobado, pues, que nadie había sufrido daño alguno, al menos entre aquellos que me importaban, empecé a reparar en que, lejos de suponer un revés, el hecho de que todos volviéramos a estar juntos era en realidad un elemento imprescindible para que nuestro plan original pudiera ser ejecutado. En efecto, recordé, no éramos ni yo ni Miclantecuiltli ni, por supuesto, Porfirio, quienes poseíamos la capacidad de intimidar a Alexander Liar: era Paco, con su RAP de estrella mediática, quien podía plantar cara a su imperio si, gracias a las conexiones hechas por Mic, su CP seguía conectado al plató de emisión que se había montado para la rueda de prensa.

Al percatarme de esto, busqué rápidamente a Miclantecuhтли para intentar establecer un nuevo diálogo de miradas, pero no fue necesario porque, en cuanto lo localicé, junto al cactus calandria, leí en su rostro sin sombra de ambigüedad que él ya había llegado a la misma conclusión que yo, o a una similar, pues tenía la cara iluminada por un resplandor de impaciencia contenida que amenazaba con explotar de un momento a otro.

—María Jesús —había comenzado a decir Alexander Liar dirigiéndose a su CP—: necesito que...

—¡Alto ahí! —lo interrumpí con energía, pues veía también con cierto temor cómo se desbocaba entre los ejecutivos el delirio por contribuir a mi crucifixión con nuevas y, por qué no decirlo, cada vez más originales aportaciones—. Creo que todavía no han escuchado ustedes lo que tenemos que decir.

Alexander Liar me miró con gesto de contrariedad, y el resto de los asistentes detuvo en seco el *brainstorming* sobre difamación que tan productivamente habían estado manteniendo, y por el que Chumillas los felicitó resaltando lo útil que había resultado la participación colectiva en el seminario «*Zen and the art of lapidation*». Se adueñó entonces de la sala uno de esos silencios tensos y sumamente frágiles, como los que se producen cuando el médico examina una radiografía delante de nosotros y de repente deja de canturrear. Todo el mundo volvió a ocupar sus asientos y yo me sentí momentáneamente reforzado por haber conseguido, al menos, que mi linchamiento mediático pasara a un segundo plano ante mi envite. Alexander Liar volvió a mirarme como si quisiera atravesarme la piel para poder comprobar, en el interior de mi cerebro, si lo que iba a decirle era verdad o mentira y si, por lo tanto, tenía que sopesar con tiento la apuesta que iba a lanzarle o podía aumentarla hasta el infinito en la seguridad de que me estaba marcando un farol. Anoté esta última e ingeniosa metáfora en mi CP y me dispuse a hablar, pero fue de nuevo Alexander Liar quien me tomó la vez.

—¿Quiere dejar de murmurar? —me dijo—. Usted jamás publicará una novela, imbécil. Todas las novelas que se publican en el planeta están editadas por alguna de nuestras editoriales, y supongo que ya habrá deducido que las puertas de N'Joy Corporation van a cerrarse para usted y sus amigos tan pronto como las atraviesen dentro de unos minutos para salir de este hotel. ¿Qué es eso que tiene que decirnos antes de que los muchachos se los lleven?

Si va a pedir un último deseo, le recuerdo que el tabaco está prohibido. María Jesús, espere un segundo.

—Ja, ja, ja —intenté reírme, con poco éxito debo decir, pues me salió más bien un sonido gutural que el ejecutivo más cercano a mí interpretó como un tos perruna, y me tendió un vaso de agua—. Ja, ja, ja, quería decir —aclaré, después de beber—. Creo que han subestimado el talento y la capacidad estratégica del grupo de ciudadanos de a pie al que represento en estos momentos. Porque, en efecto, eso es lo que somos: un simple puñado de individuos que, por una u otra razón, han llegado a hartarse del *status quo*, del *modus vivendi*, de la *res publica*...

—Por favor, no siga con sus ejercicios estilísticos. Entiendo lo que dice, aunque no comparto su interpretación de los hechos. ¿Qué queja del sistema pueden tener un pensionista prematuro, un rico heredero, un lampista que se embolsa miles de dólares por hora y que es incapaz de hacer su trabajo con un mínimo de garantías, una portera de fincas urbanas que se toca las narices todo el día y cobra antigüedad por hacerlo, una niña de treinta y cinco años que ya percibe el sueldo social del Estado, un peludo que canta como un patán y que no es detenido por ello, o un hostelero convicto y reinsertado gracias a la generosidad de nuestro sistema penitenciario y también, por qué no decirlo, a la escasez de espacio en las cárceles? Por no hablar de usted mismo, que ya tuvo la oportunidad de ocupar su puesto en la sociedad y dedicarse a pedir una hipoteca, viajar a Cancún en vacaciones, y presumir ante sus amistades de su complejidad intelectual tan ricamente, como hace todo el mundo, y que se jugó todo eso por un absurdo afán de notoriedad que nadie le había autorizado a tener. María Jesús, ¿qué tal he estado? Gracias. No se retire.

La concurrencia recogió con gestos de aprobación la aguda reflexión de Alexander Liar, y no me refiero solamente a los ejecutivos de N'Joy Corporation, sino también a algunos elementos disidentes de nuestro bando, puesto que pude escuchar comentarios halagadores por parte de la señora Domitila, Kopp, e incluso Gaio Claudio. Yo mismo no pude por menos de reconocer la sensatez que guiaba las palabras del señor Liar, pero me cuidé mucho de admitirlo en voz alta puesto que en aquel momento primaba el aspecto casi militar de nuestra conversación y, por lo tanto, no me podía permitir concederle a mi enemigo ni la más mínima victoria.

—Esa no es la cuestión —atajé.

—A mí no me regañe —replicó Alexander Liar encogiéndose de hombros—. El que ha sacado el tema ha sido usted.

—Muy bien, pues saltémonos la parte de antecedentes y motivaciones. Asumamos que estamos aquí por alguna razón y vayamos directamente al grano. Que es este: el sujeto que se ha escondido detrás de las cortinas es, como ya ha advertido usted, un tipo que goza de la peculiaridad de no tener un RAP registrado con su nacimiento. No me pregunte por qué y, sobre todo, no se lo pregunte a él porque le dirá que ha viajado en el tiempo, congelado como un paquete de gambas. Pero hemos dicho que obviaremos el porqué para concentrarnos en el qué. Qué hacemos aquí.

—No, no —me interrumpió otra vez Alexander Liar—. No era eso lo que usted había dicho. Usted dijo que...

—¡Da igual lo que yo haya dicho!

—Muy bien, muy bien —respondió Alexander Liar recostándose en la silla—, pero luego no nos diga que lo que va a decir ahora no importa, porque esto es un cachondeo. Y aligere, que tenemos que hacer un plan de despidos, y si nos liamos con esto no nos dará tiempo a despedir a todos los que queremos. María Jesús, ahora mismo estoy con usted, pero vaya localizando a los muchachos. Sí, a esos muchachos.

—Muy bien —dije, desafiante—: usted lo ha querido. Iba a explicárselo despacio para que pudiera ponderar adecuadamente la delicada situación a la que se enfrenta, pero ahora se lo voy a decir de golpe y apáñese como pueda. Ese individuo que ahora ha ido a esconderse detrás del cactus calandria tiene un RAP que para sí quisieran muchos astros de las ondas: premios, años de experiencia, ministros destituidos, fotos con pacifistas... Ese RAP es, por supuesto, falso, y lo hemos vinculado a su adeene mediante complejos procedimientos que ni yo mismo entiendo. Pero lo que cuenta es que, cuando ese sujeto salga por la tele y los ciudadanos lean su RAP para saber quién les está hablando, comprobarán que quien se dirige a ellos es un prócer del periodismo, un patricio de nuestra democracia, un prohombre de la libertad, un...

—¡Basta, por Dios! —me cortó Alexander Liar—. No más comparaciones baratas. Ya lo he entendido. Estoy al tanto de todo ese folletín. Sé que en su célula terrorista, y me permitirán que los denomine así para que se vayan acostumbrando a la terminología con la que serán tratados en los telediarios

desde esta misma noche, pues digo que sé que en su célula terrorista cuentan ustedes con un peligroso *hackermexicano*, y digo que es peligroso porque es un *hacker*, no porque sea mexicano, puesto que mi estricto respeto a las minorías me impide decir que un mexicano es un delincuente. Quizás en México sí haya mexicanos criminales puesto que allí son mayoría, pero en Madrid son minoría, y como minoría protegida no pueden ser acusados sin pruebas, ni con ellas, al igual que los afroeuropesos o euroafricanos, las mujeres pelirrojas, los minusválidos daltónicos, y otros muchos grupos que no enumeraré porque yo, a diferencia de usted, tengo sentido de la medida y no me recreo en las figuras retóricas. Y porque, en cualquier caso, vuelvo a comprobar que todo lo que nos está contando no altera en nada los planes que ya teníamos dispuestos, a saber, despellejarlos en los medios comenzando hoy mismo, y que voy a poner en marcha de inmediato porque me estoy aburriendo de lo lindo. María Jesús, ¿sigue usted ahí?

—En ese caso —dejé caer como quien no quiere la cosa—, el señor Paco, pues así se llama nuestro falso líder mediático, comunicará a la ciudadanía una serie de escabrosos datos que hemos descubierto recientemente sobre el idolatrado Javichu Depy y que, me temo, no lo dejan muy bien parado. ¡Oh! —añadí, fingiendo un desliz memorístico—, lo olvidaba: tenemos un CP conectado al plató en el que se celebrará la rueda de prensa de la señorita Nodd y, por lo tanto, lo que el señor Paco diga a través de él será retransmitido de manera automática a todas las televisiones del planeta. Huelga decir que si usted, o cualquier otra persona de las aquí presentes, intenta dar órdenes para desconectarnos del plató, procederemos a emitir inmediatamente. ¡Qué despiste, no haberle mencionado este pequeño detalle antes! —concluí, con una media sonrisa de satisfacción, y me giré levemente para dejar que la encantadora Berenice pudiera ver mi gesto de triunfo.

Regresó entonces a la sala el silencio profundo que ya nos había visitado antes, pero no fue en esta ocasión un silencio breve y quebradizo, sino que ahora se percibía más bien como una quietud sólida, espesa, una suerte de cemento invisible que, si alguien no lo remediaba pronto, terminaría por fraguar en el aire de la habitación y haría después imposible cualquier tentativa para romperlo. Alexander Liar también pareció entrever esta solidificante cualidad de aquel silencio que todos manteníamos, y quizás por eso, para no permitir que cristalizara, lo agrietaba con frecuentes y minúsculos

sonidos nasales con los que parecía aprobar o rechazar las ideas que debían de estar surgiendo en su mente a toda velocidad. Yo habría querido girarme para comprobar la expresión de Miclantecuhli, o para intentar tranquilizar a mi hija, o también, por cuestiones prácticas, para no perder de vista a Paco que tal vez terminaría por encontrar un buen escondite y nos pondría en un aprieto para cumplir nuestra amenaza, pero no hice ninguna de estas cosas porque, de nuevo, consideré que no era el momento de mostrar debilidad o de entregarse a una euforia prematura, puesto que no me cabía duda de que, retomando el símil pugilístico, Alexander Liar no estaba ni mucho menos noqueado, sino a lo sumo un poco tocado, desorientado, pero desde luego no lo suficiente como para dar el combate por concluido. Y la sonrisa que finalmente comenzó a desplegarse en su rostro vino a confirmar esta suposición: que sólo estábamos en un descanso, y que el *gong* de un nuevo asalto acababa de sonar.

—María Jesús —dijo por fin tras el largo silencio, hablándole a su CP—, dígales a los muchachos que esperen.

## CAPÍTULO 11101

—Chumillas —prosiguió Alexander Liar con una calma de lo más sospechoso —, tendrás que hacer la lista de despidos tú solo. No, mientras estás con la masajista venezolana no, que después me traes los documentos perdidos de mantequilla. Hazlo en casa, y no despidas ni a mujeres ni a negros ni a otras especies protegidas. En cuanto a usted —añadió dirigiéndose, como es obvio, a mí—, tenía razón: los había subestimado. Lo cual, por otra parte, era muy fácil, ya que mi concepto de ustedes no podía ser peor. Reconozco que, en efecto, disponen de cierta ventaja, aunque antes de que se lancen al abismo creo que hay algunas cosas que deberían saber.

—Le escucho —respondí, y ahora sí busqué con la mirada a Miclantecuhтли para saber su opinión al respecto, y me pareció que ésta era favorable.

—Debo advertirles —comenzó Alexander Liar, poniéndose cómodo— que tengo mucho que decir, y que es muy probable que les coloque un ladrillo de muerte. Por ello, aquellos que lo deseen quedan excusados de atender a mi discurso y pueden ir a tomarse un refresco —y la mayoría de los ejecutivos aprovechó estas palabras para dirigirse a las mesitas con bebidas—, aunque quienes lo hagan no cobrarán el bono de fin de año —y el *quorum* se restableció al instante—. Y aquellos dos del fondo —añadió, refiriéndose a Porfirio y Berenice, que para mi exasperación habían retomado las risitas y los cuchicheos—, ¿les importa guardar silencio? Gracias. También les advierto, antes de soltar la perorata que ya me dispongo a endosarles, que es casi seguro que todo lo que voy a decir ya habrá sido postulado a lo largo de la Historia por alguna persona, o incluso por varias, pero de todos es sabido que nuestro Sistema Educativo Universal, al dispensarnos del estudio de lo que nuestros congéneres han hecho y dicho en el pasado, hace que cualquier

imbécil se crea que ha descubierto la rueda cada vez que dibuja un círculo. Esto, lejos de encontrarlo un problema, lo califico yo de enorme ventaja, puesto que permite que cada individuo se crea el primero en articular las ideas que su experiencia vital le va sugiriendo, con la consiguiente satisfacción del propio sujeto así como de sus allegados. Quedan ustedes, entonces, alertados. María Jesús, esté al tanto por si digo algo interesante. ¿Prosigo? Bien. Nos enfrentamos aquí a algo más importante que mi modesta, si bien que acromegálica, persona, y desde luego más importante también que la reputación del propio Javichu Depy. Aunque usted no lo sepa, que creo que no, la esencia del dilema que me está planteando radica en el hecho de que, al igual que los seres humanos no soportamos las situaciones en las que no tenemos ninguna opción para elegir, puesto que nos sentimos faltos de libertad, tampoco soportamos aquellas otras en las que disponemos de infinitas alternativas ante nosotros, puesto que tanta incertidumbre nos abrumba. ¿Les gusta la idea?

—Eso —intervino Porfirio, restregándonos una vez más la refinada educación que había adquirido en el cotolengo— lo dijo con parecidas palabras Kierkegaard.

—¿Amigo suyo? No importa. Kierkegaard, yo... A la gente le dará lo mismo. Es más, creo que preferirán que lo diga yo, que tengo un apellido de cuatro letras, como los vulgares. Deberíamos hacer un programa sobre filosofía. Nada serio, claro... Un concurso quizás, con azafatas tetudas y un tipo que imite al presidente del gobierno, y con concursantes que digan burradas... Ya se sabe que a la plebe le gusta enorgullecerse de su ignorancia y exhibirla como atributo distintivo de lo que ellos llaman «gente llana» o «gente normal», como si llaneza y normalidad fueran sinónimos de incultura. Aunque, ahora que lo pienso, bien podría ser así.

—Cierto —animó Chumillas.

—Prosigamos, entonces. Señor Kant, diría que me decepciona —continuó— si no fuera porque, como ya he mencionado antes, el concepto que tengo de usted no puede ser peor. Este asunto, señor mío, no se circunscribe a una persona física. El dilema al que nos enfrentamos no es «¿nos cargamos a Javichu o no nos lo cargamos?». Javichu, querido amigo, caerá al fango antes o después sin necesidad de que unos canijos como ustedes lo empujen. La gleba se cansará de él en algún momento. Así es el populacho: una panda de

niños consentidos. Crean sus propios ídolos, los encumbran, y los derriban después sólo para demostrarse que nadie puede escapar a la «voluntad del pueblo». Eso es lo que ellos se creen, claro, pero es bueno que se lo crean, así que los dejaremos y, llegado el momento, ya haremos que Javichu desaparezca de escena con el riñón bien cubierto por varias capas de billetes de mil, mientras nosotros seguimos manejando los hilos desde la sombra, porque la radiación solar, como todos sabemos, provoca cáncer. Así pues, no estamos hablando de Javichu: cuando él caiga, otro Javichu que tal vez se llame Áticus José o algo parecido ocupará su puesto, y hará lo mismo que hace él, a saber, decirle a la gente lo que la gente quiere escuchar. Con la democracia hemos creado un monstruo, es cierto, pero una vez creado lo único que nos queda es alimentarlo, porque un monstruo es peligroso, pero un monstruo hambriento es la leche, y cuando se ponga de malas no va a haber quien lo pare. ¿Por qué, si no, cree usted que desde N'Joy Corporation y Eternal Life Inc. promovimos ya hace años el salario social? Un sueldo para todos, por el simple hecho de existir. ¿Generosidad? No, señor mío: soborno. Mientras la bestia no piense, o mejor dicho, mientras la bestia piense que piensa pero no piense, tanto mejor para los que sí lo hacemos. Eso si realmente lo hacemos, claro, porque bien podríamos estar en un segundo círculo controlado desde un tercer nivel que desconocemos. Esto sería un buen guión para una película de marcianos, ¿eh? María Jesús, apúntelo. Pero no nos desviemos. Hemos concluido que no es sólo Javichu Depy quien está en juego en esta charada de pacotilla. ¿Qué es lo que está en juego, entonces? Todo, amigo mío, todo. El sistema, ya que veo que le gusta la palabra. Si usted siembra la desconfianza generalizada, el sistema colapsará como una superloba, que supongo que será un animal extinguido que quizás se camuflaba colapsándose. No lo sé. María Jesús, averigüe qué es una superloba.

—Si me permite la interrupción —me atreví a decir, levantando la mano, y Alexander Liar puso cara de fastidio—, hasta ahí ya habíamos llegado nosotros. Nuestra amenaza se basa, precisamente, en que sabemos que la caída de Javichu Depy provocaría una serie de efectos secundarios de mucha mayor magnitud, en especial para los accionistas y mandamases de N'Joy Corporation como usted mismo.

—Por favor, no vuelva a interrumpirme para decir tonterías. O sea: no vuelva a interrumpirme. Las consecuencias a las que yo me estoy refiriendo no

se circunscriben al ámbito de N'Joy Corporation, sino que afectarían a los cimientos más profundos de toda nuestra sociedad. Que también es la suya. Y por eso le advierto: piénseselo dos veces antes de destruir este bonito circo en el que todos vivimos tan ricamente.

—Para mí —repliqué con jactancia— sería un orgullo y un alivio contribuir a que un mafioso mediático como Javichu Depy se cayera de su pedestal. Eso por no hablar del aspecto vengativo del asunto, que no es baladí. Por lo tanto, no creo que la sociedad en general y mi vida en particular se vieran perjudicadas por ese hecho. Al contrario, creo que estaría aportando mi granito de arena para construir un mundo mejor.

—Pues yo le aseguro que está usted equivocado —me replicó Alexander Liar con retintín—, pero si no deja de interrumpirme para hacer alegatos de adolescente atrofiado, y perdón por la redundancia, nunca podré demostrárselo. Como le decía al comienzo de mi brillante exposición, el ser humano no puede afrontar una infinita libertad, como tampoco puede soportar una carencia excesiva de la misma. Un exceso de libertad provoca demasiada incertidumbre, y ésta aumentaría nuestro nivel de angustia hasta llevarnos a cometer las mismas barbaridades que históricamente se han cometido cuando la desesperación de los hombres ha rebasado un cierto límite: guerras, revoluciones, matanzas, y otras desgracias que no recuerdo porque no había televisión para retransmitirlas. Si nuestra sociedad ha conseguido desarrollarse en un ambiente más o menos pacífico durante el último siglo ha sido gracias a que personas abnegadas como yo mismo hemos entendido esto, y nos hemos dedicado a limitar la libertad de nuestros semejantes por su propio bien. No se trata de decirle a la gente lo que tiene que pensar: simplemente, hacemos una selección previa de las ideas que pueden ser consideradas. El virtuoso término medio: ni tantas como para que la incertidumbre se desboque, ni tan pocas como para que el ansia de libertad se sienta amenazado. Tomemos el ejemplo de nuestro común amigo Monseñor Leño. Sí, por supuesto que lo conozco. Yo conozco a gente en todas partes, y la Iglesia no iba a ser una excepción. Pues bien, como garantes de la estabilidad social nos conviene que la gente crea que en la Iglesia son todos una panda de mangantes, pero sin llegar al extremo de que la Iglesia desaparezca. ¿Por qué? Porque mientras los ciudadanos tenga una Iglesia para criticar y una religión de la que apostatar, no se darán cuenta de que ellos

mismos han creado otra religión con sus propios ritos y herejías, con sus sacerdotes y santos, una religión con dogmas similares a los tradicionales si sustituimos el término Dios por la palabra Hombre. Una religión, por lo tanto, cuyo primer y principal mandamiento es «el Hombre es Dios» y, por ende, «yo soy Dios». No me refiero a mí solamente, que también, sino a cada individuo que se guía por ese lema. Porque, ¿de qué sino de dogmas pueden calificarse majaderías como «hay que ir con la verdad por delante» o «el amor lo puede todo», o la Ley de la Gravedad, si lo llevamos al extremo? ¿Qué otra cosa sino adoración puede llamarse al culto a la longevidad que profesa todo el género humano? La gente, como creo que ya he dicho, aunque no sé si ahora o hace unos días en una conferencia en Ohio, crea sus propios iconos. Llámelos como quiera, pero la gente necesita dioses y demonios, héroes y villanos, inocentes y culpables, necesita dogmas y herejías, necesita premios y castigos, y alguien tiene que proporcionárselos o la plebe se dedicará a destruir bastillas y palacios de invierno en una suicida carrera por conseguirlos. Sí, señor Kant, los seres humanos necesitamos todo eso, necesitamos el Bien y el Mal, lo blanco y lo negro, y lo necesitamos desesperadamente porque tenemos que simplificar la realidad para poder entenderla, o para crearnos la ilusión de que la entendemos, y porque, por encima de todo, necesitamos trascender esa realidad. Los ascensores ascienden y descienden, pero eso no es suficiente para un ser humano: un ser humano no es un ascensor, y por eso necesita trascender. María Jesús, apunte. La negación de las religiones es una religión, porque es una negación irracional. Pero por eso es necesario mantener las religiones y sus Iglesias: para que nadie se dé cuenta de que hay otra iglesia a la que todos pertenecen y en la que cada uno se adora a sí mismo, a su propio Dios. Y entramos aquí en la cuestión de la identidad. ¿Se ha parado usted a pensar que en nuestra sociedad la identidad personal no se define interiormente, sino por contraposición a los otros? ¿O no está usted harto de que todos sus amigos, si los tuviere, le cuenten a dónde han ido de vacaciones, o qué modelo de videoguol se acaban de comprar, o lo listos que son sus hijos? Uno es valioso en cuanto que es diferente: en cuanto que tiene cosas que otros no tienen, o en cuanto que hace cosas que otros no hacen, o en cuanto que piensa cosas que otros no piensan. Por eso es imprescindible que los otros estén muy bien definidos, y de ahí nuestro, es cierto, férreo sistema de control de identidades, tan injustamente criticado por los tipos de la ralea de su *hacker* mexicano. ¿Se imagina el caos que provocaría ese otro compinche

suyo que puede tener el RAP que quiera? No es porque pueda provenir de otro tiempo, cosa que no sólo mola sino que convertiría al elemento en un tipo resultón y objeto de múltiples entrevistas y documentales. No, amigos, lo preocupante es el hecho de que nadie sabría quién es él exactamente. Y, si eso se generalizara, nos veríamos abocados al desastre social: si un individuo puede ser cualquiera, y eso se extiende, todos pueden ser cualquiera, y entonces, ¿quién soy yo, si me quitan las referencias para compararme? Esto provocaría el caos, el desorden, aerofagia, migrañas, contraprogramación en la tele. Grandes catástrofes en general. ¿Es eso lo que usted quiere? ¿Quiere que su mujer, su hija y sus futuros nietos vivan en un pandemónium? Total, ¿para qué? Cada vez que la Humanidad ha decidido hacer borrón y cuenta nueva ha terminado en el mismo sitio en el que estaba. Mire la Revolución Francesa, con Robespierre, Marat, Cantoná, y otros. La Humanidad se libera una y otra vez sólo para darse cuenta de que no puede resistir el peso de la libertad, la incertidumbre, la insoportable levedad del ser. María Jesús, apunte esto último. Escribiré algo con ese título. Pero prosigamos. Para suavizar la angustia que le produce esa incertidumbre inherente a la propia vida, el ser humano siempre termina por crearse algunas mentirijillas para sobrevivir. Con el tiempo, las mentirijillas se convierten en mentiras, y éstas en trolas del quince. Siglos después todo es una gran farsa. Alguien prende la chispa y la plebe clama otra vez por la Verdad, por la Justicia, por la Libertad, y por otras chorradas de ese estilo. ¿Debemos congratularnos por ello? Unas cuantas generaciones y todo vuelve a estar igual. Así que, ¿para qué alborotar tanto? Dejemos las cosas como están. Sinceramente, de todas las mentiras que la Humanidad se ha inventado, las que tenemos ahora son las más soportables. Porque no me irá a comparar las tertulias de la tele con los místicos medievales... A ver, los del fondo —se interrumpió Liar para llamar la atención otra vez a Porfirio y Berenice—, ¿quieren dejar de poner caritas? Bien, prosigamos. La cuestión es esa: la Humanidad se equivoca una y otra vez, y no parece que haya manera de evitarlo. Lo único que podemos hacer para sentirnos mejor es buscar culpables: eludir nuestra responsabilidad diciéndonos que son otros los que se equivocan, y los que hacen que nosotros nos equivoquemos. Y la verdad es que ahora tenemos mucha gente a la que echarle la culpa de todo: los partidos políticos, los futbolistas, los médicos negligentes, los jueces corruptos... Jamás en la Historia el Hombre ha podido sentirse tan poco culpable, teniendo en cuenta que toda la culpa es suya. Y

como responsable máximo tenemos, claro está, al gobierno, sea cual sea, que nos engaña para que lo votemos. Pero no quiero distraerles ni llevarles a razonamientos que la mayoría de ustedes serían incapaces de seguir. Quédense con este mensaje: ustedes, los ciudadanos, son muy listos, y ellos, los del gobierno, son muy tontos, pero, debido a una maldad congénita, ellos consiguen engañarles, ya que ustedes, además de inteligentes, son buenos. Dicho esto, es posible escapar de este círculo de pescadillas viciosas que se muerden la cola, de ahí el vicio. Véanme a mí, si no: dirijo una de las dos empresas que existen en el mundo, escribo columnas en cinco periódicos, artículos en tres revistas, he publicado siete ensayos sobre economía aplicada, imparto conferencias sobre cualquier tema que me indiquen, incluso sobre aquellos que desconozco, y soy doctor *honoris causa* por tantas universidades que ya he perdido la cuenta. Así pues, el éxito es posible. ¿Y por qué no triunfa todo el mundo? Porque hay mucho vago. Véanme a mí, si no. Ah, no, esto ya lo dije antes. ¿Qué venía ahora, Chumillas? Ah, sí. Vean a Chumillas, si no. Y llegados a este punto es cuando yo digo: la lengua se me ha pegado al paladar. ¿Alguien tiene un poco de agua?

Chumillas se apresuró a servirle un vaso colmado, y Alexander Liar se lo bebió como si viniera de un *rally* por el desierto. Después pidió otro más y, tras dar buena cuenta de él, aspiró con fuerza una bocanada de aire y se preparó para proseguir ante las miradas de pánico de sus colaboradores.

—Pero ustedes ocultan la realidad —intervino oportuno Miclantecuhтли, adelantándose al magnate—. La seleccionan, y cuentan sólo lo que quieren.

—¿Y qué hace usted, caballere?

—¿Yo?

—Sí, usted, no va a ser el extintor. O usted, o usted, o usted —repitió, y mientras lo hacía iba señalando en cada caso a uno de los que estábamos en el extremo opuesto de la mesa, hasta volver a centrar su atención en mí—. ¿Acaso deja usted que su niña, que, por cierto, tiene casi cuarenta años aunque todos convengamos en llamar niñas a mujeres hechas y derechas, acaso deja usted, digo, que su hija salga a ver la vida real? ¿Dejaría usted que se marchara con el primer guaperas que encuentre sólo para darse cuenta, varios meses después y con varios kilos de más, que al guaperas le huele el aliento y se ducha dos veces por semana? ¿Permitiría usted que su niña conociera miserias tales como el hambre, la muerte, el dolor, el odio, y otras muchas,

que la vida no sólo no esconde sino que enseña con obscenidad pornográfica? ¿Haría usted todo eso sólo porque cree que su hija debe «conocer la verdad», o «vivir la vida»? No, señor mío: usted haría lo que hacemos todos. Construiría una verdad agradable y una vida bonita, y serían esas las que dejaría que su niña conociera. Es más: se esforzaría porque su hija creyera que no existen otras, y usted mismo terminaría por olvidarse de aquella primera realidad, de la auténtica. ¿O es usted acaso un desalmado?

Me giré un instante y pude contemplar a mi pobre hija indefensa, a merced de los embates de la vida y de las melenas de cualquier cantautor depresivo, frágil como un bikini en la Antártida.

—No —respondí, casi emocionado.

—Le diré cuál es el problema, amigo mío: todos hemos visto «El rey león» cuando éramos pequeños y, dado que los Dibujos Animados son una asignatura obligatoria, todos los niños seguirán viéndola, ¿correcto? Pues bien, el problema es que nadie nos hace reparar en el hecho de que sólo hay un rey león. Y todos vemos la película asumiendo que somos ese personaje. Ningún niño piensa que será Pumba o Timón. Ninguno piensa que será Scar. Ninguno piensa que será uno de los ñúes que son regularmente zampados por los leones. Todas estas cosas las descubre uno cuando se hace mayorcito, y así pasan generaciones y generaciones. ¿Cree que ganaríamos algo si, de repente, le abriéramos los ojos a la manada de ñúes? Yo no, se lo aseguro.

—Interesantes reflexiones —concedí, primero porque me parecía que ya iba siendo hora de poner freno a la inspiración de Liar, y después porque pensé que me convenía rebajar un poco la tensión de nuestro enfrentamiento antes de comenzar a negociar—. De hecho, le animo a que haga usted ese programa de filosofía ligera, aunque también le recomiendo que no lo ponga en *primetime*. Pero, aun reconociendo la perspicacia de su razonamiento, soy yo ahora quien no entiende la relación que su discurso pudiera tener con el asunto que nos ocupa.

—Veo que mi juicio sobre usted no estaba errado, y que su capacidad de síntesis es alarmantemente baja. Simplificaré, pues, mis exposiciones a partir de ahora. La relación es esta: todos simplificamos la realidad para poder enfrentarnos a ella, y utilizo el término simplificar en este caso como un eufemismo de deformar. Parte de esa deformación consiste en que todos buscamos culpables cada vez que sufrimos alguna desgracia, incluso aunque

ésta sea producto de una simple casualidad, o incluso sabiendo que nosotros mismos habríamos obrado de igual manera que aquellos a quienes culpamos. Así, usted me acusa a mí y a otros prohombres como yo de mentir, calumniar, y de vilipendiarle en el pasado, pero sin embargo es usted mismo quien ahora está dispuesto a utilizar idénticas armas para conseguir sus espurios fines, los cuales, por cierto, todavía desconozco. Y lo mismo podría decirse del doctor gusano, aquí presente.

—Hay una diferencia esencial —objeté—: nosotros, caso de llegar a cumplir nuestras amenazas, difundiríamos datos verídicos sobre Javichu Depy, sacaríamos a la luz su verdadero rostro, ventilariamos los rincones más pútridos de su persona. En resumen, y antes de que me pida que no me extienda con mis metáforas, nosotros diríamos la verdad.

—Veo que, como me temía, no ha entendido usted nada de lo que le he dicho antes. ¿Qué es la verdad, amigo mío? ¿Que Javichu Depy tuvo una hija hace veinte años? ¿Que no pudo ocuparse de ella? ¿Es esto algo vergonzoso?

—Abandonó a la madre de la niña y se desentendió de sus responsabilidades.

—Eso —matizó Alexander Liar desplegando su dedo índice para señalarme— lo ha deducido usted. ¿Qué pensaría si le dijera que, en realidad, Javichu Depy deseaba ardorosamente ser padre, que fue el hombre más feliz del mundo cuando se enteró del embarazo de su pareja, y que estaba dispuesto a renunciar a su entonces incipiente carrera periodística para dedicarse por entero a la paternidad? ¿Qué opinaría si supiera que fue la madre quien, abrumada por un futuro que no había previsto, decidió abandonar a Javichu para poder deshacerse de la criatura sin intromisiones? ¿Cambiaría su juicio si le dijera que Javichu, siendo todavía un pobre estudiante universitario, removi6 cielo y tierra durante meses para intentar localizar a la madre y, por extensión, a su hija, y que si no lo consiguió fue sólo por el inflexible sistema de privacidad que rige nuestros hospitales, y que hace inaccesibles las fichas de los pacientes para todo aquel que no sea un banco, una empresa de seguros, o un emporio comercial con influencias? ¿Y si le demostrara que, tras el intento de chantaje del doctor tinieblas hace unos años, localizamos por fin a la muchacha, la sacamos del cotolengo, la enviamos a estudiar a Iowa y, dada su incapacidad para las matemáticas y la cultura en general, la convertimos en una actriz de éxito que hoy triunfa en todo el mundo y que, de hecho, es la

rutilante estrella a la que ustedes estaban entrevistando hace unos instantes?

—¿Natalia Nodd es la hija secreta de Javichu? —exclamó el perverso galeno—. ¡Imposible! Nos está contando una milonga para hacernos sentir culpables. ¡No lo escuchen!

—Tanto da si me creen como si no —contestó Alexander Liar recuperando el tono reposado que había exhibido durante sus intervenciones—. Me permito recordarles además que, en su día, Javichu Depy tampoco empleó ni una sola mentira cuando, atendiendo a su sagrado deber de informar, los arrojó a los leones de la audiencia y se lavó las manos como Cleopatra, en leche de burra. Todos los hechos que él expuso entonces fueron, técnicamente, ciertos. Así que yo les pregunto: ¿están ustedes seguros de que su versión, su simplificación de la realidad, es la correcta? ¿Saben sin ningún género de duda si es verdad lo que van a contar al público? ¿Toda la verdad? ¿Es verdad la verdad incompleta? Y, por otra parte, ¿es materialmente posible contar toda la verdad sobre cualquier asunto? Insisto: ¿toda la verdad?

—¿Me lo pregunta a mí, excelencia? —quiso saber Chumillas.

—Era una pregunta retórica —se molestó Liar, pues su subordinado le estaba destrozando el clímax que tanto trabajo le había costado crear—. La gente no quiere saber la verdad, señor Kant. O, mejor dicho, la gente sólo quiere saber una verdad: la que a ellos les conviene creer. ¿Sabe cuál es la verdad? La verdad es que cada día se mueren miles de personas de hambre, que otras muchas fallecen a causa de enfermedades para las que existe remedio pero que, mire usted qué pena, es demasiado caro para ellas; la verdad es que todos vamos a envejecer, que todos vamos a enfermar y que, dentro de más o menos tiempo, todos nos vamos a morir. La verdad es que los mejores no están arriba y los peores abajo, salvo quizás en mi caso. La verdad es que la virtud no triunfa, sino que son los intrigantes quienes siempre terminan venciendo. La verdad es que las cien personas más ricas del mundo tenemos tanto dinero como los restantes nueve mil millones de habitantes del planeta, pero que sin embargo ninguno de esos miles de millones hace mucho por cambiar las cosas: al contrario, a lo que dedican sus esfuerzos es a intentar pertenecer algún día a nuestro selecto grupo, convertirse en multimillonarios, y perpetuar la situación. La verdad es que todo esto —y con un movimiento de su brazo extendido abarcó la sala completa, y casi parecía incluir también el hotel, la Gran Vía, el CID del Centro, la ciudad entera, y

hasta los campos que, según dicen, existen más allá— es mentira. Pero es una mentira tan agradable que, ¿a quién le interesa la verdad? Se lo repito: a la gente no le gusta la verdad, y quieren algo mejor, pero las drogas son malísimas, sobre todo últimamente.

—¿A que sí? —recalcó Chumillas—. Ya lo decía el ministro el otro día.

—Así que primero vinieron las películas, que permitían a la gente abandonar la realidad durante un par de horas. Pero una vez que se prueba, uno siempre quiere más. Y entonces llegó la radio, y después la tele, y más tarde los videojuegos, y, quizás sin tomárselo como un fin en sí mismo, de repente alguien, probablemente un antepasado mío, se dio cuenta de que la gente ya sólo pasaba unas pocas horas en la realidad, y se preguntó: ¿para qué sirve la realidad? Y la respuesta es esta: para hacernos sentir vivos. ¿Recuerda lo que le dije antes sobre la identidad personal? Me lo imaginaba. Da igual. El caso es que necesitamos tener un punto de referencia, un punto que todos podamos compartir y que nos haga saber que somos reales, más allá de nuestra propia experiencia personal. Necesitamos que exista algo real fuera de nosotros para que, después, ese algo pueda decirnos que nosotros también somos reales. Pero, una vez aclarada la función que debe cumplir la realidad, nada nos impide construirnos una a medida. ¿Que a la gente le molesta la muerte? No hay problema: la quitamos. Que no salga en la tele. ¿Que la pobreza es desagradable? La guardamos en África. ¿Que hay asesinos y violadores? Hagamos cárceles en mitad del monte. ¿Que las cárceles son muy crueles? Pongamos psicólogos.

—No veo que haya nada de malo en eso —opiné.

—¡Justamente! No hay nada de malo en esta realidad. ¿No le parece sospechoso? Una realidad sin enfermos, ni criminales, ni muertos. O todavía mejor: una realidad con enfermos y criminales y muertos, para que en efecto parezca una realidad *real*, pero con enfermos y criminales y muertos que cumplen su papel con tal profesionalidad que me río yo de Stajanov.

—¿El media punta del Dínamo de Kiev? —se interesó Chumillas—. Carne de banquillo. No me extraña que se ría usted de él.

—Está usted loco —sentenció Miclantecuhtli, aprovechando que Liar se había amorrado a la botella de agua como un poseso, y cargándose con estas palabras mi estrategia de acercamiento para allanar la negociación—. Sufre delirios de grandeza.

—Igual que el señorito —apostilló la señora Domitila refiriéndose a mí.

—Llevan tanto tiempo dirigiendo el mundo que han llegado a convencerse de que éste ya no puede existir sin ustedes. ¿No hablaba hace un momento de las religiones, de Dios? Pues bien, creo que así es como ustedes se ven a sí mismos: como dioses que cuidan a unas pequeñas criaturas inferiores. Pero hete aquí que esas criaturas no son inferiores, sino sus iguales, y son capaces de enfrentarse a la vida sin necesidad de que nadie las proteja. Es más: están deseando hacerlo. Sólo necesitan que alguien, como yo por ejemplo, les abra los ojos.

Alexander Liar meneó la cabeza mientras tragaba el último sorbo de agua, y Chumillas le quitó otra botella a uno de los ejecutivos para ponerla a disposición de su superior con una leve pero rastrera inclinación de espalda.

—Bla, bla, bla, bla, bla... —comenzó a decir Liar, y algunos pensamos que se había atragantado—. ¡Chorradas! ¿Es que no han escuchado todo lo que les he estado contando? ¿Para eso me dejo el paladar pelado? ¡La gente no quiere vivir, maldito demagogo! La gente no quiere asumir la enorme responsabilidad que supone vivir la vida real, ni la infinita libertad que eso conlleva. La gente no quiere aceptar el ineludible riesgo que implica tener que elegir continuamente entre varias alternativas, y arrostrar al final el hecho de que tal vez han elegido mal y han desperdiciado la única oportunidad que tenían de pasar por este valle de lágrimas, para unos, y de masajistas venezolanas para otros. Lo vemos todos los días: la gente no quiere casarse, no quiere abrazar ninguna religión, no quiere afiliarse a ningún partido político, no quiere declararse ni existencialista ni nihilista ni empirista. Como ya expuse antes con maestría, a la gente no le gusta tener una sola alternativa, pero tampoco le gusta tener demasiadas. Sí, el virtuoso término medio. Así que para tenerlos contentos no hay que decirles lo que tienen que elegir, sino solamente lo que no tienen que elegir. Ofrézcales la religión católica, pero ponga a los mandos a alguien como Monseñor Leño para que todos puedan decir, satisfechos, que no son católicos. ¿Son protestantes? No lo sé. ¿Qué son? No lo sé. Pero no son católicos. Tampoco son musulmanes. Tampoco son budistas. Embadúrnelos con la cultura americana, pero sólo para que puedan decir que la rechazan. Permítales que flirteen con otras mujeres u hombres, pero sólo para que puedan decir que no dejarán a sus cónyuges por ellos. En resumen, mostrémosles las opciones que queremos que rechacen, porque las

rechazarán para sentirse libres, y escondamos las opciones que queremos que abracen, porque las estarán abrazando por omisión y, lo más importante, sin ser conscientes de ello. Serán fieles que se creen infieles; devotos que se creen herejes; militantes que se creen anarquistas. Serán monos de feria que se creen seres humanos. Porque, ¿sabe qué? La gente no sale de la jaula porque no quiere. Y no van a salir tampoco ahora porque un *hacker* mexicano los empuje. Al revés: protestarán y dirán que, ejerciendo su libertad, prefieren quedarse dentro de la jaula. — Llegado a este punto, Alexander Liar hizo una pausa con una clara intención melodramática, y por eso fulminó a Chumillas con la mirada cuando éste hizo un amago de intervención. Por fin, el magnate decidió proseguir con un tono mucho más relajado—. En realidad, mi oligoneuronal amigo, la gente no quiere vivir porque, simplemente, no quiere morir. Bueno, esto es una tontería. María Jesús, táchelo. Quiero decir que la gente no quiere afrontar el hecho de que tiene que morir. No toda a la vez, claro, sino poco a poco. Y nosotros hemos encontrado la solución. Nosotros hemos conseguido que la gente no tenga que morir.

—¿Ah, sí? —se interesó, cínico, Mic—. ¿Y cómo?

Liar nos recorrió a todos con una mirada entre enigmática y miope. Quizás fuera bizco, pensé, aunque sería extraño porque ahora sólo los pobres tienen miopía o bizquera. La ciencia adelanta que es una barbaridad.

—La única manera de no morir es... no vivir. No, hombre, no me mire así. ¿Es usted bizco?

—Pero la gente está viva —balbucí, confundido por los extraños argumentos que se nos estaban ofreciendo.

—Ahí es donde entramos nosotros, y uso el plural en sentido casi mayestático porque ya se habrá dado cuenta usted de que Chumillas y los otros no son de gran ayuda. Pero carecen de escrúpulos, y eso siempre viene bien. En fin, es lo mismo de antes: si usted vive la vida real, antes o después se preguntará por la muerte. Y ahí terminará su felicidad.

—Eso es discutible, cuando menos —objetó Porfirio que, como siempre, parecía interesarse sólo por las cuestiones más esotéricas—. Pero dejando a un lado enmiendas ontológicas, ¿cómo rompe usted ese silogismo?

—Claro, como se ha pasado usted toda mi charla achuchando a esa joven, de muy buen ver, por cierto, ahora tiene dudas. Muy mal —lo amonestó Liar—. Pues sepa que ya he dicho antes cuál era la solución: construir una vida

ficticia. Una vida en la que también hay muerte, claro, porque si no la gente no se la creería. Pero es una muerte ligera, una muertecilla, una muerteticilla. Nada, una minucia. Algo que les sucede a los demás y que, además, incluso les viene bien. A los demás, claro. Pero yo soy eterno.

—¿Ah, sí?

—No yo. Cualquiera. Quiero decir que, desde el punto de vista de cada individuo, él es eterno. Sólo se mueren los otros. Y él ni siquiera se da cuenta. ¿Me sigue? Es una vida artificial, más falsa que las noticias del telediario, o mejor dicho tan falsa como ellas, pero es una vida creíble. Y eso es lo único que importa. Ya hemos visto tantas películas que a la vida le exigimos lo mismo que a un buen guión: que sea creíble y entretenido. Yo ofrezco eso: una vida con un buen guión. El original, si se me permite la crítica, dejaba bastante que desear.

—¡Pero todo eso es imposible! ¡La gente exige la verdad! ¡No quieren mentiras! —clamó otra vez Miclantecuhli.

—Eso es lo mejor de todo. Sí, reconozco que ahí nos hemos permitido una pequeña *frivolité*, un guiño creativo. Hemos construido una vida falsa en la que, por encima de todo, hemos realzado el valor de la verdad. ¿No es genial? En cierto modo, era imprescindible hacerlo: la mejor manera de que nadie sospeche que todo es mentira es adelantarse y hacer bandera de la verdad. Pero, sea como sea, esto es secundario. Lo importante es lo que le decía antes, que para eso se lo dije primero. Mientras haya que morir, la gente estará dispuesta a creerse casi cualquier cosa que lo evite. Y, extrapolando ese principio, podríamos decir: mientras haya cosas desagradables, la gente estará dispuesta a creerse cualquier cosa más agradable. ¿La verdad? ¿Qué verdad? Mírese a usted mismo —me dijo Liar sin perder el hilo—: ¿quién es usted?

—Immanuel Kant.

—Ese nombre me suena... —intervino uno de los consejeros—. ¿No se llamaba así un famoso domador rumano?

—Ese no es usted —atajó Liar, sin hacer caso de la clac—. Ese es su AKA. Usted es un número. Usted es uno más. Todos somos uno más, pero todos nos creemos especiales. ¿Qué dice usted, jovencita? Sí, vale, tal vez Johnny sea realmente especial, porque unos alaridos semejantes no pueden ser obra humana. Pero todos los demás, incluidos los millones de seres que nos han precedido en esta lotería universal, incluido yo mismo con mi excepcional

inteligencia, tan sólo somos un número más. Pero como esa verdad es muy triste y, desde luego, nada popular, cuando se proclamó el Acta de los Cuatro Bytes se permitió que las personas pudieran conservar un nombre, un AKA. Algo que les hiciera sentirse especiales, y como consecuencia de ello ahora tenemos niños que se llaman Xilófono o Ganimedes, que no sé si los hará especiales, pero que desde luego a mí me parece lamentable. Pues bien, eso mismo ocurre con la realidad. No vivimos en ella, sino en el AKA que hemos construido a nuestro gusto: reacciones químicas, AKA amor; impredecibilidad cuántica, AKA genialidad; preguntas sin respuesta, AKA Dios; preguntas con respuesta incompleta, AKA Ciencia; angustia de futuro, AKA destino; televisión, cantantes melódicos, futbolistas, hipotecas, automóviles, hijos universitarios, pensiones de jubilación... AKA realidad. Existir es difícil y doloroso, amigo mío, y a medida que nos hacemos adultos nos vamos dando cuenta de ello. Y entonces nos resistimos a madurar, y nos agarramos a la infancia con uñas y dientes. Somos niños de treinta, de cuarenta, de cincuenta años. Adoramos a los niños, jugamos con los niños, vivimos con los niños, queremos ser niños. E, igual que hacen los niños, no arreglamos los problemas: sencillamente, cerramos los ojos y nos comportamos como si no existieran, en una realidad con problemas de juguete que podemos resolver y que nos hacen sentir bien. —Se recostó en su asiento y dio un largo suspiro, tras el cual añadió—: María Jesús, no se marche a comer: haga que le suban un bocadillo porque hoy estoy inspiradísimo.

Volvió a la habitación uno de esos silencios que iban y venían. El de esta ocasión era, sin duda, un silencio hueco, un silencio que simplemente había venido a envolver el vacío de palabras, de ideas, y de ánimos que había ocupado la sala después del discurso de Alexander Liar. Un silencio ni ligero ni grave, ni violento ni amistoso, un silencio que nos hacía sentir desamparados, nadando contra una corriente que tal vez no nos hiciera retroceder, pero que desde luego nos impedía ganar un solo metro. Y es que las palabras del preboste habían hecho cierta mella en nuestras filas.

Las miradas dubitativas que nos cruzábamos demostraban que quien más y quien menos comenzaba a considerar si, en efecto, merecía la pena seguir peleándose contra aquel gigante sin cara. Yo, debo reconocerlo, y a la vista de los datos que Liar nos había ofrecido sobre el pasado de Javichu, me preguntaba también si era justo salvar nuestros pellejos desviando la atención

de la gleba hacia los pellejos de otros que, según lo que acabábamos de escuchar, podían resultar tan inocentes, o tan culpables, como nosotros mismos. Por otra parte, la arenga de Liar nos invitaba a renunciar a nuestro plan, pero no nos proporcionaba otro alternativo al que aferrarnos. Si a todo esto unimos el agotamiento físico y mental que ya comenzaba a apoderarse de todos nosotros después de la larga noche anterior, y del no menos extenso día que estábamos viviendo, se entenderá que Kopp, la portera, mi hija, Johnny, el hostelero, Gaio Claudio, y hasta el propio Porfirio, arrimado por cierto a la celestial Berenice, se dejaran caer sobre la moqueta en un gesto que, más allá de responder a un deseo de sentarse a descansar un rato, simbolizaba a la perfección el desánimo que ya cundía de manera irreversible entre nuestras tropas.

Este hecho no pasó desapercibido para Alexander Liar, en cuyos ojos pude vislumbrar un destello de satisfacción que volvió a ponerme en alerta.

—Pues lo siento mucho —reaccioné antes de que la flaqueza nos dominara—, pero en este caso no me queda otro remedio que estar de acuerdo con un italiano llamado Maquia Velo, o algo así, que al parecer opina que el fin justifica los medios.

—¡Semejante teoría sólo podía provenir de un italiano! —se escandalizó Chumillas—. Seguro que juega en el Inter. ¿Alinear más centrocampistas para marcar gol? Fútbol especulativo llamo yo a eso.

—Maquiavelo —nos corrigió a los dos el culto Porfirio—. Se llamaba Maquiavelo, y no es un futbolista del Inter.

—¿No? —se sorprendió Chumillas—. Pues con esas ideas encajaría a la perfección en el ancestral *catenaccio* transalpino.

—Tanto da —atajé yo—. El caso es que nuestro plan, aun pudiendo ser injusto, es el único que tenemos. Y si alguien tiene que ser sacrificado en el altar de la calumnia para satisfacer al dios de la envidia...

—Esa es buena —me aplaudió Alexander Liar—. María Jesús, apúntela.

—Gracias. Pues digo que si alguien tiene que ser sacrificado, mejor que sea Javichu Depy, que también participa de este cotarro y, por lo tanto, seguro que ya se habrá ganado su porción de penitencia.

—Javichu —volvió a corregirme Alexander Liar— no sabe nada de nada. Por eso triunfa: porque cree en lo que hace. Nosotros no le damos instrucciones, sino que él mismo actúa por iniciativa propia. Javichu cree en

la Libertad, en la Democracia, en el criterio del pueblo, en la Paz, en la inteligencia humana. Yo mismo me sorprendo, pero le juro que es cierto. Así que, cuando queremos cargarnos algo, lo vestimos de amenaza para alguno de esos sacrosantos valores y Javichu aparece al instante capitaneando al llamado pueblo llano, que siempre acude dispuesto a colgar de un pino al ofensor. A colgarlo después de un juicio, eso sí, y siempre que el juicio corrobore la versión de Javichu, porque tiene muy mal perder y si no le dan la razón se ensaña entonces con el juez.

—Peor me lo pone —repliqué—. ¿Me está diciendo que cuando Javichu destrozó mi reputación no lo hizo siguiendo órdenes insoslayables, sino que actuó por iniciativa propia? Vuelvo a ver nuestro plan con buenos ojos...

—No entiende usted nada —se impacientó Liar—. Se empeña en buscar culpables, y yo intento explicarle que no hay ningún culpable que buscar, o que la cadena de culpabilidades es tan larga que medio Madrid podría tener algo que ver con su desgracia pasada. Pero, sobre todo, intento decirle que las cosas son como son, y que desde luego no van a cambiar porque ustedes prendan la mecha de la hoguera que terminará por quemar a Javichu Depy. Eso, amigo mío, sólo sería parte del juego. Parte de este AKA de realidad en el que vivimos.

Y, sencillamente, llegados a ese punto, ya no pude más. Aparte de sus méritos profesionales y de su pericia empresarial, había que reconocer que Alexander Liar tenía un pico de oro, y una labia incansable. Después de aquel largo toma y daca, yo ya no sabía si éramos prisioneros o carceleros, si nuestro objetivo era derribar a Javichu Depy o fichar al tal Maquiavelo para el Inter, si Alexander Liar era nuestro enemigo o ese padre comprensivo que todos habríamos querido tener. Además, los chichones que había ido coleccionando en las últimas horas llevaban un buen rato palpitando con su propio corazón, y ahora parecían estar ya a punto de nacer, a juzgar por los terribles dolores que yo sentía en la cabeza. En cuanto a mis compañeros de fatigas, sus caras reflejaban la misma confusión que yo experimentaba, al menos las de aquellos que seguían despiertos. Sólo Miclantecuhtli conservaba una actitud energética, e intentaba contagiarme su entusiasmo con gestos de ánimo. Y quizás fue precisamente ese contraste, al contemplar la inmarcesible determinación de Mic en medio de aquel desierto de resignación y cansancio, lo que me hizo comprender que Liar tenía razón. Al lado de Kopp, de Gaio

Claudio, de la señora Domitila, de mi hija, de Porfirio, demasiado arrimado a Berenice para mi gusto, incluso de Johnny y del doctor culebra, que a pesar de todas sus peculiaridades no dejaban de ser personas normales, con aspiraciones normales y quejas normales, Miclantecuhтли se me apareció más bien como uno de esos iluminados que salen en los programas de testimonios junto a otros individuos que afirman descender de Ramsés o haberse comunicado telepáticamente con un plutoniano. Y por eso supongo que fue el conjunto de la escena que se me ofrecía, y no ninguna de sus partes en concreto, lo que me hizo sentir súbita y simultáneamente ridículo, exhausto, y vencido. Y, supongo también, estas tres sensaciones confluyeron en mi rostro para dotarlo de una inequívoca expresión de derrota, pues cuando Alexander Liar recuperó el turno de palabra lo hizo con una calma condescendiente, casi diría que con cierto aburrimiento, o más bien con desilusión, como si hubiera esperado más resistencia o incluso, por una vez en su vida, un rival realmente digno de él.

—Dejémonos de charlatanería —dijo—. Se hace tarde: yo tengo que volver a Miami, puesto que ya he localizado al pendón de mi hijo, y mis esbirros tienen que ir a hacer bulto en la rueda de prensa que comienza en unos minutos. Así que usted dirá.

—¿Diré qué? —pregunté confundido.

—Pues usted dirá qué quiere. Antes me amenazó con airear cierta información turbia sobre el pasado de Javichu Depy. Digamos que, a pesar de todo lo expuesto, yo prefiero que dicha información siga a cubierto, al menos temporalmente. No es que me preocupe que Javichu caiga, como ya le he explicado. Es sólo que no lo habíamos planificado y no nos gustan las cosas que no podemos prever: afectan a la cotización en Bolsa. ¿Qué quiere usted a cambio de su silencio?

Quizás alguien más acostumbrado que yo al chantaje y a la delincuencia en general hubiera previsto antes este extremo, pero debo reconocer que a mí me cogió por sorpresa. Con tanto cambio de planes, en ningún momento nos habíamos parado a pensar qué íbamos a pedir cuando llegáramos al final. O, tal vez, era sólo que ninguno de nosotros había confiado realmente en llegar tan lejos, o en hacerlo en condiciones de pedir nada. Despistado, pues, por el requerimiento de Liar, miré a un lado y a otro buscando algún tipo de pista entre mis compañeros, pero dado que unos estaban dormidos, otros peleados,

pues parecía que mi hija no había perdonado los coqueteos de Johnny durante la entrevista a la señorita Nodd, y un último grupo se había arrimado a las mesas de refrescos, sólo pude intercambiar unas breves muecas con Miclantecuhtli, quien, al igual que yo, no parecía haber pensado qué hacer si su temerario plan salía bien. En qué manos nos habíamos puesto, pensé una vez más.

—No sabría decirle —confesé por fin, sabiendo que estas palabras me dejaban, más que en evidencia, en ridículo.

—Lo suponía —se jactó Alexander Liar—. Mucho criticar a los que mandamos, pero cuando les toca mandar a ustedes se acochinan. En fin, tendré que pensar una manera de liquidar este asunto. No me mire así, hombre. ¿Por quién nos ha tomado? No somos de esos que van cargándose a todos los que se ponen en su camino. ¿Eh, Chumillas?

—Lo que usted diga, excelencia.

—Creo que lo mejor será que, mientras llegamos a un acuerdo, su banda no esté presente. Y confío, por supuesto, en que no harán uso de ese enlace ilegal con el plató de emisión, ¿eh? Yo también les prometo que no intentaré ninguna maniobra sucia. Fíense de mí: aunque la imaginería popular gusta de reunir en un mismo personaje todas las maldades posibles, les aseguro que soy un hombre de palabra. Así que ¿por qué no bajan todos al salón principal para presenciar la rueda de prensa, y se toman unos canapés gratuitos? Natalia Nodd está, como ya han podido comprobar, arrebatadora. Cargaré en sus RAP unos pases VIP. Son ustedes libres. Huelga decir que, al escuchar estas palabras, mis leales perdieron tal condición y salieron en tropel por la puerta principal hacia el pasillo, y supongo que desde allí corrieron hasta el ascensor para asegurarse de coger un buen sitio en el salón. Sólo Miclantecuhtli opuso cierta resistencia que, por lo demás, fue vencida sin mayor dificultad gracias a la intervención de los famosos muchachos de Alexander Liar, que por lo visto habían estado esperando todo el tiempo al otro lado de la puerta. En cuanto a mí, qué otra cosa podía hacer, me quedé allí parado, con la cabeza a punto de estallar, y solo, más solo que nadie, más solo que nunca, más solo que alguien que haya estado muy solo, y además, y como bien prueban estas últimas palabras, desmoralizado y abatido hasta el punto de no tener fuerzas ni para componer ingeniosas comparaciones.

## CAPÍTULO 11110

—Deje de mirarme así, hombre —me dijo Alexander Liar cuando por fin se quedó a solas conmigo y con sus treinta subalternos, y tras contemplar mi, supongo, pálido rostro—. Ya le he dicho antes que no somos de esos que van cargándose a todos los que se ponen en su camino.

Yo, en efecto, había reparado de pronto en la abrumadora inferioridad numérica en la que me encontraba ahora que mis compañeros ya no estaban en la sala. El agotamiento que me había provocado la insufrible perorata de Liar me había anestesiado unos minutos, pero una vez que mis sentidos hubieron recuperado cierta capacidad de reacción, reconozco que me sentí ligeramente amedrentado.

—Entonces —sondeé—, ¿por qué ha querido quedarse a solas conmigo?

Alexander Liar no contestó inmediatamente, y eso hizo que yo mismo me pusiera a barajar las potenciales respuestas a mi pregunta. La más lógica me pareció esta: para no tener testigos. Pero, ¿testigos de qué? De un crimen, me respondí de nuevo. ¿De qué crimen?

—¿Ya está otra vez murmurando? —se molestó el preboste—. Hay que ver qué desconfiada es la clase media-baja. Si no he querido que sus compinches estuvieran presentes a partir de este instante es porque voy a proponerle a usted un trato que también los incluye a ellos. —Alexander Liar interpretó correctamente mi gesto de desconcierto ante tan evidente contradicción, y se dispuso a aclarar sus últimas palabras—. No puedo perder el tiempo negociando uno por uno con todos los miembros de su banda. Usted mismo lo ha podido comprobar hace unos minutos: tal y como yo había postulado ya en mi magistral exposición teórica, la gente no quiere tomar decisiones, no quiere elegir.

—Por favor —le supliqué palpándome uno de los chichones—, le pido

por sus hijos que no me suelte más reflexiones sobre la vida, la libertad, o las prácticas sexuales de los pollos. Dígame simplemente qué quiere y déjeme marchar a mi casita, de la que nunca debí haber salido.

—Vamos, vamos —me animó Liar—, no se me venga abajo. Por otra parte, también me temo que si algunos de sus cómplices fueran conscientes de que están participando en un arreglo, tal vez lo rechazarían. Sobre todo el maldito *hacker* mexicano, y quizás también ese peludo que estaba con su hija. Que, por cierto, ¿cómo permite usted que la niña salga con semejante sarnoso? Déjelo. Ya me lo explicará.

—¿Y si soy yo quien no acepta el trato? —tanteé.

—¿Y si le digo que antes le mentí y que, en realidad, nosotros sí somos de esos que se cargan a todos los que se ponen en su camino?

—¿Y si no me importara morir? —me resistí, en un último y falsísimo conato de dignidad.

—¿Es usted imbécil? —contragolpeó Alexander Liar con la sinceridad de la que había hecho gala durante toda la charla—. Déjese de supuestos. Acepte el trato. Se lo diré más directamente: no tiene otra opción. No hace falta que las repase una por una.

Quizás no haya mencionado antes que, durante el interminable monólogo que nos había recitado Liar, yo me había mantenido en pie, inasequible al desaliento, firme en mi posición, pero tras las últimas palabras del mandamás consideré que ya no tenía sentido continuar con la pantomima, y que por lo tanto ya iba siendo hora de sentarse para descansar un rato, y también para que así Liar pudiera interpretar mi gesto como la rendición incondicional que de hecho era, y me evitara la ignominia de tener que reconocerla abiertamente. Decidí, pues, tomar asiento en la silla que me cedió amablemente uno de los ejecutivos, que aprovechó la ocasión para ir a buscar un refresco.

—Dispare —claudiqué, sin dejar claro si empleaba el verbo en sentido figurado o no.

—Bien: comencemos. Primero el morbífico doctor, que es el caso más fácil. Le conseguiremos un puesto como director médico en una clínica de adictos al sexo —y al escuchar esto recordé mis fantasías y consideré que ese destino lo habría querido mejor para mí mismo—. Chumillas conoce varias, así que él se encargará de todo. En cuanto al pensionista que venía con ustedes, ¿qué cuernos le pasa? ¿Cómo puede tener alguna queja un

pensionista?

—Quiere algo de acción —respondí—, pero poca.

—Una plaza de funcionario en Correos, ¿eh? Un tipo listo. Todos piden lo mismo. Vale: concedido. ¿Y la portera?

—Le saldrá barata. Con unos prismáticos y un micrófono de largo alcance la tendrá contenta, y además podrá utilizarla como informadora *freelance*. Tampoco tendrá problemas con Gaio Claudio, el lampista, pero prefiero que sea él mismo quien exponga sus demandas porque yo no entiendo muy bien su idioma. Quizás le pida una radial, pues le oigo hablar mucho de ello, aunque desconozco lo que es. Lo mismo le digo del otro tipo, el que tiene más cicatrices que el honor de un ministro. Todo lo que sé de él es que tiene un bar, pero ignoro qué puede querer más allá de cobrarse unas Cokepepsis que me vendió.

—Marca registrada de N'Joy Corporation. No se me relaje. Bien, se las pagaremos. Y además le pondremos un garito nocturno, y un restaurante para bodas, bautizos y comuniones. En cuanto al resto de la banda, asumo, y permítame la licencia, que de su hija se encarga usted solito, así como del melenas que la acompaña. Le deseo suerte. Yo también tengo un hijo que es un tarambana y no sé qué hacer con él. ¿En qué nos hemos equivocado? En nuestra época los jóvenes éramos más normales: nos pasábamos todo el día viendo dibujos animados coreanos, nos tatuábamos los genitales, y escuchábamos música compuesta a base de eructos. ¿Por qué nuestros hijos nos han salido tan raros? Y le diré lo más gracioso: cuando yo estire la pata, todo este imperio comercial irá a parar a manos de mi primogénito. Pero no me preocupo: hay que tener mucho talento para hundir N'Joy Corporation, y mi hijo, desde luego, no lo tiene. Así que mis nietos y mis bisnietos seguirán viviendo como maharajaes sin haber hecho nada para merecerlo. Aunque, para serle sincero, a mí todo esto también me cayó del cielo, o del apellido. En fin, ¿quién es el siguiente?

—Pues está Porfirio...

—Ah, sí. El protegido de Monseñor Leño. Ambos son de confianza, aunque ellos se empeñen en contarle a todo el mundo que urden un plan secreto encaminado a subvertir el orden establecido culturizando a los negritos, o afroeupeítos. Sí, amigo mío, también estoy al tanto de eso.

—¿Y le parece mal?

—Al principio me pareció peligroso —reconoció Liar—. Eso de darles libros a los africanos... No es que yo esté en contra, pero prefiero queelijamos antes los libros que les vamos a dar. Pensar es bueno, siempre que todo el mundo piense lo mismo. Porque, ¿y si al leer por su cuenta concluyeran que la pena de muerte es justa? ¿Y si decidieran que Platón es más importante que Tullius Grim? ¡Menudo caos! Hay que fomentar la diferencia de opiniones, pero dentro del sistema: a cada idea, un título. Exámenes, reválidas, universidades, bonitos diplomas enmarcados, postgrados en inglés, orlas con fotos de negritos con toga... Eso sí que es una sociedad moderna. ¿Discrepa usted de mí? Pues enséñeme el título que le acredita para discrepar. ¿Quiere cortarme el césped? Sáquese antes un título de cortacespedista. La idea es que aprendan, pero dentro de un orden. Es como cuando aquí decidimos crear la carrera universitaria de fontanería. Fue una solución perfecta a un problema históricamente irresoluble, que no era otro que el alto porcentaje de ciudadanos descontentos porque sus hijos no conseguían un título universitario. De acuerdo, tener un hijo fontanero está bien: tratará a sus clientes con desdén y además les cobrará una fortuna. Pero, ¿quién no preferiría que, en lugar de fontanero, su hijo fuera un doctor fontanero? O mejor: un doctor en Tecnologías de Hidroconducción Residencial, como se llama ahora. Para mí es un misterio, pero los mediocres parecen empeñados en demostrarse los unos a los otros que son muy inteligentes. Y los que no lo consiguen por sí mismos lo intentan apelando a vínculos genéticos: si consiguen demostrar que sus hijos son muy listos, es decir, si consiguen un título que certifique que lo son, entonces ellos, como portadores de los genes originales, también quedan redimidos por efecto rebote. El problema es que, entre usted y yo, y a pesar de las múltiples reformas educativas, la mayoría de los jóvenes no están capacitados para licenciarse en Física o en Piano, pongo por caso, ni siquiera en Psicología. Ni antes, ni ahora, ni nunca. El gobierno podría haber optado por seguir suavizando los planes de estudios hasta llegar a dar los títulos de abogado a todos aquellos que acreditaran haber visto más de diez episodios de Perry Mason, pero esto, a la larga, habría conducido a la extinción de los auténticos abogados, y me refiero a los que son capaces de tirarse diez años litigando por una Cokepepsi caducada, si es que ello pudiera suceder, y forrarse con la indemnización conseguida. Y esta es una pérdida que los ciudadanos no podrían permitirse, especialmente los ciudadanos que ya son abogados, entre los que se cuentan varios ministros. Así que el gobierno

lanzó un mensaje a la población civil: si la montaña no viene a ti, constrúyete tu propia montaña. No, espere: eso era el eslogan de un seminario sobre especulación inmobiliaria al que asistí el mes pasado. Bueno, el gobierno dijo algo, no recuerdo qué, y a partir de entonces todo el mundo tiene un título con el que enorgullecer a sus progenitores. Fontaneros, patinadoras en línea, trapeceistas, lecheros, pilotos de autos de choque, sastres... ahora todos se tiran cuatro o cinco años en la cafetería de una facultad, pasean por el metro con libros subrayados y apuntes pringosos, escriben tonterías en las puertas de los lavabos, y cuando empiezan a aburrirse les dan un título y que pase el siguiente. Brillante, ¿eh? La ciudadanía está encantada. Vótenos.

—Fascinante —admití, no porque yo tenga problemas para expresar una opinión discrepante, sino porque quise retomar el hilo principal de nuestra conversación—. Sin embargo, y sistemas educativos aparte, todavía no me ha dicho qué va a pasar con Porfirio y con Monseñor Leño.

—No tiene por qué preocuparse. Como le decía, Monseñor me inquietó en sus comienzos, pero ahora ya no tengo ninguna intención de hacer nada al respecto. Es un caso típico: un joven de altos ideales que un día, y pensando que es una mínima concesión a cambio de alcanzar más adelante sus loables propósitos, decide saltarse por primera vez uno de sus principios. Ahí, aunque él no lo sepa, termina todo: el listón contra el que medía sus actos ya ha bajado un poco, muy poco, casi nada, pero algo. Sus próximas acciones las medirá contra un listón ligeramente más bajo, y entonces, en algún momento, volverá a sacrificar alguna de sus creencias en nombre de los supremos designios que lo guían. Y el listón habrá vuelto a bajar unos milímetros. Con el tiempo, y milímetro a milímetro, el listón estará a un palmo del suelo. Y aunque ese individuo, ya no tan joven, se repita que él es noble y honesto, y que quiere cambiar el mundo, lo cierto es que ya está dispuesto a hacer prácticamente cualquier cosa que le pidan, cosas que con respecto a su nuevo listón no supondrán casi ningún agravio, pero que con respecto al listón original estarán tan lejos que por el hueco podría pasar un elefante. Un día le dará una patada al listón y se hará socio del Círculo de Comercio. Monseñor Leño entró en esa espiral el día que aceptó el puesto que le ofrecimos en el Vaticano a cambio de su silencio, aunque él se justifique diciendo que lo hizo para poder ejecutar su plan africano desde una posición de mayor influencia. No hay que inquietarse: seguirá bajando el listón poco a poco, como todos.

¿Quién nos queda?

—La bella joven que estaba junto a Porfirio, aunque —quise puntualizar— tal vez no por su voluntad.

—¿Ah, no? Pues nadie lo diría.

—De esa puedo encargarme yo —se ofreció Chumillas—. Pero necesitaré bastante mantequilla.

—¡Fíjese usted en las mujeres de su edad, sátiro! —me indigné, aunque no era yo el más indicado para dar ese tipo de consejos.

—Le diré una cosa, amigo mío —me replicó Chumillas—: el paso de los años merma algunas cualidades físicas y mentales del ser humano, pero no se encuentran entre ellas ni el sentido común ni el buen gusto. Es por ello que, a pesar de mi edad, sigo siendo capaz de distinguir perfectamente unos glúteos de veinte años de otros de cuarenta, y les adjudico a aquéllos un valor estético notablemente superior, créame. Si a usted le parecen atractivas las sexagenarias, le dejo el campo libre y le deseo los mayores triunfos. Yo, por mi parte, sigo prefiriendo la firmeza carnal de las veinteañeras, y a eso no lo llamaría yo desviación o carencia de sustancia gris sino todo lo contrario.

Escuchado este alegato a favor del libertinaje opté por dejar correr el tema, pues es bien sabido que el vicio convoluto no atiende a razones, y retomé la cuestión principal.

—La muchacha desearía ser actriz —dije—, aunque yo no estoy seguro de que reúna las cualidades necesarias.

—Si yo le contara... —resopló Alexander Liar—. No se preocupe por eso. La sacaremos en la tele, hará un par de series, le crearemos una imagen de colega juvenil, empapelaremos la ciudad con su cara junto a un eslogan estúpido, algo así como «La paz es guay», incluso grabará un disco, y el año que viene estrenará una película como que yo me llamo Liar.

—No sé si funcionará —insistí, pues no quería que Berenice pudiera hacerse falsas ilusiones—. La chica ha estado interna en un orfanato, es tímida, ingenua, y, hasta donde yo sé, no ha conocido varón.

—Me río yo de las mosquitas muertas. Fíjese en Natalia Nodd, sin ir más lejos. Hace unos años, cuando la rescatamos del cotolengo, respondía al mismo perfil que acaba usted de esbozar. Y mírela ahora. Menudo zorrón. ¿Eh, Chumillas? —lo codeó—. Su mente está deformada por Tiffany, tiene querencia a los Mercedes, y tiene un montón de muchachos guapos...

—Guapos... —repitió Chumillas con entonación maliciosa.

—... a los que llama amigos. ¡Ja! Tendría que verlos. ¡Cómo bailan en el patio!

—Dulce sudor de verano... —se deleitó de nuevo Chumillas, con los ojos cerrados—. Bailes para recordar...

—... y bailes para olvidar —atajó Liar, temiendo que la excitación lúbrica de Chumillas se extendiera por la sala, con consecuencias temibles en un colectivo formado por treinta hombres encerrados en la misma habitación—. Sigamos con lo nuestro. ¿Quién es el siguiente?

—Miclantecuhtli.

—A este lo primero que haremos será cambiarle el nombre. Es el caso más interesante.

—Por favor, no sea demasiado duro con él —me atreví a solicitar—. Yo creo que no es peligroso.

—¿Duro? En absoluto. Lo invitaremos a participar en tertulias, le daremos una columna diaria en algún periódico, se convertirá en un habitual de los programas sesudos en la radio. Saldrá en la tele hasta que la gente se aburra de él. Dejaremos que propague sus teorías sobre la opresión del poder, y le daremos facilidades para que convoque manifestaciones. Le diseñaremos un logotipo chulo en colores brillantes, de esos que parecen diseñados por un veterano de guerra desquiciado.

—¿Habla en serio? —desconfié.

—Por supuesto. Creí que a estas alturas ya habría entendido usted que, en este AKA de realidad que hemos construido, necesitamos absorber todo lo que existe en la otra realidad, en la auténtica, e incorporarlo al espectáculo para que el público no pueda sospechar que todo es una ilusión, que todo es falso. Sólo si no existe nada fuera de nuestra realidad podremos presentarla como la única verdadera. ¿Soy o no soy un fenómeno? Gracias, María Jesús, aunque no hablaba con usted. No descarto que el mexicano se convierta en una estrella mediática, y que incluso llegue a darnos algunos problemas si termina por demostrar que N'Joy Corporation y Eternal Life Inc. son, en realidad, una sola compañía...

—¿Lo son? —pregunté sorprendido.

—¿Qué más da? —respondió Alexander Liar encogiéndose de hombros—. Cada una se preocupa de lo suyo. Digamos que ha llegado un momento en el

que a ninguna de las dos le conviene arriesgarse a perder lo que ya tiene para vencer a su rival. Nuestro enemigo no es Eternal Life Inc., sino los malditos consumidores que cada día están más consentidos. Además, Arístides Pupa y yo crecimos juntos, jugamos juntos al golf, e incluso hemos hecho otras cosas juntos. No podría arrebatarme su empresa, y sé que él piensa lo mismo de mí. Siempre que nos vemos, el muy cachondo me dice: no nos toquemos las narices. Es un monstruo. Pero no es eso lo que nos ocupa. ¿Nos quedan muchos más facinerosos a los que sobornar?

—Si no me he perdido, creo que sólo quedamos Paco y yo mismo.

—Perfecto, entonces, puesto que para ustedes dos tengo un plan conjunto, o más bien dos planes complementarios. ¿Qué le parecería recuperar su vida anterior? Volver a ser un personaje respetado, vivir en un CID protegido, escribir un libro...

—¿Un libro? ¿Sobre qué?

—Sobre lo que usted quiera. Es más: si le apetece, puede relatar esta misma historia. Yo creo que daría para una novela de intriga, retocando un poco los personajes, incorporando a algún homosexual, y cambiando los nombres. Ya nos encargaremos nosotros de lo demás. Crearemos un par de premios y se los concederemos automáticamente a su libro. Algunos amiguetes escribirán laudatorias críticas que citaremos después en la contraportada. En fin, lo que hacemos siempre. Por supuesto, todo tiene que ser verdad, técnicamente al menos. Por ejemplo, uno de los premios podría llamarse «Premio a lo que no merece ser premiado». No, claro, eso no, porque todo el mundo lo entendería y desprestigiaría la novela. Además, es larguísimo y no cabría en el fajín promocional. ¿Y si lo ponemos en latín? O, mejor aún, en griego. Nuevamente gracias a nuestro fantástico sistema educativo, la gente no tiene ni idea de lenguas clásicas. María Jesús, búsqieme cómo se diría ese premio en griego. ¿Phaulos? Qué bonito. Y qué simple. Estos griegos, ya se sabe... Muchas gracias, María Jesús, es usted una máquina.

—No sé, no acabo de verlo claro...

—Déjenos a nosotros, que ya hemos hecho esto muchas veces con excelentes resultados. Utilizaremos, obviamente, nuestros medios de comunicación, que para eso los tenemos. Lo presentaremos como un libro maldito, algo casi prohibido, rodeado de polémica. ¿Está tomando nota, María Jesús? Haremos que los periodistas lo tachen de machista, de racista, de

belicista, de violinista. En plan iniciático: así la gente buscará pistas ocultas, se creará una teoría de la conspiración, y el asunto se convertirá en objeto de debate por parte de oficinistas y pescaderas. Yo mismo diré en la tele que su libro me ha cambiado la vida. Lo llevaré bajo el brazo a las fiestas, y les pediré a mis amigos famosos que hagan lo mismo. Todo el mundo lo comprará para llevarlo debajo del brazo. ¿Qué me dice?

—Creo que lo voy entendiendo... —respondí pensativo—. Una novela que reflexione sobre el ser humano y su relación con la realidad, un retrato de nuestra sociedad desde un prisma existencialista. Una especie de novela negra filosófica. ¿Se refiere a eso?

—¿Ha bebido? —se agitó Liar—. En absoluto. ¿Es que no me ha escuchado antes cuando le hablaba de la realidad desagradable, de la muerte, de la Filosofía, y de cómo la gente abomina de cualquier cosa que le pueda hacer la vida difícil? Hágame caso: escriba una comedia. Nadie aguantará las peroratas que acabo de soltar si no las viste usted con algún chiste. Incluso así, apuesto a que las últimas cincuenta páginas no se las leerá ni su editor. Aunque esto, según dicen, parece que sucede con frecuencia. Pero acepte mi consejo: no intente hablar de cosas serias. No volveré a repetirle el rollo anterior, sobre todo porque si va a escribir una comedia sería insufrible, pero créame cuando le digo que la gente no quiere pensar. Sólo quieren algo que les haga creer que están pensando.

—¿Y qué pinta Paco en todo esto?

—Usted no ve ninguna relación, caramba. Reconozco, no obstante, que esta no es evidente. Le diré algo que usted ignora, o que no ignora pero toma por falso: su señor Paco sí ha venido de otro tiempo. No sé si la historia de la congelación es cierta, o si lo han arrojado desde un platillo volante en marcha, pero puedo asegurarle que nuestros muchachos, no, no esos muchachos, otros muchachos con bata blanca, han investigado su adeene y han concluido que pertenece a alguien de una generación muy anterior a la nuestra. Como le dije antes, este tal Paco es mi mayor quebradero de cabeza. No podemos dejar que ande suelto por ahí, cambiándose de RAP a su antojo, siendo hoy un periodista y mañana un vendedor de coches, a las nueve un estibador y a las cinco un saltimbanqui. Nuestro sistema no está preparado para eso. ¿Qué harían los bancos con un tipo que no tiene pasado? ¿Cómo recaudaríamos impuestos de alguien que cambia de profesión como quien cambia de camisa? ¿Quién

querría tener de vecino a un sujeto que no tiene nómina? No, amigo mío: su señor Paco tiene que desaparecer. Pero no me mire así otra vez, hombre. Me refiero a que hay que devolverlo a su tiempo.

—¿Es eso posible?

—Seguro que algún millonario californiano ya lo ha intentado. Déjelo de mi cuenta. De una manera o de otra lo devolveremos a su lugar. Y aquí entra de nuevo su novela: le daremos a Paco un ejemplar para que se lo lleve. ¿Qué le parece?

—¿Y para qué se va a llevar mi novela?

—Déme ese capricho. Por lo que sé de nuestra historia reciente, que es más bien poco, los comienzos del siglo XXI fueron un paraíso para las artes, las ciencias, y la cultura en general. La gente todavía no estaba hipnotizada por la televisión, no participaba en concursos, renegaba de los pastiches cinematográficos, y dedicaba horas a la lectura de los clásicos. La educación de los niños se centraba en el estudio del pensamiento humano y en el conocimiento de la Historia, y como consecuencia de ello, con los años, los pequeños se convertían en personas reflexivas, poseedoras de un refinado sentido del humor, amantes de la moderación y del buen gusto y, por encima de todo, preocupadas por las grandes cuestiones existenciales. En semejante entorno, le auguro a su novela un éxito sin precedentes. ¿No le parece excitante? Antes incluso de haber nacido, se convertirá usted en un modelo a seguir. Las adolescentes llevarán su foto en la carpeta. Yo me conformo con que mi nombre aparezca en la portada, a modo de guiño. Pero bien grande, por supuesto. Ya buscaremos alguna manera ingeniosa de hacerlo, con una de esas imágenes que se ven distintas según cómo las mire uno.

—Y si en la época del señor Paco —objeté—, hace poco más de un siglo, las cosas eran como usted las cuenta, ¿cuándo comenzó a cambiar todo?

—Pues no lo sé —respondió Alexander Liar rebuscando en su cabeza—. Quizás fue por culpa del euro. ¿Le interesa mucho?

—En realidad no. Pero sigo dudando de que su plan funcione. Las personas de aquella época no entenderán nada de todo esto. Y no me refiero sólo a las circunstancias, sino al propio lenguaje. ¿Qué idioma hablaban entonces?

—Tampoco se preocupe por eso. ¿Ve esta elegante gargantilla? Es un microtraductor simultáneo de última generación que incorpora el prestigioso

programa Microsoft OneLanguage, marca registrada nuestra. Seguro que nuestros muchachos, los de la bata blanca, pueden desarrollar una versión que traduzca su obra al idioma del pasado. Será una traducción exacta, y no me refiero a un simple ejercicio teórico: su novela quedará escrita en un lenguaje llano, con los mismos términos y giros que pudieran emplear los ciudadanos medios de aquella época. Si acaso, y como muestra para estudios antropológicos, podríamos dejar sin traducir a algún personaje, de modo que nuestros antepasados tendrían así un ejemplo de cómo hablamos ahora. ¿Qué le parece?

—¿Podría ser mi hija? Me gustaría darle un papel especial en la novela.

—Concedido. Dejaremos a su hija sin traducir y ella será nuestro embajador lingüístico en el pasado. Vaya, qué bien suena eso. María Jesús, elija a alguien a quien tengamos que pelotear y nómbrelo embajador lingüístico en el pasado. —Y dirigiéndose de nuevo a mí, me tendió la mano y me dijo—: Entonces, ¿trato hecho?

Medité la propuesta en su conjunto, aunque reconozco que me detuve más en la parte que me concernía a mí directamente, así como a la mirífica Berenice, y no tardé en reconocer que la oferta de Liar era bastante más generosa de lo que yo habría podido imaginar tan sólo veinticuatro horas atrás, y desde luego mucho más de lo que habría estado dispuesto a aceptar diez minutos antes, cuando todos mis compañeros habían abandonado la sala y me habían dejado allí solo, agotado, y haciendo el ridículo.

No me pareció justo, sin embargo, hablar en nombre del grupo, puesto que no era yo quién para garantizar que los demás aceptarían sus respectivas contraprestaciones. Y así se lo hice notar al señor Liar.

—Acepto la parte que me toca —dije—, pero no puedo responder por los otros. Y si quiere mi opinión, no creo que todos vayan a estar de acuerdo con el trato. Porfirio, por ejemplo, o Miclantecuhli, obedecen a principios que están por encima del bienestar material. Preveo dificultades, la verdad.

—Bien —respondió el señor Liar, dando una sonora palmada en la mesa con la mano que todavía tenía extendida—, pues como veo que no ha entendido usted nada, daremos aquí por finalizada nuestra conversación. ¿No le he dicho que el truco está en hacerles creer que son ellos mismos quienes eligen su suerte? Da igual. Ya no queda agua y me niego a dar otro discurso sobre el mismo tema. Acepto su palabra de que, si yo cumplo mi parte, ustedes

no difundirán la delicada información que conocen sobre Javichu Depy. Todavía lo necesito unos años más. Y no se preocupe por sus colegas: nosotros nos encargaremos de ellos. ¡Que no, hombre, que no! Que no me refiero a eso.

Yo, en efecto, cada vez entendía menos, pero tenía tantas ganas de salir de aquella sala, marcharme a mi casa, y dormir dos días seguidos, que no insistí. Tampoco podría haberlo hecho, en cualquier caso, porque Chumillas comenzó a carraspear con insistencia.

—A ver, ¿qué narices pasa ahora? —protestó Liar meneando la cabeza.

—Tenemos que hacer algo con lo del becario. Necesitamos un culpable, porque la población civil está indignada. Es más: la hemos indignado nosotros mismos.

—Tienes razón, por una vez —reconoció el mandamás—. Ya va siendo hora de darle a la gleba un poco de carnaza. Ha pasado más de un año desde que sacamos el tema de las comisiones del amigo Bola, que, por cierto, a estas horas debe de estar tomándose un cocoloco en alguna playa de las Maldivas. Qué bribón. En fin, el caso es que la plebe está inquieta. Necesitan un escándalo que termine con el descabezamiento de un notable. Cómo les gusta eso... Así que alguien tendrá que dejarse calumniar un rato y terminar dimitiendo. A ver... —y recorrió con la mirada la mesa de reuniones considerando rápidamente a todos los candidatos—. Chumillas: calienta que sales. Filtraremos a la prensa que has utilizado las piruletas para fines ilícitos y personales, dos términos que en tu caso siempre suelen ser sinónimos. Diremos que te ha desenmascarado el Ministro de Seguridad Personal, y a ver si así conseguimos sacarlo del frenopático porque ese asunto se nos ha ido un poco de las manos. Explicaremos que, en realidad, el ministro estaba allí en misión oficial reuniendo pruebas contra ti. Para terminar de contentar a la caterva, montaremos un escándalo de órdago, nos rasgaremos algunas camisas viejas, y te destituiremos del cargo.

—Pero si yo no tengo ningún cargo.

—¿Ah, no? María Jesús, redácteme un nombramiento para Chumillas con el cargo de... Comodoro de Licencias Agropecuarias. ¿Qué te parece? Derivaremos lo de las piruletas hacia algún asunto turbio relacionado con los peces, y así los de Greenpeace, marca registrada nuestra, podrán salir un rato en la tele, que eso también entretiene a la plebe. Además, tienen unos barcos

de colorines que a los niños les encantan. María Jesús, prepare un documento en el que ordenamos la ejecución sumaria de mil delfines y fíltrelo a la prensa. ¿Son pocos? Ponga diez mil. No sé si habrá tantos, pero da igual porque, en cuanto nos hayamos cargado a un par, ya tendremos a los ecologistas encadenados al Puente de Gianni Versace, con la tele entrevistando en directo a sus madres. A las de los ecologistas, quiero decir, no a las de los delfines. Aunque tampoco descarto esto último. María Jesús, entérese de si ya es posible comunicarse con los delfines, pero con fluidez, nada de gruñidos y señas que la gente no está para lenguajes primitivos. Y que en el documento no salga el nombre de Chumillas, para que tengan que investigar un poco y parezca más real. Si consiguiéramos que lo confesara uno de los delfines sería la leche. María Jesús, consígame un delfin con cara de pobre y entrénelo hasta que diga Chumillas. Pues no sé cómo. Como a un loro, supongo: repítaselo todo el día. Que le instalen un acuario en su despacho y póngase a ello, pero que le tapen la cara al delfin con una media para que nadie lo reconozca después cuando salga en la tele. Y en cuanto a ti, Chumillas, péinate con gomina y practica para poner cara de malo. A partir de ahora irás siempre con traje y corbata, para que la gente vea que, además de corrupto, eres rico y chulo. ¿Dónde quieres pasar los meses de cuarentena, mientras la prensa te despelleja?

—¿Sería posible Bali?

—Anda que no sabes nada... Claro que es posible, perillán. ¿No está allí todavía el amigo Plin? Míralo, se fue para seis meses y lleva ya más de tres años.

Chumillas tomaba notas a toda velocidad, y supongo que la tal María Jesús ya estaría buscando un delfin y encargando el acuario, y los treinta ejecutivos de N'Joy Corporation se felicitaban por la brillantez de su jefe, y éste agradecía los halagos con ademanes majestuosos, y yo me dejaba vencer definitivamente por el cansancio y el dolor de cabeza, y cerraba los ojos para dejar que la luz templada del día me acariciara la piel, y que la brisa del aire acondicionado, el maldito aire acondicionado, me refrescara la mente, haciendo que mis ideas volaran más allá de las paredes del hotel, a mi humilde casa del CID intermedio, y me la imaginé decorada con gusto por una mano femenina, y también imaginé que la propietaria de esa mano era la sensual Berenice, y que ambos retozábamos alegremente en un sofá de plumas

mientras en la tele se hablaba de mi último éxito editorial, pero entonces mi fantasía empezó a desobedecer mis órdenes, y cuando volví a mirar a la propietaria de la mano femenina me encontré con el rostro de mi ex mujer, y me llevé un susto de muerte, pero no porque mi ex mujer estuviera en mi casa, retozando conmigo sobre un sofá de plumas, sino porque, para mi sorpresa, la escena me resultaba agradable, o más, me resultaba excitante, y todo esto me provocó una fuerte conmoción que casi me saca de aquel estado pseudocatatónico, en el que de todas maneras no pude permanecer mucho tiempo más porque la voz de Alexander Liar comenzó a reclamarme con insistencia.

—¡Eh, usted! —me decía—. No se duerma. ¿No quiere ver la rueda de prensa?

Al abrir los ojos vi que todos los ejecutivos habían dirigido sus sillas hacia la pared de la izquierda, y que un empleado del hotel con tantos galones como un capitán de fragata había entrado en la sala con unas botellas de ese champagne rosa, sin alcohol, con el que los privilegiados celebran sus éxitos. Uno siempre supone que los ricos se entregan a todo tipo de vicios, así que quise probar suerte y llamé al capitán.

—Por favor, tráigame vino.

Él dijo:

—No hemos tenido ese licor aquí desde 1969.

Hice un ademán de condescendencia y me resigné al champagne rosa que, bien pensado, combinaría mejor con el dolor de cabeza que ya se había apoderado de todos mis lóbulos cerebrales. El videoguol mostraba unas imágenes del salón principal del hotel en las que, entre el gentío, pude reconocer a algunos de mis camaradas, en particular a Porfirio y Berenice bailando un bolero, y también a Monseñor Leño con su llamativo uniforme naranja, mientras en la tarima comenzaban a mezclarse agitación y sonrisas falsas. Un individuo se había abierto paso hasta el atril y comenzaba a pedir silencio. Al escuchar de pronto aquella voz que salía de los altavoces, Chumillas, que continuaba tomando notas de espaldas al videoguol, se sobresaltó.

—¡Escuchen! —dijo—. ¡Todavía me llaman esas voces desde muy lejos! Me despiertan en mitad de la noche y las escucho decir...

—Bienvenidos al Hotel California —prosiguió la voz del videoguol.

—Un lugar adorable —coló el director del hotel, que también estaba en la tarima.

—Un rostro adorable —piropeó un espontáneo dirigiéndose a la rutilante Natalia Nodd.

—Se lo montan bien en el Hotel California —comentó uno de los ejecutivos de nuestra sala mientras se daba al champagne.

—Qué sorpresa tan agradable —ironicé yo al reconocer a Javichu Depy, pues era él quien ejercía como maestro de ceremonias—. Preparen sus coartadas.

Javichu reclamó silencio otra vez y pronunció unas palabras en las que alababa la trayectoria profesional de Natalia Nodd, su compromiso con la cultura, y sus senos recién operados. Comentario este último que fue recibido en la sala con una ovación cerrada. Después, hizo una llamada a la rebelión contra el orden establecido o contra cualquier otro, y se despidió convocando a los asistentes a un nuevo acto que se celebraría unos días después para presentar un libro que, según dijo Javichu, revolucionaría el panorama cultural de Madrid e incluso de otros lugares; un libro, añadió, que él todavía no había podido leer pero del que había escuchado todo tipo de loas por parte de sus más reputados amigos; un libro, machacó, que se convertiría en un referente para las próximas generaciones. Varios periodistas lo interrumpieron para preguntarle el título, el autor, y el precio. Javichu respondió que no podía decir nada más, puesto que no se descartaba que el libro terminara por ser censurado debido a que, bajo su apariencia de divertida comedia, la obra escondía una brillante e implacable crítica del sistema, dato este que fue recogido con un murmullo de admiración por la audiencia. Mientras tanto, en la sala de reuniones, yo cruzaba una mirada con Liar y colegía de su sonrisa que, en efecto, era de mi libro del que ya se estaba hablando, y al constatar este hecho no pude sino admirar íntimamente la capacidad de aquel hombre para organizar conspiraciones.

—Eso es todo, amigos —concluyó Javichu—. Antes de cederle definitivamente el micrófono a nuestra querida y deslumbrante estrella, les dejo con una de las más geniales poetisas del panorama actual, que recitará una de sus obras a modo de homenaje.

Subió entonces a la tarima una mujer terriblemente fea, con gesto agrio, vestida con ropa seis tallas más grande que la que le correspondía, y a la que,

con aquellos tres largos mechones de medio metro emergiendo de su cabeza rapada, reconocí sin esfuerzo como la poetisa que había visto la tarde anterior al irrumpir en el piso del doctor malandrín.

—¡Es la vecina del inmundo doctor! —exclamé por inercia.

—Claro —admitió Chumillas sin inmutarse—. Al principio se resistió a facilitarnos información sobre él, argumentando algo sobre la intimidad, la opresión, y no sé cuántas mamarrachadas más. Le ofrecimos publicarle un poemario, con una tirada mínima de veinte mil ejemplares, y no sólo respondió a todas nuestras preguntas sino que se brindó también a entregarnos a su padre que, al parecer, destila aguardiente en la clandestinidad. Ahora tenemos que rentabilizar la operación, así que habrá que hacerla famosa. Pero calle: nuestra protegida va a recitarnos uno de sus poemas.

—No sé si podré soportarlo —dije, recordando los ripios que me había endosado en el rellano—. Son malísimos.

—Lo sabemos. Y seremos perversos pero no somos tontos, así que le hemos facilitado unas antiguas tonadas de las que ya nadie se acuerda, y que pasarán por obras maestras y originales entre el público poco cultivado, o sea, todo el público. Calle: ya empieza.

Alguien corrió las cortinas de la sala en la que nos encontrábamos y, al hacerlo, la cerúlea luz que el verano derramaba sobre la ciudad quedó reducida a una especie de nimbo colectivo, que dotaba a todos los presentes de un aspecto beatífico y que invitaba al perdón o, más bien, al olvido. Y es que, de hecho, la visión de aquellos seres aureolados, unida a los espejos del techo y al champagne rosa en hielo, me hizo sentir transportado en el tiempo, como si todos los peligros que acabábamos de sortear pertenecieran de repente a un pasado remoto y casi imaginario.

La poetisa comenzó a recitar y todos nos quedamos escuchando. La pantalla mostraba a los críticos con gesto agrio, a los políticos con gesto intelectual, a los intelectuales con gesto repugnante, a los directores de cine con gesto irreverente, a los actores con gesto aburrido, y a todos, en fin, con el gesto que les correspondía poner de acuerdo a su papel en el circo. Liar contemplaba el conjunto satisfecho, orgulloso de su obra, pero con aquella leve sombra de desilusión o tal vez de aburrimiento que ya le había visto yo antes, y que no parecía causada precisamente por el repulsivo aspecto de la poetisa. Mientras, ella decía:

*Aquí todos somos, simplemente,  
prisioneros de nosotros mismos.  
Y en las habitaciones del amo  
se han reunido para la fiesta;  
le clavan sus cuchillos acerados,  
pero no pueden matar a la bestia.*

Los versos iban desapareciendo en el aire dulzón del Palace, y el aire dulzón del Palace desaparecía en nuestros pulmones, que lo devolvían más sucio, no sólo por los humores que se mezclaban con él en nuestros interiores, sino también, por qué no decirlo, por las miserias que todos llevamos dentro y que sólo podemos expulsar al exterior disueltas en el aire que respiramos. Pero todo eso, ahora que volvía a estar dentro de la película, y no como un vulgar extra sino como uno de los personajes principales, todo eso, digo, a mí, plin. A medida que los versos fluían, yo sentía cómo me iba haciendo más leve, más simpático, más feliz, y por obra y gracia de todo aquello me pareció mas incomprensible y ridículo que nunca el hecho de que pudiera existir gente capaz de sublevarse por nimiedades, gente que se indignara por detalles accesorios y a la que no se la trajera al fresco eso de tener que reírles las gracias a los cuatro de siempre, o tener que aplaudir las habitualmente no muy inspiradas obras de los intelectuales, como era el caso en aquel mismo instante, sin ir más lejos. Aunque el poema que continuaba recitando la infernal poetisa, justo es reconocerlo, tampoco era tan malo, y, a pesar de lo que me había advertido Chumillas, a mí me pareció que lo recitaba con tanta pasión como si realmente fuera suyo. De hecho, ¿acaso no lo era ya?

## CAPÍTULO 1111

Tras la disparatada aventura del Hotel California, la banda, por llamarla de alguna manera, volvió a reunirse por primera y única vez un mes después, cuando todos aceptamos encantados la invitación que nos habían enviado Porfirio y Berenice citándonos un sábado a las cuatro de la tarde en la Iglesia de San Rockefeller, mártir. La ceremonia religiosa fue un tostón de cuidado, pues Monseñor Leño eligió para la homilía la primera carta de San Pablo a los tesalonicenses, y el sermón derivó pronto hacia el último partido entre la Juventus y el Aris de Salónica, que había terminado con empate a uno, y de ahí a la política de fichajes de la Juve y a la necesidad de traspasar urgentemente a Buona Roti, a pesar de que, al parecer, había parado un penalti *in extremis* en el partido contra los griegos.

Apenas tuve tiempo para charlar con Monseñor durante el banquete, que se celebró, claro está, en el recién inaugurado «Palacio del Langostino», marca registrada de Eternal Life Inc., que regentaba con maestría el hostelero con antecedentes cuyo nombre, reparé cuando fui a saludarlo, nunca llegué a conocer. La agitación era máxima, puesto que al convite acudieron más de mil invitados como consecuencia de la incipiente fama que Berenice iba adquiriendo por su continua presencia en la tele. Miclantecuhtli tampoco se quedaba atrás en cuanto a popularidad y, durante los cinco minutos escasos que pudo dedicarme, no dejó de firmar autógrafos sobre las breves camisetas de las jovencitas que se acercaban a él renegando del sistema, y confesando embobadas que lo veían todos los días en el debate-concurso de Bolchevique TV, marca registrada de N'Joy Corporation.

También tuve la ocasión de saludar a Gaio Claudio, a quien habían contratado para instalar la iluminación de la pista de baile, y que tampoco pudo detenerse a hablar conmigo puesto que, según me dijo, las luces habían

recalentado un conducto produciendo un escape de hidrógeno líquido que había dejado la cocina inutilizada, y que amenazaba ahora con provocar una explosión a la que el propio Gaio Claudio restaba importancia mientras martilleaba con saña una tubería. En otro lugar del salón, el doctor Jiménez-Pata congregaba a un nutrido grupo de mujeres que escuchaban admiradas sus explicaciones sobre la última operación a corazón abierto que había realizado aquella misma mañana, y para cuya mejor descripción, y por cuestiones estrictamente anatómico-científicas, en sus propias palabras, procedió a tocar el pecho de la más maciza de sus espectadoras y ya no lo soltó, al menos hasta que yo lo perdí de vista.

En un momento dado también aparecieron en la fiesta, en un visto y no visto, y provocando la histeria de todos los niños y adolescentes menores de treinta años, la pareja de moda en el universo del celuloide. Natalia Nodd y Johnny llegaron en uno de esos modernos cacharros que, según dicen, cruzan el Atlántico en poco más de una hora. Venía con ellos Chumillas, a quien supuse afónico porque no pronunció palabra y respondió a todas mis preguntas dando pequeños y rítmicos golpes en una mesa. La señorita Nodd fue todo simpatía y cariño, y en su condición de mito cinematográfico aprovechó la ocasión para hacernos saber sus opiniones sobre temas tan diversos como la posible existencia de alienígenas, la política agraria del gobierno, y el sexo sin amor.

Johnny permaneció todo el tiempo a su lado con gesto atormentado, como si le hubieran obligado a escuchar sus propias canciones durante todo el viaje. Cuando lo vi, miré por inercia hacia mi hijita, preocupado por el efecto que la visita del peludo pudiera tener en ella al estar tan reciente su ruptura sentimental, pero comprobé, aliviado primero e inmediatamente alarmado después, cómo mi pequeña ni siquiera se había percatado de la presencia de su ex, pues estaba ella muy ocupada mirando con embeleso al saxofonista de la orquesta, mientras éste, aprovechando un descanso, le enseñaba un tatuaje que llevaba en el tórax, y que representaba a un tipo también melencólico y con barba, como él mismo, y con una gorra militar de medio lado. Pensé en ir a buscarla para arrancarla de los torneados brazos de aquel sujeto, pero consideré después que, puestos a elegir, el saxofonista tampoco estaba tan mal, sobre todo si lo comparaba con el guitarrista y el batería, que se habían pasado todo el descanso en la posición del loto. Así que intenté

tranquilizarme, sin conseguirlo, y crucé la sala caminando en otra dirección para tratar de olvidarme del tema.

En mi afán por alejarme de la tarima de la orquesta salí al jardín que rodeaba el edificio, y allí me encontré a la señora Domitila tomando notas, con unos prismáticos y una antena parabólica orientada en dirección a un manzano, bajo el cual una pareja furtiva intercambiaba, según todos los indicios, promesas de amor eterno. Me hizo esto acordarme de mi ex mujer, con quien estaba yo citado aquella misma noche para asistir a un concierto de las Shoot Your Family, o SYF, marca registrada de N'Joy Corporation. Desde la aventura en el Hotel California, mi ex cónyuge había empezado a tratarme de una manera mucho más cordial, y tan sólo unos días antes de nuestra cita me había llamado para comunicarme que había decidido dejar a Foom, quedándose con los dos coches y el videoguol nuevo. Esta noticia me había producido una notable inquietud interior, y no me refiero a lo del videoguol, que también, pues el mío seguía funcionando fatal desde que Miclantecuhlli lo hubiera trucado para sus fines subversivos, pero lo que en realidad me había alterado, como si yo fuese un imberbe adolescente, era la perspectiva de una cita que podríamos llamar amorosa, o picarona al menos, y para mi propia sorpresa me había pasado toda la semana con un hormigueo en el estómago que no había sentido desde los veinte años, cuando en el colegio me había enamorado locamente de aquella niña de decimocuarto curso. No negaré que en algún momento consideré la posibilidad de que el cambio de actitud de mi ex pareja pudiera guardar cierta relación con el éxito arrollador que estaba teniendo mi libro, y con los rumores que daban cuenta de las ofertas que me estaban llegando desde Hollywood, pero mi Terapeuta de Autoestima, o TA, consultado al respecto, me amonestó severamente por considerar razones tan rastreras en lugar de creer en mi propia valía, y me instó a que elaborara para el lunes una lista de veinte atributos que me hicieran extraordinario como persona, otros veinte como ser humano, y otros veinte como individuo. No entendí el enunciado de la pregunta y, en consecuencia, no hice los deberes, cosa esta que indignó a mi terapeuta y lo llevó a amenazarme con abandonar mi caso. Pero, aunque no encontré los sesenta atributos que me había pedido, el proceso me sirvió para reflexionar sobre mí mismo, sobre mi ex compañera, y sobre la evolución de nuestra relación a lo largo de los años, y me llevó a la conclusión de que, tal vez, nos encontrábamos en aquel momento

al final de un complicado proceso que podríamos llamar de metamorfosis conyugal, es decir, un proceso en el que mi ex cuchicuchi me había visto como un gusano primero, durante nuestro matrimonio, como un capullo después, durante el divorcio, y quizás, finalmente, como una crisálida, lista para salir volando hacia ella y ofrecerle lo mejor de su existencia y, ya de paso, una cuenta bancaria a reventar.

Meditando sobre los siempre complejos asuntos del corazón, y contemplando con simpatía cómo las parejas se deslizaban por la pista, se me hizo la hora de marcharme. No quise interrumpir la alegría colectiva con mi despedida, así que opté por salir disimuladamente por una puerta lateral y detener un taxi que se acercaba por el callejón. Se comprenderá que, a estas alturas, ya no me sorprendiera escuchar cómo llegaba, al mismo tiempo que el taxi, una melodía repleta de requiebros y olés.

*¿Por qué hasta el arma se me iluminó  
con luces de aurora al anohecé?  
¿Por qué hasta el curso se me desbocó  
y toda mi sangre se puso de pie?*

El conductor se bajó al reconocerme, me saludó con un abrazo sentido, y me palmeó la espalda enérgicamente. Yo me dejé estrujar un poco, hasta que noté que sus lágrimas de emoción comenzaban a humedecerme las hombreras, y opté entonces por empujarlo con delicadeza pero con decisión hasta que nos separamos. Le pregunté si, antes de unirse al banquete, podía llevarme a la casa de mi ex mujer.

—Bueno —me dijo—, pero lo haré como un favor personal. Ya he tenido que salir un momento para ir a buscar a este, que se había perdido, y quiero volver a la fiesta de una vez para felicitar a mi compadre Porfirio.

Reparé entonces en que, en efecto, el taxi no estaba vacío, sino que había un ocupante en el asiento posterior que intentaba salir sin conseguirlo, puesto que nuestro efusivo abrazo le impedía abrir la puerta. Cuando nos apartamos, Paco salió del coche quejándose, como siempre, de todo. Y no sé si fue la reciente reflexión sobre mi halagüeño futuro con mi ex mujer, o el todavía más reciente abrazo del taxista, pero reconozco que al encontrarme entonces con Paco, a quien no veía, como a los demás, desde el fatídico día del Hotel

California, sentí unas incontenibles ganas de abrazarlo, ganas que por otra parte resultaron no ser tan incontenibles puesto que conseguí contenerlas. Sí le tendí, en cambio, la mano, emocionado, y percibí también una cierta ternura en su apretón.

—He venido a despedirme —dijo.

—¿Ya saben cómo devolverte a tu época? La ciencia es fascinante —observé.

—No lo sé, la verdad. Primero Miclantecuiltli se empeñó en que probáramos un sistema que había visto en una revista, en el que se explicaba cómo construir una máquina del tiempo con una vaporeta, las hojas de un puerro, y dos clips. La idea quedó descartada, pero tampoco he podido averiguar cómo iban las otras investigaciones que supervisa Chumillas. Desde que ha empezado a prepararse para su linchamiento mediático se ha empeñado en comunicarse mediante morse, y hace dos semanas que no entiendo nada de lo que me dice. Así que me temo que cualquier día de estos me vestirán con papel de aluminio y me mandarán al pasado. Y, visto lo visto, lo estoy deseando.

—Supongo —reflexioné— que, al igual que todos tenemos un lugar al que llamamos hogar, también todos tenemos un tiempo en el que nos sentimos como en casa.

—Tal vez, pero no es sólo eso —musitó Paco con la mirada algo perdida—. ¿Sabe? Me siento como un prisionero. Todos estos días, para pasar el rato mientras esperaba a que encontraran la manera de devolverme a mi tiempo, me he dedicado a jugar con mi RAP, inventándome personalidades; pero cuanto más cambiaba mi identidad, más atrapado me sentía. Me he hecho bombero, cantante de ópera, creativo publicitario, supervisor de turno en la General Toyota Motors, marca registrada de N'Joy Corporation... ¿Lo ve? Ya hablo como usted. A eso me refiero. No hago más que cambiar de identidad y, sin embargo, no me siento diferente. O peor: no me siento yo mismo.

No descarté que Paco hubiera conseguido un poco de orujo de contrabando, porque su discurso se fue haciendo cada vez más enigmático, y se eternizó a base de darles vueltas una y otra vez a las mismas ideas que me acababa de exponer en estas primeras frases y que, por lo demás, ya eran de por sí bastante extrañas y vagas. Sin embargo, no me esforcé por deshacerme de él, consciente quizás de que aquella podía ser la última vez que nos

viéramos, y me limité a dejarme llevar por una estúpida pero intensa nostalgia anticipada que me hacía condescender. Pasamos un buen rato así, los dos de pie en la acera del callejón lateral, hablando él y escuchando yo, con una copla como banda sonora y la sombra oblicua de los árboles como iluminación, indolentes los dos en aquel atardecer de septiembre, en el otoño invisible de la brisa fresca que respirábamos sin prisa, bajo la mirada complaciente del taxista y el susurro de las ramas repletas de hojas cansadas. Paco hablaba y hablaba, pero ni siquiera él mismo parecía entender lo que decía. Yo, por supuesto, tampoco. O quizás, a base de repeticiones, sí terminara por capturar cierto sentido que emergía más del tono que de las palabras, una especie de desilusión íntima y profunda, de la misma clase que había percibido en las miradas resignadas de Alexander Liar y, también, en ocasiones, en la desesperación de Miclantecuhli, y hasta en los desvaríos de Monseñor Leño. Y, pensándolo detenidamente, tal vez la hubiera visto también, aunque ya no recordara cuándo ni cómo, en mi propia cara reflejada en algún reluciente escaparate de las tiendas BeYourself, marca registrada de N'Joy Corporation.

Todavía meditaba sobre estas tonterías cuando, entre copla y copla, el taxi me llevaba ya calle arriba en dirección a la casa de mi ex media naranja. Recostado en el asiento, feliz por haberme reencontrado con mis compañeros, y expectante por lo que me pudiera deparar mi cita inminente, continuaba dándoles vueltas en mi cabeza a las últimas palabras de Paco, con las que había intentado resumir, sin éxito, todo lo que me había dicho durante la última media hora. Eran, sin embargo, unas palabras inquietantes, una suerte de mensaje oculto que a base de repetir en voz alta intenté descifrar, también sin éxito, ante la mirada atónita del taxista. Lo había dicho mientras rememorábamos, entre melancólicos y orgullosos, los múltiples peligros que habían erizado la aventura que compartimos en aquellos dos días únicos de nuestras vidas; a modo de colofón, Paco me relataba cómo, aprovechando un descuido de los sicarios de Liar durante la rueda de prensa de Natalia Nodd, él se había dirigido a la recepción del Hotel California para evaluar la posibilidad de huir.

—Fue allí donde me di cuenta de que era imposible escapar —me dijo—. Porque, al contrario de lo que yo me esperaba, nadie intentó detenerme. Las puertas del hotel estaban abiertas de par en par, la gente entraba y salía, la

música y la luz y las sonrisas y los perfumes eran tan agradables que me sentí abrumado por tanta belleza. Jamás habría imaginado que la realidad podía ser tan perfecta. Tan irreal. —Meneó la cabeza un instante y después prosiguió—. Lo último que recuerdo —dijo— es que yo corría hacia la puerta. Tenía que encontrar el pasaje de vuelta al lugar del que yo provenía. Relájese, me dijo el portero de noche; estamos programados sólo para recibir: puede dejar su habitación cuando quiera, pero nunca podrá salir.

**FIN**

Esta novela fue escrita a lo largo de  
los años 2003 y 2004 en Comaruga,  
Barcelona y San Xoán de Río, y se terminó  
de imprimir en el mes de junio de 2005  
en los talleres gráficos de Romanyà-Valls S.A.  
en La Torre de Claramunt.